
Desty Moore
PROMESAS EN LA NIEBLA
Serie - Fronteras de pasión, 1

PROMESAS EN LA NIEBLA

DESTY MOORE

Gold Publications

©DESTY MOORE

Primera edición, 2026

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Un amor prohibido. Una traición imperdonable. Una guerra que lo consumirá todo.

Marsali Campbell y Malcolm Mackenzie estaban destinados a ser enemigos. Ella, la joya más preciada del clan Campbell; él, el heredero indómito de los Mackenzie, una estirpe guerrera marcado por el fuego. Contra toda lógica y oposición, su pasión logró lo imposible: una promesa de matrimonio que pondría fin a siglos de sangre.

Sin embargo, el destino es cruel en tiempos de guerra.

El levantamiento jacobita estalla y, con él, una tragedia que rompe su promesa en mil pedazos. Tras el brutal asesinato de su hermano, Marsali, cegada por el dolor y creyendo a Malcolm culpable de la traición más vil, intenta arrancar su recuerdo de su corazón. Desesperada, se entrega a un matrimonio sin amor, buscando refugio en un hombre bueno que jamás podrá encender su alma.

Pero Malcolm Mackenzie no es un hombre que olvide lo que le pertenece.

Herido por el rechazo de Marsali y endurecido por la lucha, el «Mackenzie Negro» se convierte en una leyenda temida en el campo de batalla, alimentada únicamente por el recuerdo de la mujer que juró amarlo eternamente. Mientras Hemsley arde bajo el asedio, Malcolm regresa no para pedir perdón, sino para reclamar a la única mujer que ha sido dueña de su vida y de su tormento.

¿Podrá la verdad salir a la luz antes de que la venganza los destruya para siempre?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 1

El siglo XII acababa de comenzar cuando el primero de los Campbell construyó su fortaleza en Hemsley, en lo alto de la extensa ladera que dominaba el lago Ness. Las grises murallas del castillo estaban desgastadas por cientos de años de vientos cortantes y soles suaves de las Highlands. Se erigía como un centinela sobre las cristalinas aguas azules del lago, magnífico y, a la vez, empequeñecido por las majestuosas montañas púrpuras que se alzaban detrás de él, con sus cumbres envueltas en nieblas grises.

Poco había cambiado en Escocia desde que el gran jefe de las Highlands levantó su fortaleza. El castillo había sido testigo del paso del tiempo y de las dinastías. Los Estuardo habían gobernado desde Edimburgo, y la trágica María, reina de Escocia, había pasado una noche en Hemsley. Su bisnieto, Jacobo II, había sido expulsado del trono de Inglaterra, y su hijo, el Viejo Pretendiente, Jacobo Estuardo, era un exiliado sin hogar en Roma.

Muchas guerras habían asolado los alrededores de Hemsley, pero ninguna tan feroz como el amargo asedio de doscientos años atrás, cuando Red Campbell secuestró a la hija de sus vecinos, los Mackenzie, y la retuvo en el castillo para pedir rescate. Los Mackenzie sitiaron Hemsley con doscientos miembros del clan y llevaron toscos arietes para derribar las macizas puertas de roble.

Al cabo de dos meses, cuando los muertos yacían apilados alrededor de las murallas, el asedio fue levantado y la desdichada hija del jefe de los Mackenzie nunca volvió a ser vista. La tradición de ambas familias sostenía que Red Campbell había dejado morir de hambre a su prisionera y luego la había enterrado en algún lugar de las murallas, de dos metros y medio de grosor. Aquel fue el

comienzo de la disputa que devastó más de treinta millas del campo circundante y llevó a los Mackenzie y a sus hombres a lanzarse contra las granjas y el ganado de los Campbell, quemando y arrasando todo aquello que no podían robar.

Lo que Red Campbell había iniciado, sus enemigos lo continuaron con una guerra cruel e implacable. Ambas familias se entregaron a tal orgía sostenida de atrocidades y asesinatos que llegó un momento en que se enfrentaron en un punto muerto, empobrecidas y amenazadas por la ruina.

Fue entonces cuando el jefe de los Campbell, Ewan, conde de Hemsley, hizo las paces con sus enemigos y contrajo matrimonio con Sorcha Mackenzie, pupila y prima del jefe de los Mackenzie. No esperaba que su propia hija le recordara aquel enlace.



Estaban de pie en el Salón Verde de Hemsley, con una mesa entre ellos. El conde se inclinaba hacia delante; su hija permanecía erguida, con los ojos azules resplandecientes de desafío y el magnífico cabello brillando como el fuego bajo el sol de la tarde.

Marsali Campbell siempre había sido hermosa. De niña, sus delicados rasgos y su espléndido colorido la habían convertido en la consentida de todos los sirvientes del castillo y en la favorita mimada de su familia. A medida que pasaba de niña a mujer, se hacía aún más querida, y su carácter estaba a la altura de su belleza: una hermosura clásica, elegante y serena, exquisitamente educada como correspondía a la nobleza de las Highlands, pero con un temperamento orgulloso y obstinado.

—¡Tú hiciste las paces con los Mackenzie! —le recriminó a su padre, y de pronto señaló a una figura sentada tan quieta y silenciosa en una silla que parecía una estatua: una mujer pálida y

sencilla, siempre cosiendo en algún rincón—. Tú mismo te casaste con una Mackenzie. ¡Cómo puedes prohibírmelo!

El conde se volvió y fulminó con la mirada a su segunda esposa. A sus ojos, su insignificancia era su única virtud. Aunque hubiera poseído todas las cualidades conocidas de una mujer, nada habría cambiado los sentimientos que albergaba hacia ella. Era prima de su enemigo, Sir Murdoch Mackenzie de Glenannan, y le había sido entregada como si fuera una res cuando ambas familias sellaron la paz. El conde la detestaba, del mismo modo que detestaba a todos sus parientes.

El rostro se le encendió de ira.

—¡Tengo el derecho de un padre! —bramó—. Siempre te has olvidado de tú lugar, hija mía. Tengo derecho a prohibirte un matrimonio y a imponértelo si así lo decido. ¿Cómo osas plantarte ahí y recordarme que me casé con una Mackenzie, como si eso justificara lo que has hecho?

Golpeó la mesa con los nudillos, marcando cada palabra.

—Yo concerté un matrimonio sobre el papel después de que tú y tú hermano nacierais para poner fin a una guerra entre clanes. Eso es muy distinto de permitir que mi hija se case con ese villano de Malcolm Mackenzie y me colme la casa de nietos Mackenzie. Te envié con vuestros primos a Francia para prepararte para un enlace adecuado, con alguien como Keith Gordon, y regresas atreviéndote a decirme que has estado coqueteando con el sinvergüenza más notorio de Escocia.

—Malcolm no es un sinvergüenza —replicó Marsali—. Y aunque lo fuera, no me importa. Lo amo, padre. Lo amé desde el primer instante en que lo vi, en la recepción de la prima Marie.

—¡Ay!

El conde se apartó de ella con disgusto. En privado, maldijo a su pariente, la marquesa de Betrand, enviándola al infierno y de vuelta por haber permitido que su preciosa Marsali, bajo su custodia

—pensó, furioso—, conociera a un hombre como Malcolm Mackenzie. Pequeña maliciosa y frívola. Ardía en deseos de escribirle una carta para expresarle su opinión sobre la forma en que había abusado de su posición como chaperona de Marsali.

Malcolm Mackenzie. Resultaba inconcebible, horrible. Se volvió hacia su hija e intentó convencerla de nuevo, modulando el tono.

—Ese noble caballero del que hablas —comenzó con sarcasmo— encerró a tres de nuestras familias en sus cabañas y les prendió fuego. Eso ocurrió cuando tú aún eras una niña. El mismo hombre mató al hijo de Ewan Crawford porque derramó una copa de vino sobre su manga durante la cena. Es conocido en todas las Highlands por buscar pelea con cualquiera, solo por el placer de matar. En cuanto a su moral… ninguna mujer de buena reputación puede permitirse ser vista en su compañía. Pídeme lo que quieras y te lo concederé —suplicó—, pero ningún padre permitiría que su hija se casara con un hombre así. Antes preferiría verte muerta.

Marsali había sido educada en el odio hacia los Mackenzie como parte del orden natural de las cosas, igual que levantarse por la mañana o comer y beber. De niña, su vieja niñera le susurraba terribles historias sobre las maldades del Mackenzie Negro, como los montañeses llamaban al heredero de Glenannan. Más cruel que su padre, más pendenciero, más violento y despiadado que todos sus temibles parientes juntos. Su nombre era un fantasma con el que las madres Campbell asustaban a sus hijos.

Marsali también había tenido miedo. Miedo porque no se le permitía montar a caballo sola ni alejarse de los límites de Hemsley sin la escolta de media docena de hombres armados del clan. Los Mackenzie acechaban como aves de rapiña, aguardando a los incautos Campbell, sin importar su edad o su sexo, para abalanzarse sobre ellos. Cuando los suyos regresaban de una incursión en tierras Mackenzie, se jactaban de sus hazañas, como si al matar a mujeres y niños del enemigo no hicieran más que cazar al diablo.

Y, sin embargo, con toda aquella herencia de odio y prejuicio a sus espaldas, Marsali se había encontrado con el enemigo de su

familia lejos de la atmósfera omnipresente de Escocia, cara a cara con él en el comedor de un castillo francés. ¿De qué servían las advertencias de su padre? ¿De qué servían sus apasionadas negativas frente a lo que ella sabía, muy dentro de sí, que era la verdad? «Le amo», pensó. Su propia confesión regresó a ella, y fue a la vez su única arma y la única que necesitaba.

—Padre —pronunció despacio—, no espero que me creas cuando digo que, fuera lo que fuera Malcolm o lo que hubiera hecho, amarme lo ha cambiado. Sé que, si te digo que es el hombre más gentil y tierno que he conocido, te reirías y afirmarías que solo se burla de mí. No puedo convencerte. Y, sin embargo, es cierto.

—Te ha hechizado —sentenció el conde—. Nada podría cambiar a ese sinvergüenza. Nada borraría la infamia de su vida durante los últimos veinte años. Si quieres que te lo diga con claridad, Marsali, a los quince años ya frecuentaba los burdeles de Edimburgo.

Ella volvió a suplicarle, sin advertir que su madrastra la observaba con una cautela casi ciega.

—Y si lo hizo —argumentó Marsali con vehemencia—, ¿acaso los Campbell no hemos hecho lo mismo o peor? ¿Somos tan perfectos, padre, que condenáis a Malcolm como si toda nuestra familia y quienes nos precedieron fueran santos virtuosos? Te ruego que lo reconsideres. Por favor, olvida los viejos odios y agravios que yacen en el pasado. Acoge a Malcolm y dale tu bendición…

—¡Mi bendición! —el conde giró sobre los talones—. ¡Mi maldición, y la de tus antepasados durante generaciones! Basta ya, Marsali. He oído suficiente. Escribiré a Marie de Betrand para informarle del daño que su estupidez nos ha causado a todos, y te aconsejo que te olvides por completo de ese rufián. Si no puedes hacerlo, organizaré otro viaje para ti. Hay un excelente convento en Baviera donde tendrás tiempo para reflexionar sobre tu locura y desobediencia. Ahora, vete a tu habitación.

A diferencia de su hijo predilecto, el conde no había heredado el colorido pelirrojo de los Campbell. Ahora era canoso y llevaba una

peluca empolvada al estilo francés, aunque en su juventud había sido tan rubio como su único hijo, Rowan.

Ni siquiera Rowan habría apoyado a su hermana en aquel asunto. Desde la muerte de su madre, ambos habían sido inseparables, unidos por la pérdida y la soledad compartidas. Cuando falleció la primera condesa de Hemsley, el conde había estado demasiado afligido y ensimismado para admitir a sus hijos en su vida hasta que crecieron y los lazos de afecto se forjaron con tal fuerza que trascendieron el deber que le debían.

Adoraba a Marsali. Amaba su espíritu y su temeridad, tan evidentes en aquella pasión trágica por un hombre tan poco adecuado para ella que su nombre apenas se pronunciaba en el castillo. La quería y hablaba con absoluta sinceridad cuando afirmaba que preferiría la muerte al matrimonio que ella proponía.

Pero si su amor por Rowan era menor, su orgullo por él resultaba mayor. Rowan era sensato, amable y juicioso, aunque de carácter fuerte, quizá más firme que el del propio conde, más parecido al de aquella mujer resuelta y gentil que había conquistado el corazón de Hemsley veinticinco años atrás y lo conservó incluso después de llevar muchos años en la tumba. Rowan debía comprender que lo que pedía aquella niña terca e imprudente era imposible.

El conde no miró a Marsali cuando pasó junto a él. Le abrió la puerta y ella salió sin decir palabra. Él la cerró de golpe y, de pronto, intensamente irritable, se encaró con la silenciosa testigo sentada en su silla.

—Si hubiera sabido, milady, que nuestra conveniente alianza haría que Marsali pensara en un Mackenzie como marido, habría preferido luchar contra vuestra familia el resto de mi vida. ¿Cómo se atreve ese rufián de vuestro primo a aspirar a mi hija?

Nunca había sentido afecto por su segunda esposa. Cuando era joven, poco después de cumplir los treinta, Sorcha Mackenzie había sido callada y poco agraciada. Como esposa despreciada y madrastra

ignorada, se había convertido en una fuente constante de irritación. Al conde lo enfurecía verla sentada en la silla de la difunta condesa durante la cena, o cosiendo junto a la ventana occidental del Salón Verde, como solía hacer la madre de Marsali. Su sola presencia le resultaba una afrenta. La despreciaba y resentía la obligación que lo había llevado a contraer un matrimonio miserable y humillante.

—Es un rufián y un sinvergüenza, ¿me oís? —insistió, arrepintiéndose de inmediato de concederle la satisfacción de una disputa.

La condesa se levantó, dobló su labor de costura y la guardó.

—Malcolm Mackenzie es mi primo —susurró—. No puedo escuchar cómo lo insultáis delante de mí.

—¿Estáis sugiriendo —preguntó el conde— que es un marido adecuado para mi hija?

La condesa estaba muy pálida. El conde rara vez la atacaba por asuntos de su familia ni, en realidad, discutía con ella sobre nada, ni siquiera enfadado, si podía evitarlo. Pero en las pocas ocasiones en que perdía la calma, ella inevitablemente rompía a llorar, una debilidad que lo hacía odiarla aún más.

—Malcolm es el hombre más valiente que he conocido —aseguró—. Nunca ha tenido pensamientos serios por una mujer hasta ahora. Si corteja a Marsali, podéis estar seguro de que lo hace porque la ama. Y si se casan… —la voz se le quebró y las lágrimas, humillantes, comenzaron a brotar—. Si se casan, ella será muy afortunada.

Antes de que él pudiera responder, la condesa salió corriendo de la habitación.

Marsali no se atrevió a desobedecer a su padre, pero envió a uno de los sirvientes a buscar a su hermano y a traerlo a su habitación.

Rowan Campbell era cinco años mayor que ella. Alto y rubio, de rostro afable y rasgos regulares, sus ojos, tan penetrantes y azules como los de su hermana, daban fuerza a su expresión serena. Era querido y respetado como un hombre de palabra, un terrateniente serio, justo y responsable, de temperamento más apacible que el del viejo conde. Solo amaba dos cosas en la vida, y ese amor era reflejo fiel de su naturaleza. Amaba su hogar y adoraba a su hermana Marsali.

Ella corrió a refugiarse en sus brazos, y él la estrechó contra sí, consolándola y calmándola como si volviera a ser una niña pequeña y él, el hermano mayor que tantas veces la había levantado tras una caída.

—Kate, Kate, seca esas lágrimas… ¿Qué sucede, mi pequeña?

—¡Es padre! Le he dicho que quiero casarme y se ha negado. ¡Se ha negado de forma definitiva y absoluta!

—¿Casarte? —Rowan la apartó ligeramente, sorprendido—. No sabía nada de eso. ¿Por qué no me lo has dicho? Nunca hemos tenido secretos.

—Oh, Rowan… no te lo dije porque habrías reaccionado igual que padre. Pero ahora necesito que me ayudes.

—¿Quién es? —preguntó él con cautela.

Marsali se separó y caminó hasta la ventana que daba a los páramos, más allá de las murallas del castillo.

—Malcolm Mackenzie.

—¡¿Qué?! —Rowan se lanzó hacia ella, la sujetó del brazo y la obligó a mirarlo—. ¿Malcolm Mackenzie de Glenannan? Kate, ¿has perdido el juicio? ¿Casarte con él? ¡Ni siquiera sabía que lo habías visto!

—Nos conocimos en Francia —explicó—. La prima Marie lo conocía bien y nos presentó. Rowan, escúchame antes de condenarlo. Lo vi todos los días durante meses. Estuvimos juntos casi medio año. Es el hombre más maravilloso que existe, el más gentil y tierno… —su voz tembló—. Lo amo más de lo que creí posible amar a alguien. Si me separan de él, nunca volveré a ser feliz. Por favor, ayúdame. No tengo a nadie más si tú también te vuelves contra mí.

—Oh, Kate… —suspiró—. ¿Qué has hecho? ¿Sabes quién es ese hombre? No solo un Mackenzie al que hemos odiado durante siglos, sino alguien que, por sus propios actos, tiene la peor reputación de las Highlands. ¿Cómo has podido amarlo? ¿Cómo has podido dejarte engañar?

—No me ha engañado —replicó con firmeza—. Me ama tanto como yo a él. Y no es un amor fácil para él, te lo aseguro. Tampoco tiene aliados en esto, pero está dispuesto a enfrentarse a su familia por mí. Haría cualquier cosa para que tú y padre lo aceptéis.

—Padre jamás lo hará. Una unión entre ambos es impensable.

—Me ha amenazado con enviarme a Baviera, a un convento. No discutiré más con él. Sabía que era inútil. Pero te juro, Rowan, que no renunciaré a Malcolm. Si no nos permiten casarnos, me fugaré con él.

Vio cómo los ojos de su hermano se endurecían y cómo su boca adoptaba una expresión muy similar a la del conde.

—No harás tal cosa —sentenció—. Si vuelves a insinuarlo, yo mismo te encerraré en tus aposentos hasta que encontremos un lugar seguro para ti.

De pronto, una idea lo sobresaltó, y su rostro pasó de blanco a rojo.

—¿Te ha seducido? Marsali, dime la verdad. No tengas miedo.

—¿Miedo? —rió ella, con ira—. ¡Por Dios, no me atrevería a confesarlo si así fuera! Pero tranquilízate. Malcolm nunca me ha

tocado. Y te aseguro que durante esos seis meses tuvo ocasión de sobra.

—¡Gracias al cielo! —Rowan la rodeó con un brazo—. Solo pensar que pudiera haberte ocurrido algo… lo habría matado.

—Sé que me quieres —dijo ella—. Por eso debes ayudarme, aunque vaya contra tu voluntad. Aceptaré que odies a Malcolm y que tengas razones para ello. Pero yo lo amo. Si no lo tengo, mi corazón se romperá. Y el suyo también. Habla con padre. Convéncelo como sea, pero al menos deja que Malcolm venga y defienda su causa.

—¿Y crees de verdad que eso cambiará algo?

Ella lo miró y sonrió.

—Conozco al hombre que amo. Nada en el cielo ni en el infierno le impedirá conseguir lo que desea. Te convencerá a ti y a padre.

—Muy bien —cedió—. Hablaré con él, pero no te prometo nada. Tendrás que ser paciente, Kate.

—Querido Rowan —Marsali le rodeó el cuello y lo besó—. Ve ahora mismo a ver a padre y pregúntale si mañana puedo salir a montar.

—¿Por qué mañana?

—Porque Malcolm me espera en el lago Ness. Llevamos un mes encontrándonos allí. Quiero decirle que puede venir a Hemsley.



A la mañana siguiente, la condesa ocupaba su lugar habitual en el Salón Verde, cosiendo uno de los innumerables bordados con los que llenaba sus horas. Conocía cada sonido del castillo y su rutina apenas variaba, de modo que, cuando oyó el rumor de los caballos en el patio, se levantó y se acercó a la ventana.

Vio a Marsali, acompañada por su viejo sirviente Angus, montando un hermoso caballo castaño. Marsali montaba con soltura, guiando al animal fogoso como si fuera un viejo y plácido poni. Todo lo hacía bien. A veces Sorcha Hemsley reflexionaba, con amarga ironía, sobre lo injusta que era la vida al repartir sus dones, concediéndolo todo a unos y tan poco a otros. Belleza, gracia, carácter… su hijastra lo poseía todo.

Debía de haberlo necesitado todo, pensó, para conquistar a Malcolm Mackenzie. No lo veía desde hacía cinco años, desde el día en que se situó tras ella en la capilla de Hemsley, durante su boda con el conde. Casi lo último que había grabado en su memoria, al avanzar hacia el altar, fue la expresión de furia en los ojos de Malcolm: oscuros como el azabache, con un curioso brillo rojizo que los hacía parecer castaños cuando la ira los encendía.

Su abuela había sido española y había transmitido aquel color a los Mackenzie, excepto a Sorcha, que solo era una prima. Malcolm no había querido aquella boda, ni la paz con los Campbell, ni poner jamás un pie en Hemsley. Y nunca supo que era el objeto del amor silencioso y eterno de su insignificante prima.

Sorcha no lo culpaba. Era el tipo de hombre al que una mujer como ella solo podía adorar en silencio, imaginando que todos los actos vergonzosos de los que se le acusaba los había cometido con ella y no con otras. Pero no era más que una fantasía. Era práctica y no esperaba que los anhelos secretos de una prima mayor y poco agraciada se hicieran realidad. Y entonces, cuando por fin se había resignado a permanecer soltera, llegó la propuesta del conde de Hemsley.

Durante un tiempo, tras la boda, intentó agradarle. Era un hombre al que habría podido amar; su corazón vacío y su cuerpo intacto estaban dispuestos a responder al afecto si se le hubiera ofrecido. Pero esa oportunidad nunca llegó. Habían sido intercambiados en un tratado, y él salió del dormitorio la noche de bodas comentando que estaba seguro de que ella preferiría estar sola.

Nada cambió desde entonces. Sus esfuerzos y su única y tímida muestra de afecto fueron rechazados con frialdad. Ahora lo odiaba como jamás creyó posible odiar a otro ser humano, no solo por su dureza e indiferencia, sino por la virginidad que la convertía en objeto de burla ante sus ojos y ante los suyos propios. Jamás lo perdonaría.

Inclinándose hacia delante, vio a Marsali dirigirse a la puerta del castillo, seguida por el viejo sirviente montado en una robusta yegua gris, y supo, sin necesidad de pruebas, que iba a encontrarse con Malcolm Mackenzie.

El conde había perdido.

Sorcha comenzó a reír, llevándose las manos a la boca para amortiguar el sonido. Rió hasta estremecerse, y la risa se transformó en un llanto amargo.

Marsali llevaba casi una hora cabalgando, con Angus trotando unos pasos detrás. El anciano había sido su guardián desde la infancia, tanto a caballo como a pie, y ella lo oía murmurar y maldecir mientras la seguía. Durante el último mes la había acompañado al lago Ness y había sido testigo involuntario de sus encuentros con Malcolm Mackenzie.

Ella le había arrancado la promesa de guardar el secreto hasta que decidiera hablar con su padre. Tras las primeras mañanas, en las que Angus permanecía vigilante con la pistola amartillada, observando a su señora y a su amante desde detrás de una loma, había llegado a la sorprendente conclusión de que Malcolm Mackenzie no pretendía causarle daño alguno a lady Marsali.

Ella se volvió a medias en la silla y lo llamó, riendo.

—Deja de maldecir, Angus. Algún animal meterá la pata en un agujero si te oye murmurar así.

—No son mis maldiciones las que ofenden a las bestias, milady —rezongó—. Es la visión de ese asesino de Mackenzie hablando con vos y poniendo sus manos negras sobre vos.

El conflicto entre su amor por su señora y su repulsa hacia los Mackenzie lo había alterado tanto que lo sorprendieron robando el whisky del conde y lo reprendieron con severidad. Tras más de treinta años haciéndolo sin ser descubierto, aquel descuido era señal inequívoca de profunda perturbación.

—Eres un viejo fisgón —lo reprendió Marsali—. Si no te gusta lo que ves, deja de espiar. Esta vez quédate aquí, junto al camino, y no quiero verte ni un centímetro más cerca.

Espoleó al caballo y se lanzó al galope por el sendero abrupto que bordeaba el lago. El agua estaba tranquila y azul, sombreada por las montañas que se alzaban en la orilla opuesta. El sol brillaba y el aire frío le azotaba el rostro, y cuando el caballo respondió, aceleró aún más.

Al doblar una curva, vio a otro jinete que se acercaba a toda prisa. Gritó, pero el viento se llevó su voz. Se encontraron y el hombre, montado en un gran caballo negro, se dejó caer al suelo casi antes de que el animal se detuviera por completo. Se acercó, la alzó de la silla y ella se abandonó en sus brazos.

—Malcolm… amado mío…

Era excepcionalmente alto para un montañés, de hombros anchos y fuerza legendaria. Al atraerla hacia sí, la levantó del suelo. Bajó el rostro moreno y la besó con labios firmes. Ella sintió la tensión de sus brazos y se maravilló de su vigor, alegrándose, una vez más, de la delicadeza con la que siempre la trataba.

—Katarina, mi preciosa Marsali. He cabalgado como el diablo para llegar a tiempo.

—Ya lo veo —susurró ella—. Cabalgas demasiado rápido. La pobre bestia está exhausta.

—Soy un hombre impaciente —admitió—. El menor de mis defectos.

Ella le acarició la mejilla y él llevó su mano a los labios.

—Para mí no tienes defectos. Ven, ata los caballos y sentémonos. Tengo noticias para ti, y no pueden esperar.

Subieron por la hierba corta y él extendió su capa entre el brezo. Intentó tomarla de nuevo en sus brazos, pero ella lo detuvo.

—Espera. Déjame hablar primero. ¿No deseas oír mis noticias?

—Solo si son buenas.

Cada vez le resultaba más difícil dominar el deseo de estrecharla y besarla sin medida, pero jamás habría ultrajado la virtud que tanto respetaba. No solo la amaba, también la veneraba, y no sabía cuál de las dos cosas era mayor milagro.

—Ayer hablé con mi padre —anunció ella.

—Y se negó a hablar de mí y amenazó con enviarte lejos —concluyó él—. Lo esperaba.

—No —rió—. Eso fue solo el principio. Estaba furioso, dijo exactamente eso y me confinó en mis aposentos. No pude hacer nada. Pero fue mi hermano Rowan quien lo convenció.

—¿Tu hermano? Por Dios, no esperaba que fuera nuestro aliado.

—Rowan es el hombre más bondadoso que existe. Haría cualquier cosa por verme feliz. Le hablé de mi amor por ti y fue él quien convenció a padre para que aceptara recibirte. Mañana vendrás a Hemsley. ¿No es una buena noticia?

—La mejor del mundo, Marsali. Si puedo ver a tu padre, lo convenceré. Aunque fuera el diablo, ganaría a San Pedro para conseguirte.

—Por lo que ambos dicen de ti, es posible que seas el diablo —bromeó ella—. Malcolm, dime una cosa. ¿Eres tan malvado como dicen? No es que me importe, amado mío… No me importa lo que seas ni lo que hayas hecho. Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

Durante un momento, Malcolm no respondió. Veinte años de violencia y libertinaje se alzaron ante él y se burlaron de su

presente. Peleas incontables, tantas que había perdido la cuenta; noches vagando por las calles de Edimburgo cuando él y sus hermanos eran estudiantes en la universidad, en busca de mujeres, provocando a los transeúntes; incursiones ebrias en burdeles, redadas en las tierras de los Campbell, robando su ganado y persiguiendo a su gente hasta los páramos para dejarlos morir.

Nunca había sido consciente del mal hasta que conoció a Marsali. Había vivido como un animal salvaje, sin piedad ni remordimiento. Mientras ella aguardaba su respuesta, sintió el peso de su vergüenza y el amargo arrepentimiento por aquel pasado.

—Malcolm, mi amor… perdóname —susurró ella—. No tenía derecho a preguntarte. El pasado es asunto tuyo. Olvida que lo he dicho, por favor.

—Tienes todo el derecho, si vas a casarte conmigo —admitió al fin—. Y sea lo que sea lo que haya sido, Marsali, nunca he mentido en mi vida. Es una virtud pobre, pero la única de la que puedo presumir. No voy a mentir ahora. Si tu padre dijo que era un asesino, dijo la verdad. Un ladrón de ganado y un fornicador… todo eso y más. ¿Aún me amas?

—Más que nunca —le aseguró ella.

Tomó sus manos entre las suyas y las besó.

—Desde que te conocí, he cambiado —continuó él—. No he vuelto a levantar la mano contra una mujer ni a desenvainar la espada contra ningún hombre. He intentado ser digno de ti, Marsali. Si te casas conmigo, dedicaré mi vida a seguir intentándolo.

Ella lo abrazó, le inclinó la cabeza y lo besó larga y apasionadamente, tal y como él le había enseñado. Entonces él la rodeó con los brazos y la estrechó con tanta fuerza que apenas podía respirar. Cayeron hacia atrás sobre el suelo, y el deseo de ella se elevó para encontrarse con el de él hasta hacerla temblar.

Su mundo se oscureció. El sol brillante y el viento se desvanecieron; sus sentidos clamaron y suplicaron, y un grito de

rendición escapó de sus labios temblorosos. Mientras la abrazaba, Malcolm sintió como si estuviera en llamas. Dudó un instante, luchando contra sí mismo y contra ella, y luego la apartó.

Marsali yacía mirándolo, con el cabello llameante suelto sobre los hombros y lágrimas en los ojos.

—Malcolm, Malcolm… ¿qué he hecho mal?

—Nada, mi amor. Nada. El peligro ha pasado, y todo ha sido culpa mía.

—Podrías haberme tomado —susurró—. Yo lo deseaba.

—Perdería el control —replicó él con voz ronca—. Pero no voy a anticipar nuestra boda. Siéntate, mi amor, y recógete el cabello. Mañana debo mirar a los ojos a tu padre.

Sonrió, la ayudó a incorporarse y le acarició el brillante cabello rojo mientras ella se lo recogía de nuevo.

—¿De qué color será el cabello nuestros hijos? —se preguntó —. Si nuestro hijo tiene tu pelo, será el primer Mackenzie pelirrojo en generaciones.

—Mi hijo será como tú —decidió ella—. Negro como el cuervo nocturno. Y valiente y espléndido por encima de todos los demás hombres. Prométeme una cosa.

—Lo que sea. Cualquier cosa en el mundo.

—Prométeme que, ocurra lo que ocurra mañana, no te dejarás provocar para discutir con mi padre. Lo conozco bien. Puede que haya aceptado a Rowan, pero solo porque cree que ganará. Si pierdes los estribos con él, todo estará perdido. Sé que intentará provocarte.

—Seré tan dócil como la leche —prometió—. Tengo demasiado que perder como para preocuparme por unos cuantos insultos. Aunque presiento que me brindará una bienvenida memorable. —Rió y la estrechó contra él—. No temas por mí. No caeré en ninguna trampa. Iré a verle con el sombrero en la mano.

—¿Y tu padre? ¿Sabe que pretendes casarte conmigo?

—Lo sabe —respondió Malcolm con gravedad.

—¿Y qué dijo?

No contestó de inmediato. La respuesta de sir Murdoch, bramada desde la cabecera de la mesa del Gran Salón de Glenannan, aún resonaba en sus oídos.

«¡Marsali Campbell! Preferiría que trajeras a una ramera común como novia. Si no es que es lo mismo».

Solo la intervención de su hermano menor, Kenneth, había impedido que padre e hijo se lanzaran el uno contra el otro. Se habían quedado allí, mirándose con odio y escupiendo furia, y por primera vez en su vida el anciano demonio había retrocedido ante la ira aún mayor de su primogénito.

«Cásate con ella, pero te advierto que, si la traes aquí, los sirvientes la envenenarán en menos de una semana».

Malcolm se encogió de hombros y habló con ligereza:

—No le ha gustado. Pero no tienes por qué preocuparte. No pienso vivir en Glenannan bajo su sombra cuando nos casemos. Tengo una casa encantadora en Kincarrig que está vacía. Será un hogar precioso para nosotros hasta que herede Glenannan. Mi padre es un viejo demonio, pero no nos causará problemas. En cuanto a mis hermanos, les caerás bien.

—Cuando vean que somos felices, ambas familias se reconciliarán. Pero quizá tengamos que esperar —añadió ella—. Mi padre no aceptará un matrimonio precipitado.

—Solo rezo para que acepte el enlace. El momento llegará por sí solo. Y cuando vaya a Clanara mañana, no iré con las manos vacías.

—¿Qué vas a llevarle? —preguntó en tono burlón—. ¿Alguno de los animales que robaste por la noche?

—Ya los han sacrificado —le recordó—. No he vuelto a asaltar a tu gente desde que nuestra prima se casó con tu padre. Aunque he tenido la tentación una o dos veces. Hay poco que hacer en las largas tardes… ¿Cómo está Sorcha? Casi había olvidado su existencia.

—Bastante bien. Creo que lo encuentra aburrido.

—Es una mujer aburrida, pero amable. Cariño, ¿volveremos a Francia después de casarnos? ¿Por qué no visitamos a la marquesa? Estará encantada. Solía observarnos con auténtico deleite. Tenía todo el sentimentalismo de una ramera. Te juro que no se lo había pasado tan bien en años como cuando tú y yo estuvimos allí.

—Fue muy amable conmigo —rió Marsali—. Venía a mi habitación por la noche. ¿Sabes, Malcolm? Llevaba colorete y polvos de arroz incluso en camisón. Estaba ridícula, como una muñeca pintada. Me preguntaba qué habíamos hecho, qué me habías dicho y si me habías besado. Creo que le divertía imaginar lo furioso que se pondría mi padre. Era prima de mi madre y nunca le gustó.

—Nunca olvidaré la primera vez que te vi —rememoró él—. Estaba mortalmente aburrido durante mi visita al château Delahaye. Sabía que debía permanecer en el extranjero un tiempo —el duelo con Angus Mackecknie había provocado un escándalo insoportable incluso para nosotros— y entonces acudí a la cena de la marquesa y te vi. Llevabas un vestido blanco, rodeada de franceses que te miraban embobados. Recuerdo lo enfadado que me sentí.

Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Destacaba entre las francesas maquilladas y parloteantes como una rosa magnífica, con su sencillo vestido de satén blanco, el encaje en el pecho y en los codos, y su glorioso cabello sin empolvar. La deseó desde el primer instante y, cuando consiguió que se la presentaran, el sonido de su apellido lo excitó aún más. Una Campbell. Qué triunfo, pensó entonces, qué regalo del cielo para aliviar los días ociosos de su exilio. La vileza de aquellas intenciones lo hacía estremecerse ahora. Pero no habían durado mucho.

—Te recuerdo —dijo ella—. Y cuando te conocí y supe quién eras… Oh, Malcolm, no puedo creerlo. Si nos hubiéramos encontrado aquí, en Escocia, nos habríamos odiado y habríamos dado media vuelta.

—Así habría sido —admitió—. La única diferencia es que yo habría reunido a unos hombres y te habría esperado una noche. Nunca podría haberte olvidado, Marsali, ni permitir que te marcharas con otro.

—Y si hubiera empezado así —murmuró ella—, en lugar de pasear juntos, cazar y bailar en las fiestas de la marquesa, habría terminado amándote igual que ahora.

—Y siempre lo harás, eso le pido a Dios. Debo volver.

Ella se levantó y se abrazaron de nuevo, esta vez con ternura y un leve temor de sí mismos.

—¿Dónde está tu viejo sirviente? —preguntó ella.

—Allí, junto a la curva del camino del lago. Es un milagro que haya guardado silencio sobre nuestros encuentros. ¿Sabes que una vez estuvo a punto de dispararte cuando te vio abrazarme? Después me confesó que casi apretó el gatillo cuando te vio acercarte y besarme, hasta que comprendió que no era contra mi voluntad. Pobre Angus. Es bueno y devoto, y está tan enfadado conmigo que apenas puede hablar. ¿Puedo llevármelo conmigo a Kincarrig?

—Puedes llevarte a los sirvientes que desees, mi amor. La casa se organizará según tus deseos. Vamos, debemos regresar. El sol está a punto de ponerse tras la montaña. En media hora estará oscuro.

Regresaron cogidos de la mano. Malcolm la ayudó a descender la parte más empinada de la ladera hasta llegar a los dos caballos que pastaban tranquilamente la hierba rala.

—Mi amor.

Le tomó ambas manos y, de pronto, se arrodilló ante ella. Marsali acarició la cabeza negra inclinada sobre sus manos.

—Reza para que mañana todo salga bien. Reza para que Dios nos ayude a alcanzar nuestra felicidad.

—Rezaré —prometió—. No he pronunciado el nombre de Dios más que para jurar desde que era un niño sentado a los pies de mi madre. Pero esta noche rezaré como nunca.

La ayudó a montar.

—Hasta mañana, Marsali, mi amor.



—¡Ve al patio y mira si ha vuelto Malcolm!

El anciano sentado en su silla junto a la chimenea abierta del Gran Salón de Glenannan llevaba más de una hora escuchando, con creciente impaciencia, el sonido de un caballo. Asomó su cabeza canosa por encima del alto respaldo de la silla de roble y frunció el ceño al sirviente que salió corriendo para obedecerle.

Sir Murdoch Mackenzie rondaba los setenta años. Era bajo y fornido, con brazos poderosos y un torso propio de un luchador. Incluso a su edad podía partirle la espalda a un hombre si lograba inmovilizarlo. En su juventud había sido temido y odiado por sus enemigos, y amado por los hombres de su clan, pues no tenía igual en la lucha.

Cuando Malcolm Stuart, el legítimo rey de Escocia, regresó del exilio en Francia e intentó recuperar su trono de manos de los ingleses durante el levantamiento de 1715, Murdoch de Glenannan arrancó a sus hombres de los campos y del ganado y cabalgó a la guerra. Tuvo la fortuna de no sufrir más castigo que una pesada multa por su participación en la rebelión, ya que, además de valiente, era astuto y había sabido granjearse aliados útiles entre los escoceses que gobernaban en nombre de Inglaterra.

Mientras otros perdían la cabeza y las tierras, Glenannan permaneció a salvo, y su jefe limitó sus actividades a hostigar a los Campbell. Pero jamás perdonó ni olvidó el dinero que se vio obligado a pagar para librarse de la acusación de traición. Si había algo que odiaba tanto como al clan Campbell y a su jefe, era al rey Jorge II de Inglaterra y a los ingleses.

—Es el señor en persona, señor.

—Dile que venga directamente a verme —ordenó el anciano, recostándose de nuevo en la silla.

Sus ojos no eran negros como los de su hijo, sino de un color extraño, casi del mismo amarillo que las ágatas engastadas en la empuñadura de su daga. Aquella mirada le había valido el apodo de «el León». Había en ella una luz desagradable mientras aguardaba. Sir Murdoch sabía perfectamente adónde había ido Malcolm.

Cuando oyó sus pasos sobre el suelo de piedra no levantó la vista ni se movió. Permaneció inmóvil hasta que la sombra de su hijo cayó sobre él y entonces alzó los ojos, fulminándolo con la mirada.

—¿Has vuelto? Supongo que acabas de cortar a alguien.

—Puedes suponer lo que te plazca —replicó Malcolm con frialdad—. Si pretendes repetir los insultos de anoche, no tengo intención de escucharte.

Se dio la vuelta como si fuera a marcharse.

—¡Espera! —bramó el anciano, incorporándose de un salto—. ¡No te atrevas a darme la espalda, renegado! Husmeando alrededor de las faldas de nuestro enemigo… ¡Por Dios, Malcolm, hueles a donde has estado!

—He ido a ver a mi futura esposa —respondió—. Anoche te dije que había tomado una decisión y que Marsali había hablado con su padre. Estaba tan disgustado como tú, pero eso no nos importa a ninguno de los dos. Y, ya que muestras tanta curiosidad, el conde ha accedido a recibirme mañana.

—¡Es una trampa! —gritó sir Murdoch—. Un truco para meterte en su maldito castillo y luego cortarte el cuello. Hijo, ¿estás embrujado? Si vas, no lo hagas solo. ¡Lleva hombres, lleva a tus hermanos!

—Iré solo —respondió Malcolm con frialdad—. Y lo único que espero es volver con su permiso para casarme con Marsali. La disputa terminó, padre. Terminó cuando todos estuvimos en la capilla de Hemsley y vimos casarse a nuestra prima Sorcha. Fuiste tú quien insistió entonces en hacer las paces.

—Éramos pobres —se defendió el anciano—. Diez mil guineas más pobres después del quince. No podíamos permitirnos perder ganado ni ver arder nuestras granjas. Pero aquello fue entonces y esto es ahora. Hemos prosperado. Me atrevo a jurar que somos más ricos de lo que ese viejo cerdo de Hemsley podría soñar jamás. No hay razón para esto —añadió con un dolor genuino en la voz—. Ninguna razón para que no hubieras elegido esposa entre cualquiera de las seis familias de las Highlands, si querías sentar la cabeza. Pero esta mujer… No, Malcolm, no puedo creerlo.

Su hijo lo miró y se encogió de hombros. Aquella indiferencia hirió al anciano como un golpe. Siempre había existido amor entre él y sus hijos: amor, lealtad y un vínculo forjado en gustos comunes. Ninguna mujer había vuelto a pisar Glenannan desde que la esposa del viejo jefe murió al dar a luz a Hamish, el menor, y con ella se extinguió toda influencia femenina en la casa.

Nada en aquella mansión sombría indicaba que hubiera tenido alguna vez una señora. Las paredes de piedra desnuda estaban adornadas aquí y allá con tapices descoloridos que se agitaban con corrientes perpetuas; las chimeneas abiertas humeaban; los perros de caza dormían ante el fuego; en algunas estancias el suelo seguía cubierto de paja, como un siglo atrás. La única nota discordante era la vajilla Mackenzie dispuesta sobre un enorme aparador de roble, con platos, copas y jarras de oro y plata brillando bajo la luz mortecina.

Era una fortaleza guarnecida por combatientes. El jefe empleaba apenas media docena de mujeres en la casa, y solían estar encintas de algún miembro de la familia. Era una forma habitual de aumentar el servicio y de fortalecer los lazos del clan con la preciada sangre del jefe y de sus hijos. Ahora aquella unidad se veía amenazada, arruinada por la pasión de su primogénito por la hija de su enemigo.

—¿No pretenderás traerla aquí? —lo desafió—. Ya te dije lo que ocurriría si lo hacías.

—Este no es lugar para ella —respondió Malcolm con sequedad —. No la llevaré a ningún sitio donde no la quieran como merece. Viviremos en la casa de mi madre, en Kincarrig.

El anciano lo miró con absoluta incredulidad.

—¿Abandonarías tu hogar, tu herencia, a tu propio padre y a tu familia solo por acostarte con una mujer? No voy a discutir contigo. Has perdido la cabeza. Me hablas de marcharte a Kincarrig y dejarme solo en mi vejez… Malcolm, ¿ya no nos quieres?

—Os quiero a todos —replicó—. Pero quiero más a Marsali. Tú no la conoces, padre. No sabes nada de sus virtudes ni de sus gracias…

—¡Virtudes! —exclamó sir Murdoch—. ¡Tú, que te acostabas con las criadas de la cocina a los catorce años, hablándome de virtudes! Basta. Ve mañana a Hemsley. No hay quien aparte a un necio de su destino. Ahora, fuera de mi vista. Y dile a ese holgazán de Ian que me traiga whisky. Quizá tus hermanos logren hacerte entrar en razón. Está claro que yo ya no puedo.

—Si mis hermanos intentan interferir —advirtió Malcolm en voz baja—, les romperé el cuello. Te enviaré el whisky, padre. Tal vez te mejore el humor para la cena.



Angus Campbell trotaba a pocos pasos detrás. Era un anciano que había sido su guardián desde la infancia, en viajes a caballo y a pie, y Marsali lo oía murmurar y maldecir entre dientes mientras la seguía. Durante el último mes la había acompañado en aquellos paseos hacia el lago Ness y había sido testigo involuntario de sus encuentros con Malcolm Mackenzie.

Ella le había hecho jurar silencio hasta que decidiera hablar con su padre. Tras las primeras mañanas, en las que Angus se quedaba apostado con la pistola amartillada, observando desde detrás de una loma, había llegado a la sorprendente conclusión de que Malcolm Mackenzie no pretendía hacerle daño alguno a lady Marsali.

Ella se giró en la silla y le llamó entre risas.

—Deja de maldecir, Angus. Algún animal meterá la pata en un agujero si te oye murmurar así.

—No son mis maldiciones las que ofenden a las bestias, milady —rezongó—. Es la visión de ese asesino de Mackenzie hablándoos y poniendo sus manos negras sobre vos.

El amor que sentía por su señora y la repulsa que le provocaban sus actos lo habían perturbado tanto que lo sorprendieron robando whisky del conde, y fue reprendido con severidad. Después de más de treinta años haciéndolo sin ser descubierto, aquel descuido era señal de una inquietud extrema.

—Eres una vieja fisgona —lo reprendió Marsali—. Si no te gusta lo que ves, deja de espiar, viejo granuja. Esta vez te quedarás aquí, junto al camino del lago, y no quiero verte ni un centímetro más cerca.

Espoleó al caballo y se lanzó al galope por el sendero abrupto que bordeaba el agua. El lago estaba tranquilo y azul, sombreado por las montañas que se alzaban en la orilla opuesta. El sol brillaba, el aire fresco le azotaba el rostro y, cuando el animal respondió al viento, aceleró aún más.

Al doblar una curva vio a otro jinete que se acercaba con rapidez. Gritó, pero el viento arrastró su voz. Se encontraron un instante después. El hombre, montado en un gran caballo negro, lo detuvo y se lanzó al suelo casi antes de que la bestia se aquietara. Se acercó y la alzó de la silla. Marsali se abandonó en sus brazos.

—Malcolm… oh, Malcolm, amado mío…

Era excepcionalmente alto para un montañés, de hombros anchos y fuerza legendaria. Al atraerla hacia sí, la levantó del suelo. Inclinó el rostro moreno y la besó con firmeza. Ella sintió tensarse los músculos de sus brazos y se maravilló, una vez más, de su fuerza, agradecida de que siempre tuviera cuidado de no hacerle daño.

—Marsali. Mi preciosa Marsali. He cabalgado como el diablo para llegar a tiempo.

—Ya lo veo —murmuró con dulzura al observar al caballo cubierto de espuma, los flancos agitados—. Cabalgas demasiado rápido, mi amor. La pobre bestia está exhausta.

—Soy un hombre impaciente —admitió—, y ese es el menor de mis defectos.

Ella alargó la mano y le rozó la mejilla. De inmediato él llevó aquellos dedos a los labios y los besó.

—A mis ojos no tienes defectos. Ven, querido, ata los caballos y sentémonos. Tengo noticias para ti, y no pueden esperar.

Caminaron cuesta arriba entre la hierba corta. Malcolm encontró un lugar cubierto de brezo espeso y extendió su capa para ella. Intentó tomarla de nuevo en brazos, pero Marsali lo detuvo con un susurro.

—Espera. Déjame hablar primero. ¿O acaso no quieres oír mis noticias?

—Solo si son buenas.

Cada vez le resultaba más difícil dominar el deseo de estrecharla y besarla hasta perder el aliento, y sin embargo jamás habría mancillado la virtud que tanto respetaba. No sabía cuál de las dos cosas era mayor milagro: amarla o respetarla.

—Ayer hablé con mi padre —anunció ella.

—Y se negó a hablar de mí y amenazó con enviarte al extranjero —concluyó él—. Me lo esperaba. ¿Esa es tu buena noticia?

—No —rió—. Eso fue solo el principio. Estaba furioso, sí, y me desterró a mis aposentos. No logré nada con él. Fue mi hermano Rowan quien lo convenció.

—¿Tu hermano? Por Dios, no esperaba que fuera nuestro aliado.

—No lo conoces. Rowan es el hombre más dulce que existe. Después de ti, es la persona a la que más quiero. Haría cualquier cosa por verme feliz. Le conté cuánto te amo y fue él quien habló con mi padre. Lo convenció para que te reciba. Mañana vendrás a Hemsley. ¿No es una buena noticia?

—La mejor del mundo, Marsali. Si puedo ver a tu padre, lo convenceré. Si fuera el diablo, me ganaría a San Pedro para conseguirte.

—Por lo que ambos dicen de ti, es posible que seas el diablo —bromeó ella—. Malcolm, dime una cosa. ¿Eres tan malvado como dicen? No es que me importe, amado mío… No me importa lo que seas ni lo que hayas hecho. Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

Durante un momento, Malcolm guardó silencio. Veinte años de violencia y libertinaje se alzaron ante él: peleas incontables; noches vagando por las calles de Edimburgo cuando él y sus hermanos estudiaban en la universidad, en busca de mujeres y provocaciones; incursiones ebrias en burdeles; redadas en las tierras de los Campbell, robando ganado y persiguiendo a su gente hasta los páramos.

Nunca había sido consciente del mal hasta que conoció a Marsali. Había vivido como un animal salvaje, sin piedad ni remordimiento. Mientras ella aguardaba su respuesta, sintió la vergüenza y el arrepentimiento por aquel pasado.

—Malcolm, mi amor… perdóname —dijo ella—. No tenía derecho a preguntarte. El pasado es asunto tuyo. Olvida que lo he dicho.

—Tienes todo el derecho, si vas a casarte conmigo —admitió al fin—. Y sea lo que sea lo que haya sido, nunca he mentido. Es una virtud pobre, pero la única que poseo. No voy a mentir ahora. Si tu padre dijo que era un asesino, dijo la verdad. Además de ser un ladrón de ganado y un fornicador… todo eso y más. ¿Aún me amas?

—Más que nunca.

Tomó sus manos entre las suyas y las besó.

—Desde que te conocí, he cambiado —continuó—. No he vuelto a desenvainar la espada contra ningún hombre. He intentado ser digno de ti. Si te casas conmigo, dedicaré mi vida a seguir intentándolo.

Ella lo abrazó y lo besó larga y apasionadamente. Él la estrechó con tanta fuerza que apenas podía respirar. Cayeron sobre el suelo y el deseo de ella se alzó para encontrarse con el suyo hasta hacerla temblar.

El mundo se oscureció. El sol y el viento se desvanecieron. Sus sentidos clamaron y un grito de rendición escapó de sus labios. Malcolm sintió el cuerpo en llamas; dudó un instante, luchando contra sí mismo y contra ella, y al final la apartó.

Marsali yacía mirándolo, el cabello suelto sobre los hombros y lágrimas en los ojos.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada, mi amor. Nada. El peligro ha pasado y todo ha sido culpa mía.

—Podrías haberme tomado —susurró—. Yo lo deseaba.

—Lo sé. Pero no voy a anticipar nuestra boda. Siéntate y recógete el cabello. Mañana debo mirar a los ojos a tu padre.



Llegó la noche, y la luna, al elevarse sobre las colinas onduladas y tocar con su plata las cimas de las montañas, transformó el paisaje salvaje en algo frío e irreal, como si perteneciera a un mundo desconocido. Las luces de Hemsley se apagaron, al igual que las de Glenannan, donde el viejo jefe yacía borracho en su cama, mientras su hijo dormía inquieto, soñando con la mujer que amaba y revolviéndose en el lecho vacío como si pudiera encontrarla allí. El sueño que llegó a Marsali, lejos, en Hemsley, fue tan dulce y lleno de tiernas fantasías como el de Malcolm.

En ambas grandes casas reinaban el odio y la inquietud.

Marsali despertó muy temprano y permaneció un rato en ese estado lento y somnoliento entre el sueño y la vigilia. Cerró los ojos y pensó en Malcolm, y con ese pensamiento acudió el recuerdo de los momentos vividos en el hueco del valle. Se levantó de la cama impulsada por una mezcla de ansiedad y júbilo, pues aquel era el día en que él acudiría a reclamarla. A pesar de todo, no sentía miedo.

Su doncella Effie, nieta del viejo Angus, la ayudó a entrar en la bañera de cobre, vertió más agua caliente perfumada con abundante esencia de jazmín y le frotó los hombros blancos, desbordada de curiosidad, incapaz ya de contenerse. Los rumores se habían propagado por todo el castillo.

—¿Es cierto que hoy viene un pretendiente a visitar a milady? ¿Es verdad que es un Mackenzie? No quise creer a mi abuelo. Es un viejo chocho, como bien sabe milady, pero estuvo parloteando toda la noche…

—Effie —dijo Marsali, envolviéndose en la toalla y pisando el suelo, que quedó marcado por gotas de agua perfumada—. Mi pretendiente vendrá hoy, sí. Y no es solo un Mackenzie, sino Malcolm Mackenzie en persona. ¿Te gustaría servirme en Kincarrig cuando nos casemos?

—¡Dios me libre! —exclamó Effie, horrorizada—. ¡Antes serviría al diablo en el infierno!

—Entonces buscaré a otra muchacha —decidió Marsali con serenidad—. Busca a alguien adecuada y enséñale mis costumbres para que sepa vestirme y cuidar de mi armario tan bien como tú. Aunque te echaré de menos.

Effie no respondió de inmediato. Tenía un rostro redondo, poco agraciado y simpático. Era solo diez años mayor que Marsali, pero la trataba con una mezcla de protección y reverencia, como si las separaran décadas. Nadie había querido casarse con ella. Era demasiado simple y tenía la lengua demasiado afilada. Todo su afecto se había volcado en la devoción hacia la joven hermosa a la que servía desde niña.

Le tendió la camisa y, al contemplar el cuerpo joven y perfecto, pensó con repugnancia en aquel Mackenzie y cerró los ojos con una mueca. Un año atrás había existido otro candidato: Keith Gordon, primo del conde, un caballero amable y de voz suave. Se había hablado mucho de él y de lady Marsali, y todos, desde el conde hasta Angus y los criados, lo habían aprobado.

Luego su señoría viajó a Francia y conoció a aquel rufián, y Keith Gordon dejó de visitarla. Effie la había acompañado en aquel exilio, odiando cada instante. No aprendió una palabra del idioma ni probó bocado sin quejarse y compararlo con las glorias de Escocia. Ni siquiera ella había comprendido entonces que el buen humor de su señora se debía al hombre moreno y hosco al que había visto bailar con ella un par de veces.

—Milady —dijo al fin—, quédese quieta o no podré atarle estos lazos. No hay muchacha en kilómetros a la redonda que pueda

cuidarla tan bien como yo. Si no están robando, están durmiendo o escapándose con algún lacayo cuando usted no mira.

—En ese caso —bromeó Marsali, siguiéndole el juego—, tendré que contratar a una Mackenzie.

Aquello fue demasiado para Effie.

—¡Ninguna Mackenzie pondrá sus manos sucias sobre vos! —espetó—. Si vais a vivir con ese villano, me necesitaréis para cuidaros. Pero no creo que vuestro padre lo permita ni por un momento. ¡Una Mackenzie, que tontería!

Apretó los cordones del corsé con tal fuerza que Marsali hizo un gesto de dolor.

—Si se niega, me iré con Malcolm Mackenzie sin la bendición del clero. ¿Vendrás conmigo entonces, Effie?

Effie se apartó y le mostró una enagua de batista blanca adornada con abundante encaje de Carrickmacross.

—No iré. Y le diré a vuestro padre lo que acabáis de decir para que os mantenga bajo llave.

—Effie, ¿nunca te has enamorado?

—¿De esta panda de inútiles? No, gracias a Dios. Y no me creo lo de la fuga. Eso es cosa de gente común. Las damas de buena cuna no se desperdician con sinvergüenzas como Malcolm Mackenzie, que antes les cortaría el cuello que casarse con ellas.

—Malcolm Mackenzie no es un sinvergüenza malvado —replicó Marsali. Su voz había perdido el tono burlón. Era fría y cortante—. En adelante hablarás de él con respeto o no hablarás de él. Ahora abre el armario. Quiero elegir mi vestido.

—He sacado el de terciopelo amarillo —aventuró Effie.

—No es lo bastante bueno.

Marsali seguía enfadada. No había una sola persona, pensó con amargura, a la que pudiera acudir en busca de ánimo. El odio y los prejuicios cegaban a todos. En ese instante echó de menos a su

madre difunta como no lo hacía desde la niñez. La primera condesa de Hemsley había sido una mujer dulce y apacible, famosa por su bondad.

El retrato del Salón Verde mostraba a una joven esbelta, de cabello castaño suave y ojos color avellana, pintada cuando aún era una recién casada. Todas las esposas de los Campbell habían sido retratadas tras el matrimonio, y los cuadros se alineaban en el Salón Verde y a lo largo de la gran escalera, incluso los de las tres mujeres que tuvieron la desgracia de casarse con el Campbell Rojo. Sus rostros pálidos miraban desde siglos atrás, enmarcados por los toscos tocados del siglo XVI.

Él se había casado con ellas, las había enterrado y había conservado sus cuantiosas dotes. Marsali solía recorrer aquellas galerías escuchando a su niñera relatar la historia de cada retrato y a menudo se preguntaba si alguna de aquellas esposas había vivido durante el asedio de Mackenzie y había intentado ayudar a su prisionera.

Solo una mujer faltaba en aquella larga genealogía. La actual condesa no había sido retratada. El espacio junto al retrato del conde lo ocupaba un magnífico cuadro de Marsali con traje de caza, pintado poco antes de su viaje a Francia.

Se dirigió al armario de caoba que cubría una pared entera y fue sacando vestidos.

—Este. Me pondré este. Y las zapatillas verdes.

El vestido, confeccionado en Francia, era de tafetán de un evasivo verde mar con reflejos azules. El corpiño recto y escotado estaba adornado con pequeñas flores de turquesa y cristal, hábilmente esparcidas también en los pliegues de la amplia falda. Eligió un largo pañuelo de terciopelo azul turquesa para cubrirse los hombros.

Effie lo extendió sobre la cama, colocó las zapatillas y el pañuelo, y luego, aún en silencio, Marsali se sentó para que la peinara. Effie estaba tan orgullosa de aquel cabello espeso y

brillante como si fuera suyo. Lo cepilló con los cepillos de plata hasta que relució como el fuego.

Le despejó la frente, lo sujetó con dos peines de carey oscuro y lo recogió atrás con cintas de seda azul, dejando caer los extremos en rizos sobre los hombros.

—Gracias, Effie. Está precioso.

—Lo he hecho cientos de veces. No tiene nada de especial. Habría que ser tonta para no hacerla parecer la belleza que es. Levántese, milady, y le ayudaré a atarse el vestido.

Marsali se giró lentamente ante el espejo largo y vio en la expresión de Effie la confirmación de lo que ya sabía. Nunca había estado más hermosa.

—Si su padre dice que no —soltó Effie de pronto—, ese Mackenzie lo matará para poder tenerla.

—No habrá asesinatos —respondió Marsali en voz baja—. Ni violencia ni disputas. Tengo la palabra de Malcolm Mackenzie y no la romperá. Todos estamos cansados de luchar. Al fin y al cabo, hemos tenido a un Mackenzie viviendo en esta casa los últimos cinco años.

—Eso es cierto —admitió Effie—. Y de poco nos ha servido. —Miró el reloj que colgaba de su cintura—. Pasan de las diez. Ha tardado demasiado en vestirse y hará esperar a la familia para el chocolate.

El chocolate matutino era un ritual invariable. A las once, el conde, su hijo, su hija y su esposa se reunían en la Biblioteca Larga para discutir los asuntos del día. Era una costumbre instaurada por la madre francesa del conde, una mujer alegre que había suavizado la severidad del castillo con muebles elegantes, espejos y paneles de seda verde.

Cuando Marsali bajó, solo la condesa estaba allí.

—¿Dónde están mi padre y Rowan? —preguntó.

—No lo sé. Llevo aquí un rato —respondió Sorcha, observando el vestido de Marsali—. Marsali, no quiero entrometerme, pero… ¿vendrá hoy mi primo Malcolm?

—Sí, vendrá al mediodía. ¿Qué cree que hará padre?

—No lo sé. Solo sé que sus sentimientos hacia mi familia no han cambiado.

Marsali sintió una repentina compasión por su madrastra.

—Espero que no se sintiera herida ayer, señora. Mi padre no es un hombre expresivo.

—Mima a sus perros —replicó Sorcha con serenidad—, pero a mi nunca me ha dado la mano.

—Usted no esperaba amor —murmuró Marsali.

—Quizá no. Me educaron para pensar que el matrimonio podía ser maravilloso. Como lo será el tuyo, si has conquistado el corazón de mi primo. Es un corazón valiente y vacío desde la infancia. Te felicito. Tendrás amor e hijos. Que Dios te acompañe hoy.

Rowan entró entonces en la estancia.

—No bajará —advirtió—. No quiere verte. Me ha costado conseguir que reciba hoy a Malcolm Mackenzie. Está de muy mal humor.

—Intentará provocarlo —afirmó Marsali—. Pero no lo conseguirá. Rowan, inténtalo de nuevo. Dile que Malcolm es de nuestra fe, que podemos casarnos aquí…

—Lo intentaré. Llama a Davie y luego ve a tu habitación a esperar.

Las horas se hicieron interminables. Marsali aguardó junto a la ventana, preguntando la hora a Effie cada pocos minutos.

A las doce menos cinco oyó caballos y el traqueteo de las puertas. Corrió hacia la ventana, pero Effie la apartó.

—¡Fuera de ahí! Recuerde quién es.

—¿Es él? —suplicó Marsali.

—Sí. Está cruzando el patio. Va con un sirviente. Él viste terciopelo y monta un caballo negro como la noche.

Marsali la abrazó de pronto.

—Reza por mí, Effie. Si lo pierdo, nunca volveré a ser feliz. Y dime que vendrás conmigo a Kincarrig.

—Ay —gruñó Effie—. ¿Cree que la dejaría ir sola? Baje ya, milady, o hará esperar a su padre y a Malcolm Mackenzie.



Hacía cinco años, el conde se había encontrado cara a cara con el hombre que ahora acudía a reclamar a su hija. Cinco años atrás, ambas familias se habían reunido en el Gran Salón para firmar el contrato matrimonial y presenciar la boda de una pariente con el conde, y, aparte de la figura achaparrada y morena de sir Murdoch Mackenzie, el padre de Marsali recordaba sobre todo a su arrogante hijo mayor.

Había cambiado muy poco. Seguía siendo tan alto como lo recordaba el conde, y quizá aún más moreno. Vestía un jubón de terciopelo verde oscuro con puños de encaje y chorrera impecables, y un plaid rojo y verde le caía sobre el hombro. El conde advirtió con sorpresa que Malcolm Mackenzie no llevaba espada.

—No puedo darle la bienvenida —declaró con frialdad—, porque conozco el motivo de su visita y debo decirle, señor, que cualquier cosa que tenga que decirme será una pérdida de tiempo.

—Mis respetos, milord.

Malcolm se acercó al conde y a Rowan y se inclinó profundamente ante ambos. Su expresión era serena.

—Comprendo sus sentimientos; de hecho, los comparto. Ningún hombre es digno de Marsali. Partiendo de esa base, ¿me permitirán que les pida paciencia?

Echó un vistazo al Gran Salón y, entonces, la vio en lo alto de la escalera, con una mano apoyada en la balaustrada de piedra. Olvidándose de padre e hijo, se volvió y avanzó hacia ella. Al llegar al pie de la escalera, Marsali le tendió la mano y él, inclinándose de nuevo, se la besó. Durante un instante se miraron a los ojos y ella lo oyó susurrar:

—Te lo prometí… tan dócil como la leche…

Cuando regresaron ante el conde, Malcolm sostenía la mano de Marsali con firmeza.

—Suelta a mi hija —ordenó su padre con voz gélida.

Malcolm apretó los dedos de ella y luego los soltó.

—Lord Hemsley, deseo casarme con su hija. Sé lo que siente por mí; ya se lo he dicho, lo comprendo. Pero le prometo que dedicaré el resto de mi vida a hacerla feliz, si me concede su consentimiento.

—Son sentimientos muy loables —replicó el conde—, pero poco convincentes en boca de un hombre cuya reputación es el escándalo de las Highlands. Su opinión sobre la virtud de las mujeres es bien conocida. ¿De verdad pretende que entregue a mi hija a alguien como usted? No caigamos en la farsa. Encontraré un marido adecuado para Marsali cuanto antes. En cuanto a usted, le aconsejo que busque esposa entre sus parientes, si es que halla algún padre dispuesto a aceptarle.

—Si no me caso con su hija, no me casaré jamás —respondió Malcolm—. Su consejo no me sirve.

—Ni a mí —intervino Marsali por primera vez.

Se acercó a Malcolm y, desafiando el ceño fruncido del conde, le tomó el brazo.

—Yo tampoco me casaré nunca. Mi corazón ya está entregado. Padre, te lo suplicamos. Al menos concédenos un poco de tiempo para demostrar nuestro amor.

—Eso es todo lo que pido —secundó Malcolm.

La expresión del conde no se suavizó. Le enfurecía ver a Marsali con el brazo enlazado al de Malcolm Mackenzie; le hacía dolorosamente consciente de las consecuencias físicas de lo que pedían. La idea de aquel hijo moreno y asesino de su enemigo unido a su hija lo enfermaba de rabia.

Se puso en pie.

—Ya ha expuesto su punto de vista. No veo razón para prolongar esta discusión. ¿No ve, señor —su voz se elevó hasta convertirse en un rugido—, que está alterando a mi hija? Marsali, ve a tu habitación. ¡Parece que vas a desmayarte!

Estaba tan pálida que tanto su padre como su hermano se acercaron, pero Malcolm la rodeó con el brazo y fue él quien la condujo hasta una silla. La sentó con cuidado, ajeno a los demás, murmurándole palabras de consuelo mientras le frotaba las manos para calentárselas.

Rowan no había hablado hasta entonces. Había acudido a la reunión compartiendo los prejuicios de su padre, dispuesto a aceptar cada una de sus palabras, pero al ver a su hermana a punto de perder el sentido, comenzó a dudar.

—Angus, trae vino. Y coloca algunas sillas aquí. Padre, será mejor que nos sentemos. Ya hemos tensado bastante la cuerda. Ahora debemos hablar.

—Esto no ha sido ningún juego —replicó el conde—. Usted, señor, abandone la casa. No hay nada más que decir.

—Un momento —la voz de Rowan fue firme.

Señaló a Malcolm.

—Siéntese, por favor. Padre, recuerda tu promesa. No hemos tratado esta reunión con honor, y ahora estoy convencido de que él sí ha venido con honor. Voy a hacerle una o dos preguntas y, según responda, mi padre y yo daremos nuestro veredicto. Angus, vino para milady y para nosotros. Bebe, Kate; te devolverá el color y mantengamos la calma, por el bien de la persona a la que todos queremos y que está aquí presente. Que no haya provocaciones —añadió, mirando a su padre—, porque gane quien gane, será el corazón de la pobre Kate el que se rompa.

Se volvió hacia Malcolm.

—Tiene muy mala fama. ¿Es merecida?

—Lo es —respondió sin vacilar—. Pero diré, en mi defensa, que nunca he hecho daño a una mujer inocente, salvo en una ocasión.

—Lo sabemos —interrumpió el conde con brusquedad—. En Glengannock. Asaltó la mansión y se llevó por la fuerza a la hija de Gannock.

Malcolm no se disculpó. El color subió a su rostro y evitó la mirada de Marsali.

—Estaba borracho.

Al cabo de un instante, Marsali alargó la mano y la posó sobre la de él.

—Si yo puedo perdonarlo, ¿por qué no podéis hacerlo vosotros?

—¿Y sus duelos? —prosiguió el conde—. ¿A cuántos hombres ha matado? ¿Cuántas incursiones ha dirigido desde niño? Tiene las manos manchadas de sangre, y de la sangre de mi pueblo más que de ninguna otra. Dígale a mi hija cómo encerró a mujeres y niños cuando prendió fuego a mis granjas. ¿También estaba borracho entonces?

—No, milord. Pero yo no participé en esa incursión; la dirigió mi padre. Fue él quien ordenó prender fuego, no yo. Y todo cuanto me reprocha no era desconocido para los Campbell. No somos

santos. Pero tampoco lo son ustedes. Por mi parte, haré cualquier cosa que haga feliz a Marsali. Me ausentaré de Glenannan, si le preocupa que viva allí. Puede llenar mi casa de Kincarrig con sus propios sirvientes, y aprenderán a convivir con los míos. No soy un hombre pobre. Donal, trae el cofre.

El sirviente se acercó en silencio y depositó una caja de cuero sobre la mesa. Entregó la llave a Malcolm.

—Sea lo que sea lo que ofrezca —interrumpió el conde—, no será suficiente.

—No ofrezco nada. Doy. Es mi regalo de compromiso.

Abrió la caja. Sobre terciopelo azul descolorido descansaba un collar, flanqueado por dos pendientes. Esmeraldas y diamantes de un tamaño y un brillo extraordinarios hicieron callar incluso al conde.

—Formaron parte de la dote de mi madre —explicó Malcolm—. Llegaron de España con mi abuela. Mi madre deseaba que se los entregara a mi esposa. Ninguna otra mujer los llevará si tú no lo haces, Marsali.

—Hija mía —dijo al fin el conde—, no te dejes deslumbrar. Yo no lo estoy.

Por primera vez, Malcolm sonrió.

—Es un hombre duro, lord Hemsley. Tan duro como decía mi padre. ¿Qué debo hacer para conmoverle?

—Nada —respondió el conde—. Aparte de su nombre, que para mí es como el del diablo, amo a mi hija y no confío en usted. Recoja su regalo, pues ella no puede aceptarlo.

—Un momento —Rowan apoyó la mano en el hombro del conde—. Marsali, ¿amas a Malcolm Mackenzie? ¿Estás dispuesta a dejar tu hogar y a tu familia para vivir con él entre su gente?

—Lo amo con todo mi corazón. Lo seguiré como la reina de Escocia dijo que seguiría a Bothwell: hasta el fin del mundo en una enagua blanca. Si no me caso con él, no me casaré con nadie.

Rowan se volvió hacia Malcolm.

—¿Amas a mi hermana lo suficiente como para abandonar tu antigua vida y hacerla feliz como tu esposa?

—La amo lo bastante como para arrancarme el corazón y entregárselo si eso la hiciera feliz. Desde que vi a Marsali, mi vida anterior terminó y ahora me resulta repugnante. Si le fallo, podréis pedirme cuentas como queráis.

—En ese caso, padre —dijo Rowan—, no nos queda más remedio que aceptar.

—¿Aceptar? —El conde miró a su hijo con asombro—. Rowan, debes de haber perdido el juicio…

—Debes hacerlo —insistió con calma—. Estoy dispuesto a dar mi permiso y, como heredero, tengo voz en el futuro de mi hermana. Te lo ruego.

—Te lo suplico —añadió Marsali—. No fijaremos la fecha de la boda sin tu aprobación. Pero permíteme comprometerme con Malcolm.

El conde guardó silencio. La oposición de su hija la había previsto, pero no la deserción de su hijo. Conocía bien a Marsali. Si decía que no se casaría con nadie más, cumpliría su palabra. El compromiso no era matrimonio. Tendría tiempo para observar a Malcolm Mackenzie.

—Como desees, hija mía —cedió al fin—. Anunciaremos el compromiso. Pero yo decidiré la fecha de la boda.

Malcolm se levantó y se inclinó.

—Gracias, milord. No se me da bien expresar gratitud; me resulta más fácil insultar que elogiar. Pero le doy las gracias de corazón y reitero mi promesa.

Se volvió hacia Marsali, le tomó la mano y la besó.

—La haré feliz. Y como sé que eso la complacería, aunque me lleve veinte años, me ganaré su amistad.

Marsali los dejó entonces. Rowan había tomado el control y propuso discutir la dote y los acuerdos. Los hombres se retiraron a la Biblioteca Larga para beber whisky y redactar el pacto.

Ella subió corriendo la escalera, levantándose la falda y dejando ver los tobillos ante la mirada horrorizada de Effie, que aguardaba en lo alto, intentando escuchar.

Marsali la abrazó con alegría. Effie se desasió con firmeza.

—No hace falta que me lo digas. Estás demasiado contenta. Milord no lo ha echado, ya lo veo.

—No —rió Marsali—. No lo ha hecho. Y tú puedes ir preparando tu equipaje para Kincarrig.

—Que Dios nos proteja —suspiró Effie—. De esto no puede salir nada bueno.

Capítulo 2

Habían pasado nueve largos meses desde que Malcolm Mackenzie llegó por primera vez al castillo. Para los amantes, el tiempo había parecido una eternidad, y los comienzos no fueron fáciles debido a la implacable hostilidad de los jefes de ambas familias. El conde perdió la antigua afectuosidad que mostraba hacia su hija y se volvió hosco y desaprobador. Cuando Malcolm empezó a presentarse abiertamente como su prometido, solo la influencia de Rowan impidió que el viejo conde rompiera su palabra y le ordenara abandonar Hemsley. Sin embargo, por más que lo intentaba, no lograba encontrar en Malcolm defecto alguno.

Hemsley solo podía describirlo como enamorado. Su voz áspera se suavizaba; la mirada feroz se tornaba tierna cada vez que Marsali aparecía; su mano se adelantaba para sostenerla, su brazo la protegía, y aquella pasión extraordinaria, que habría resultado ridícula en un hombre menos relevante, en él parecía natural. Y Marsali lo adoraba. El conde observó cómo el carácter obstinado de su hija, con su leve matiz de malcriadez, florecía y se dulcificaba bajo el impulso de su amor radiante por Malcolm Mackenzie.

Cuando él estaba presente, ambos se comportaban con suma cautela, sentados como dos niños solemnes ante un adulto, midiendo cada palabra y aguardando tan solo el momento en que se les permitiera quedarse a solas. Entonces el conde los oía reír, o escuchaba a Marsali tocar el virginal mientras Malcolm permanecía a su lado, y siempre flotaba aquel murmullo de conversación entrecortado por risas, un mundo propio que excluía a todos los demás.

Su padre estaba furioso, tan furioso como el de Malcolm, que apenas veía a su hijo y no podía sostener una conversación con él sin que acabara en una discusión violenta. Ambos eran impotentes ante la determinación de sus hijos.

A Rowan no le importaba. Comprendía que el corazón de Marsali estaba colmado y la quería lo bastante como para retirarse con dignidad cuando se convenció de que ella había elegido a un hombre en quien podía confiar su felicidad. El día en que su padre cedió y fijó una fecha en agosto para la boda, Marsali recordó que había sido Rowan quien había hecho posible el anhelo de su corazón y, con gratitud y amor, se lo agradeció.

—Tú lo has hecho posible —le dijo—. Hoy es el día más feliz de toda mi vida, y te lo debo a ti.

Se acercó y le rodeó el cuello con los brazos, como cuando eran niños.

—Mi querido hermano —añadió con ternura—, sé que te he descuidado estos últimos meses. Has tenido que montar y pasear solo. Pero nunca he dejado de quererte. Y lo único que me inquieta es pensar que puedas sentirte solo cuando yo me haya ido.

—Me sentiré muy solo, Kate —admitió Rowan—. Ya me he sentido así. Pero no me importaba, porque veía lo feliz que eras. Debo reconocer que tu Malcolm te adora. No veo que nada malo pueda sucederte a su lado.

—Yo tampoco. Pero, querido Rowan, cuando me case, ¿por qué no piensas en buscar esposa? Esta casa resulta lúgubre a veces, cuando papá lee durante horas y esa pobre mujer aburrida cose sin descanso. Busca una muchacha alegre y bonita. Prométemelo.

Rowan le besó la mejilla.

—Te prometo que lo pensaré. Por mucho que quiera a Hemsley, sin ti será insufrible. Ya lo fue cuando te fuiste a Francia. Me alegra que seas feliz; eso es lo único que importa.

—Soy tan feliz que temo despertar de pronto y descubrir que Malcolm se ha ido o que nunca existió. Quiero casarme con él, Rowan; quiero ser su esposa, tener hijos y compartir con él todo lo que aún no he vivido. Dentro de dos meses lo haré. Que Dios te bendiga, hermano. Voy a reunirme con él esta tarde, y ya oigo a Angus refunfuñar porque debe acompañarnos de nuevo. Nos veremos esta noche.

Cuando ella se marchó, Rowan permaneció unos instantes solo. A pesar de sus palabras tranquilizadoras, se sintió de pronto triste y abandonado, y por primera vez experimentó un leve atisbo de celos. Reprimió aquel sentimiento indigno y se acercó a la ventana al oírla partir, despidiéndose con la mano. Después, la soledad duró poco, pues la boda de la hija del conde absorbía el tiempo y la atención de todos, desde el propio jefe hasta los campesinos más humildes, que empezaron a tejer y bordar regalos para la novia.

Un mes antes de la boda, el 26 de julio, el conde ofreció un baile en Hemsley en honor de Marsali y su prometido. Fueron invitados el jefe de los Mackenzie con su familia y todas las casas nobles del condado.

El Gran Salón había sido transformado. Las paredes se cubrieron de tapices y cientos de velas ardían en las grandes lámparas de bronce suspendidas del techo abovedado. Altos candelabros aportaban aún más luz, y el gaitero del conde tocaba desde la galería. La enorme biblioteca se convirtió en comedor, con largas mesas repletas de carnes, caza y abundante pescado, mientras los sirvientes aguardaban para servir vino y platos. Era la reunión más alegre y brillante celebrada en Hemsley en treinta años.

La última había tenido lugar antes del levantamiento de 1715, cuando la madre del conde recibió a sus parientes franceses. Pocos de los presentes entonces volvieron a encontrarse tras la derrota y la huida del rey al exilio. Muchos habían acompañado al noveno conde de Hemsley al patíbulo; otros perdieron sus fortunas y abandonaron el país.

Ahora, treinta años después, con un nuevo rey alemán, Jorge II, en el trono de Inglaterra, y muchos veteranos jacobitas viviendo exiliados en Roma junto al infortunado Jacobo Estuardo, volvía a hablarse de rebelión y guerra. El hijo de Jacobo II, expulsado por profesar la fe católica, aún tenía un heredero. El príncipe Carlos Eduardo, joven y veterano de guerras europeas, despertaba entusiasmo entre los más jóvenes.

Había rumores y expectación, aunque nadie sabía cuándo ni dónde estallaría el conflicto. Nada de eso empañó la felicidad de Marsali y Malcolm aquella noche. La guerra estaba lejos del corazón de él y aún más lejos de la mente de Marsali mientras bailaba, sonrojada y radiante, con una belleza que atraía todas las miradas.

Entre quienes los observaban se encontraban sir Murdoch Mackenzie y sus dos hijos menores.

Kenneth Mackenzie, de treinta años, era moreno como Malcolm, con un rostro tan oscuro como el de un español, pero ojos de un curioso gris azulado que le daban un aire juvenil. Sus modales eran elegantes y algo libertinos, y de toda la familia era el único que reía con frecuencia. Su padre lo describía con orgullo como el joven sinvergüenza más despiadado que había conocido, sin excluir al propio Malcolm.

Hamish, de veintidós años, era el reflejo de su padre: fornido, poderoso, oscuro como la noche, con un espíritu consumido por el deseo de luchar. Hablaba poco y razonaba menos. Era, incluso para su tiempo, un salvaje.

—No he visto a tu prima Sorcha —comentó sir Murdoch con acritud—. Hemsley no ha bailado ni una sola vez con ella.

—No puedo decir que lo culpe —respondió Kenneth—. Siempre se ha parecido un poco a un caballo. Estás de mal humor, padre.

—He permitido que esto llegue demasiado lejos —gruñó el anciano—. En un mes se casarán. De haberse tratado de peleas, deberían haberse resuelto hace tiempo.

—Aún no es tarde —intervino Hamish—. Cualquier cosa sería preferible a que nuestro hermano haga el ridículo.

—Está hechizado —sentenció sir Murdoch—. No hay otra explicación.

Kenneth bebió whisky y sonrió.

—Míralos bailar. Debes admitir que ella es una gran belleza. Es una lástima que sea Malcolm quien la tenga. Podría haber pasado veladas muy agradables con ella si no estuviera presente.

—Yo no la tocaría —gruñó Hamish—. No pondría las manos en ningún Campbell salvo para matarlo.

—No me extraña que las mujeres huyan de ti —se burló Kenneth—. Yo me llevaría a esa pelirroja delante de sus narices en una semana.

—Y esa es la razón por la que vivirá en Kincarrig —replicó su padre—. Ahora, ¿dónde diablos está el whisky?



—Tu hermano está bailando —susurró Marsali.

El reel había terminado y se formaban nuevas parejas. Ella y Malcolm estaban muy juntos, perfectamente compenetrados. Marsali llevaba un vestido blanco cruzado por una banda de tartán de seda, y el collar de esmeraldas brillaba en su cuello. Malcolm, con el cabello empolvado y recogido, vestía terciopelo rojo y falda escocesa, espléndido y orgulloso.

—Espero que tus hermanos se estén divirtiendo —comentó ella.

—Ojalá no tanto —respondió él—. Kenneth no es hombre para una muchacha inocente.

—¿Sois todos tan terribles?

—Diferentes —admitió—. Excepto Hamish, que pertenece a otro siglo.

—Rowan te aprecia —dijo Marsali—. Espero que tú también lo hagas, por mi bien.

—Le tengo gran respeto y le debo mucho. Sin él no habríamos convencido a tu padre. Ven, amor mío, salgamos un momento. Aquí hace calor.

—Cuatro semanas más —sonrió ella—. Tendremos poco tiempo juntos hasta la boda. Ven conmigo, Malcolm; conozco una torre desde la que se ve el mundo entero.

Subieron los estrechos escalones de piedra que serpenteaban por el interior de la muralla del castillo hasta llegar a una pequeña puerta. Esta se abría a un adarve que recorría parte de la muralla y desembocaba en la entrada de una torre menor.

—Esto se llama el Paseo de las Damas —explicó Marsali—. Cuando mis antepasados estaban lejos, en las Cruzadas, sus esposas solían venir aquí a esperarlos.

Malcolm la atrajo hacia sí, resguardándola contra un contrafuerte, y la tomó entre sus brazos.

—No tendrás que esperarme —le prometió—. No te dejaré jamás, ni un solo día.

Ella respondió con ímpetu a sus labios y abrió la boca bajo la presión urgente de su beso. El deseo ardió entre ambos; el más leve contacto bastaba para encender sus sentidos y conducirlos, temblorosos y sin aliento, a los brazos del otro, buscándose con un frenesí que los desbordaba.

Al principio, Marsali había sido inexperta y tímida. Ahora, tras largos meses de espera, sus instintos reclamaban la liberación definitiva, el salto final al precipicio que se abría ante ella cada vez que se tocaban. Sus manos, su boca, la fuerza de su magnífico cuerpo eran cosas que ella conocía y amaba, y la afectaban como una droga. Y lo había visto luchar contra su propio deseo, venciendo

siempre, aunque perdiendo un poco cada vez, hasta sentirse tan indefenso ante ella como ella ante él.

De nuevo, la tentación se apoderó de ambos, como había sucedido aquel día, hacía ya tanto tiempo, en los páramos junto al lago Ness. Y, una vez más, fue Malcolm quien se apartó, pidiéndole perdón, acariciando con ternura el rostro suave que mantenía junto a su corazón. Mientras la abrazaba, ella lo sintió temblar, sacudido por la violencia de la lucha interior que ambos habían librado.

—Amada mía… me ha invadido una locura —murmuró—. Me avergüenzo ante ti.

—No hay vergüenza en el amor —susurró ella—. Soy tu libertina, Malcolm. No siento ninguna vergüenza.

—No digas eso —la acalló con fiereza—. Te prohíbo usar esa palabra. Sé muy bien lo que significa libertina. Hermosa, dulce y necia Marsali, dueña de mi corazón, vuelve al baile antes de que vuelva a perder la razón.

—¿Hay un paseo así en Kincarrig? —preguntó ella al volverse para regresar, mirándolo por encima del hombro, con los ojos brillando tanto como las piedras que llevaba alrededor del cuello.

—No hay adarves ni torres —sonrió él—. Pero no los necesitaremos. Mañana lo verás…

—Estoy tan emocionada que ni siquiera quiero irme a la cama. ¿Por qué no vamos directamente allí cuando termine el baile, mi amor?

Él abrió la puerta y la ayudó a bajar los escalones estrechos y sinuosos.

—Porque son cinco horas de viaje y he quedado con nuestro administrador. Esta noche debo ir a Glenannan y mañana iremos juntos. Me reuniré con él en el puente del río Black y cabalgaremos hasta Kincarrig. Espero que te guste lo que he preparado.

—Estoy segura de que sí. Pero lo has mantenido en secreto, y el mes pasado estuve tentada de ir sola a verlo… Supón que padre

no hubiera fijado la fecha de la boda. ¿Ni siquiera pensaste en eso cuando comenzaste con todos estos preparativos?

—Sabía que serías mi esposa. Preparé Kincarrig para ti. Y si no te agrada, mi amor, la derribaremos y construiremos otra casa. Ven, ¿no es esta la puerta que da al pasillo principal?

A mitad del pasillo se toparon de improviso con la condesa Sorcha. Se había vestido para el baile con un traje de terciopelo y satén rosa pálido, más adecuado para una muchacha de la edad de Marsali que para la suya. El tono delicado solo acentuaba la palidez de su rostro y el cansancio de sus ojos.

—Sorcha —saludó Malcolm, deteniéndose. Le tomó la mano, se la besó y se inclinó—. Apenas te he visto esta noche. Te buscamos abajo.

—He estado en la biblioteca —respondió ella.

Lo miró y luego dirigió lentamente la vista hacia Marsali. Tras una breve pausa, la joven comenzó a sonrojarse.

—Veo que habéis estado tomando el aire —observó.

—Sí, Maggie —respondió Malcolm con el tono burlón y familiar que ella recordaba de la infancia—. Tomando el aire, como tú lo llamas. ¿Y tú no has hecho lo mismo, siendo una mujer casada y respetable?

Para sorpresa de ambos, el rostro de Sorcha se encendió con un rubor intenso. No miró a Marsali.

—No —dijo con voz plana—. No lo he hecho. Ni nada parecido. Si quieres saber por qué, pregúntaselo a Marsali. No me extraña que no te lo haya contado. Buenas noches. No estoy hecha para fiestas.

Le dedicó a su prima una sonrisa dura y se alejó por el pasillo hasta desaparecer en una de las estancias.

—Vaya… —Malcolm la siguió con la mirada—. ¿Qué demonios quería decir con eso?

—No creo que sea feliz —aventuró Marsali, sintiéndose de pronto casi culpable—. Me dijo hace poco que un matrimonio de conveniencia no era lo que había imaginado cuando se casó con padre.

Cuando Malcolm la miró, ella vio por primera vez el ceño fruncido en su rostro.

—Explícamelo —pidió en voz baja—. ¿Qué significa aquí un matrimonio de conveniencia?

—No se ha consumado —respondió Marsali con brusquedad involuntaria—. Creo que ella esperaba que mi padre llegara a quererla, que tuviera hijos con ella. Nadie le explicó la situación antes.

Ahora estaban uno frente al otro, solos en el pasillo vacío, y Marsali pensó con una mezcla de temor y absurdo que estaban a punto de discutir por Sorcha Hemsley.

—¿Me dices que tu padre ha insultado el honor de mi prima durante años? —exclamó Malcolm—. Por Dios, preferiría que la hubiera tratado como yo traté a la hija de Gannock. Eso habría sido menos cruel.

—Malcolm, por favor… —suplicó ella—. No me mires así. No soy responsable de lo que pasó entre ellos.

—Lo sé —respondió, rodeándola de nuevo con el brazo, aunque su expresión seguía dura—. Pero ahora comprendo mejor por qué se opone a nuestro matrimonio. Qué ironía para él: nietos Mackenzie, cuando negó hijos a Sorcha.

—No la amaba —replicó Marsali—. Nunca fingió hacerlo. No conviertas esto en una cuestión de honor entre clanes. Si empiezas ahora, mi padre y el tuyo aprovecharán cualquier excusa para iniciar una guerra y detener nuestra boda.

—Lo sé —admitió—. Y sé que no puedo hacer nada por Sorcha sin poner en peligro nuestra felicidad. Pero tragarme el honor me resulta amargo.

—Cuando nos casemos, quizá Sorcha pueda volver con los suyos —propuso Marsali—. Si regresara a Glenannan sería más feliz. Se lo preguntaré, si quieres.

—Nunca lo hará —respondió él con pesar—. No volverá como la esposa repudiada de un Campbell. Permanecerá aquí mientras viva tu padre. Pero tú puedes ser amable con ella, Marsali. Crecimos juntos. Fue como una hermana para mí.

—Lo seré —prometió ella con fervor—. Haré todo lo posible… con tal de que vuelvas a sonreírme.

Malcolm la abrazó y la besó con arrepentimiento.

—He sido injusto contigo. Perdóname. Estaba alterado por Sorcha. ¿Viste su mirada al marcharse? No volveremos a hablar de esto. Ven, bésame y regresemos al baile. Te amo, Marsali. Al diablo con Sorcha y con Hemsley.

De vuelta en el Gran Salón, Rowan se adelantó para recibirlos y tomó a Malcolm del brazo.

—Venid al comedor. Algunos invitados aún no os conocen.

Allí quedaron rodeados. Marsali se vio envuelta por un grupo de mujeres y pronto la conversación giró en torno a vestidos y al misterioso Kincarrig, que ella vería por primera vez al día siguiente. Entre los hombres, la charla fue más grave.

—Corren rumores de un desembarco desde Francia —comentó Mackenzie de Keppoch—. El príncipe estaba listo para zarpar hace semanas.

—Espero que no venga sin un ejército —opinó Rowan—. No debemos repetir los errores del pasado.

—Yo cambiaría a uno de los míos por diez casacas rojas —replicó Malcolm—. Prefiero devolver a nuestro rey al trono sin ayuda extranjera.

Levantaron las copas, pasándolas sobre una jarra de agua.

—¡Por el rey!

—¡Por el rey al otro lado del mar!

Cuando se separaron, Keppoch se inclinó hacia Malcolm.

—Cásate con el enemigo —murmuró—. Nunca se sabe cuándo lo necesitarás a tu lado.

Malcolm sonrió y volvió junto a Marsali para bailar uno de los animados reels de los Campbell. La luz gris del amanecer comenzó a colarse entre las sombras, compitiendo con las velas. Uno a uno, los invitados se retiraron.

Cuando el cielo pasó del gris al rosa pálido, los Mackenzie emprendieron el regreso a Glenannan. Ninguno de ellos durmió aquel día de julio de 1745. En los establos aguardaba un caballo desconocido y, en el Gran Salón, un extraño dormía junto a la chimenea.



Marsali fue despertada temprano por la vigilante Effie. Se estiró y se dio la vuelta, hundiéndose aún más entre las almohadas, hasta que la doncella se inclinó sobre la cama y la sacudió con decisión.

—Despertad, milady. Son más de las siete.

—Oh, Effie… —murmuró, medio dormida—. Todavía no he terminado de soñar. Dejadme en paz.

—Ayer me dijisteis que os despertara temprano porque hoy íbamos a ver la casa de Kincarrig. ¡Despertad, milady!

—¡Claro que sí! —Marsali se incorporó de golpe—. Te prometí que te llevaría conmigo. Querida Effie, estoy segura de que te gustará. Malcolm dice que es preciosa y que ha gastado una fortuna en restaurarla. Tráeme el vestido de mañana y prepara agua caliente.

—El vestido está aquí —respondió Effie, sosteniendo la prenda de brocado—, y el agua caliente os espera en el baño.

Marsali canturreaba mientras se lavaba y dejaba que Effie la secara y la ayudara a ponerse la camisa y el corsé. Se vistió con un traje de montar de paño azul y un gorro escocés de terciopelo azul oscuro, y extendió la mano para que le entregaran los guantes.

—He dispuesto un almuerzo para el camino —informó Effie—. Me tomé la libertad de pedir pollo, empanadas y dos botellas de vino. Angus dice que nos llevará casi todo el día ir y volver.

—Malcolm se reunirá con nosotras a mitad de camino. ¿Lo has tenido en cuenta?

—Sí, milady. La señora Duncan revisó los paquetes antes de cerrarlos. Hay más que suficiente para todos.

—Gracias. Eres muy buena, Effie, cuando no estás regañando y protestando. No sé qué haría sin ti.

Effie se ató la capa bajo la barbilla y se colocó la cofia sencilla sobre su cabello rubio.

—A Angus le dijeron que trajera los caballos a las ocho y media. Creo que ya los oigo.

El conde aún no se había despertado. Marsali envió aviso al mayordomo para que supiera que había salido sin molestarlo y que regresaría esa misma noche. Tampoco había señales de Rowan. Pasó con rapidez frente a la puerta de la condesa y, de pronto, recordando la promesa hecha a Malcolm, se detuvo, dio media vuelta y llamó.

—¿Quién es?

Sorcha ya estaba despierta y nadie sabía nunca a qué hora se levantaba. Tenía su propia doncella, una muchacha morena y taciturna llegada de Glenannan, que en cinco años no había hecho amistad alguna entre los Campbell.

—Soy Marsali. ¿Puedo pasar?

Se quedó un instante, incómoda, hasta que su madrastra apareció desde la alcoba. Parecía agotada; tenía los ojos enrojecidos, aunque era imposible saber si por el insomnio o por el llanto.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Marsali negó con la cabeza.

—Nada, señora. Solo quería darle los buenos días y decirle que hoy voy a visitar Kincarrig. Pensé que quizá lo sabríais.

—He estado allí —respondió Sorcha con voz apagada—. Entonces estaba vacío. Mi familia prefería Glenannan; era más fácil de defender. Kincarrig es una casa grande y hermosa. Estoy segura de que te agradará.

—Eso espero. —Marsali dudó. No tenía realmente nada más que decir y se sentía torpe, deseosa de marcharse. Aun así, por Malcolm, hizo un último intento—. Después de la boda, señora, me gustaría que nos visitara alguna vez.

—Si tu padre lo permite, me encantaría. Malcolm irá contigo a Kincarrig, por supuesto.

—Se reunirá con nosotras en el camino.

—Entonces dale mis saludos. Le deseo un buen viaje.

La condesa abrió la puerta y la cerró con firmeza tras ella.

Desde el tocador, donde había estado escuchando, salió Flora Mackenzie, la doncella de Sorcha.

—Nos han invitado a Kincarrig —anunció la condesa—. Después de la boda.

—¿Iréis, milady?

—Preferiría morir antes que ver a una Campbell como señora de Kincarrig o de cualquier casa de nuestra gente. Si la hubiera llevado a Glenannan, se me habría partido el corazón.

—Quizá os resulte más llevadero cuando estén casados.

Flora, a quien muchos tenían por torpe y silenciosa, poseía un corazón fiel y una lealtad implacable hacia los enemigos de su señora. Amaba a Sorcha con la misma devoción con que Effie amaba a Marsali, aunque le costara expresarlo con palabras.

—Nada será más llevadero para mí —respondió Sorcha— hasta el día en que milord muera y yo pueda volver con los míos. Y llevarte conmigo, pobre niña. Aquí no hay ningún hombre para ti.

—No lo necesito. Estoy conforme con mi suerte. Vamos, milady. El tocador está listo.

Sorcha seguía usando su ajuar de boda. No había comprado vestidos nuevos ni ropa interior desde hacía cinco años. Llevaba sedas, terciopelos y túnicas de encaje y batista hasta que estaban remendadas y gastadas, a punto de deshacerse. No gastaba un penique en sí misma ni pedía nada a su marido. Era una peculiaridad peligrosa que nadie advertía, porque casi nadie reparaba en ella.

Se vistió y se dispuso a afrontar otro día dedicado a la administración de la casa, en abierta oposición al mayordomo del conde, que la detestaba, y a los criados, que la desobedecían siempre que podían. Su día consistía en cabalgar sola, salvo por un Campbell que la seguía a distancia según dictaba la costumbre; beber chocolate en la biblioteca con su marido y Rowan mientras hablaban por encima de su cabeza como si no estuviera presente; comer y cenar al final de la larga mesa del Gran Salón, barrido por corrientes de aire, y retirarse temprano para coser en sus habitaciones hasta la hora de acostarse.

No veía otra salida que la muerte de Hemsley… o la suya propia.



Era una mañana espléndida. El mes de julio había sido cálido y parco en lluvias, y el campo había estallado en brezos y manchas de

aulagas de un amarillo brillante. Las montañas se alzaban a lo lejos, con las laderas de un púrpura oscuro envueltas en nubes errantes. La pequeña comitiva avanzaba por el camino accidentado, a ratos escarpado, hacia Kincarrig y, antes del mediodía, ya se encontraban en territorio Mackenzie.

Malcolm había convenido reunirse con ellas en un pequeño puente de madera que cruzaba uno de los arroyos más anchos que descendían de las montañas. Al llegar, un Mackenzie las aguardaba con un mensaje. Marsali lo leyó y exclamó con decepción. Malcolm no podría reunirse con ellas. Al regresar de Hemsley la noche anterior, los Mackenzie habían encontrado a un visitante de gran importancia aguardándolos, y le era imposible abandonar Glenannan aquel día. En su lugar había enviado a su nuevo administrador, que se ocuparía de Kincarrig y podría mostrar la casa a Marsali y atender cualquier indicación suya.

Guiados por el administrador, que se presentó como Ian Mackenzie, siguieron adelante y, por fin, divisaron las puertas de la finca que conducían a la casa.

Un viejo sirviente abrió las verjas, inclinándose y descubriéndose, y tras él Marsali vio a una mujer que se apresuraba a apartar de la vista a varios niños casi adolescentes.

Las descripciones de Malcolm no la habían preparado para Kincarrig. Construida con piedra gris escocesa sobre los restos de un antiguo castillo en ruinas, la casa mostraba la influencia elegante y decorativa de las grandes residencias de campo francesas. Era hermosa y madura, amplia sin resultar intimidante como Hemsley, con numerosas ventanas y una entrada espléndida a la que se accedía por una larga escalinata de anchos peldaños de piedra.

Él le había dicho que los jardines eran un erial, pero se habían transformado en un paisaje refinado, evocador de los parques ondulantes de un château francés, con arbustos, árboles y senderos sombreados. En el centro de la amplia explanada que conducía a la casa se alzaba una fuente de piedra. El agua caía en cascada desde

un conjunto de ninfas que atendían a la figura dominante y triunfante de Pan, el dios pagano del amor.

Al desmontar en los escalones, los sirvientes acudieron a recoger los caballos. Ian Mackenzie los presentó uno a uno y, conforme a la costumbre de las Highlands, Marsali estrechó sus manos y agradeció el recibimiento.

La casa contaba con un gran salón, más pequeño que la inmensa sala donde había bailado la noche anterior, pero revestido de paneles de roble y dominado por una enorme chimenea antigua coronada por el escudo de armas de los Mackenzie. Las escaleras, también de roble, lucían una magnífica balaustrada tallada, obra de los mismos artesanos que habían realizado los paneles. El olor a pintura fresca y a cera de cedro era intenso, aunque todas las ventanas estaban abiertas para dejar entrar el sol, que dibujaba patrones de luz moteada sobre los suelos relucientes.

Precedida por el mayordomo, Marsali entró en las estancias principales de lo que sería su nuevo hogar.

—Este es el Salón Gris, milady. El señor eligió personalmente todo lo que ve aquí. Algunas de las mejores piezas de Glenannan se encuentran en esta habitación.

Era una estancia magnífica. Se detuvo en el umbral, contemplando las paredes revestidas de seda gris y los retratos que las adornaban. Todos representaban a Mackenzie. Los mismos rostros oscuros, arrogantes e inescrutables, con un curioso parecido con el hombre que amaba, la observaban desde el pasado. Bajo una espléndida mesa de plata dorada distinguió el retrato de una hermosa mujer de ojos oscuros y cabello negro, con un amplio cuello blanco que enmarcaba su rostro pálido, y supo, incluso antes de preguntar, que se trataba de la abuela de Malcolm, prima del duque de Alba, casada con sir Donald Mackenzie en España en 1660.

—Espero que milady esté satisfecha —dijo el mayordomo—. El señor deseaba mostrarle esta sala él mismo.

—Es preciosa. La habitación más hermosa de Escocia. —Se volvió triunfal hacia Effie—. No hay nada en Hemsley que se le compare. ¿Dónde están los aposentos privados?

—Por aquí, si tienen a bien seguirme.

Atravesaron el Salón Gris y dos antecámaras más pequeñas, todas amuebladas y decoradas con exquisito gusto, hasta llegar al dormitorio que ella y Malcolm compartirían en pocas semanas.

Nunca habría imaginado que él tuviera un espíritu artístico ni un sentido tan refinado del color y la proporción. El dormitorio era una creación inspirada. Todo en él era dorado: los tapices de las paredes y la enorme cama con dosel situada en el centro, con cortinas bordadas que rozaban el suelo. El tocador y los armarios, de nogal dorado suavemente envejecido, armonizaban con el conjunto. Era lujoso sin resultar ostentoso y parecía lleno de sol. Incluso en el día más gris de Escocia, con la llovizna de las Highlands golpeando los cristales, aquella habitación conservaría la claridad de la mañana.

Impulsivamente, Marsali se volvió hacia el mayordomo. Su semblante, hasta entonces solemne, se suavizó con una sonrisa. Ella era una Campbell y él había sido correcto, aunque distante, pero su emoción lo conmovió. No pudo evitar imaginar cuánto realzaría la luz dorada de la estancia la belleza de su futura señora.

—Cómo desearía que su amo estuviera aquí. Nunca me dijo que Kincarrig fuera tan maravilloso. Es un palacio, no una casa.

—Hace seis meses era una ruina, milady. Las paredes descascarilladas, la mitad de las ventanas sin cristales y apenas unos pocos muebles mohosos. El señor ha gastado una suma considerable para acondicionarla para usted.

—¿Y el mobiliario? Esos tapices, la cama… No los habrá comprado aquí. Estas piezas no se encuentran en Escocia.

—Proceden de los áticos de Glenannan. Sir Murdoch no aprecia el lujo y llevaban almacenados desde la época de mi padre, que fue mayordomo del antiguo terrateniente, como lo había sido su padre

antes que él. La cama se encargó en Francia hace cuatro meses. Llegó por barco y la montamos la semana pasada. Si ha terminado aquí, le mostraré las cocinas. Mi hermano será el mayordomo del señor y de usted; estará presente la próxima vez para darle la bienvenida.

—Nada me complacería más. Y luego comeremos; el viaje ha sido largo y sería un honor que nos acompañaras. Hemos traído algunas provisiones.

—No serán necesarias. El señor dejó órdenes y todo está dispuesto. La comida está servida en la biblioteca. Pensé que hoy preferiría almorzar con tranquilidad.

Mientras se sentaban en la estrecha biblioteca, revestida de roble y repleta de libros desde el suelo hasta el techo, Marsali susurró a Effie, que permanecía tras su silla:

—Ahora dime, ¿encuentras algún motivo de queja? Sé sincera. ¿No es esta una casa en la que estarías orgullosa de vivir conmigo?

—Estoy orgullosa de vivir en cualquier lugar con vos —replicó Effie—, ya sea una granja o un palacio como este, disfrazado de casa escocesa. No guardo rencor, milady. Es un lugar magnífico y, mientras vos seáis feliz aquí, yo también lo seré. Pero no me gusta ese adusto Mackenzie. Es demasiado pagado de sí mismo. No temáis, ya lo pondré en su sitio cuando llegue el momento.

Y se ocupó de apartar a las criadas de los Mackenzie y asegurarse de que a su señora no le faltara nada.

Fue un día largo, porque Marsali deseaba verlo todo. Inspeccionó las cocinas y recorrió los jardines, hablando con entusiasmo con Ian Mackenzie, hasta que a Effie le dolieron las piernas y el sol se ocultó tras las montañas púrpuras.

Cuando montaron de nuevo y el mayordomo se despidió de ellas en el puente donde se habían encontrado, el viejo Angus masculló de mala gana que jamás había visto un lugar menos

parecido a una casa escocesa ni gente tan tacaña con el whisky hacia un anciano machacado por su caballo…

—Ay, cállate, abuelo —le espetó Effie—. No importa que no te guste. Me atrevo a decir que habrá sirvientes de sobra para su señoría allí, y tú no vas a venir.

Llegaron a Hemsley ya de noche. Marsali subió a sus aposentos y se cambió el traje de montar, arrugado y polvoriento, por un vestido cálido de paño adornado con miniver.

—Qué casa tan hermosa —repitió mientras Effie le cepillaba el cabello y se lo recogía con sencillez—. Jamás imaginé vivir en un lugar así. Ojalá Malcolm hubiera estado con nosotras. Estoy deseando contarle cuánto me ha gustado. Me pregunto quién será el visitante que lo ha retenido.

—Quién sabe, milady —se encogió de hombros Effie—. Los jefes siempre tienen asuntos. Vuestro hermano ha salido esta noche; oí al mayordomo pedir que llevaran la cena a la habitación de vuestro padre.

—Entonces llévame la mía allí también. Voy a verlo ahora.

El conde estaba sentado junto a la chimenea encendida, pues las noches eran frías incluso en julio. A Marsali le sorprendió ver el plato a medio terminar. Se acercó y, inclinándose, le besó la mejilla. Al mirarlo, le pareció de pronto muy viejo y cansado.

—Llegas tarde, hija mía. ¿Ha sido bueno el viaje?

—Muy bueno, padre. Y Kincarrig merece cada kilómetro recorrido.

—Espero que sea un hogar adecuado para ti. Siéntate un momento. Quiero hablar contigo.

—¿No quieres que te cuente cómo es la casa?

—Más tarde. Sé que te gusta y eso basta por ahora. ¿Te recibió Malcolm Mackenzie?

—No. Envió un mensaje. Se retrasó en Glenannan. ¿Dónde está Rowan? El mayordomo dijo que había salido.

—Rowan está en Glenannan. Media hora después de que te marcharas llegó un mensajero citándonos a ambos en la casa de los Mackenzie. Yo estaba demasiado cansado para ir, y además Rowan se entiende mejor con ellos que yo.

Se hizo un silencio tenso. El conde miraba fijamente el fuego, como si apenas advirtiera su presencia.

—Padre, algo ocurre. Lo noto. ¿Por qué ha ido Rowan a Glenannan?

—El mensajero trajo esto —dijo, abriendo la mano para mostrarle un trozo de seda blanca arrugada, cosida en forma de escarapela.

—¡Los Estuardo! —exclamó Marsali—. Oh, padre, no…

—Es su emblema. Hace treinta años trajeron uno igual a mi padre en plena noche y él salió a caballo, como ha hecho Rowan. Antes de reunir a nuestro pueblo y marchar a la guerra, me envió a Francia. Yo era su único hijo y sabía que, si caía, al menos yo podría salvarme si no había participado en el levantamiento.

—¿Qué va a pasar? ¿Ha regresado el rey?

—No lo sé. Pero no será el rey quien venga. Está viejo y retirado. Creo que es su hijo, el príncipe Carlos, quien reclama ahora en su nombre. Y es una reclamación a la que no responderemos. Perdimos demasiado en el quince. Nuestras tierras y nuestra gente no sobrevivirían a otro fracaso. Y sé que fracasará, sea cual sea la empresa.

—Pero no puede volver… Hemos vivido en paz tantos años. Nadie quiere luchar ahora.

—Hablas por ti y por nosotros. No por hombres como Murdoch Mackenzie. Durante meses han corrido rumores de un desembarco con ayuda francesa. Pensé que no llegarían a nada, pero ahora temo

que sí. Habrá hombres lo bastante insensatos para seguirlo y arrastrar a otros a la ruina.

—¿Y el mensaje? ¿No decía nada más?

—Una citación de Mackenzie de Glenannan, como muchas otras enviadas a las familias de los valles. Y me entregó esa escarapela.

—¿Ha desembarcado ya el príncipe?

—No lo sé. Rowan volverá mañana al amanecer. No hay nada que lo retenga allí.

Marsali bajó la vista hacia la seda, ahora desgarrada entre sus dedos.

—¿Crees que Malcolm luchará?

—Tú lo conoces mejor que yo. ¿Crees que su amor por ti, su boda o esa hermosa casa lo apartarán de la batalla? Luchará, hija mía. Y yo no permitiré que te cases con una familia que pronto estará perseguida por los ingleses. Si te ama, que permanezca neutral.

—Malcolm no conoce esa palabra —respondió con firmeza—. Y haga lo que haga, yo lo haré con él. Seré su esposa. —Le tendió la escarapela—. ¿Qué hago con esto?

—Al fuego. No quiero nada de este asunto en mi casa.

—Cuando Rowan regrese sabremos más. Pero nada impedirá mi matrimonio con Malcolm. Buenas noches, padre.

Aquella noche durmió poco. No confió sus temores ni siquiera a Effie, que dormía en su jergón de paja ante la puerta. Si Malcolm se unía a los Estuardo, ella lo seguiría. Le había entregado su amor y su lealtad, y marcharía con él, junto a las demás mujeres del clan, para socorrer a los suyos o llorarlos cuando terminara la lucha.

Se levantó antes del amanecer. Effie la encontró mirando por la ventana mientras el cielo clareaba y, al fin, Marsali le confesó en un susurro que su hermano había partido con noticias de una guerra

que cambiaría la vida de todos. El alba dio paso al día; el castillo se llenó de sonidos cotidianos. A media tarde, Rowan aún no había regresado a Hemsley.



El Gran Salón de Glenannan estaba lleno de hombres. Rowan llegó temprano y permaneció bebiendo whisky y conversando con Malcolm mientras, uno tras otro, los jefes de las familias locales y sus hijos iban llegando a Glenannan.

Mackenzie de Keppoch ya estaba allí, acompañado por su hermano Donald y por los dos hermanos del señor de Kinlochmoidart, Ranald y Clanranald Mackenzie. Macgregor de Macgregor, un hombre bajo y pelirrojo, de temperamento notoriamente fogoso, estaba sentado hablando con Hamish y Kenneth Mackenzie; de vez en cuando estallaban en risas. Llegó el jefe de Glengarry y Rowan lo saludó con afecto, pues eran primos carnales y viejos amigos. El último en aparecer fue Cameron de Lochiel, una figura alta e imponente, con abrigo y pantalones de tartán, que sobresalía por encima de todos salvo Malcolm, con la mirada penetrante propia de los montañeses y el cabello recogido en una rígida coleta sujeta con una cinta blanca.

—¡Caballeros! —Sir Murdoch se puso en pie y se dirigió a la concurrencia—. Creo que ya estamos todos. Malcolm, ¿se espera a alguien más?

—Están todos aquí, padre.

Rowan se volvió hacia Glengarry.

—¿A quién hemos venido a ver? ¿Sabes algo más de todo esto?

—Nada, salvo la convocatoria y la insignia que la acompañaba. En cuanto al motivo… —sonrió con ironía—, no me sorprendería ver

al príncipe Carlos en persona cruzar esa puerta.

—Kenneth, trae a nuestro invitado.

Estaban preparados para cualquier cosa, pero el hombre que entró y estrechó la mano de su anfitrión resultó una decepción. No era el heredero al trono de Escocia, de veinticuatro años, sino un hombre alto y delgado, de unos cincuenta, con un rostro pálido y aristocrático y unos ojos verde claro que recorrieron la sala sin pestañear.

—Os presento a sir John O'Reilly, emisario de Su Alteza Real el príncipe Carlos Eduardo.

El desconocido fue presentado uno a uno y, al llegar a Rowan, le estrechó la mano.

—Campbell de Hemsley. Un nombre noble. Vuestro abuelo prestó grandes servicios al rey.

Rowan se inclinó sin responder. Siempre había hombres como O'Reilly en las cortes de los reyes exiliados: irlandeses sin patria ni fortuna, expulsados por las leyes y persecuciones inglesas, dispuestos a servir a cualquiera que prometiera derribar a su enemigo en Londres y devolverles tierras y títulos. Este aristócrata fanático era uno de ellos, enviado para incitar a los compatriotas del príncipe a la guerra.

—Todos vosotros habéis recibido una citación —comenzó sir John—, y sabéis bien de quién procede. Pero antes de explicar mi misión, os pido que prestéis juramento de secreto.

Cada hombre desenvainó su daga conforme a la costumbre y besó la hoja.

—¡Jurad que mantendréis en secreto cada palabra pronunciada en esta sala hasta que sea proclamada públicamente!

—¡Bajo pena de deshonra y condenación eterna, lo juramos! ¡Que esta daga nos atraviese si faltamos a nuestro juramento!

—Y ahora —continuó el irlandés—, os traigo el mensaje. ¡Vengo a entregaros esto!

No era un simple símbolo. Era una cruz formada por dos palos atados con tela blanca. Al verla, un murmullo recorrió la sala.

Era la cruz de la guerra. La cruz ardiente que cada jefe encendía y apagaba antes de enviarla de valle en valle para convocar a los hombres del clan a las armas.

—Ha llegado la hora —prosiguió sir John—. La hora que Escocia y los súbditos leales del rey legítimo han esperado durante treinta años. Caballeros, el príncipe desembarcó en Eriskay hace cuatro días. Yo mismo vengo de allí.

—¿Está en Escocia? —murmuraron varios—. Dios santo…

—¡El propio príncipe! —exclamó el anciano Keppoch, con el rostro encendido y los ojos llenos de lágrimas—. ¡Está aquí, entre los suyos!

—Habla, sir John —ordenó Murdoch Mackenzie—. Dinos cuál es su mensaje.

—Silencio, por favor. El príncipe llegó en barco desde Francia. Ese navío está anclado en Loch nan Uamh, donde Su Alteza recibe a otros jefes.

Macgregor fue el primero en preguntar:

—¿Qué tropas ha traído consigo?

O’Reilly lo miró con desdén.

—Si espera un ejército francés, debo decepcionarlo. No hay tropas. Francia no ha acudido en su ayuda. El príncipe ha regresado con siete hombres. Nada más.

Un silencio denso se abatió sobre la sala hasta que Rowan habló.

—¿Y las armas? ¿Las municiones?

—Las justas para equipar a un centenar de hombres —admitió —. No hay dinero, ni provisiones, ni soldados extranjeros. Solo el príncipe. Tal es su confianza en vosotros.

—Entonces es una locura —intervino Glengarry—. Sin hombres ni dinero, no hay esperanza. Por el amor de Dios, convencedlo de que regrese.

—Mackenzie de Sleat le dijo lo mismo —respondió O'Reilly—. ¿Y sabéis qué contestó el príncipe? «Gracias, pero he venido a casa».

—¡Bien dicho!

Malcolm avanzó hasta colocarse junto al irlandés. Sus ojos ardían.

—¡Por la vida y la muerte de Dios! —bramó—. Mirad cómo estáis ahí, temblando y balando como un rebaño, hablando de dinero y mercenarios, cuando nuestro príncipe ha puesto pie en su tierra y espera nuestra ayuda. ¿Es o no es él el príncipe de Escocia?

Desenvainó su espada.

—¡Decidle esto al príncipe! Si ningún otro hombre de las Highlands lucha por él, yo lo haré. ¡Y moriré por él si es preciso!

—¡Y yo con todos los míos! —gritó Keppoch.

Uno tras otro, los hombres juraron lealtad. Incluso Glengarry, que había dudado, se unió al clamor.

—Los Cameron están con él —declaró Lochiel, comprometiendo a su pueblo a la ruina.

Lord Nairne, famoso por su cautela, estrechó la mano del emisario.

—Mis tierras y mis hombres están a su servicio.

—¿Dónde se reunirá el ejército? —preguntó Murdoch Mackenzie.

—En Glenfinnan, el quince de agosto. Allí se alzará el estandarte y se marchará sobre Perth.

—Doscientos Mackenzie de Glenannan —prometió Murdoch—. Conmigo y mis tres hijos al frente.

—Ciento cincuenta de Glengarry.

—¡Setecientos Cameron!

O'Reilly se volvió entonces hacia Rowan, el único que no había prometido hombres ni espada.

—¿Y los Campbell de Hemsley?

Todas las miradas se clavaron en él. Rowan sintió el peso de los ojos de Malcolm como una quemadura en la espalda. Cuando habló, su voz fue firme.

—Los Campbell de Hemsley no estarán en Glenfinnan. No nos uniremos al príncipe. Esa es la decisión de mi padre. Apoyamos al padre del príncipe en el quince. Mi abuelo fue decapitado y una multa nos empobreció durante generaciones. Esta empresa es una locura. No apoyaré una causa en la que no creo. Mantendremos el secreto y no ayudaremos a los enemigos del príncipe, pero no lucharemos por él.

—¡Cobarde! —rugió Malcolm, avanzando hacia él con la mano en la daga—. ¡Hablas de dinero mientras tu príncipe te necesita!

Rowan enrojeció.

—Dice lo que quieras. No te pediré cuentas por ser el prometido de mi hermana. Eres libre de precipitarte a la ruina y arrastrar a otros contigo. Pero tus insultos no me conmueven. —Se volvió hacia O'Reilly—. Si el príncipe vence, podrá vengarse de nuestra neutralidad. Hasta entonces, caballeros, no tengo nada más que hacer aquí.

Nadie se movió cuando se marchó. Solo se oyó su voz en el patio exterior llamando a los caballos. Entonces, muy bajo, O'Reilly habló:

—Habéis cometido un error. Ese traidor arruinará la empresa. Antes del quince, muchos de vosotros seréis arrestados.

—Eso es mentira —replicó Malcolm—. El Campbell ha dado su palabra. No la romperá.

—Hay poca diferencia entre cobarde y traidor —respondió el irlandés—. En nombre del honor, pido su vida.

—Te será concedida —sentenció Murdoch—. ¡Malcolm, Hamish, Kenneth! Id tras él. Llevad hombres. Y no dejéis testigos.

Montaron pocos minutos después. Kenneth se acercó a su hermano.

—Tendrás que matarlo. ¿Qué dirás a tu novia?

—Cierra la boca o te la cortaré —gruñó Malcolm.

Kenneth rió y espoleó su caballo.

—¿Es un Campbell? —preguntó Red Murdoch, un hermano de leche de Malcolm que galopaba a su lado.

—Sí. Lleva dos hombres. Ninguno debe escapar.

—Conozco un atajo —dijo Red Murdoch—. Por Ben Mohire. Llegaremos antes que ellos.

Malcolm gritó a sus hermanos y estos redujeron la velocidad, tomando el sendero accidentado y empinado tras el gran highlander pelirrojo, que espoleaba a su robusto caballo mientras le hablaba y discutía con él, sorteando rocas y baches. Había matado a una docena de hombres en circunstancias muy distintas, desde una pelea por unas botellas de whisky hasta una emboscada en la oscuridad, pero cuidaba de su montura con la ternura de una mujer hacia su hijo predilecto.

—Vamos, vamos —murmuraba—. Eres una chica lista. Llegarás a la cima antes que el caballo de Malcolm Mackenzie y dejarás en ridículo a todos esos demonios… Vamos, pequeña. Verás una buena pelea antes de que acabe el día, solo camina con cuidado y ten paciencia…

Los demás avanzaban en fila india. Malcolm mantenía la mirada fija al frente, la mente en blanco, negándose a pensar más allá de la tarea sangrienta que le aguardaba, negándose a imaginar que en menos de una hora quizá mataría al hermano de la mujer que amaba. Pero el pensamiento, con todas sus implicaciones, se abrió paso de golpe y lo debilitó. Tiró de las riendas con demasiada brusquedad y el caballo se encabritó, resbalando en el traicionero sendero.

—Con cuidado —le advirtió Red Murdoch—. Este tramo es infernal, lleno de guijarros. Incluso mi yegua va despacio. En quince minutos estaremos en la cima. La bajada no es tan mala.

—¿Por qué te detienes? —preguntó Hamish Mackenzie de pronto—. Ya has oído a nuestro padre. Estamos obligados por honor. Sigue adelante, Malcolm.

Obligados por honor. Los hombres habían muerto por él y habían matado por él. El honor distinguía a los caballeros de los hombres de baja cuna. Un hombre innoble podía pensar en su propia felicidad en una situación como aquella; un caballero, no. Fuera cual fuera el precio —la vida de Rowan Campbell, su propia dicha o el dolor de Marsali—, Malcolm sabía lo que debía hacer.

—Anímate —se burló Kenneth—. Hazlo bien y ella nunca sabrá que fuiste tú. Nadie podrá probarlo. Y si lo descubre más adelante, ya estará casada y poco podrá hacer. Vamos, Murdoch nos lleva cien metros de ventaja.

Nunca me perdonará, pensó Malcolm. *Pero eso ya no puede detenerme.*

—Si no consigues que te ame lo suficiente como para olvidar a un simple hermano, entonces no eres el hombre que creía —prosiguió Kenneth—. Además, ese astuto Campbell es un luchador honrado. Quién sabe, quizá te mate a ti.

Red Murdoch miró hacia atrás al oír la risa de Kenneth. Era supersticioso, y aquello lo inquietó. En Glenannan se murmuraba

que el mismísimo diablo se había acostado con Lady Flora y había engendrado a aquel muchacho risueño y maligno.

La luz comenzaba a extinguirse cuando llegaron al pie del Ben Mohire. Allí Malcolm tomó el mando. Colocó a sus hermanos, a Murdoch y al segundo miembro del clan entre los arbustos de una curva estrecha del sendero de montaña. Los caballos quedaron ocultos más arriba. Casi una hora después, oyeron el sonido de cascos al doblar la curva. Malcolm desenvainó la espada y, enrollando el extremo largo y grueso de su plaid alrededor del brazo izquierdo, saltó al centro del camino.



Fue sugerencia de Effie que Marsali se probara el vestido de novia para distraerse mientras aguardaban a Rowan. La costurera y sus dos jóvenes ayudantes llevaban casi dos meses trabajando en él y, cuando por fin estuvo terminado, entraron sigilosamente en la alcoba de su señoría para observar mientras se lo ponía.

Era de satén blanco puro. JeEffie, la costurera, había bordado el corpiño con un delicado diseño de flores en hilo de plata y cientos de perlas partidas. Un encaje magnífico caía en volantes alrededor del escote y cubría los brazos de Marsali desde el codo hasta la muñeca. La enagua era de tela plateada, y el mismo entramado brillante descendía por los costados de la sobrefalda hasta perderse en el dobladillo, donde el vestido formaba una cola corta.

El velo era una pieza de encaje de Bruselas de valor incalculable, tan fino como una telaraña, tan intrincado que parecía imposible que manos humanas lo hubieran creado más de tres siglos atrás. Había sido un paño de altar hasta que, durante la Reforma, uno de los condes de Hemsley se convirtió a la nueva fe y se lo regaló a su esposa. Desde entonces había pasado de madre a hija y ahora colgaba de una estrecha diadema de perlas y diamantes, lo único que quedaba de las antiguas joyas de Hemsley. Su padre se la

había dado a Marsali, comentando con aspereza que no era tan ostentosa como el vulgar collar de Malcolm, pero era una de las pocas reliquias salvadas de las depredaciones inglesas tras el levantamiento de 1715.

Marsali se colocó ante el espejo largo, observada por Effie y las mujeres que habían cosido el vestido, y giró lentamente.

—Estoy muy satisfecha —dijo al fin—. Mi agradecimiento a ti, Effie, y a vosotras, Mary y Morag. Es perfecto.

—Que Dios conceda a milady toda la felicidad —respondieron ellas.

—No os enorgullezcáis demasiado —advirtió Effie con severidad —. No es el vestido lo que nos deja sin aliento, sino la belleza de milady. Sería la novia más hermosa de Escocia aunque vistiera harapos.

En tres semanas su señora estaría ante el altar, con Malcolm Mackenzie a su lado. Una nueva vida, un nuevo hogar, las llevarían lejos de Hemsley. Effie pensó en los hijos que vendrían y sonrió para sí. Habría nodriza, desde luego, pero ella se ocuparía de todo. Su felicidad siempre había estado ligada, desinteresadamente, a la de Marsali.

Aún estaban reunidas ante el espejo cuando la puerta se abrió de golpe. Marsali se volvió y vio a su padre. Vestía abrigo y botas de montar; un plaid le cubría los hombros. Tras él se adivinaban sombras de hombres.

—Sé que estás ocupada con esta maldita boda —espetó—, pero Rowan no ha regresado. No hay rastro de él. Envié a Angus al mediodía y volvió a las dos diciendo que no había visto ni a Rowan ni a sus hombres. Voy a buscarlo, aunque tenga que llegar hasta Glenannan.

—Padre, estoy segura de que no es necesario. Quizá haya decidido quedarse.

—Dijo que volvería al amanecer. Lleva casi diez horas de retraso. Eso no es propio de él. No se ha quedado en Glenannan salvo contra su voluntad. Voy a salir ahora mismo. Reza para que lo encuentre.

—¡Espera! —Marsali corrió hacia él—. Llévame contigo. Me cambiaré en diez minutos. No quise ser desconsiderada; estaba probándome el vestido. Ayúdame a quitármelo… Effie, mi traje de montar y las botas.

Aterrada de pronto, rasgó los delicados cierres en su prisa y pisoteó el satén brillante en el suelo.

Veinte minutos después, Marsali y su padre salían de Hemsley al frente de veinte hombres.

—Lo encontraremos —dijo ella—. Estoy segura.

—Le ha ocurrido algo —sentenció el conde—. Lo sé desde anoche. Y por tu bien, espero que los Mackenzie no tengan nada que ver.

—No le ha pasado nada —insistió Marsali, aunque el miedo le martilleaba el pecho—. Malcolm jamás tocaría a Rowan.

Espoleó el caballo antes de que él pudiera responder. Dos horas más tarde, al pie del Ben Mohire, encontraron a Rowan y a sus dos hombres tendidos entre los brezos.



Fue Kenneth Mackenzie quien mató a Rowan. Lo apuñaló por la espalda después de ver a Malcolm batirse con él durante largos minutos, perdiendo una y otra vez la oportunidad de acabar con el duelo. Kenneth se acercó mientras ambos se rodeaban y hundió la espada con tal fuerza que la punta le atravesó el pecho.

—Dios mío, lo has matado por la espalda —soltó Malcolm, horrorizado.

Kenneth apoyó el pie en la espalda de Rowan, sacó la espada ensangrentada y la limpió con el plaid del cadáver.

—Nunca ibas a hacerlo de frente —escupió—. Podría haberte matado mientras bailabas a su alrededor como una anciana. ¿Qué te ha hecho esa puta pelirroja? ¿Ya no sabes matar? Hamish, Murdoch, acabad con esos perros. Cortadles el cuello y vámonos.

Hamish dio la vuelta a los dos Campbell. La sangre brotaba de la boca del último. La daga de Murdoch estaba clavada en su pecho. Hamish la sacó y se la devolvió.

—No dejéis nada atrás. Aseguraos de que Campbell esté muerto.

Malcolm se inclinó sobre Rowan y lo giró boca arriba. Los ojos seguían abiertos, la boca torcida por el dolor y la sorpresa.

—Está muerto —confirmó—. Montad. En media hora será noche cerrada.

Red Murdoch se acercó al cuerpo, apartó la espada caída y registró los bolsillos. Se guardó unas guineas y un reloj de oro.

—Och… —murmuró—. Más guapo muerto que cualquier Campbell vivo. ¿Te negaste a unirte al príncipe? Has salido barato para ser un traidor.

Se arrodilló y, con un movimiento rápido, le cortó el cuello.

Y así fue como Marsali y su padre lo encontraron.

Las lejanas cumbres de la montaña púrpura ardían con un glorioso color dorado, pero Marsali seguía sentada en su silla junto a la ventana, con la mirada perdida, rechazando la comida que Effie dejaba a su lado y negándose a desvestirse o a irse a la cama.

Aún llevaba puesto el traje de montar, arrugado y rígido, y una gran mancha de sangre oscurecía la falda, allí donde la cabeza de su hermano había reposado en su regazo hasta que su padre la arrancó de él por la fuerza. Se había enfrentado a aquella escena espantosa de improviso, y el valle que rodeaba Ben Mohire había devuelto una y otra vez el eco de sus gritos de horror. Después, la histeria se disipó y dio paso al silencio. El silencio terrible del shock, que nada había logrado romper desde que regresaron a Hemsley.

Rowan y sus hombres fueron velados en la capilla donde ella debía casarse con Malcolm Mackenzie. Los arrendatarios acudían a llorar su pérdida y a preparar el funeral, y su padre pasaba las horas arrodillado junto al ataúd de su hijo, con la cabeza hundida entre las manos, el corazón vacío de todo salvo de un dolor devastador y un odio igualmente devastador.

Hamish Mackenzie se había equivocado al decir que todos los Campbell estaban muertos. Uno de los sirvientes de Rowan aún respiraba cuando lo encontraron, y logró pronunciar cinco palabras mientras el conde y Marsali se inclinaban sobre él.

—Fue Malcolm Mackenzie quien lo hizo…

Nada más. Aunque lo llamaron y lo sacudieron, el hombre dejó caer la cabeza hacia atrás, puso los ojos en blanco y murió. Pero había condenado a Malcolm y había sentenciado a Marsali. Aquellas palabras resonaban sin cesar en su mente mientras permanecía inmóvil junto a la ventana.

Malcolm Mackenzie lo hizo…

No había duda posible. No podía negarlo, ni excusarlo, ni fingir que el testimonio de un moribundo era una mentira. Malcolm había matado a Rowan. El hombre al que amaba había asesinado al hermano al que amaba y luego había permitido que le cortaran el cuello. El recuerdo regresó con la fuerza de una pesadilla y Marsali gimió, cubriéndose el rostro con las manos para intentar expulsarlo. El grito acusador de su padre retumbaba en su cabeza, como había hecho durante todas las horas de la noche.

«Tú trajiste a ese asesino a nuestra casa… ¡y esto es obra suya!».

Al cerrar los ojos, veía a Rowan con una claridad insoportable. La voz que nunca volvería a hablarle susurraba una y otra vez en su imaginación.

«Mi dulce Kate, lo único que deseo es tu felicidad… No odio a ningún hombre… dejemos morir la enemistad… tu Malcolm te adora…».

Recordó el baile que compartieron la noche del gran baile, cuando él le dijo con galantería lo hermosa que estaba, y pensó en lo mucho que iba a echarlo de menos cuando se casara y se marchara a Kincarrig. Habían sido inseparables desde niños. El vínculo que los unía había sido lo más fuerte de su vida hasta que conoció a Malcolm. Y ahora Rowan estaba muerto.

El hombre que la había llevado al Paseo de las Damas, que la había besado hasta dejarle los labios doloridos y había puesto sus manos sobre ella, no había tenido escrúpulos en asesinar al ser humano que ella más quería y que, además, había llegado a ser su amigo. Era tan terrible que apenas podía obligarse a creerlo. No podía borrar de su mente la imagen del cuerpo mutilado, pero tampoco podía expulsar el recuerdo de Malcolm, que la asediaba sin descanso y le desgarraba el corazón con imágenes de su pasión y de unas esperanzas ahora traicionadas y hechas pedazos.

—Ojalá me hubiera matado a mí.

Fueron las primeras palabras que pronunció. Effie corrió hacia ella y la abrazó justo cuando Marsali se deslizó de la silla al suelo, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, con las lágrimas corriéndole por el rostro.

—Ay, milady, mi amor… no lloréis así… —suplicó Effie—. Os romperéis el corazón. Lord Rowan no querría veros de este modo… sabéis cuánto odiaba que lloraseis.

—Lo amaba tanto —sollozó Marsali—, pero amaba a ese otro más que a nada en el mundo… y él decía que me amaba… ¡Madre de Dios, Effie, cuántas veces lo juró y cuánto le creí! Y luego mata a Rowan, mi dulce Rowan, que nunca hizo daño a nadie… ¡Ojalá me hubiera matado a mí! ¡Ojalá me hubiera atravesado con su espada!

Effie no respondió. Se limitó a sostenerla, a calmarla y a secarle las lágrimas hasta que, al cabo de un rato, logró convencerla de que se tendiera en la cama. La desnudó con cuidado y la arropó entre las sábanas. Exhausta al fin, Marsali quedó recostada sobre las almohadas.

—Descansad un poco —murmuró Effie—. Voy a prepararos una infusión para que durmáis.

—¿Dónde está mi padre?

—En la capilla, con lord Rowan y los otros dos pobres muchachos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Marsali, con la voz temblorosa.

—Ha enviado un mensaje a Glenannan —admitió Effie—. Y otra carta a los tribunales de Inverness, acusando a los Mackenzie del asesinato. Eso es todo, niña. No está en vuestras manos.

—Me pregunto qué le hará a ella.

Nadie había pensado en la condesa. Al regresar con los cadáveres, Sorcha había corrido a sus aposentos y se había encerrado, y nadie la había vuelto a ver.

—No querría estar en su lugar —dijo Effie lentamente—. No por todo el oro del mundo.

—Yo tampoco —susurró Marsali—. Debería haber pensado en su prima antes de asesinar a Rowan… Estaba muy preocupado por ella la última vez que estuvo aquí.

De pronto soltó una carcajada breve y salvaje, que heló la sangre de Effie.

—Y pensar que estuve a punto de ceder ante él aquella misma noche… ¿sabes lo que hizo ese hipócrita? Se apartó de mí y me soltó un discurso sobre no abusar de mi confianza, y luego me devolvió al baile. ¡Dios mío! Si pudiera matarlo… Si pudiera vengar a Rowan y redimirme por haberlo amado…

Diez minutos después, Effie regresó con una taza de infusión caliente cargada con un buen chorro de whisky y se sentó junto a la cama hasta que Marsali cayó por fin en un sueño pesado.

El silencio se adueñó de Hemsley. Era el silencio de la muerte y del dolor, que amortiguaba los pasos de los sirvientes y apagaba las voces humanas. Pero la noche anterior al funeral de lord Rowan, los pasillos se llenaron de criadas y mozos que se acercaban a hurtadillas para escuchar los gritos que procedían de la habitación de la condesa Sorcha.

El mayordomo del conde salió en bata y los envió de vuelta a sus cuartos. Había visto al conde entrar en la habitación de su esposa con un látigo de caza, y pensó que, dado su estado de embriaguez y desequilibrio, bien podría golpear hasta la muerte a la desdichada mujer. En cualquier caso, no era asunto suyo, ni de nadie en la casa.

Solo Effie acudió a Marsali y le sugirió intervenir. No quedaría bien que la esposa del conde muriera a causa de las lesiones. Marsali la miró; sus ojos estaban tan fríos y duros como el hielo.

—Si fuera Malcolm Mackenzie quien estuviera en esa habitación, iría a ver cómo mi padre lo mata —dijo con frialdad—. Pero como solo se trata de esa miserable mujer, no me interesa. Vete a la cama y cierra la puerta. No quiero que me molesten.



Rowan llevaba muerto y enterrado casi dos semanas cuando el guardián entró corriendo en la biblioteca para anunciar que un

Mackenzie se acercaba a caballo. Un miembro ordinario del clan, respondió, al ser interrogado por el conde. Para sorpresa del guardián, Hemsley ordenó que lo dejaran pasar.

Mientras regresaba a su puesto, el anciano vio a lady Marsali bajar apresuradamente la escalera para situarse junto a su padre.

El hombre era joven y moreno, con brillantes ojos azules que los observaban con una mezcla de cautela y orgullo. Marsali lo reconoció. Había venido con Malcolm aquella primera mañana, hacía casi un año. Se quitó la gorra y se inclinó.

—Soy Donal Mackenzie, sirviente de Malcolm Mackenzie de Glenannan. Traigo un mensaje para lady Marsali de parte de mi señor.

—¿Ah, sí? —preguntó el conde en voz baja—. ¿Y por qué tu amo no ha venido en persona, en lugar de enviarte a ti? ¿Tiene miedo de enfrentarse a la familia del hombre al que asesinó?

—Mi señor no teme a nada —respondió el joven con frialdad—. Pero el príncipe ha desembarcado, milord, y los clanes se están alzando. Mi señor se prepara para la guerra. Solo pide que lady Marsali lo escuche antes de partir.

—¿Ese es su mensaje?

—El mensaje es para usted, milady.

Le tendió una carta. Marsali dudó. Reconoció la letra, el sello, y recordó las cartas apasionadas que aún conservaba bajo llave. Tomó el sobre y lo sostuvo un instante entre los dedos.

—Mi señor le ha explicado lo ocurrido —añadió Donal—. Espera su respuesta antes de marchar.

Ella empezó a rasgar la carta sin decir palabra. La rompió en dos, luego en cuatro pedazos, y los dejó caer lentamente a los pies del mensajero.

—Mi respuesta es esta —dijo en voz baja—. Espere.

Tocó la campana junto al fuego. Cuando Effie apareció, Marsali le susurró algo al oído. Luego tomó del brazo a su padre y lo condujo a un extremo de la habitación. Donal Mackenzie los observaba, inquieto. Algo en los rostros del conde y de su hija le decía que debía huir, pero hacerlo habría sido mostrar miedo, y los Mackenzie no huían de los Campbell.

Marsali regresó.

—Aquí está mi respuesta para Malcolm Mackenzie.

Le tendió el gran collar de esmeraldas y los pendientes.

—Llévaselos. Dile que los venda y entregue el dinero al príncipe.

Donal oyó un ruido detrás. Vio la puerta abierta y a varios hombres esperando dentro de la biblioteca. Miró a la joven que tenía delante, con las joyas en las manos, y supo que iba a morir. Antes de que el conde diera una orden, escupió en el suelo, a los pies de Marsali.

Lo enviaron de vuelta a Glenannan atado a su caballo, con las esmeraldas enredadas alrededor del cuello junto a la cuerda con la que lo habían estrangulado. Cinco Campbell escoltaron al animal hasta las inmediaciones de Glenannan y luego lo azuzaron para que llegara al galope. Cuando las puertas se abrieron y el caballo y el cadáver fueron llevados al interior, los Campbell ya regresaban a toda velocidad a Hemsley.

Aquella misma noche, el conde y sus hombres cabalgaron hacia Kincarrig, y las llamas de la casa incendiada iluminaron el cielo nocturno a kilómetros de distancia.

En Hemsley, Marsali retomó su vida anterior, atendiendo la casa, a los sirvientes y ayudando a su padre con la finca. A medida que llegaban rumores del levantamiento, las paredes del castillo parecían alzarse más altas y la luz apagarse, mientras la esperanza moría en su corazón y el odio lo convertía todo en amargura.

Trabajaba hasta caer rendida, a veces dormida en la silla frente a su padre. Una noche, cuando él intentó consolarla por la ruina de todas sus esperanzas, ella respondió con suavidad:

—No hay nada que lamentar. Mi vida ha terminado. Nunca me casaré, padre. Solo deseo vivir para compensarte por Rowan. Ahora soy tan feliz como lo seré jamás. Cuando lo mataron, también me mataron a mí.

Y era cierto. Cuando el dolor por su hijo y la desolación de su hija se volvieron insoportables, el conde pensaba en la mujer encerrada en el piso superior, bebía su whisky, tomaba la llave, entraba en la habitación de su esposa y descargaba su furia golpeando a Sorcha Mackenzie hasta que le dolía el brazo.

Para Marsali no había alivio. Destruyó las cartas de Malcolm, rasgó su vestido de novia y ordenó a Effie que lo quemara. No quedó rastro alguno de él en su habitación. Su nombre jamás volvió a pronunciarse entre ella y su padre, y Effie recibió la orden de no hablar nunca de lo ocurrido.

Como Effie dijo a su abuelo, habría sido mejor para milady morir que vivir sin amor, sin esperanza y sin alegría.

Capítulo 3

Llegó agosto, y los días eran cálidos, con el fugaz esplendor del verano escocés. Tan hermosos y llenos de luz resultaban, que Marsali prefería el frescor y la penumbra del castillo. Era imposible evitar las traicioneras comparaciones entre Kincarrig y los días idílicos que podrían haber sido, frente al vacío y la tragedia en que se había convertido su vida cotidiana.

Había intentado no pensar en Malcolm. Su nombre estaba prohibido. Tampoco se mencionaba ya a Rowan, aunque su tumba en la cripta permanecía siempre cubierta de flores frescas, ofrenda de los sirvientes que lo habían conocido y querido. A menudo buscaba a su padre en vano, solo para hallarlo arrodillado en el frío, junto a la nueva tumba, inclinado sobre la losa.

Nada podía devolverle a su hermano. Lo único que podía hacer era intentar enterrar el recuerdo de su amor y del hombre que lo había traicionado, hasta que estuviera tan muerto como su compañero de la infancia.

Las noticias llegaban a través de amigos que pasaban a ofrecer sus condolencias antes de partir para unirse al príncipe. La bandera de los Estuardo volvía a ondear en las Highlands, y los clanes se reunían en torno a ella y al romántico símbolo de una independencia perdida: el propio príncipe Carlos.

A mediados de mes, el último visitante, el joven terrateniente Grant de Glenmoriston, se marchó tras dos noches de estancia para unirse al ejército. El castillo quedó silencioso y vacío. El conde se retiraba temprano a sus aposentos y, con frecuencia, Angus y el mayordomo debían ayudarlo a acostarse y apartarle la botella de whisky vacía de las manos.

La noche era cálida. Marsali permanecía sentada sola en el Salón Verde, incapaz de dormir y sin ánimo para retirarse. El calor se volvió insoportable. Dejó a un lado la costura y, tras abrir las altas ventanas que daban a la terraza, salió al jardín iluminado por la luna.

Solo se oía el susurro del viento entre los árboles. Más allá de la terraza se alzaba una glorieta, oculta entre enredaderas y arbustos en flor. El aroma era dulce y penetrante, y Marsali avanzó hacia allí. Durante su compromiso, Malcolm solía pasear con ella por ese mismo lugar y sentarse a su lado en el banco de piedra, ocultos a la vista de la casa. Allí se besaban y hablaban del futuro.

Estaba ya bajo la sombra de los árboles cuando alguien se abalanzó sobre ella. Una mano le cubrió la boca, sofocando su grito, y los brazos que la sujetaban le resultaron terriblemente familiares. La voz que le susurró al oído la dejó petrificada. Su cuerpo lo reconoció al instante y sus sentidos se estremecieron de agonía ante el calor y el contacto que le habían sido negados durante tanto tiempo.

Él la giró y la estrechó contra sí, sin apartar la mano de sus labios. Luego la mano desapareció y su boca se apoderó de la de ella, exigente, desesperada. En ese instante, Marsali se perdió y abrió los labios. Durante un largo momento permanecieron inmóviles, fundidos por la fuerza física de él, incapaz ella de liberarse.

El abrazo era tan poderoso que le causaba dolor, pero ese mismo dolor intensificaba el placer torturador del beso salvaje que le robaba el aliento, hasta que, por fin, él levantó la cabeza y quedaron frente a frente.

—Mi amor —susurró—. Mi amor… tenía que verte.

Marsali se apartó bruscamente, horrorizada consigo misma. Su cuerpo temblaba, la piel ardía donde él la había tocado.

—Eres un demonio —escupió—. Un demonio asesino.

—Insúltame cuanto quieras —respondió él, con la voz quebrada—. Sabía que, si lograba encontrarte, todo volvería a estar bien. Oh, Marsali… sé lo que ocurrió cuando te tuve entre mis brazos. Amada mía, escúchame solo un instante.

—¿Escucharte? —intentó alejarse, pero él le atrapó las manos —. ¿Escuchar al hombre que me robó el amor y la confianza para luego traicionarme? Debes de estar loco, Mackenzie de Glenannan, para venir aquí y creer que me quedaré escuchándote. ¿Tienes tantas ganas de morir? ¿Has olvidado a tu sirviente, el que vino a traer tu mensaje?

—Dijeron que había sido cosa tuya, pero no lo creí. Ni siquiera cuando le quité el collar del cuello pensé que tú hubieras ordenado eso…

—Te equivocas —aseguró Marsali, y su voz se volvió fría, serena—. Vi cómo los hombres de mi padre mataban a tu mensajero. Y lo único que lamenté fue que no fueras tú. ¿Crees que he olvidado a mi hermano? Rowan, que me amaba y a quien yo amaba más que a nadie. Él nos ayudó, ¿lo recuerdas? Convenció a mi padre para que te recibiera. Y tú lo mataste, cobardemente, en una emboscada.

—No tuve elección. No quiso unirse al príncipe. El emisario exigió su vida por honor. Mi padre nos envió tras él, pero juro por Dios que no fui yo quien lo mató. Luché con él limpiamente. Mi hermano Kenneth lo apuñaló por la espalda. Esa es la verdad.

—Mientes. Hubo un testigo. Uno de nuestros hombres vivía aún cuando lo encontré entre mis brazos. Sus últimas palabras fueron claras: «Malcolm Mackenzie lo hizo». Tú, Malcolm. No tu hermano.

—Estaba oscuro. Aquel hombre se estaba muriendo. No vio lo que ocurrió. ¿Por qué iba a mentirte ahora? Yo no maté a Rowan.

Se adelantó y cayó de rodillas ante ella.

—Nunca me he arrodillado ante Dios ni ante hombre alguno —confesó—. Pero ahora estoy a tus pies. Créeme y perdóname. Llama a tu padre, deja que se vengue como quiera. Moriré feliz si me dices que aún me amas.

Su rostro permanecía en sombra, pero por el temblor de su voz ella supo que lloraba.

—Nunca te amé —dijo lentamente—. Como tú nunca me amaste a mí. Entre nosotros solo hubo lujuria. Estoy mancillada por haberte tocado.

—No te creo —replicó, poniéndose en pie—. Si te tomara ahora, te rendirías. Ambos lo sabemos. Mañana parto a Perth para reunirme con el príncipe. No puedo irme sin una palabra tuya. Perdóname.

Durante un instante, la locura se apoderó de ella. Supo que, si cedía un segundo más, correría a sus brazos. Su única defensa fue atacarlo. La mano que se había extendido hacia él se convirtió en un golpe violento contra su rostro.

—¡Ese es mi perdón! Y ruego a Dios que encuentres una muerte temprana. ¡Vete!

Él se tocó la mejilla con lentitud. La luz de la luna iluminaba ahora su rostro, hermoso y deformado por el desprecio.

—Estaba preparado para morir —dijo al fin—. Incluso para que me entregaras. Si me hubieras amado, habría aceptado la muerte. Pero fui un necio. Pensé que un Campbell podía devolver amor por amor. Las rameras de Edimburgo tienen mejor corazón que tú. No maté a tu hermano. Pensé que era un cobarde por negarse a luchar, pero no lo maté. Dile esto a tu padre: cuando ganemos la guerra, sabrá dónde encontrar a Malcolm Mackenzie de Glenannan. Y ahora puedes gritar. No volvería a tocarte ni para salvar mi vida.

—¡Malcolm! —gritó ella, incapaz de contenerse.

Pero ya se había ido. No miró atrás al salir por la pequeña puerta lateral. No la vio caer de rodillas ni oyó su llanto

desesperado.

Casi a medianoche, Effie bajó al Salón Verde, salió al jardín y encontró a su señora arrodillada en el sendero húmedo, llorando como si el corazón fuera a romperse. La sostuvo con cuidado y supo al instante lo ocurrido.

—Ha estado aquí —susurró—. Lo sé. ¿Qué ha pasado?

—Vino a pedirme perdón —susurró Marsali—. Juró que no mató a Rowan. Le golpeé. Le dije que lo odiaba y que deseaba su muerte.

—Hizo bien. Podría haberla raptado.

—No me habría hecho daño. Y al final se marchó. No grité. Pude haberlo traicionado… y no lo hice.

—Si hubiera gritado… —repitió Effie—, lo habrían matado en minutos.

—No pude —admitió Marsali—. Pensé que lo odiaba. Ahora sé que nunca volveré a verlo. Júrame que no dirás nada de esto.

—Lo juro.

Entraron de nuevo en el castillo.

—Gracias a Dios —murmuró Effie— que no sé lo que es el amor.



Una columna de hombres avanzaba por las colinas al son del gaitero de los Mackenzie. Eran casi trescientos, en su mayoría arrendatarios y sus hijos, hombres acostumbrados a trabajar las tierras inhóspitas del clan. Marchaban preparados para la campaña, con faldas escocesas y chaquetas de piel forradas de lana, el pecho y los brazos desnudos, la pesada espada ancha colgando del cinturón y la daga corta sujeta a la cadera.

Se envolvían en sus mantas escocesas, que les servían también para dormir, y algunos cargaban con ollas rudimentarias y sacos de avena para amasar tortas y cocerlas en las cenizas calientes. Aquellos hombres no eran distintos de sus antepasados de siglos atrás: primitivos, resistentes, unidos únicamente por la feroz lealtad del clan a su jefe. Seguían a ese jefe y a sus hijos, que cabalgaban al frente de la columna mientras avanzaban lentamente por el campo en dirección a Perth y al ejército del príncipe Carlos.

Sir Murdoch Mackenzie tarareaba en voz baja la melodía del gaitero. La paz nunca le había sentado bien; llevaba años aburrido, y ahora se sentía joven y vigoroso ante la perspectiva de la guerra. Sus hombres sonreían y murmuraban entre ellos que el viejo león olía la lucha. Lamentaban, con la calma fatalista de los montañeses, que Malcolm, el heredero del jefe, estuviera de tan mal humor.

Malcolm Mackenzie cabalgaba junto a su padre, pero pasaban las horas sin que intercambiaran una sola palabra. Tras varios intentos infructuosos, incluso el intrépido y burlón Kenneth decidió dejarlo en paz. Nadie se atrevió a preguntarle dónde había estado la noche anterior a la partida, aunque su padre y sus hermanos lo sospechaban.

Había regresado a Glenannan y había pasado junto a ellos sin responder a ninguna pregunta. La puerta de su habitación se cerró de un portazo que hizo vibrar la plata de la mesa donde la familia cenaba. Aquella noche, Kenneth lo oyó maldecir mientras caminaba de un lado a otro, murmurando para sí mismo tras una puerta que nadie se atrevía a abrir. Y cuando bajó por la mañana, el diablo parecía haber vuelto a poseerlo: la vieja luz feroz brillaba de nuevo en sus ojos y la mueca belicosa de desprecio había regresado a su boca. Como comentó Kenneth, el hermano Malcolm había vuelto a ser el de siempre, y la vida sería mucho menos tranquila.

—Malcolm —dijo por fin su padre—. Esta noche nos detendremos en Black Rock. Hay algunas cabañas donde podremos refugiarnos, y los hombres podrán acampar y proveerse de comida en el valle.

—Como desees. No veo por qué no podríamos marchar durante la noche. No somos mujeres como para perder unas horas de sueño.

—Necesitamos comida, y mientras tú vas a caballo, el resto de nuestra gente ha caminado las últimas veinte millas. Nos detendremos en Black Rock —sentenció sir Murdoch.

De pronto se sintió tan irritado con su hijo que habría podido golpearlo.

Esa maldita mujer, esa zorra pelirroja… Había arruinado a su hijo, su favorito si era sincero, pues consideraba a Hamish demasiado bruto y a Kenneth demasiado siniestro. Sir Murdoch no se dejaba engañar ni por el silencio de Malcolm ni por la agresividad con que respondía incluso a la pregunta más trivial. Conocía a su hijo. De joven le habían divertido sus excesos y peleas, y había sentido orgullo por su ferocidad cuando se hizo hombre. Pero lo que veía ahora era a alguien luchando contra el mundo y contra sí mismo. Y todo por culpa de una mujer. Su paciencia llegó al límite.

—Malcolm, ¿adónde fuiste anteayer por la noche?

Malcolm giró la cabeza hacia él. Sus ojos negros estaban enrojecidos y ardían.

—Fui a Hemsley, como bien sabes. Había algo que debía hacer antes de marchar contigo.

—Eso pensaba. ¿Qué pasó con la muchacha?

—Todo ha terminado. —Soltó escueto, al no querer profundizar más.

—¿Con ternura, supongo? —intervino Kenneth, acercándose a caballo con una sonrisa torcida.

—Puede que seas mi hermano —respondió Malcolm en voz muy baja—, pero cuida tu lengua. Eres un excelente espadachín, sobre todo por la espalda, pero no eres rival para mí.

—Guarda tus peleas para los ingleses —ordenó el viejo jefe.

Kenneth se encogió de hombros y dejó que su caballo se colocara junto al de su padre.

—Nunca me ha perdonado por matar al Campbell. Eso sí que es ingratitud, padre. Si no lo hubiera hecho, él habría acabado muerto de todos modos. Nunca has visto a nadie como ese, danzando y holgazaneando como si tuviera una aguja en lugar de una espada.

—Está loco —gruñó sir Murdoch—. Desde que vio a esa maldita muchacha, se ha vuelto un poseso. No habrá más mujeres, ni más viajes a Inverness contigo y con Hamish. Por Dios, vivió como un monje durante un año entero y luego vació Glenannan de sus tesoros para amueblar Kincarrig para ella. ¿Y cuál fue el resultado? Su hermano resulta ser un traidor y un cobarde y tenemos que acabar con él… aunque no te haya costado mucho —añadió, y Kenneth inclinó la cabeza con una pequeña reverencia desde la silla —. Luego Hemsley presenta una acusación contra nosotros y la boda se cancela. Al menos eso fue algo bueno. Pero Kincarrig ha ardido… Bah, ya veremos cuando termine esta guerra. ¿Qué crees que pasó cuando fue allí?

—Creo que ella le escupió en la cara. Esa es mi opinión sobre ella. También creo que es menos rencorosa de lo que él imagina, o habría encontrado la manera de entregarlo. Le hicieron un flaco favor al pobre Donal cuando fue allí. Malcolm tuvo suerte de poder regresar.

—Se recuperará. Todo esto no es más que el ardor del momento. Se calmará cuando se una al príncipe, cuando tenga mujeres y pruebe de nuevo el sabor de la batalla. Eso es lo que necesita. Entonces la olvidará y volverá a ser él mismo.

—Quizá —murmuró Kenneth—. Quizá. Ojalá tengas razón, padre, pero no estoy tan seguro. Todavía la ama, diga lo que diga. Dudo que la olvide mientras viva.



El príncipe Carlos Eduardo entró en la ciudad de Perth con una sola guinea de oro en el bolsillo, al frente de un ejército formado por los Cameron y los Mackenzie de Keppoch, Tirnadris y Glengarry. Para deleite de sus hombres, vestía la falda escocesa y marchaba a pie junto a ellos. Estaba decidido a demostrar que era tan resistente como cualquier montañés, y superó a muchos de los más fornidos, hombres que habían pasado toda su vida en las colinas.

Su entrada en Perth fue un triunfo. La gente salió a las calles para cantar y bailar, los gaiteros del clan interpretaron melodías antiguas que exaltaban las glorias del pasado, y por doquier el príncipe veía ventanas repletas de mujeres que saludaban y arrojaban flores al ejército que desfilaba bajo ellas. Durante treinta largos años Escocia había vivido sometida, y el recuerdo de las ejecuciones y privaciones infligidas a quienes se habían rebelado en nombre de su padre seguía dolorosamente vivo. En las Highlands la historia no se escribía: se transmitía de boca en boca y se conservaba en las canciones del clan, y los niños crecían escuchando relatos del valor de sus antepasados en las interminables guerras de los valles.

La tarde del cuatro de septiembre, el príncipe la pasó en una casa de la ciudad, donde ofreció lo que se consideró una recepción de corte para los ciudadanos más destacados. Al término de la reunión, sus fondos habían aumentado en quinientas libras prometidas, y cada hora llegaban informes de nuevos hombres que acudían desde todos los rincones de las Highlands para unirse a él. Al día siguiente, sir John O'Reilly anunció que Mackenzie de Glenannan y su clan marchaban ya hacia la ciudad.

Malcolm y sus hermanos siguieron a su padre al entrar en la sala que el príncipe utilizaba como cámara de audiencias. Estaba iluminada por innumerables velas, y en uno de los extremos se alzaba una silla de roble tallado con un dosel improvisado de

terciopelo. La estancia rebosaba de gente, apiñada en torno al joven que ocupaba el asiento bajo el dosel y que, para sorpresa y orgullo de sir Murdoch, se levantó y cruzó la sala para recibirlos.

Carlos era alto y delgado, con un rostro más bien redondeado, rasgos regulares y una tez clara y sonrosada. Como muchos de sus antepasados, era un Estuardo de cabello rojizo, con los ojos marrón oscuro que a menudo acompañan a ese color. Murdoch y sus tres hijos se arrodillaron. El jefe besó la mano que el príncipe le tendió y presentó a sus hijos.

—Bienvenidos —dijo Carlos, con un acento tan leve que parecía un ceceo. Ya se comentaba que estaba aprendiendo gaélico y estudiando las antiguas tradiciones de su país. Generaciones de reyes Estuardo le habían legado dignidad y elegancia, y de su madre, la princesa polaca, había heredado un temperamento vivo y gestos apasionados que afloraban cuando se emocionaba.

—Mi hijo mayor, Malcolm, Alteza Real.

Malcolm sostuvo la mirada del príncipe un instante y se sorprendió al notar que, tras la sonrisa amable, lo observaba con atención astuta.

—He oído hablar mucho de vos —comentó Carlos—. Ya hay tantos Mackenzie a mi lado que a veces me cuesta distinguirlos. Pero ninguno tan moreno como vos y vuestra familia.

—Y ninguno tan valiente —añadió O'Reilly, acercándose con una inclinación—. Los Mackenzie de Glenannan son célebres por su espíritu guerrero y por su hospitalidad, Alteza, como bien sé.

—Me honra oírlo —respondió el príncipe con gravedad—. Regresé a casa sin nada más que mi fe en la lealtad escocesa, y en un mes tengo un ejército que crece cada día. Deseo teneros cerca de mí. Soy vuestro príncipe, pero cuando marchemos juntos como soldados, deliberaremos como soldados, y todos los hombres tendrán voz.

Los Mackenzie se mezclaron con la multitud mientras Carlos continuaba saludando.

—Es un príncipe notable —murmuró sir Murdoch—. Tiene don de gentes. Mira cómo tiene a los comerciantes y a sus esposas sonriendo y sonrojándose.

—Más que a los mercaderes —observó Malcolm—. Lord George Murray está aquí. Eso significa que los Atholl se unirán, y ahí está el duque de Perth. El príncipe tiene el encanto del diablo. Ojalá tenga también su suerte.

—Es el príncipe —gruñó Hamish—. Eso basta para mí.

—Veo que hay muchas mujeres —comentó Kenneth, poco impresionado—. Mira aquella, la rubia del vestido verde.

La joven esposa de uno de los abogados más influyentes de la ciudad se sonrojó al notar su mirada y volvió los ojos a su marido.

—Si buscas lujuria, este no es el lugar —advirtió Malcolm—. Son mujeres respetables. ¿Y Fiona Mackintosh? Pensé que te había cautivado.

—Nada como elegir a una esposa rica cuando llega el momento —replicó Kenneth con una sonrisa—. No todos somos tan necios como tú, que pierdes el alma por una mujer y ella te escupe en la cara. En cuanto a la lujuria, ¿qué otra cosa haremos antes de la lucha? Disculpadme, voy a presentarme.

Se alejó riendo, y Malcolm oyó su carcajada mientras hablaba con el abogado, visiblemente incómodo, y devoraba con la mirada a su esposa.

Malcolm conversó brevemente con O'Reilly sobre hombres y armas, pero apenas escuchaba. El nombre de Marsali y la burla de Kenneth lo habían herido demasiado hondo. Durante la marcha hasta Perth, durmiendo en chozas miserables o envuelto en su manta sobre el brezo, la imagen de ella lo había perseguido sin tregua. Creía haber matado su amor y odiarla, pero el deseo persistía, más feroz ahora que cualquier otro sentimiento.

Lascivia. La palabra lo sacó bruscamente de sus pensamientos. Kenneth tenía razón: haría lo que quisiera, mientras él se quedaba solo con sus recuerdos y su amargura.

Se acercó a su hermano.

—No sé cuáles sean tus planes esta noche —dijo—, pero cuando nos despidan del príncipe, me apetece ver algo de la ciudad.

Kenneth lo miró, y una sonrisa lenta se dibujó en su rostro.

—Me alegra oírlo. La señora MacPherson ha tenido la amabilidad de invitarnos a cenar. Con su marido, por supuesto. —Se volvió hacia ella—. Confío en que me disculparéis si declino para acompañar a mi hermano.

—Oh, pero vuestro hermano también será bienvenido —se apresuró a decir la señora MacPherson, sin dar tiempo a su marido a protestar.

Kenneth inclinó la cabeza, satisfecho.

—Encantador. ¿Tenéis alguna hermana que pueda conversar con mi hermano?

—Una cuñada —respondió ella—. Está allí, con vestido rojo, hablando con el coronel O'Sullivan.

Malcolm miró a la mujer. Alta, morena, hermosa, con un aire aristocrático y unos ojos de un azul intenso. No le atrajo, pero la prefería a la criatura frívola que Kenneth había elegido.

—Si nos disculpáis —dijo—, debemos hablar con nuestro padre.

Cuando se apartaron, se volvió furioso hacia su hermano.

—¿Qué demonios haces invitándome a cenar con esta gente?

—Confía en mí —respondió Kenneth—. Tendremos buena cena y luego cada cual lo que desee. Si no, siempre quedan los burdeles.

Malcolm no rió. En su mente volvió a ver a Marsali en sus brazos, tan cercana y perdida. Cualquier cosa, pensó, con tal de expulsarla de su mente.

—¿Por qué no? —dijo al fin—. Pero procura que no tengamos que matar al marido.

—No hará falta —aseguró Kenneth—. Todo está pensado.



—Más vino. Kenneth, pásamelo, maldita sea.

La cena había terminado y los cuatro —los dos Mackenzie y las dos mujeres— seguían sentados a la mesa, inclinados sobre ella, agotando otra botella del mejor clarete del ausente MacPherson. Tal como Kenneth había prometido, la comida había sido excelente y, bajo la firme presión de los brazos de los dos miembros del clan que los escoltaban por la casa, el anfitrión fue conducido a una estancia del piso superior, donde Malcolm le comunicó con frialdad que sus hombres tenían órdenes de cortarle el cuello si se atrevía a gritar.

Aclarada la situación, la anfitriona se abandonó al disfrute de una circunstancia por la que nadie podía reprocharle nada, y su cuñada, Davina MacIntyre, no hizo comentario alguno; se limitó a servirle a Malcolm carne y vino.

Comió poco y bebió con furia, sin saborear el clarete, vertiéndoselo por la garganta como si fuera whisky, mientras su hermano se sentaba con el brazo rodeando a la señora MacPherson y se envalentonaba con cada gesto de aprobación. Ella se recostó contra él, algo achispada, y el vestido se le deslizó de los hombros.

—Pobre Donald —suspiró—. Debe de estar muy asustado por mí. Espero que tus hombres no le hagan daño.

—Por supuesto que no —respondió Kenneth—. Son mansos como corderos. Te dije que no armaría ningún escándalo.

Malcolm observó a la mujer apretándose contra su sonriente hermano y, de pronto, irritado, dijo con frialdad:

—¿Desea que comprobemos si nuestros corderos le han cortado el cuello, señora? Tal vez por eso esté tan callado.

—Conociendo a Donald —intervino Davina MacIntyre—, estoy segura de que no les dio motivo alguno. Es un plan ingenioso. ¿A cuál de ustedes se le ocurrió?

—A mí —sonrió Kenneth—. Estábamos tan enamorados de la vista que no podíamos permitir que un simple marido se interpusiera. Vamos, cariño, estás bostezando. —Le susurró algo al oído y la señora MacPherson rió—. Discúlpenos. Cuide de mi hermano, señora. Necesita consuelo.

Cuando se quedaron solos, Malcolm levantó la última botella y maldijo al comprobar que estaba vacía. Davina lo miró.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó.

Él alzó la cabeza. Tenía los ojos inyectados en sangre, pero, pese a haber bebido más que Kenneth, seguía lúcido.

—¿Qué diablos quieres decir?

Davina fue al armario y regresó con una jarra de whisky.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Prueba esto. ¿Por qué has venido, si no tienes estómago para nada de esto?

—Me invitaron —replicó con sarcasmo—. ¿No puede esperar, señora? Si yo no le hago el favor, mi hermano lo hará cuando termine con su cuñada.

—No me interesa tu hermano. Él y esa mujer se merecen. No me subestimes; no volverá tan pronto. Ten la bondad de pasarme una copa.

Se sirvió y bebió despacio. Malcolm la observaba. A la luz de las velas parecía hermosa; el rostro pálido y cincelado, sereno. Podría haber estado en cualquier mesa respetable de Perth, y sin embargo bebía con un hombre al que apenas conocía, cuyos

hombres retenían a su hermano mientras su esposa era seducida en la cama conyugal.

—¿Qué clase de mujer eres? —preguntó de repente—. No puedes ser pariente de ese cobarde.

—Lo soy —respondió ella—. Los hermanos no tienen por qué parecerse. Mírate a ti y a tu propio hermano. ¿Te parezco fea?

—No fea. Atrevida. Y no me agrada.

—Vaya. —Sonrió con auténtica diversión—. ¿Te escandalizo? Conozco tu reputación desde hace años. No me digas que prefieres mujeres hipócritas.

—¿Qué sabes tú de mí?

—Sé que tienes mala fama. Algunos amigos míos la han maldecido. Alice Gannock, por ejemplo. ¿La recuerdas?

—Sí. —La miró con deliberada lentitud—. Estaba borracho y ella no quería. Esta vez es distinto. ¿Deseas comprobar si decía la verdad?

Davina se levantó. No había temor en su rostro.

—Alice nunca me contó nada. Lo supe por su madre. Ahora está felizmente casada. Antes de ir a ese dormitorio, déjame decirte algo. Me casé joven con un hombre enamorado de mi dinero, que lo gastó hasta destruirse. Desde entonces busco a un hombre que lo sea de verdad. Creo que tú lo eres. Quiero saberlo. Vamos.

Subieron a una habitación del primer rellano. Se quedaron frente a frente, vacilantes, como dos duelistas antes del desafío final. Davina se acercó y se detuvo ante él sin rodearlo con los brazos, mirándolo a la cara. Malcolm apoyó las manos en sus hombros y le arrancó el vestido rojo. En el encuentro furioso que siguió, le sorprendió oírla reír.

Debió de quedarse dormido. Al despertar, ella había encendido una vela y estaba sentada a su lado. Tenía un cuerpo

hermoso y fuerte. Al verla, lo invadió un frío de rabia y decepción, y se apartó.

—Cúbrete —ordenó con brutalidad—. Pareces una ramera.

—Como quieras. Lo siento. Debería haberte dejado dormir.

No respondió. El sueño lo había precipitado en un vacío. Ahora, con la memoria, regresó una repugnancia aguda hacia sí mismo y hacia la mujer tan cercana que oía su respiración. Había buscado huir y no había escapado de nada.

—Lo siento —repitió ella—. Yo encontré lo que quería. Ojalá tú también.

Malcolm se levantó y empezó a vestirse sin mirarla. Era increíble haber poseído a una mujer tan apasionada y sentirse, aun así, vacío, ajeno a sí mismo.

Cuando terminó, Davina se le acercó envuelta en una bata de seda y terciopelo.

—Esta es mi habitación —dijo en voz baja—. Vivo aquí con Donald y mi cuñada. Creo que oigo a tu hermano. Pronto amanecerá. Será mejor que liberes a mi hermano y te vayas. Yo me ocuparé de que acepte lo inevitable.

—Eso no me importa —replicó—. Afrontaré cualquier acusación.

—Lo sé. Pero es mejor evitarlo. Antes de irte, dime algo.

—¿Qué?

—¿Volverás a verme? Tengo casa propia en Perth.

—Lo dudo. Nuestro encuentro no ha sido provechoso.

—Debe de ser muy hermosa.

—¿Quién?

—La mujer cuyo nombre pronunciaste. Buenas noches, Mackenzie de Glenannan. Volveremos a vernos.



El resto de la semana lo dedicaron a reunir el ejército del príncipe, revisar y almacenar municiones y celebrar consejos de guerra con los jefes. Al día siguiente de su encuentro con la familia MacPherson, los Mackenzie asistieron a uno de aquellos consejos. El príncipe presidía la mesa y, a su derecha e izquierda, se sentaban lord George Murray, hermano del duque de Atholl, y el duque de Perth, que contaba treinta y dos años. También estaban presentes lord Nairne y lord Ogilvy, recién llegado. Las noticias que les transmitió el coronel O'Sullivan resultaron alentadoras.

La guarnición británica había abandonado Edimburgo y marchaba hacia Stirling para enfrentarse a las fuerzas del príncipe. Su comandante, sir John Cope, no se mostraba optimista respecto a sus posibilidades, y sus tropas inglesas ya se habían visto mermadas por las deserciones. Los rumores sobre los terribles bárbaros del norte aterrorizaban a sus hombres, apenas dos mil quinientos, que se imaginaban destrozados por una fuerza diez veces superior.

El tamaño y la ferocidad del ejército de las Highlands reunido en Perth fueron exagerados con entusiasmo por los civiles escoceses, que aconsejaron seriamente a Cope que huyera mientras aún pudiera. Ningún hombre había respondido a la llamada inglesa para alistarse como voluntario, mientras que cada vez más pequeños jefes y sus arrendatarios llegaban a caballo o a pie, algunos armados solo con guadañas atadas a largos palos, otros con espadas de mango de cesta y el pequeño escudo redondo que constituía el equipo tradicional del montañés. Muy pocos llevaban mosquetes en comparación con las tropas regulares de las Tierras Bajas y del otro lado de la frontera, pero aquello no desanimó a nadie en Perth.

—Mi último recuento cifra nuestras fuerzas en unos seis mil hombres —anunció O'Sullivan—, y cada hora llegan más.

—Pero aún no hay noticias de Mackenzie de Sleat ni de MacLeod de MacLeod —observó lord George Murray.

Malcolm dio un codazo a su padre y murmuró:

—El nuevo comandante en jefe adjunto del ejército. El príncipe ha dividido el cargo entre él y el duque de Perth. No me gusta su aspecto.

—No te gusta nada ni nadie —le reprochó sir Murdoch—. No hay nada malo en los Murray.

Estaba irritable y profundamente decepcionado al comprobar que Malcolm no había cambiado tras el encuentro de la noche anterior, del que Kenneth le había dado cuenta con todo detalle. Había encontrado a una mujer —rica y hermosa, según su hermano — y se había marchado sin decir palabra, tan hosco y pendenciero como siempre. Ya había insultado a uno de los oficiales subalternos de Glengarry y solo la presencia del príncipe había evitado un duelo.

Lord George Murray continuó hablando.

—Debe comprender, Alteza, la importancia de estos dos jefes. Pueden aportar cientos de hombres y su dinero sería vital. Su neutralidad es un golpe duro para nosotros.

—No hay golpe que no pueda esquivarse —replicó el príncipe —. Si Mackenzie de Sleat y MacLeod no tienen el valor de unirse a mí, prefiero luchar con unos pocos valientes antes que con cobardes. Que se mantengan al margen. No los necesitaremos.

Lord George se inclinó y volvió a sentarse. La bravuconería del joven no lo impresionaba. Había seguido al príncipe por lealtad a la causa de su padre, pero la idea de marchar sobre Inglaterra lo inquietaba profundamente.

Se recostó en su silla y escuchó a Aenas Mackenzie, el banquero sobrio que había acompañado a Carlos desde Francia. Tenía contactos por toda Europa y su información era la mejor que poseía el príncipe. Aenas habló de finanzas saneadas y de cómo mejorarían al fundirse en libras esterlinas los regalos de plata y joyas de los simpatizantes. Luego se llevó la mano a la boca y tosió, un

gesto que los hombres aprenderían a reconocer en los meses venideros.

—Alteza —anunció—, traigo malas noticias. He sabido por una fuente irreprochable que el duque de Argyll, el conde de Breadalbane y todo el clan Campbell se han declarado a favor del elector de Hannover.

Se produjo un silencio, roto solo por el murmullo de un joven jefe que preguntó quién era el elector de Hannover y recibió, con aspereza, la respuesta de que así se llamaba el príncipe alemán que se hacía llamar rey de Inglaterra.

El viejo Mackenzie de Keppoch fue el primero en hablar.

—¡Qué más da! Ninguno dormiría tranquilo con los Campbell entre nosotros. ¡Que luchen por Inglaterra! Habrá suficientes Mackenzie para castigarlos cuando Su Alteza venza.

—¡Que marchen con los hannoverianos! —exclamó Malcolm, poniéndose en pie—. Siempre han sido la escoria de Escocia. ¡Aquí no hay lugar para ningún Campbell!

—Un momento —intervino un Campbell, pariente lejano de lord Lovat—. Prefiero tenerlos con nosotros antes que listos para atacarnos por la espalda. No todos somos Mackenzie.

El recuerdo de Glencoe pesaba como una maldición. Malcolm lo miró con furia, ajeno ya a la presencia del príncipe.

—El asesinato de nuestros parientes en Glencoe, después de comer su pan y atacarlos de noche, puede parecerle poca cosa —dijo con voz lenta—. Los Campbell harían lo mismo siempre que pudieran.

—¡Repita eso! —gritó el joven, con la mano en la espada.

—¡Basta! —rugió lord George Murray, interponiéndose—. ¡Pida disculpas o abandone la presencia del príncipe!

Malcolm sonrió con frialdad.

—Que me parta un rayo si lo hago.

El príncipe se levantó de golpe.

—Sir Murdoch Mackenzie, retírese con sus hijos. Y usted —dijo al Campbell—, márchese y no regrese hasta aprender a comportarse. El primero que arriesgue una vida aquí será encarcelado en Perth. Ahora, caballeros, continuemos.

El Campbell se inclinó y salió. Sir Murdoch saludó al príncipe.

—Mis disculpas, Alteza. Mi hijo se ganará su perdón luchando en primera línea.

Fuera, se volvió contra Malcolm.

—Debería romperte el cráneo. Nos has deshonrado. Si no puedes comportarte, te enviaré de vuelta a Glenannan.

—Preferiría veros a ti y al príncipe en el infierno antes que disculparme —replicó Malcolm—. Y si regreso a Glenannan, la mitad del clan vendrá conmigo.

Se alejó sin mirar atrás.

—Está loco —gruñó su padre—. Kenneth, ve tras él. Hamish, ven conmigo.

Malcolm caminó por las calles, obligando a la gente a apartarse. Cuando Kenneth lo alcanzó, él se volvió con furia.

—¡Déjame en paz!

—Quiero beber —dijo Kenneth—. Hay una taberna al final de la calle.

Era un local pequeño y oscuro, con olor a sudor y alcohol. Malcolm apuró un whisky de un trago.

—Este lugar apesta. Ya has bebido. Márchate y déjame solo.

—Antes escucha —dijo Kenneth—. Esto es una guerra, no un juego. Si no puedes soportarlo, vuelve a Glenannan… o a Hemsley.

—No quiero tus consejos —respondió Malcolm—, salvo que sean sobre apuñalar por la espalda.

Kenneth sonrió.

—Nunca me has perdonado por eso. ¿Cómo logró esa mujer volverte contra tu familia y echarte como a un perro?

—Si la nombras, te mataré.

—Como quieras. Pero dime algo. ¿Le dijiste que fui yo quien mató a su hermano?

—Sí —murmuró Malcolm—. No me creyó. Me arrodillé ante ella y le supliqué perdón. Me golpeó y me deseó la muerte.

—Aún la amas —concluyó Kenneth—. Por eso fuiste débil.

—No quería su lujuria. La amaba —susurró Malcolm con amargura—. Y ahora no queda nada.

—Entonces busca compañía —propuso Kenneth—. Nos quedan uno o dos días aquí. Esta noche iré a ver a la señora MacPherson. Daré aviso a la señora MacIntyre. Estoy seguro de que te esperará.

Malcolm guardó silencio. Tenían una guerra que librar.

Capítulo 4

-¡Milady!

Marsali estaba sola en la biblioteca, cosiendo. El susurro sonó tan cerca de su silla que se sobresaltó; no había oído entrar a nadie en la habitación.

Flora Mackenzie, la doncella de su madrastra, se hallaba junto a ella, parpadeando nerviosamente con su rostro pálido.

—¿Qué pretendes asustándome así, muchacha? ¿Qué quieres?

—Milady, por favor, venga conmigo. Mi señora la llama. No me atrevo a hacer ruido por miedo a que el conde me oiga y me despida.

Marsali dobló la labor y enhebró la aguja con cuidado. A la condesa no se le había permitido salir de sus aposentos desde que trajeron el cuerpo de Rowan Campbell desde Ben Mohire.

—¿Qué quiere tu señora de mí? —preguntó con frialdad.

—Está enferma, milady, muy enferma, y necesita ayuda. Le ruego que tenga compasión de la pobre señora y venga conmigo.

—Muy bien. Pero si mi padre se entera de que has venido aquí y me has hablado a sus espaldas, lo pasarás mal. Vamos.

Flora se apartó y realizó una profunda reverencia mientras Marsali se levantaba y avanzaba. No vio cómo, al pasar, la expresión servil del rostro de la muchacha se desvanecía, sustituida por una mirada de odio intenso mientras la seguía fuera de la estancia.

La condesa no había mandado llamar a Marsali. Apenas podía caminar y, en ocasiones, deliraba al hablar o despertaba gritando a

causa de pesadillas terribles. Su doncella temía que estuviera perdiendo la razón. Aún había noches en las que el conde entraba en la habitación, expulsaba a Flora y ella se quedaba acurrucada fuera, escuchando su voz elevada, las maldiciones, las amenazas y el llanto impotente de su señora. Flora había tomado la iniciativa de buscar ayuda. Estaba convencida de que, si la condesa no era liberada del confinamiento y del maltrato de su marido, moriría en pocas semanas. Estaba dispuesta a suplicar incluso a la odiada hija del odiado Campbell si con ello lograba salvarla.

Cuando Marsali entró en la alcoba y vio la figura tendida en la gran cama con dosel, no la reconoció al principio. Al acercarse, palideció tanto como la mujer, que giró la cabeza y comenzó a gritar aterrada, aferrándose a las sábanas para protegerse.

No había visto a Sorcha Hemsley desde la muerte de Rowan. Ahora tenía las mejillas hundidas y amarillentas, y un corte medio cicatrizado, rodeado por un moretón violáceo, marcaba un lado de su boca. Sus ojos, desorbitados, se clavaron en su hijastra. Abrumada por la vergüenza y el horror, Marsali corrió hacia la cama y tomó una de las manos temblorosas entre las suyas.

—Oh, señora… perdóneme. No tenía ni idea… Flora, esa herida es terrible. Hay que atenderla.

—Hay más marcas, milady —dijo Flora despacio—. Su padre le hizo eso con el puño. La mayoría de las veces usa un látigo.

—¿Qué haces aquí? —gimió Sorcha—. Flora, ¿la has traído tú? ¡Criatura necia! ¿No sabes que se lo contará y él vendrá esta noche a castigarme?

Se incorporó y comenzó a llorar, con lágrimas que corrían sin control.

—Tenía que hacerlo, señora —replicó Flora—, o habría muerto aquí después de una de las visitas de su señoría. No había forma de protegerla.

—Hiciste bien, Flora —dijo Marsali—. Dios mío… Sorcha, estás consumida. ¿Por qué no me avisaste antes? Podría haberlo detenido. No sabía nada.

—Creí que lo sabías. Pensé que todo el mundo sabía que me estaba matando de hambre y golpeándome por lo ocurrido con su hijo.

—Al principio lo sabía —admitió Marsali, con la voz quebrada—. Pero yo también estaba fuera de mí por el dolor. No intervine. Que Dios me perdone. Sorcha, ¿qué puedo hacer por ti?

—Sácame de aquí. Llévame de vuelta con mi gente.

—No hay nadie que pueda acogerte. Todo tu clan se ha unido al príncipe Carlos Eduardo. Mi padre enviaría hombres para devolverte.

—Entonces no hay esperanza —sollozó la condesa—. Dame un cuchillo para matarme. Es lo único que te pido. Dios te recompensará. No es pecado. No me dejes sufrir así por algo que no comprendo… Tú amaste a mi primo una vez, ¿verdad?

—Sí —respondió Marsali. Flora vio cómo se le tensaban las manos hasta que los anillos le marcaron los dedos—. Pero si quieres mi ayuda, no lo menciones. No pronuncies su nombre.

—No lo haré. Te lo juro. Pero déjame morir. Será más piadoso que esta venganza de tu padre.

Marsali se incorporó y se volvió hacia la criada.

—Ve a la cocina y trae caldo de carne para la condesa. Diles que es orden mía. Mandaré llamar a un médico de Inverness. Llegará al anochecer y dirás que ha sufrido una caída.

Luego se volvió hacia su madrastra.

—No te daré un cuchillo ni consentiré nada parecido. Hablaré con mi padre. Te doy mi palabra de honor de que no volverá a maltratarte. Descansa. Haré todo lo posible por ti.

Salió por la puerta que Flora le abrió.

—Que Dios la bendiga, milady —dijo la muchacha, inclinándose hasta el suelo.

Cerró la puerta y, al quedarse sola, escupió con desprecio.

—Y que Cristo te maldiga a ti y a los tuyos.

Regresó junto a la condesa y la ayudó a acomodarse entre las almohadas. Durante un instante se abrazaron en silencio.

—Hice lo correcto, señora —dijo Flora—. Por malcriada que sea, detendrá a su padre y traerá al médico. Eso es lo único que importa.

—Eres valiente, Flora —murmuró Sorcha—. ¿Qué crees que te habría hecho si la hubieras delatado?

—Poco peor de lo que le ha hecho a usted.

—Calla —ordenó la condesa, con los ojos brillantes—. Va a ayudarme. Lo has oído. Aceptaremos su ayuda. Le pedí un cuchillo y se negó. Si Dios me concede fuerzas, viviré para ver el día en que se arrepienta de no haberlo hecho.

El rostro redondo de Flora se suavizó en una sonrisa mientras apretaba la mano de su señora.

—Gracias a Dios por oírla decir eso. Por un momento temí que se hubiera dejado engañar por sus palabras amables.

—Es su hija —sentenció la anciana—. Nada puede redimir eso para mí. La he perdonado tanto como lo he perdonado a él. Quédate tranquila, Flora. Sigo siendo una Mackenzie, pese a todo lo que me han hecho.

—Lo sé, señora. Y yo también. Descanse ahora. Nuestra venganza llegará. Tenga paciencia. Llegará.



La luz se apagaba lentamente y Marsali había ordenado encender las velas de la biblioteca. El largo y profundo crepúsculo otoñal era la parte del día que más la deprimía. Pasaba muchas mañanas montando a caballo, galopando hasta que la montura quedaba exhausta y el renuente Angus la alcanzaba, quejándose de su descuido con el pobre animal. Pero ya no iba al lago ni cabalgaba por los páramos púrpura donde ella y Malcolm se habían encontrado tantas veces, y cuando regresaba al castillo era solo para ocuparse de los asuntos de la finca, tareas que correspondían al mayordomo y que, en realidad, apenas requerían su atención.

Cosía, leía y acudía cada día a la tumba de Rowan, pero al caer la tarde quedaba sola, y las dos horas que precedían al regreso de su padre eran apenas menos miserables que las noches en vela.

El conde dedicaba todo el tiempo posible a visitar a sus arrendatarios y a tratar asuntos con su administrador. La gestión de las propiedades le ofrecía cierto alivio ahora que Rowan había muerto. Por las noches, él y Marsali cenaban juntos y conversaban brevemente; después, él se excusaba y se encerraba en el estudio con su whisky, a veces mandando llamar al administrador, que permanecía con él hasta bien entrada la noche.

Cuando entró aquella tarde, Marsali no se acercó a besarlo. La atormentaban aún las consecuencias de su crueldad y de su venganza. El rostro desfigurado de Sorcha Hemsley no había abandonado su memoria, ni tampoco el grito histérico implorando un cuchillo con el que acabar con su sufrimiento. Le resultaba inconcebible que el padre al que había amado y respetado fuera capaz de semejante brutalidad.

—Estás muy callada, hija mía. ¿Por qué coses a estas horas? La luz de las velas estropea la vista. Se lo decía siempre a tu madre. Bueno, ¿no tienes nada que decirme?

—Sí —Marsali dejó la labor y alzó la vista—. Sí, padre, tengo algo que decirte. Hoy he visto a Sorcha.

Él entrecerró los ojos.

—¿Quién te dio permiso para entrar ahí?

—Nadie. Fui a verla. Y he mandado llamar a un médico de Inverness; debería llegar esta noche. Diremos que se ha caído.

—No diremos nada —rugió el conde—. Lo echaré nada más cruzar la puerta. ¿Cómo te atreves a desobedecerme? ¡Nadie, salvo su doncella, tiene permitido acercarse a esa mujer!

—¿Qué pretendes hacer, padre? ¿Torturarla hasta matarla? ¿Golpearla noche tras noche hasta que caiga muerta a tus pies?

—¡Sí! —bramó—. ¡Por eso no acabé con ella el día que traje el cuerpo de Rowan a casa! Quiero que viva y sufra todo lo posible. Deberían haber pensado en ella antes de asesinar a mi hijo. No puedo hacerles pagar hasta que termine esta guerra, pero a ella sí puedo castigarla por ser una de los suyos.

—Si te lo suplicara, ¿cesarías? Te lo suplico, padre. Matarla lentamente no devolverá a Rowan. Si él pudiera verte ahora, solo sentiría vergüenza. Sorcha no tuvo nada que ver. No puedes culparla. Y si muere, se te acusará de asesinato.

El conde se recostó en su silla y soltó una carcajada amarga.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me acusará?

—Flora Mackenzie. ¿No ves que cualquier esperanza de acusar a los Mackenzie se perderá si se sabe que has matado a tu propia esposa? Sé que ansías venganza, y yo también, pero esta no es la manera. ¿Qué prefieres, padre? ¿Una mujer indefensa muerta en esta casa o a los Mackenzie juzgados por asesinato?

—Puede que yo quiera venganza —replicó—, pero no estoy seguro de que tú también la quieras. Te he observado, Marsali. Provocaste la muerte de Rowan al comprometerte con el hombre que lo mató. Nunca te lo reproché, salvo aquella vez, cuando tuve el cuerpo de mi hijo en los brazos. Pero no te corresponde defender a nadie que lleve ese nombre.

—Lo hago por ella y por ti. Te quiero, padre y ahora eres todo lo que me queda. No destruyas ese amor convirtiéndote en algo tan

cruel como cualquier Mackenzie de Glenannan. Nada justifica lo que he visto hoy, ni la muerte de Rowan, ni mi traición, ni tu dolor. Me suplicó que le diera un cuchillo para suicidarse. Por favor, no hagas esto.

Se levantó y se arrodilló junto a su silla. A pesar de la ira, él la rodeó con los brazos. De repente parecía muy viejo.

—Siempre la odié —confesó—. La puse en el lugar de tu madre para salvar a nuestro pueblo del hambre, pero incluso entonces la odiaba. ¿Cómo quieres que abandone ese odio ahora? Rowan se ha ido, solo te tengo a ti. Esa criatura no me importa. Si al menos se defendiera… pero se encoge como un animal.

—Déjala en paz. Ha sufrido bastante. Déjala en sus habitaciones, pero no vuelvas a tocarla. Envíala lejos si quieres, pero no te rebajes así ni mancilles la memoria de Rowan.

—No la echaré. Tenías razón: es una buena prueba para los Mackenzie. Se quedará aquí, donde nadie pueda oírla.

—Pero no le harás daño. Prométeme que no volverás a subir a esa habitación.

—Está bien —suspiró—. Le daré a su criada una llave y podrá encerrarse con ella. Pero ningún médico entrará en esta casa. Una mujer de los campesinos la atenderá; hay una curandera en Glen Urquhart. El médico volverá a Inverness. Esa es mi última palabra. Y tengo noticias: hoy he recibido carta de Keith Gordon. Viene de camino a Inverness y quiere pasar unos días aquí.

Keith Gordon. El amigo de la infancia, el hombre amable al que había rechazado al regresar de Francia.

—Me pregunto por qué viene —murmuró.

—Precisamente por lo ocurrido. Viene a consolarnos. Siempre fue mi deseo que te casaras con él.

—Lo sé, padre. Pero no lo amaba. Me alegrará verlo por ti.

—Será bueno para ambos. Era muy amigo de Rowan.

Cenaron y el conde se retiró, dejando a Marsali sola en la estancia silenciosa, con la costura en el regazo, mirando fijamente la chimenea hasta que Effie apareció en la puerta.

—¿Desea retirarse, milady?

—Sí. He creído oír voces en el vestíbulo.

—Era un médico de Inverness. Milord lo rechazó. Venía por una urgencia. ¿Quién lo llamó?

—Yo. Quería que atendiera a la condesa, pero mi padre no lo permitió.

—Es una lástima. Dicen que no le queda mucho tiempo. Hoy han dado de comer a su criada por primera vez en semanas. ¿No puede convencer a su padre?

—Ya he hablado con él. No habrá más visitas nocturnas.

—Gracias a Dios. —Subieron las escaleras—. He tenido miedo de que la encontraran muerta.

—No se atreverá. Tendrá que quedarse donde no pueda hablar. Keith Gordon vendrá a finales de mes.

—¡El señor Gordon! —Los ojos de Effie brillaron—. ¡Eso sí que es una buena noticia!

—Solo estará unos días.

Effie ayudó a desvestirla y le puso el camisón.

—¿A finales de mes?

Comenzó a tararear, por primera vez desde la muerte de Rowan. Recordaba bien a Keith Gordon, y la esperanza, incurable como siempre, volvió a anidar en su corazón.

—No te alegres tanto, Effie —dijo Marsali con cansancio—. Aunque me vistas de oro y plata, nada cambiará. Viene como un viejo amigo. No significa nada para mí.

Effie hizo una reverencia y cerró la puerta. No la creyó. Mientras se acostaba, hacía mentalmente una lista de vestidos.

Siempre había esperanza para Effie, esperanza de que los Mackenzie fueran derrotados, esperanza de que Marsali encontrara al fin la paz, y esperanza de que el fantasma de Malcolm Mackenzie pudiera ser enterrado para siempre.



—Si tu difunto marido se gastó todo tu dinero, ¿cómo es que tienes una casa tan hermosa?

Davina MacIntyre rió suavemente.

—No he dicho que lo gastara todo —lo corrigió—. Además, supe cuidar bien de lo que quedó. Soy una mujer previsora, Malcolm.

Él la observó por encima de la copa. Como todo en aquella casa, la vajilla y la cubertería de plata eran de una calidad magnífica. También lo eran el vino y la comida que acababan de tomar, servidos por dos lacayos discretos.

—La austeridad es una gran virtud. Eres una mujer admirable. Tu marido debió de ser un necio por dejarte sola tan pronto.

—Al contrario. Le estoy muy agradecida. Si hubiera vivido, no habría podido engañarlo contigo sin que me sacara una fortuna para comprar su silencio.

A veces era tan cínica que lo irritaba. No le gustaba que las mujeres mostraran desconfianza hacia el mundo. No le gustaba que hicieran nada que no fuera complacerlo cuando y como él quisiera, sin preguntas ni exigencias. Y Davina lo complacía, sí, pero sin dar la impresión de estar haciéndole un favor. En aquella relación incipiente, y solo en ella, parecía que era ella quien concedía algo.

Malcolm terminó su vino y ella hizo una seña para que sirvieran más. Todo en ella se movía con calma, eficacia y una seguridad absoluta en sí misma. Aquello despertaba en él el impulso de barrer

la mesa de un manotazo. Y, sin embargo, volvía. Volvía casi todas las noches durante su estancia en Perth, y cada vez se acostaba con ella para levantarse vacío y furioso consigo mismo.

Davina se había trasladado a su propia casa tras abandonar la de su hermano y la había reabierto para recibirlo. Resultaba menos incómodo que verse en casa de su cuñada, sobre todo porque el interés de Kenneth estaba decayendo y ya había noches en las que Sorcha MacPherson esperaba hasta el amanecer a un amante que no llegaba. Sufría tanto por su orgullo herido que estaba haciendo las maletas para seguir a su indignado marido, con la esperanza de que la perdonara.

—Hoy he vuelto a ver al príncipe —comentó Davina—. Paseaba a caballo por la calle principal, rodeado de mujeres que suplicaban besarle la mano o tocarlo. El pobre animal apenas podía avanzar.

—Si pudiera acostarse con todas ellas, sería rey de Escocia antes de lo que imagina. Por aclamación popular.

—Qué lástima que no pueda. Se ahorraría mucha sangre y todos obtendrían lo que desean. ¿Te enfadarías mucho conmigo si te dijera que detesto que vayas a la batalla?

Malcolm se encogió de hombros.

—¿Por qué habría de hacerlo? Mientras no esperes que te recuerde… Siempre habrá alguien que ocupe mi lugar.

Para su sorpresa, ella se sonrojó. Nunca la había visto perder el control de su expresión, y aquel rubor hacía su rostro aún más atractivo.

—No habrá nadie en tu lugar. Puedes creerlo o no. Pero, por si sirve de algo, cerraré esta casa cuando marchéis sobre Edimburgo. Tengo otra allí y seguiré al ejército. No es ningún secreto. —Sonrió.

—Estás loca, Davina —dijo él de repente—. Eres hermosa, rica, y te quedas sentada escuchando mis insultos, dejándome tocarte, y luego te marchas sin exigir nada… y ahora hablas de seguir al ejército. Pásame otra copa.

—No estoy loca en absoluto —replicó—. Soy egoísta, Malcolm. Quiero estar cerca de ti y por eso iré. En cuanto a tus insultos… los comprendo. Si no me hubieras fallado, no te irías sin dar las gracias. Pero confío en que, si soy constante y tú paciente, quizá algún día lo hagas.

—Si esperas que te quiera —advirtió con dureza—, te llevarás una decepción cruel. Aprecio tu compañía y no ignoro tus favores, pese a mi grosería. Pero no hay nada más.

—Lo sé —respondió Davina con dulzura—. Sé que no hay amor en esto. Nunca lo esperé. Y tampoco serás feliz, ni apreciarás siquiera los pobres placeres que puedo ofrecerte, mientras no me digas qué fue lo que se rompió.

Se produjo un silencio. Davina permaneció sentada, observándolo con aquellos extraordinarios ojos azules llenos de una paciencia tranquila, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Malcolm jamás había hablado de su vida privada ni de su amor desastroso por Marsali. Había rechazado con brusquedad todas las indagaciones de Davina, pero nada parecía desalentarla.

—Una vez me preguntaste si era muy hermosa —dijo al fin—. Para satisfacer tu curiosidad, te responderé. Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Si ciertas cosas no hubieran ocurrido el pasado mes de julio, ahora sería mi esposa. Doy gracias a Dios por mi liberación. —Se levantó—. Sugiero que nos retiremos. No puedo quedarme hasta el amanecer, pues tengo una reunión con el príncipe.

Davina se puso en pie y le tendió la mano.

—Gracias por decírmelo.

Habían pasado casi dos años desde la última vez que Keith Gordon había estado en Hemsley. Mientras se sentaba frente a Marsali y a su padre en el comedor, el recuerdo de aquella despedida seguía siendo tan doloroso que apenas podía soportarlo.

Siempre la había amado. Cuando era una niña pequeña, caprichosa y dulce, siempre compitiendo con él y con su hermano en los juegos más salvajes y en las caminatas más arduas por los páramos, Keith la adoraba y la protegía tanto como se atrevía sin exponerse a las burlas de Rowan. Cuando comenzó a transformarse en una joven próxima a la madurez, se maravilló al ver cómo su belleza crecía al mismo ritmo que su inteligencia y su gracia. Llegó a considerarla suya de manera natural, a bailar con ella en cada reel cuando el gaitero tocaba por las tardes y a llevarla a largos paseos o cabalgatas de los que Rowan se ausentaba discretamente.

Recordaba con absoluta nitidez la primera vez que la besó, la semana anterior a su partida a Francia. Fue un beso ligero en los labios que lo dejó temblando y sin aliento y que a ella solo le arrancó una sonrisa, como si formara parte de los juegos de la infancia. Entonces comprendió que la pasión aún no la había alcanzado y que el amor le era ajeno, pero creyó que ambos crecerían juntos tras el matrimonio, como solía ocurrir.

Su padre había dado su aprobación, insistiendo únicamente en que Marsali viajara al extranjero para completar su educación. Keith la dejó marchar, satisfecho de esperar y de planear su futuro. Sin embargo, en cuanto la vio a su regreso supo que algo había cambiado. No hubo para él ningún beso tierno, solo una bienvenida amable que decía con mayor claridad que cualquier palabra que había otro hombre en su pensamiento.

Ella se lo confirmó cuando él se le acercó, torpe y emocionada, para hablarle de su amor y de su esperanza de compromiso. No podía aceptarlo, le dijo con delicadeza, porque amaba a otro hombre, y si ese hombre no lograba conquistarla, entonces no se casaría jamás. Keith le besó la mano, le deseó lo mejor y se marchó tan pronto como pudo excusarse. No había vuelto a Hemsley desde

entonces. Rechazó la invitación al baile de julio cuando supo quién era el hombre al que ella había elegido.

Y, sin embargo, al mirarla ahora, sintió cómo regresaba su antigua debilidad. Malcolm Mackenzie le había destrozado el corazón, y la traición se reflejaba en el rostro y en la voz de Marsali. En las últimas horas no la había visto sonreír una sola vez, y el conde parecía un anciano de cabellos blancos.

—Últimamente cenamos en silencio —le dijo el conde—. Perdóname por no haber invitado a más comensales, pero, como te expliqué en mi carta, esta es una casa en duelo.

—Prefiero estar a solas con usted y con Marsali, señor. Créame, los he echado mucho de menos.

Keith alzó su copa hacia ella, al otro lado de la mesa, y Marsali respondió al brindis que solían compartir en los viejos tiempos, cuando Rowan aún vivía y la sala se llenaba de risas.

—Por nuestro querido Gordon. ¿Te acuerdas, Keith?

—¿Cómo podría olvidarlo? —respondió en voz baja—. Por ti, Marsali, y por tu padre, tan queridos para mí como si fuerais de mi propia sangre.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó el conde.

Le había sorprendido y complacido ver a Marsali bajar a cenar con un vestido de satén gris pálido, el cabello cuidadosamente peinado y empolvado. Se había esforzado por agradar a su invitado, o quizá había sido Effie quien lo había hecho, pero aun así era un buen augurio y sus esperanzas comenzaron a despertar tímidamente.

—Muy bien —respondió Keith—. Está de visita con su pariente MacLeod en Dunvegan. Pensé que era mejor no dejarla sola en Spey House en estos momentos.

—Supongo que MacLeod no se ha unido al príncipe. Muy sensato por su parte. Nosotros tampoco lo hemos hecho, aunque el

hijo de Lovat sí ha marchado con él. Me sorprendió que no nos enviara mensaje alguno, siendo parte de su clan.

—El Zorro del Norte no se compromete con facilidad —dijo Keith.

El jefe de la gran familia Campbell era famoso por su cautela y su habilidad para elegir el bando vencedor.

—Esperará un poco más antes de decidirse —añadió—. Incluso he oído que finge no saber que su hijo mayor está con el príncipe, solo para mantener un pie en cada lado.

—No me gusta eso —intervino Marsali de pronto—. O luchas si crees en la causa, o te abstienes si no lo haces, pero enviar a tu hijo a combatir y permanecer neutral… me parece terrible. Keith, ¿qué piensas hacer tú?

—Nada, si tienes sentido común —interrumpió el conde—. Toda esta empresa está condenada al fracaso. El príncipe desembarcó sin dinero y sin armas suficientes. Sin apoyo francés, sin plan alguno. Solo su nombre y el viejo llamamiento a los Estuardo. Espero, por Dios, Keith, que no seas tan necio como para seguirlo.

—Tal vez no sean tan necios como cree —replicó Keith con calma—. Hay ocasiones en las que es mejor ser un necio por honor que un sabio a salvo. Por eso envié a mi madre lejos. Yo también deseo tener un pie en ambos bandos, si es posible.

—¿Entonces irás? —preguntó Marsali—. Por eso te diriges a Inverness.

—Aún no lo he decidido. Esperaré a ver al príncipe. Si no toma la capital, volveré a Spey House. Sin Edimburgo, no tiene ninguna posibilidad. ¿Te parece sensato, Marsali, o cobarde?

Ella le sonrió por primera vez.

—Me parece muy propio de ti, Keith. Siempre reflexionabas antes de decidir, pero una vez lo hacías, nadie lograba hacerte cambiar de opinión.

—Ni siquiera tú —respondió él con suavidad—. Tú nunca pensabas demasiado. Siempre fuiste impulsiva.

El silencio se instaló entre ellos. El conde pidió más vino y los sirvientes retiraron los platos.

—Me alegra mucho que hayas venido —soltó Marsali de pronto. Se inclinó y le rozó la mano—. Es como si hubieras traído de vuelta a Rowan.

—Yo también lo siento así —aseguró el conde—. Siempre fuiste como un segundo hijo para mí. Quédate más de una semana. Esperemos a saber qué ocurre con el príncipe.

—Eso esperaba oír —respondió Keith—. Lo último que supe es que Sir John Cope marchaba con la intención de interceptarlo. Creo —añadió, con un brillo en los ojos— que nuestra gente los aplastará en el primer encuentro.

—Quizá —replicó el conde—. Pero es la última batalla la que decide. Nadie lo recordó en el quince.

Hablaron aún un rato, y luego el conde se levantó.

—Lleva a Marsali al Salón Verde. Me reuniré con vosotros más tarde. Tengo asuntos que tratar con el administrador.

En el Salón Verde, Marsali le preguntó si deseaba escucharla tocar.

—Te gustaba la espineta —le recordó—, pero hace tanto que no la toco que dudo que esté afinada.

—Déjalo para otra ocasión. Salgamos al jardín. Es una noche perfecta.

Abrió las ventanas y salieron al aire fresco. Tras unos pasos, él le tomó suavemente el brazo y la condujo hacia la glorieta, pero ella se detuvo bruscamente.

—Por ahí no. Toma el otro sendero, por favor.

—Como quieras.

Caminaron en silencio. El recuerdo de otra noche, de otra caminata, se impuso con una fuerza dolorosa. Cerró los ojos, pero el deseo la sacudió con violencia.

Keith lo percibió y se volvió de inmediato.

—Tienes frío. Volvamos dentro.

—¡Egoísta! —exclamó ella de pronto—. No sabes lo que significa esa palabra. Eres el hombre más gentil que he conocido, después de Rowan. Sé lo que es la crueldad y la lujuria. ¿Te sorprende oírme hablar así?

—Quiero que lo hagas —dijo él, rodeándola con los brazos—. Cuéntamelo todo.

—Lo sabes. Me alejé de ti por él, por Malcolm Mackenzie de Glenannan.

—Nunca pude creer que lo amaras.

—Nadie lo creyó —respondió ella con amargura—. Todos me advirtieron, pero estaba ciega. Lo amaba… y, que Dios me perdone, aún lo amo.

La abrazó con firmeza y le acarició el cabello.

—Eso pasará. Estas cosas necesitan tiempo.

—Volvió —susurró—. Vino al jardín y me suplicó que lo perdonara.

—¿Y lo hiciste?

—No. Lo golpeé. Lo maldije. Pero lo dejé escapar.

—Nunca lo sabrá nadie —dijo Keith con suavidad—. Déjame cuidarte.

La condujo de nuevo al interior. Ella lloraba, y todo el antiguo amor seguía vivo en él, fortalecido por el dolor compartido. Sabía que no era el momento de decir nada más.

Le ofreció un pañuelo, luego un poco de brandy.

—Ve a descansar —le dijo—. Dame tiempo, Marsali. Quizá aún pueda mostrarte algo del futuro.

—Fui una necia por perderte —murmuró—. ¿Puedes perdonarme?

—Eso ya no importa. No estabas enamorada de mí.

—Gracias a Malcolm Mackenzie —dijo con voz quebrada—, he terminado con la vida. Nunca volveré a ser feliz.

—Eso es lo que crees ahora —replicó Keith con firmeza—. No te presionaré, pero no pienso perderte de nuevo. Permíteme quedarme.

—¿Y el príncipe?

—Puede esperar. Ahora voy a llamar a tu criada para que te lleve a la cama.

La acompañó hasta el sofá y pidió brandy. Marsali bebió y se dejó caer hacia atrás, exhausta. Keith la observó con una determinación silenciosa. Esta vez no se marcharía.



A mediados de mes, el ejército del príncipe abandonó Perth, seguido por una multitud de esposas y damas leales de reputación dudosa. Acompañada por caballos de carga y tres sirvientes, Davina MacIntyre salió de la ciudad a caballo tras el ejército, mientras Malcolm Mackenzie partía con sus hermanos al mando de un regimiento de hombres de su clan para buscar a las fuerzas inglesas.

La noche del dieciséis de septiembre transcurrió con calma y, teniendo en cuenta que el ejército del príncipe Carlos acampaba fuera de las murallas, Edimburgo permanecía relativamente tranquila. Una delegación cívica había sido enviada para suplicar al príncipe que concediera tiempo antes de responder a su exigencia de rendición incondicional.

Los dignos caballeros explicaron que, aunque el principal ejército inglés había marchado dejándolos desprotegidos, aún permanecía una guarnición leal en el castillo de Edimburgo y no se atrevían a admitir al príncipe y a sus hombres sin considerar las consecuencias. Carlos se mostró cortés y razonable, pero firme en su demanda. Deseaba causar buena impresión, pero al mismo tiempo envió un mensaje a su favorito, Cameron de Lochiel, ordenándole que tomara novecientos hombres y comprobara si podían tomar una de las puertas de la ciudad mediante una artimaña. Prohibió expresamente la violencia. No convenía endurecer la resistencia de la capital.

El tiempo pasó sin que se alcanzara un acuerdo. Uno de los carruajes de la delegación regresó vacío a su cochera en el puerto de Netherbow y, en cuanto se abrió la puerta para dejarlo entrar, el portero fue apresado en silencio por el cuello por un tal capitán Ewan MacGregor, que atravesó tranquilamente la puerta seguido por los Cameron.

La ciudad fue tomada sin disparar un solo tiro y, al mediodía del día siguiente, los heraldos proclamaron rey a Jacobo III y a su hijo Carlos como regente, ante el entusiasmo desbordado de la multitud. Para sorpresa general, los montañeses se comportaron con admirable moderación. Como no había peligro inmediato ni ganancia alguna en mostrarse hoscos, lanzaron los sombreros al aire y vitorearon al príncipe, mientras la guarnición inglesa del castillo observaba las calles abarrotadas y las celebraciones y advertía que bombardearía la ciudad si se intentaba un asalto.

A lo largo del día se informó de que sir John Cope y sus hombres habían desembarcado en Dunbar, demasiado tarde para rescatar Edimburgo, pero bloqueando eficazmente el camino hacia el sur.

Cuando fue convocado para unirse a la fuerza principal que marchaba al encuentro del enemigo, Malcolm Mackenzie envió al príncipe una nota recordándole la promesa de su padre.

Mi lugar está en la vanguardia de la batalla. De otro modo, no podría presentarme ante vuestra presencia y preferiría morir en combate a vivir bajo vuestro desagrado.

Carlos leyó la nota y sonrió. Miró a lord George Murray, su compañero inseparable y el único hombre cuyo temperamento pesimista lograba irritarlo.

—Malcolm Mackenzie de Glenannan desea reparar aquella disputa. Me agrada el espíritu de ese hombre y ojalá tuviéramos más como él.

—Me temo que no comparto su opinión —respondió lord George—. Es un hombre de mal genio y violento. No le importa la causa, Alteza, solo la ocasión de luchar. ¿Qué solicita exactamente?

—El derecho a ir al frente del ataque contra Cope.

—Entonces debería concedérsele.

—Esa es mi intención —dijo Carlos—, y darle la bienvenida de nuevo a mis consejos cuando regrese con vida. Los hombres como él suelen tener vidas afortunadas. Ahora voy a dormir. En uno o dos días nos enfrentaremos a nuestra primera batalla. Estoy deseando que llegue.

Lord George se inclinó y se retiró sin responder. Había luchado demasiadas veces contra los ingleses como para despreciarlos. Odiaba su arrogancia, pero respetaba su disciplina. Cada vez se veía obligado a luchar contra la idea de que había sido una locura involucrarse en aquella empresa. Si sufrían una derrota rápida, quizá tendrían la fortuna de dispersarse y escapar.

Dos noches después, en la tarde del día veinte, ambos ejércitos se enfrentaron en Gladsmuir, a medio camino entre Prestonpans y Cockenzie. Sir John Cope tenía ventaja: su frente estaba protegido por un traicionero pantano. La posición confirmaba todos los temores de lord George y, desesperado ante el entusiasmo del príncipe y de sus capitanes, se retiró a su tienda.

Carlos insistió en dormir envuelto en su manta escocesa, como los montañeses, en medio de un campo de guisantes cortados. Afirmó, ante las protestas de lord George y otros, que deseaba compartir las incomodidades con sus hombres, del mismo modo que esperaba compartir los peligros.

Poco después de la medianoche, lord George fue despertado por su sirviente.

—Despertad, mi señor. Hay un hombre que insiste en veros con urgencia.

—Que espere hasta mañana —gruñó Murray—. Sea lo que sea, que se lo diga a otro.

—Será mejor que no —susurró el sirviente—. Se llama Anderson y dice ser hermano de la joven que dio de beber al príncipe esta tarde.

—¿Y qué? —refunfuñó lord George—. Dile que se marche.

Recordaba bien la escena, repetida en cada aldea. Una muchacha sonrojada había ofrecido vino al príncipe, él la había besado en la mejilla y le había entregado un trozo de tela de la vaina de su daga. Aquella familiaridad le parecía impropia, incluso vulgar.

—Mi señor —insistió el sirviente—, dice que conoce un paso seguro para cruzar el pantano.

Lord George se incorporó de un salto.

—Tráelo inmediatamente.

Cinco minutos después, el señor Anderson fue introducido en la tienda. Era un hombre pequeño, rubio y pecoso.

—Tengo entendido que posee información útil —dijo lord George.

—Cazo becadas por estos parajes —explicó Anderson— y he cruzado ese pantano muchas veces sin mojarme los pies. Mi hermana habló maravillas del príncipe y pensé que debía ayudarles mañana. Puedo mostrarles el camino.

Lord George le estrechó la mano con fuerza.

—Espere aquí mientras despierto al príncipe.

—Un poco de whisky no vendría mal —pidió el hombre con modestia—. El pantano es frío por la noche.

A las tres de la madrugada, el ejército comenzó a avanzar por el lodazal. El señor Anderson marchaba al frente junto a Malcolm Mackenzie de Glenannan. El sendero apenas permitía el paso de tres hombres en fila y avanzaban con extremo sigilo.

Tras media hora, ya en terreno firme y con las luces del campamento de Cope a la vista, Malcolm habló.

—¿Por qué tardó tanto en presentarse?

—No estaba seguro de intervenir —respondió Anderson—. Mi hermana me convenció. Está loca por el príncipe. Pensé que, si era tan amable con una muchacha sencilla, sería un buen rey para Escocia.

—Un guía providencial —aseguró Kenneth Mackenzie desde la oscuridad—. Gracias a Dios por usted. Todos han cruzado ya.

—Reorganiza a los hombres —ordenó Malcolm—, de boca en boca. Ningún ruido.

Se inclinó ante Anderson y desapareció en la niebla.

A las seis, los centinelas ingleses comenzaron a inquietarse. Oían pasos y murmullos cercanos, pero no veían nada. Una espesa niebla blanca se elevaba del pantano al calentarse con el sol naciente. Las tropas británicas, cansadas y enfermas tras su marcha forzada, estaban nerviosas y hambrientas. Preferían enfrentarse a ejércitos civilizados en Europa antes que luchar en aquel país que consideraban salvaje.

Tras la cortina de niebla, el ejército del príncipe Carlos se alineó para el ataque. El regimiento de los Mackenzie ocupaba la vanguardia. Malcolm y Kenneth estaban frente a sus hombres, con

las espadas anchas en la mano derecha, los escudos redondos bien sujetos al brazo izquierdo y la daga preparada.

—Se está despejando —murmuró Malcolm—. Puedo distinguir el contorno de ese montículo. Está a unos quince pasos.

—En media hora estaremos a su garganta —respondió Kenneth —. He visto al príncipe. Te envía este mensaje: un hombre valiente nunca cae en desgracia ante él. Espera verte después de la victoria.

—Padre estará satisfecho. Le llevaré algún pequeño recuerdo de la batalla como ofrenda de paz.

—La cabeza de un inglés sería apropiada —rió Kenneth en voz baja—. Elige a alguien por encima del rango de mayor, si encuentras a alguno que no haya salido corriendo. ¿Sabes cómo se define a un oficial inglés? Como el que se queda atrás golpeando a sus hombres mientras se retiran.

—Guárdate la burla hasta después de haber luchado —replicó Malcolm—. No los subestimes. No lograrías que nuestra gente se quedara formando filas, disparando y recargando como juguetes de cuerda mientras el enemigo se les viene encima. Espera a más tarde. Y no hagas el ridículo ni te dejes matar.

Kenneth lo miró de reojo y la sonrisa se le borró.

—Eso mismo iba a decirte. Mata, hermano, y hazlo hasta que tengas los codos empapados de sangre, pero no te lances a una muerte inútil. Piensa en Davina, que te espera pacientemente en Edimburgo. Ella merece que regreses… ojalá yo hubiera encontrado un consuelo semejante —añadió con fingido suspiro.

—Piensa en Fiona Mackintosh —le devolvió Malcolm.

—Ah, eso haré. Me ha prometido venir a Edimburgo si regresamos antes de marchar hacia Inglaterra. Si me matan hoy, ella me perdería… y yo perdería su fortuna.

—Una auténtica calamidad.

Malcolm miró por encima del hombro. El Pelirrojo Murdoch había ocupado el lugar de Donal, ahora marchaba tras él en la batalla y lo seguía de cerca. Estaba justo detrás, a su derecha.

—Pasa la orden. La niebla se disipa deprisa. Los hombres que lleven mosquetes, que los carguen y estén listos. Tras la descarga, ¡desnudaos y cargad!

La niebla se retiraba como humo, tan rápido que ya se distinguían las primeras filas enemigas. Los gritos de alarma y las órdenes ladradas por los oficiales ingleses llegaban a través del velo blanco hasta el príncipe y su escolta, los guardias de FitzMalcolm.

La batalla comenzó con una descarga de la artillería inglesa sobre el ala derecha, entre los Cameron de Lochiel. Mató y hirió a tan pocos que sus hombres la recibieron con vítores burlones. La primera línea de los highlanders se lanzó hacia delante y, a unos veinte pasos, Malcolm se volvió y se detuvo, gritando a sus hombres que dispararan.

La descarga de mosquetes fue devastadora. Muchos soldados ingleses, con sus casacas rojas, cayeron hacia atrás como conejos abatidos. Entonces se alzó el segundo sonido de la batalla, más terrible aún: el aullido espantoso de los heridos, seguido por algo desconocido para veteranos de guerras extranjeras, el grito de guerra de los clanes, que brotó de más de dos mil gargantas y resonó sobre el páramo.

Los Mackenzie se abalanzaron sobre ellos. Se habían despojado de las faldas escocesas y corrían casi desnudos, con el escudo alzado en el brazo izquierdo y la pesada espada girando sobre sus cabezas, lanzando aquel alarido sobrenatural que parecía nacerles del pecho.

Malcolm saltó por encima del cuerpo de un soldado inglés con el cráneo abierto por la descarga inicial y comenzó a acuchillar rostros y casacas rojas sin descanso. Clavaba la punta del escudo en los cuerpos que se le echaban encima, cortaba, golpeaba y gritaba órdenes y ánimos. Vio a Murdoch por un instante, blandiendo un

hacha de Lochaber, riendo de puro frenesí mientras cercenaba una cabeza o un brazo de un solo golpe. El estruendo de los disparos y los gritos era como una tormenta desatada.

Vivió una eternidad en aquellos primeros minutos. Su brazo parecía tener vida propia; la fuerza crecía en él, y el enrojecimiento que nublaba su vista era a veces sangre, a veces la locura pura del combate. De pronto se encontró frente a un joven oficial inglés, con la casaca carmesí ribeteada de azul y charreteras doradas. Malcolm se lanzó sobre él, alzando la espada para hundirla en el punto donde el brazo se une al tronco. Vio el terror en el rostro del otro, la boca abierta en un grito mudo que se transformó de inmediato en una maldición de desafío.

Entonces advirtió que el brazo del oficial ya colgaba inerte por otra herida. Cuando su espada descendió, cortando tela, carne y hueso, el hombre disparó una pistola a quemarropa contra su pecho. Malcolm vaciló un instante, sintió un dolor abrasador en el costado y, apretando los dientes, retiró la espada y se dejó caer con todo su peso sobre ella, empalando al enemigo.

Murdoch lo encontró inclinado sobre el arma, con el oficial muerto debajo, atravesado y clavado en el suelo.

Todo había terminado.

A través de los últimos jirones de niebla, Malcolm vio el páramo cubierto de cuerpos mutilados y sin vida. Las hachas y las guadañas habían hecho estragos. Casi todas las heridas eran cabezas o miembros cercenados. Los hombres del clan permanecían en pie, jadeando por la exaltación y el agotamiento, mientras los ingleses muertos y heridos yacían a sus pies. El resto había huido. El príncipe Carlos había ganado su primera batalla en Prestonpans en exactamente siete minutos.

—Estás herido —exclamó Murdoch—. Agárrate a mí, sujétate bien…

El jubón de Malcolm estaba empapado de sangre y el peso del escudo le arrancaba un dolor insoportable en el brazo izquierdo.

—Ese cerdo me disparó. Sácame la espada, Murdoch. Me apoyaré en ella.

—Te apoyarás en mí —insistió su compañero.

Mientras ayudaba al hijo de su jefe a abrirse paso entre los muertos y heridos, Murdoch alzó la cabeza y comenzó a entonar una canción salvaje de triunfo, celebrando las glorias antiguas del clan y de sus grandes jefes.

Los escoceses victoriosos persiguieron y capturaron a los restos del enemigo en fuga. El príncipe mostró entonces otra faceta atractiva de su carácter al atender personalmente a algunos heridos y enviar a Edimburgo cirujanos para socorrer a los hombres de ambos bandos, pues los médicos ingleses habían seguido muy de cerca la retirada de Sir John Cope.

Malcolm yacía bajo una lona improvisada, atendido por Hamish y Murdoch. Kenneth había perseguido al enemigo tan lejos que no regresó hasta ocho horas después del final de la batalla. La herida no parecía mortal, pues la pistola había apuntado al corazón, pero la mano del moribundo había vacilado y la bala había entrado más arriba, cerca del hombro. Aun así, había perdido mucha sangre y, en medio de una violenta discusión con Hamish, que insistía en que estaba herido, Malcolm se desvaneció y quedó a merced de Murdoch hasta que uno de los cirujanos del príncipe acudió a verlo.

Había una veintena de heridos bajo la lona; la mayoría eran ingleses, y muchos agonizaban sin esperanza. Malcolm se incorporó apoyándose en un codo cuando vio a un montañés dar agua a un soldado inglés.

—¡Aquí hay buenos escoceses sedientos! —gritó—. No desperdicies el agua en perros que no te darían ni una gota. ¡Tráela aquí!

El hombre miró por encima del hombro. Reconoció al oficial herido; todos habían oído hablar de Malcolm Mackenzie de Glenannan. Era un luchador formidable, pero lamentaba su crueldad con el enemigo vencido. El príncipe había ordenado misericordia, y

misericordia recibirían los cautivos. Sostuvo la cabeza del muchacho moribundo y le dio más agua.

—Me has oído, maldito.

—Sí, señor, pero tengo órdenes del príncipe.

El soldado inglés emitió un sonido ahogado; el agua volvió teñida de sangre y su cabeza cayó a un lado. Estaba muerto. El montañés lo dejó en el suelo y se acercó a Malcolm con una reverencia.

—Ahora podéis beber el resto. El muchacho ha muerto.

Malcolm alzó la vista hacia el rostro imperturbable. El hombre llevaba en el gorro la insignia de algas de los MacNeil. El príncipe había ordenado misericordia. Al diablo con el príncipe y con ese fingimiento de humanidad después de despedazar hombres.

—La próxima vez los Mackenzie no tomarán prisioneros. ¡Agua para los nuestros! ¡Llévala a ese pobre diablo de allí!

Señaló a un herido con el pecho vendado, apoyado sobre una manta ensangrentada de los Cameron de Lochiel. El MacNeil obedeció sin replicar y salió de la tienda para advertir a los suyos de que los Mackenzie de Glenannan no tomarían prisioneros en adelante. Malcolm Mackenzie era un gran guerrero, pero olía a muerte, y la muerte lo seguía como una sombra.

Hizo la señal de la cruz, y muchos otros la imitaron.

Dentro de la tienda, Hamish salió corriendo en busca de un cirujano. Malcolm había vuelto a perder el conocimiento y ni él ni Murdoch lograban detener el repentino brote de sangre.



—Ha habido algunas bajas. Eso es todo lo que dijo, Effie, algunas bajas.

Sir Ewan Maclean había visitado Hemsley aquel día, recién llegado de una estancia en la capital. Describió la entusiasta acogida dispensada al príncipe victorioso a su regreso y la asombrosa victoria sobre las tropas inglesas en Prestonpans. Siete minutos, y huían para salvar la vida… y la mayor parte del trabajo lo habían hecho los Mackenzie y los Cameron.

Marsali sintió que se le iba el color del rostro. Había escuchado con cortesía, sin importarle demasiado si la voluble Edimburgo sacaba provecho del vencedor, hasta que su invitado comenzó a relatar la batalla y, de pronto, vio ante sí las filas avanzando, y los hombres eran Mackenzie, y el más alto que los encabezaba era Malcolm… Malcolm marchando a la batalla con su maldición de muerte sobre él. Permaneció en silencio mientras su padre y Keith hablaban con Maclean; luego se excusó y salió de la estancia. Cerró la puerta y echó el cerrojo, se arrodilló y comenzó a rezar para que, por mucho que lo odiara y por mucho que mereciera morir, esta vez se le perdonara la vida.

El golpeteo de Effie la sacó de su ensimismamiento.

—Milady, ¿qué os ocurre? ¡Cerrar la puerta con llave de ese modo!

—No quería que me molestaran. Tráeme agua, Effie. Me siento mareada.

Effie vio el rostro pálido y demacrado, los ojos húmedos, y, apretando los labios, fue a buscar una jarra de agua fría. Llenó una palangana, la perfumó, sentó a su señora, le desabrochó el corpiño, le lavó el rostro y le dio a beber.

—Ha habido una batalla —dijo Marsali al fin—. Sir Ewan Maclean nos ha traído noticias.

Effie no la miró.

—¿Está muerto o herido? —preguntó con brusquedad.

—No lo sé. Dijo que los Mackenzie y los Cameron fueron los que más lucharon y que hubo algunas bajas.

—¿No lo mencionó por su nombre? ¿Cómo sabe que eran los Mackenzie? Podría haber sido cualquier clan.

—Habló de sir Murdoch Mackenzie. Entonces lo supe. Dios mío… ni siquiera sé qué le ha pasado.

—Nada, diría yo —replicó Effie—. No es de los que mueren con facilidad. Estará divirtiéndose en Edimburgo.

—No lo creo —susurró Marsali—. Lo siento en el corazón. Algo le ha pasado. Effie, si lo supiera… sería menos terrible. Pero cada batalla, cada escaramuza…

—Habría hecho mejor en ir con él cuando vino aquí aquella noche —repuso Effie al fin—. Siempre lo ha amado y aún lo ama. Que Dios le tenga piedad. Es un sinvergüenza y un asesino y ha arruinado su vida. Yo le deseo la muerte cien veces. Tal vez entonces pueda pensar en ese hombre bueno y gentil que la ama y olvidar a ese villano.

—Effie, una vez te pregunté si habías estado enamorada. Dijiste que no. Ahora te pregunto otra cosa. ¿Me quieres de algún modo?

Effie miró el rostro ansioso y sencillo y la respuesta apareció en el rubor que le subió de la frente al cuello y en sus pequeños ojos castaños empañados.

—La quiero más que a nada en el mundo, milady. Y sé lo que va a pedirme.

—Averigua dónde está y si está a salvo —suplicó Marsali—. Solo eso. Dime si vive o no.

—¿Cómo? —dudó Effie—. ¿Por qué no se lo pregunta a sir Ewan Maclean?

—No me atrevo. Sabe que estuve prometida con él. Si me diera malas noticias, Dios sabe cómo reaccionaría. Effie, ¿no puedes hablar con sus criados y enterarte por ellos?

—Puedo intentarlo. ¿Y si nadie sabe nada?

—Entonces —susurró Marsali— debes ir a Edimburgo y averiguarlo allí.

—Eso pensaba que me pediría —rezongó Effie—. Y sabía que sería lo bastante tonta para aceptar, en vez de decírselo a milord.

—Prueba primero con los hombres de Maclean. Por favor. Déjame abrocharme el corpiño; ya estoy bien. Solo quiero noticias. No sé cómo bajar a cenar y enfrentarme a todos, y ver al señor Gordon mirándome. Baja ahora y averigua lo que puedas; vuelve enseguida y cuéntamelo.

—Cuando se haya arreglado —sentenció Effie— y la haya dejado presentable para recibir a los invitados. Ni un minuto antes.

Cuando Effie se fue, Marsali comenzó a pasearse, escuchando el retorno de sus pasos y temiendo los más pesados de Keith, por si subía a buscarla. Él había pospuesto su viaje a Inverness; ni ella ni su padre deseaban que se marchara. El conde dependía de él, le pedía consejo y le hablaba de Hemsley como a un hijo. Poco a poco, Marsali también se apoyó en él. Keith le daba cuanto pedía sin exigir nada. Con el paso de los días, parte del dolor se apaciguó… hasta aquella tarde, cuando el relato de la batalla devolvió a Malcolm a su mente y todo se volvió irreal salvo la tortura de no saber si estaba a salvo.

—¡Effie! —corrió hacia ella—. ¿Qué dijeron?

—Nada. No sabían nada de los Mackenzie, salvo que estaban en primera línea. Perdimos poco más de un centenar en total y es poco probable que él estuviera entre ellos. Dijeron que algunos heridos graves fueron llevados a Edimburgo, pero que son pocos. La mayoría están siendo atendidos en casas particulares.

—Entonces irás allí y lo averiguarás —decidió Marsali—. Te enviaré a hacer compras: telas, zapatos, patrones. Mi padre no sospechará nada. Puedes ir mañana.

—Supongo que sí —rezongó Effie—. Recogeré algunas cosas y llevaré al abuelo, si os parece.

—Llévate a quien quieras —Marsali la abrazó—. Si vas por mí, no lo olvidaré.

—Entonces olvídelo por esta noche —cortó Effie—. Una sola muestra de ansiedad y el señor Gordon sospechará. Si sospecha, no habrá viaje. Y si su padre se entera, me mandará ahorcar.

—Lo haría —admitió Marsali—. Pero no lo sabrá. Te lo prometo. Ahora debo bajar. Gracias, Effie. Que Dios te bendiga.



Y aquella noche, sentada a la larga mesa del Gran Salón, Marsali rió y habló con una convincente imitación de su antigua vivacidad. Maclean estaba encantado; Keith la miraba con ternura, creyendo que la alegría era para él. Y lo era, para él y para su padre. Actuó tan bien que, tras la cena, Keith la condujo al jardín y le pidió, con humildad, permiso para besarla.

A diferencia de Malcolm, se contuvo. No hubo gesto que pudiera herirla ni intento de intimidad que la ofendiera. Ella permaneció rígida mientras él la abrazaba y besaba sus labios fríos, y se sintió muerta. Al apartarse, Keith negó con la cabeza y Marsali sintió vergüenza.

—Ha sido demasiado pronto —se disculpó—. Perdóname, mi amor.

—No lo sientas —le suplicó—. Te dije que aún no podía. Esta noche me ha demostrado algo.

Dudó. En su interior negociaba con Dios.

No pido nada para mí —clamaba—*, solo por él, que esté a salvo… y, si me lo concedes, apartaré de mi mente todo pensamiento y me casaré con este buen hombre.*

—¿Qué te demuestra? —preguntó Keith.

—Que no todo está tan perdido como creía —respondió—. La próxima vez que me toques, te mostraré a qué me refiero. Ahora entremos.

Entraron. El salón estaba vacío. Ella se sentó, agotada. Keith cerró las ventanas y pidió brandy.

—Bebe —pidió—. Descansa. Dame tiempo y quizá pueda mostrarte algo del futuro.

Marsali negó con la cabeza.

—Fui una necia por perderte. ¿Puedes perdonarme?

—Eso ya no importa —respondió con firmeza—. No te presionaré. Pero no pienso perderte de nuevo. Permíteme quedarme.

—¿Y el príncipe?

—Puede esperar. Aún tiene Escocia que conquistar.

Keith llamó a la criada para acompañarla a la cama. Marsali se dejó llevar, exhausta. Keith la observó con una determinación silenciosa. Esta vez no se marcharía.

Capítulo 5

Las calles de Edimburgo estaban tan abarrotadas que Effie y Angus tuvieron que abrirse paso a empujones. Por encima de sus cabezas, las estrechas casas se inclinaban unas hacia otras hasta casi tocarse, ocultando el cielo, y la penumbra se acentuaba con las telas y tapices brillantes que colgaban de ventana en ventana. La ciudad estaba de fiesta por el príncipe y su ejército victorioso y, mientras Effie se esforzaba por no perder de vista a su abuelo, rozó a soldados de aquel ejército, montañeses llegados de todos los rincones del reino. Uno de ellos estuvo a punto de derribarla.

El príncipe había dado órdenes estrictas de no molestar a los ciudadanos. Las penas por acosar a las mujeres, robar o provocar peleas eran severas, y Carlos sabía imponer la disciplina. El montañés dio un paso atrás y se disculpó. Al ver el escudo de los Mackenzie en el plaid, tan familiar para ella, Effie se mordió la lengua para no responder con ira y logró esbozar una sonrisa.

Su abuelo estaba demasiado lejos para oír nada, y el estrépito de los carros traqueteando y chirriando sobre el empedrado era tan ensordecedor que tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Puede ayudarme? Busco a Malcolm Mackenzie de Glenannan. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la casa de la señora MacIntyre, en King Street. Está gravemente herido. Pero el jefe está en el palacio de Holyrood con el príncipe, si lo necesita.

—Se lo agradezco. Iré a King Street.

Pasó deprisa junto a él y alcanzó a Angus.

—Este lugar es un infierno —se quejó el anciano, exhausto—. ¿Dónde está la tienda de sedas de milady? Estos adoquines me están matando los pies y estoy muerto de sed.

—Al final de esta calle. Te dije que no hacía falta que salieras del alojamiento. ¡Podría haber encontrado el camino sola!

—No irás sola por este avispero. Dios sabe qué desgracia podría pasarte… ¡Ach, mira por dónde vas, maldita sea!

Se volvió para gritar a un carretero cuyo caballo había pasado tan cerca que lo hizo tropezar. Angus no había dejado de protestar en todo el viaje. Era apenas la segunda vez que salía de su valle en setenta años y consideraba aquella enorme ciudad un lugar de perdición y peligro. El ruido, el tráfico y todos los desconocidos —incluidos los huéspedes de la respetable casita del extremo oeste de la Milla— le parecían ladrones o pícaros con malas intenciones hacia la virtud de Effie.

Al llegar a la tienda del comerciante de sedas, se dejó caer en un taburete con un gemido y cerró los ojos. Effie se presentó como doncella de lady Marsali Campbell de Hemsley, y el propio comerciante se adelantó para atenderla. Dos aprendices sacaron rollos de tela y los desplegaron sobre el mostrador.

—Milady necesita tela blanca y plateada para un vestido, y tafetán azul, azul pálido, no ese tono oscuro. Y algo de terciopelo rojo.

—Este es un tejido muy fino, con un bordado precioso y recién llegado de Lyon —dijo el comerciante, que ya había servido antes a la señora de Hemsley—. Pero, si cree que le gustará, tengo uno especial que aún no he mostrado a nadie. Es magnífico, como verá, aunque no es barato. ¿Lo traigo?

—Si es lo mejor, tráigalo. Y no crea que desconozco el precio de los buenos materiales. Si intenta cobrar de más, lo sabré y milady no lo comprará.

La tela que sacaron del almacén y desenrollaron ante ella era tan hermosa que incluso el criterio exigente de Effie quedó satisfecho.

—Seda de un amarillo pálido, y cada hilo del bordado es oro puro. Si no la compra ahora, no quedará ni un metro a final de semana. Todas las damas de Edimburgo están encargando vestidos nuevos para el Baile del Príncipe a finales de mes. ¿Asistirá su señora?

—Milady no es jacobita —respondió Effie con sequedad.

Acarició el tejido con los dedos. La señora MacIntyre, en King Street… Alzó la vista hacia el rostro expectante del comerciante y se encogió de hombros.

—¿Está seguro de que no se lo ha vendido a nadie?

—Puede comprobarlo usted misma. El rollo está intacto.

—Señor Dugal —dijo Effie tras un momento—, antes de que me diga el precio y yo le responda que es excesivo, ¿podría satisfacer mi curiosidad?

El comerciante sonrió.

—Puedo intentarlo. Sé casi todo lo que ocurre en Edimburgo. ¿Qué desea saber?

—¿Ha oído algo sobre una señora MacIntyre que vive en King Street?

Dugal vaciló, pero su instinto —el mismo que había hecho prosperar su negocio— le dijo que la venta de aquella tela fabulosa dependía de su respuesta.

—La señora MacIntyre es buena clienta. Vivió en Perth el último año, pero ha reabierto su casa aquí. Es viuda y muy rica.

—He oído que ha convertido su casa en un hospital para heridos de Prestonpans.

Dugal sonrió y se inclinó hacia ella.

—Un hospital para uno —susurró—. El hijo de uno de los jefes del príncipe está allí desde la batalla. Dicen que lo siguió desde Perth. Estaba al borde de la muerte cuando lo trajeron. Su doncella vino hace unos días a encargar telas para el baile y dijo que su vida había corrido peligro durante más de una semana. Allí no le falta de nada. Se comenta que la propia señora MacIntyre lo cuidó día y noche.

—Gracias.

Effie volvió a tocar la seda. No estaba muerto. Y aquella misteriosa señora MacIntyre era su amante. Apretó los labios con furia. Así terminaba su supuesto amor por lady Marsali. Si él hubiera estado delante en ese instante, Effie le habría escupido en la cara sin remordimientos.

—¡Effie! —Angus se despertó sobresaltado—. ¿Aún no has terminado?

—No. ¿Cuánto cuesta esto? Y nada de engaños.

—Una guinea el metro. Hay veinte metros, suficientes para un vestido de baile espléndido.

—Me lo llevo. Y quince varas de esa seda blanca, y lo mismo de tafetán azul pálido. El terciopelo puede esperar. He gastado demasiado en ese amarillo y me temo que mi señora pensará que me han estafado. Entréguelo esta noche en mi alojamiento y envíeme la cuenta para milady.

Le dio la dirección y luego ella y Angus salieron de nuevo a la calle. Para disgusto del anciano, Effie insistió en tomar un camino largo de regreso, que los condujo por King Street. Un transeúnte les señaló una gran casa de piedra como la residencia de la señora MacIntyre.

Dugal tenía razón, pensó Effie con amargura. Era una de las casas más hermosas de Edimburgo, con grandes ventanas y una puerta de roble tallado.

—¿Qué miras? —gruñó Angus—. ¿Nunca has visto una casa? Vamos, niña, por el amor de Dios…

Estaba demasiado cansado para preguntarse por qué Effie no respondía ni por qué permaneció inusualmente callada el resto del camino. Pero cuando vio pasar a un Mackenzie por la calle, se apartó con gesto brusco y escupió en el suelo.



—Debo decir que lo has cuidado muy bien, Davina.

Kenneth Mackenzie alzó la copa hacia ella y apuró el vino. Estaban sentados en el salón de Davina, en la gran casa por la que Effie había pasado apenas unos minutos antes. Era una estancia agradable, de techo alto enlucido y muebles elegantes. Davina vestía con su habitual distinción, aunque, a los ojos críticos de Kenneth, el rojo no le sentaba bien y acentuaba las líneas de cansancio y la palidez de su rostro.

Había cuidado de Malcolm sin dormir ni descansar durante una semana entera, mientras su vida pendía de un hilo y la fiebre de la herida infectada alcanzaba su punto más alto. Al final de esos días parecía una anciana y, aunque él ya estaba fuera de peligro y podía levantarse de la cama, ella aún no se había recuperado.

—Pensé que iba a morir. Hubo un momento en que la fiebre era tan alta que estaba segura de ello. Y él no luchaba —dijo, volviéndose hacia Kenneth—. Se quedaba ahí, inmóvil, rindiéndose. Casi me volví loca viéndolo. Deliraba, murmuraba sin parar… —se acercó a la mesa y se sirvió vino; la mano le temblaba—. ¿Sabes qué fue lo que lo cambió? No fue mi cuidado, ni se te ocurra pensarlo. La llamaba por su nombre cuando deliraba, una y otra vez, como un hombre perdido que grita. ¿Y sabes lo que hice?

—No. ¿Qué hiciste?

—Le cogí la mano y le dije: «Estoy aquí, Malcolm». Suspiró al instante y me la agarró, y desde entonces luchó contra la fiebre y empezó a mejorar.

Bebió y se recostó en la silla, con los ojos cerrados y el rostro tan demacrado que casi parecía feo.

—No sabía que lo sabías —dijo Kenneth al cabo—. ¿Cómo te sentiste fingiendo ser ella?

—Las mujeres enamoradas son capaces de cualquier cosa. Y Dios sabe cuánto lo amo. Dime una cosa, ¿la conoces? ¿Cómo es?

—Creí conocer a mi hermano desde la infancia, cada rincón de su alma y cada recoveco de su mente —respondió Kenneth, entornando los ojos—. Ambos eran negros, te lo aseguro, más negros de lo que son ahora. Y sé lo ingrato que es contigo y lo difícil que resulta incluso para los suyos. Pero pensé que lo conocía… hasta que conoció a esa mujer. Me preguntas cómo era. Muy guapa. Pelo rojo, ojos azules… guapa más allá de lo que un hombre puede imaginar. Pero, como intenté decirle una vez, todos los gatos son grises en la oscuridad y todas las mujeres se parecen al final… Casi me derriba por decirlo. Veo que te he molestado al llamarla guapa… aunque ya lo sabías.

—Él me lo dijo. Es todo lo que sé. Al menos conozco el color de su pelo y de sus ojos. Vamos, Kenneth, no puedes hacerme daño. Nada duele tanto como la ignorancia ahora.

—Necesitaba una buena paliza —dijo él por fin—. Eso pensé desde el primer momento. Demasiado inteligente, demasiada voluntad. Mimada, decidida y falsa, como todos los de su clase. —Se inclinó hacia ella—. ¿Qué más sabes, Davina?

—Nada, salvo que iban a casarse.

—Y así fue. Contra la voluntad de todos. Se desafiaron mutuamente y al mundo, y al final ambas familias cedieron como necias. En resumen, su hermano se negó a ayudar al príncipe y, por honor, hubo que matarlo. Al menos yo lo hice, porque Malcolm no

quiso. Los Campbell estrangularon al mensajero cuando intentó explicarlo y nos acusaron ante los tribunales. Y ella lo abandonó sin saber siquiera la verdad. ¡Todo por culpa de su hermano! —rió de pronto, con un sonido desagradable—. Si alguna vez la encuentro, la mataré. Se lo debo a mi hermano por todo lo que ha sufrido.

—Al menos ahora sé contra qué debo luchar —dijo Davina con calma—. Y créeme, lucharé.

—No lo dudo. Eres una mujer decidida. Pero eres lo que Malcolm necesita si no quiere acabar muerto o loco. Tuvimos un tío así. Se volvió loco por las peleas y el whisky. Quizá lo llevemos en la sangre. —Bostezó y rellenó su copa.

—A ti te importa —lo desafió ella—. No pretendo entenderte, pero sé que te preocupa Malcolm.

Kenneth la observó por encima del borde del vaso. Cuando sus miradas se cruzaron, ella no apartó la suya. Él esbozó su sonrisa torcida.

—Nunca entendí el amor. Pero todo el afecto que soy capaz de sentir lo ocupa ese tonto de mi hermano. Lo admiraba cuando éramos niños… y ahora yace a punto de morir por una herida de bala, y solo el nombre de esa mujer lo devuelve a la vida. Como dije, si tengo ocasión, la mataré. —Se levantó y le tomó la mano—. Mi querida anfitriona, debo presentar mis respetos a mi hermano y marcharme. Tengo una cita esta noche. Una muchacha encantadora, inocente e inmensamente rica. Si la dote es suficiente, me casaré con ella.

—Tiene mi simpatía.

—¿Y la mía no? —rió él desde la puerta—. Cuida bien de mi hermano.

Cerró tras de sí.



Más tarde esa misma noche, llevaron una bandeja con dos cubiertos al gran dormitorio donde Malcolm llevaba más de tres semanas postrado. Había estado tan cerca de la muerte que apenas recordaba nada desde que la herida volvió a sangrar en la tienda de Prestonpans. El traslado a Edimburgo en carros destartalados fue una confusión de dolor, fiebre y sombras. Recordaba la cama de Davina, la frescura de las sábanas y voces apagadas, pero todo se disolvía en una bruma en la que tiempo y rostros se confundían.

Por primera vez en su vida, sintió la tentación dulce de rendirse. En la fiebre llamó al único consuelo que su corazón vacío deseaba.

¡Marsali!

Y creyó verla. Una mano tomó la suya, una voz dijo: «Estoy aquí…», y en esa paz ilusoria halló la voluntad de vivir. Cuando despertó, la fiebre había cedido y Davina se inclinaba sobre él, con el rostro cansado y mojado de lágrimas. Fue la única vez que la vio llorar. Después volvió a ser ella: eficiente, discreta, indulgente. Cuando él la rechazaba con rudeza, ella se retiraba sin reproches y regresaba más tarde con algo que necesitaba.

A pesar de sí mismo, le estaba agradecido. Sabía que le había salvado la vida y aún más que nunca pidiera nada a cambio. Poco a poco, empezó a creer que la mano que le devolvió la esperanza y la voz que lo sostuvo habían sido las suyas. Nunca lo dijeron, y por eso también se lo agradeció en silencio.

Cenaban juntos casi todas las noches. El médico le permitió bajar las escaleras y, más tarde, vestirse y pasear un poco. A finales de mes estaría en condiciones de volver con el príncipe. Carlos había ido a verlo una vez, un honor que despertó envidias, pero que unió a Malcolm a él como nunca antes.

—Espero que Kenneth no te haya cansado. He traído melocotones —dijo Davina—. Déjame pelarte uno.

—He comido suficiente. Tú apenas has probado bocado y pareces exhausta. No estaré aquí mucho más tiempo. Si no me

dejan levantarme, volveré a Holyrood por mi cuenta.

—No seas imprudente. Si te reabres el hombro, estarás aquí semanas, y solo Dios sabe cómo lo soportaré.

—Solo Dios sabe cómo lo soportas ahora. No pedí que me trajeran aquí…

—Eso demuestra que estás mejor: quieres discutir. En una semana lo haremos cuanto quieras. Ahora, si vas a enfadarte, me marcho.

—Vete donde quieras —gruñó—. Seguro que has encontrado a algún caballero solitario que necesite compañía. ¡Vete al infierno!

Ella no se movió. El rostro se le volvió pálido; los ojos se oscurecieron. Él nunca la había visto enfadada y sintió un extraño alivio.

—Si vuelves a hablarme así, haré que te saquen de la cama y te echen a la calle. Y ya que lo dices, sí necesito compañía. Espero que me pagues pronto.

Él rió y la atrajo del brazo. Al apartarse ella, él hizo un gesto de dolor. Davina se inclinó de inmediato y lo besó. Malcolm la abrazó con el otro brazo; el dolor era evidente, pero no la soltó. La besó con fiereza hasta que cayó hacia atrás, pálido y exhausto.

Ella le apartó el cabello de la frente.

—Aunque estuvieras moribundo, valdrías más que veinte hombres sanos. No hay otro para mí, Malcolm. Nunca lo habrá. Siempre te querré.

Era la primera vez que lo decía. Al no obtener respuesta, se volvió para marcharse, pero él la retuvo.

—Quédate conmigo —susurró—. Quédate como aquella noche.

Y, apartando el rostro, Malcolm lloró.

—Al borde de la muerte —susurró Marsali—. Lo sabía, Effie. Te dije que sabía que le había pasado algo…

—Eso fue hace un mes —insistió Effie con brusquedad.

Estaban solas en el dormitorio de Marsali, en Hemsley, y nada de lo que Effie había contado sobre la misteriosa señora MacIntyre había afectado tanto a su señora como la repetición de aquellas palabras del comerciante.

—Lo trajeron de vuelta al borde de la muerte.

—Se ha recuperado por completo —repitió Effie—. Se lo he dicho una docena de veces, milady. No sé por qué sigue ahí sentada, más pálida que su propio vestido, cuando ese villano no tiene nada grave.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Marsali—. ¿Cómo sabes que está bien si ni siquiera conoces la naturaleza de sus heridas? ¡No está muerto, eso es todo! Puede que haya perdido un brazo o una pierna… incluso puede que haya quedado ciego. ¡Oh, Dios misericordioso, por qué no fui yo misma!

Se cubrió el rostro con las manos temblorosas y rompió a llorar. Effie la miró con una mezcla de angustia y exasperación. La exasperación venció.

—¡Bonito agradecimiento, desde luego! —estalló—. Qué tonta he sido, arriesgando el pellejo para cumplir su encargo, ¡y lo único que dice es que ojalá hubiera ido vos! ¡Pues yo también lo deseo, milady, yo también!

—No seas absurda, Effie. Claro que te lo agradezco… pero ¿no ves que esto es peor que antes? Saber que está herido, casi muerto, y no saber cuán grave es ni si tendrá que volver a luchar… ¡Effie! —Se levantó de pronto—. No sirve de nada, ¡me voy a Edimburgo!

—¡Madre de Dios! —se le escapó a Effie antes de poder contenerse—. ¿Ir a Edimburgo? ¿Para qué, si se puede saber? ¿Para encontrarlo? Milady, creo que ha perdido la razón…

—Quizá. Quizá la haya perdido —respondió Marsali.

Se acercó al espejo. El reflejo que la observaba era el de una mujer demacrada y desesperada, la misma que había maldecido a Malcolm y lo había despedido con palabras de odio implacable. Y ahora, con el asesinato de su hermano aún sin vengar, estaba dispuesta a ir a buscarlo solo porque estaba herido. Debería alegrarse, debería sentirse satisfecha por la idea de la venganza, pero su corazón estaba consumido por la ansiedad y ya no podía engañarse fingiendo que había dejado de amarlo.

—Dios mío, qué tonta he sido —dijo en voz alta, sin apartar la mirada del espejo—. Eso es todo lo que quiero, solo verlo y decírselo… y después marcharme y olvidarlo para siempre.

—Nunca lo hará —replicó Effie con amargura—. Mire bien ese rostro. Mire las ojeras y las arrugas de tanto llorar y preocuparse. ¿Qué se está haciendo? ¡Y todo por un hombre que apenas la ha perdido y ya se ha acostado con otra! ¿No tiene orgullo, milady? ¡Dugal dijo que esa viuda lo siguió desde Perth!

Marsali se encogió de hombros.

—No me importa con quién esté. No me importa nada salvo saber que vive y que está fuerte otra vez. Y voy a averiguarlo. —Se volvió hacia Effie con una mueca irónica—. Te alegraría verme casada con el señor Gordon, ¿verdad? El bueno y seguro señor Gordon… Pues no lo verás a menos que vuelva a ver antes a Malcolm Mackenzie.

—¿Y su padre? —murmuró Effie—. ¿Qué dirá?

—No se enterará. Edimburgo es una ciudad grande. Hay cientos de personas buscando audiencia con el príncipe. Iré con el señor Gordon, y mi padre no podrá oponerse. De hecho, lo aceptará encantado. Le gusta tanto ese matrimonio como a todos vosotros.

—Haz lo que deba —cedió Effie al fin—. Pero no saldrá nada bueno de ello.

Le dio la espalda y se volvió hacia el armario.



Esa noche fue Marsali quien sugirió a Keith que permanecieran un rato en el Salón Verde después de que su padre se retirara.

—¿Te estoy haciendo daño, mi amor?

—No… no me haces daño en absoluto.

Marsali atrajo su cabeza hacia ella, cerró los ojos y dejó que la besara una y otra vez. Entrelazó las manos tras su cuello y esperó una respuesta que sabía que no llegaría. Sus manos eran firmes y temblaban al tocarla, pero aquel contacto no despertaba nada en ella. Su cuerpo estaba rígido, inerte; soportaba sus besos y la tensión de su abrazo con una calma terrible. En esos momentos sentía tanta compasión por Keith que solo podía animarlo a seguir, porque no se atrevía a decirle la mentira definitiva y declararle amor.

Le parecía imposible que hubiera abrazado a otro hombre y le hubiera devuelto cada caricia hasta perder el control, y aún más imposible que bastara pensar en él para que esas sensaciones regresaran con violencia. Al final no pudo soportarlo más. Se apartó y le pidió que se calmara y le concediera tiempo.

El rostro de Keith estaba sonrojado, iluminado por la felicidad.

—Marsali, si supieras cuánto he deseado esto… Han sido semanas de tormento.

—No tiene por qué volver a serlo —dijo ella con dulzura—. Querido Keith, no soy digna de ti. —Y lo sentía de verdad—. He cumplido la promesa que te hice en el jardín, ¿no es cierto? Te dije que no todo estaba perdido.

Él la miró, tan ansioso que casi tartamudeaba.

—¿Quieres decir que me amas?

—Ten paciencia. Por favor. No me pidas eso todavía.

—Lo sé. —Le besó las manos—. He sido egoísta. Perdóname. No volveré a apresurarte.

Ella se levantó y comenzó a pasearse.

—Es esta casa. Está llena de recuerdos. La muerte de Rowan, mi compromiso… Donde mire, todo me habla del pasado. Keith, ojalá pudiéramos marcharnos lejos.

—¿Lejos? ¿Adónde? —preguntó sorprendido—. Solo puedo ofrecerte casarnos ahora mismo y llevarte a Spey House…

—No. Todavía no. —Lo interrumpió—. Quiero ir a Edimburgo. Tú ibas a ver al príncipe de todos modos. Llévame contigo, aunque solo sea de visita. Mi padre lo permitirá. Effie dice que habrá un baile en Holyrood a finales de mes. Podríamos ir.

Él dudó apenas un instante.

—Entonces iremos. Se lo pediré a tu padre.

Marsali se inclinó impulsivamente y lo besó.

—Gracias, Keith.

—No tienes que agradecer nada —respondió él—. Solo quiero hacerte feliz.



—Mañana se marchan a Edimburgo —anunció Flora Mackenzie.

La condesa cosía junto a la ventana, aprovechando la última luz del otoño. Desde hacía más de dos meses, el conde no había vuelto a su habitación. Las marcas en su cuerpo habían desaparecido, pero no las de su mente. Ya no despertaba gritando, pero pasaba horas en silencio, con una mirada ausente que inquietaba a la muchacha.

—¿Quién va a Edimburgo, dices? —preguntó la condesa.

—Ella. Y el señor Gordon.

—Ah, sí… Gordon. —Sonrió con desdén—. Supongo que va a casarse con él.

La sonrisa se transformó en una mueca amarga.

—Malcolm nunca la tuvo. Era un necio. Keith Gordon no la satisfará como lo habría hecho mi primo Malcolm… Tan grande, tan fuerte… —rió suavemente—. Me pregunto cómo le sentará marchitarse un poco.

Flora apartó la mirada, avergonzada.

—Pensé que quizá podríamos enviar un mensaje a sir Murdoch —murmuró.

—No —cortó la condesa con firmeza—. No es el momento. Sabré cuándo llamarlos, y entonces vendrán.

—¿Y si ella se va? —insistió Flora—. ¿Estará a salvo aquí sola con él?

—Lo prometió. —Se encogió de hombros—. Todo por su querida hija.

—Si al menos supiera cómo podríamos escapar —insistió Flora —. ¿Por qué no me deja intentarlo, milady? Nos ayudó antes, podría hacerlo de nuevo. Déjeme enviar un mensaje a los Mackenzie. Deben de estar con el príncipe. ¿Cómo sabe que no la dejará marchar? Ya no le produce placer retenerla aquí. ¡Déjeme intentarlo!

—No —cortó la condesa con brusquedad—. Te lo prohíbo. Eres una buena chica, pero eres una tonta. Nunca permitirá que ninguna de las dos nos vayamos. Y algún día lo lamentará, y ella también, esa hermosa puta pelirroja con sus buenas acciones y sus ojos húmedos de lujuria por Malcolm. ¡Gordon! —rió de nuevo—. Pero supongo que incluso una oveja es mejor que nada. Me pregunto cómo le sentaría marchitarse un poco. Como a mí…

Levantó la mano y tocó la mejilla redonda y rosada de la muchacha, que permanecía de pie ante ella con la mirada fija en el

suelo.

—Aún eres joven y bonita. Y aquí estás, encerrada con una mujer muerta, perdiendo tu juventud y todas sus promesas sin quejarte. Pero no te preocupes, Flora. No será para siempre. Te sacaré de aquí a tiempo para que algún buen muchacho te haga feliz y te dé lo que mereces. Pero debes tener un poco más de paciencia. Entonces llegará nuestra venganza, ¿recuerdas? Y después serás libre. Ahora tráeme ese libro que está sobre la mesa. Quiero leer un rato.

Flora le entregó el libro y encendió las velas, colocando una junto al codo de su señora después de correr las cortinas.

Al día siguiente, lady Marsali y su invitado partirían hacia Edimburgo, y Flora, que nunca había salido de su valle hasta llegar a Hemsley con la condesa, las envidiaba amargamente. Para su señora era fácil hablar de paciencia y de una venganza futura desde la seguridad de su sillón. Pero Flora era joven, y su corazón anhelaba la libertad de sus propias tierras y la compañía de su gente. No le preocupaba la falta de amor ni las escasas perspectivas de matrimonio. Cuanto más escuchaba los pensamientos oscuros de su señora, menos deseaba formar parte de ellos. Quería su libertad y quería la libertad de la condesa mientras aún le quedara cordura para disfrutarla.

Preparó la mesa para la cena y se preguntó si se atrevería a desobedecer las órdenes recibidas y acercarse a la hija del conde antes del amanecer.

—¡Flora!

—¿Sí, milady? —respondió, volviéndose con aire culpable. La condesa le sonrió.

—No te acerques a ella. Y ni una palabra, ¿entendido?

—No, milady —contestó Flora, suspirando mientras retomaba su labor.

—Y no suspires. Ya te lo he dicho. Sabré cuándo enviar a buscar a nuestra gente.

La condesa se recostó y comenzó a leer. Flora terminó de limpiar la mesa, hizo una reverencia y bajó a la cocina a por la bandeja con la cena. Vio a Effie en el pasillo y pasó junto a ella sin decir nada.

A la mañana siguiente, ella y la condesa observaron cómo Marsali y Keith Gordon partían a caballo con sus sirvientes rumbo a la capital.



El Palacio de Holyrood resplandecía bajo las luces. Antorchas parpadeaban a lo largo de la Milla mientras una interminable fila de carruajes se acercaba y los invitados descendían para asistir a la recepción y al baile ofrecidos por el príncipe. La entrada estaba abarrotada de gente que observaba a la alta sociedad y a la nobleza, y a sus damas espléndidamente vestidas.

Era un espectáculo inusual para los habitantes de Edimburgo. El palacio había permanecido vacío durante muchos años, guarnecido por tropas inglesas y ocupado solo por dignatarios llegados de Londres, que no consideraban apropiado entretener a las familias nativas en el palacio de sus antiguos reyes. En el interior, los largos y sombríos pasillos y las salas estaban llenos de gente que se dirigía hacia la Sala de Audiencias y el salón de recepciones oficiales, donde se celebraba el baile. La música se extendía en la noche y, en las calles, algunos espectadores improvisaban sus propios reels y comenzaban a bailar.

Aquella noche estaban presentes algunos de los hombres más poderosos de Escocia y muchas de las mujeres más hermosas del país. Sin embargo, cuando Marsali subió la escalinata del brazo de

Keith Gordon, todas las cabezas se volvieron hacia ella y los susurros la siguieron a cada paso.

La seda amarillo pálido del señor Dugal se había convertido en un magnífico vestido de gala. Las amplias faldas, sostenidas por miriñaques, se abrían a ambos lados; el corpiño, ceñido, mostraba un escote pronunciado, y la cola terminaba en punta bajo la cintura. El hilo de oro del bordado relucía bajo las luces y, en su mano izquierda, Marsali llevaba un abanico de seda a juego, con varillas doradas.

Effie había tardado tres horas en vestirla y peinarla. El cabello estaba recogido en alto, con tres rizos rojos brillantes cayendo sobre un hombro, y Marsali llevaba el adorno de perlas y diamantes que su padre le había regalado cuando se comprometió con Malcolm. La emoción la había dejado pálida y un leve toque de colorete en las mejillas hacía resaltar el intenso color de sus ojos.

Al llegar a la entrada de la Sala de Audiencias, Keith se detuvo un instante y le susurró:

—Eres la mujer más hermosa de esta noche. Todo el mundo te ha estado mirando y preguntándose quién eres. Casi temo perderte.

—No lo harás, querido Keith —respondió ella con una sonrisa nerviosa.

—¿Ni siquiera por el príncipe?

—Menos aún por el príncipe.

Mientras avanzaban por la abarrotada sala y ocupaban su lugar en la fila para ser recibidos, Marsali comenzó a buscar entre los rostros al hombre por el que había viajado hasta allí. Había muchos tan altos como Malcolm y, en un momento dado, se sobresaltó al ver a uno con un tartán escarlata y verde que se volvía hacia ella. El corazón le dio un vuelco, pero enseguida comprendió que no era él.

Al fondo de la sala, un trono carmesí y dorado esperaba bajo un dosel. Estaba vacío y todas las miradas se dirigían a la puerta por

la que debía entrar el príncipe. Una mujer a su izquierda se inclinó hacia ella.

—¿Lo has visto alguna vez? Hemos viajado cincuenta millas para estar aquí. Estoy tan emocionada que apenas puedo mantenerme en pie.

—No —respondió Marsali—. Será la primera vez.

—Dicen que es el hombre más guapo del mundo —suspiró la mujer—. Que podría encantar a los pájaros de los árboles. Mi sobrina no quiso volver a casa desde que regresó de Prestonpans. —Bajó la voz—. Dicen que le gustan las mujeres. Hay una competencia feroz. Mi pobre sobrina está perdidamente enamorada, pero no tiene ninguna posibilidad. ¡Qué pena! ¡Piensa en el honor que sería!

—Desde luego —respondió Marsali con una sonrisa cortés.

Más invitados entraban por las puertas y el temor de ver a Malcolm entre ellos la hizo sentirse mareada.

—Quizá con usted sea diferente —continuó la mujer—. No hay muchas damas aquí que puedan compararse con usted. —Le dio un leve golpecito con el abanico—. Le deseo suerte.

—Gracias.

Marsali tocó el brazo de Keith.

—¿Cuándo llegará?

—En cualquier momento. Mira, ahí viene el ujier.

El ujier, vestido de azul con ribetes dorados, alzó su bastón ceremonial y lo golpeó tres veces contra el suelo.

—¡Señores, damas y caballeros! Silencio, por favor, para Su Alteza Real el príncipe Carlos.

La multitud se abrió en dos filas. El príncipe entró acompañado por los duques de Perth y Atholl, seguido por lord George Murray, Cameron de Lochiel y varios oficiales. Marsali los observó con atención, pero ninguno era Malcolm.

Carlos avanzó despacio, deteniéndose ante algunos invitados. Cuando llegó a Marsali y oyó su nombre, le tendió la mano con una sonrisa. Ella se inclinó profundamente y la besó.

—No la había visto aquí antes —dijo él—. ¿Es pariente de lord Lovat?

—Sí, Alteza. Una pariente lejana.

Los brillantes ojos marrones la observaron con atención. Su rostro, joven y de rasgos suaves, no era tan atractivo como ella había imaginado.

—Le doy la bienvenida. Escocia no deja de sorprenderme, y la belleza de sus damas es uno de sus mayores tesoros. Espero que no nos deje pronto.

Ella volvió a inclinarse y el príncipe siguió adelante. Marsali se sorprendió de que no se detuviera a hablar con Keith Gordon. Cuando Carlos tomó asiento en el trono, las filas se rompieron y la gente se arremolinó en torno a él, con rostros envidiosos entre quienes no habían sido recibidos.

—Menos mal que no nos quedaremos mucho tiempo en Edimburgo —comentó Keith—. Ya te has ganado un centenar de enemigas. —Le tomó la mano y se la besó—. Esta noche estoy orgulloso de ti. Y lo estaré aún más cuando seas mi esposa.

—Es muy joven —murmuró ella—. No se parece mucho a un Estuardo.

—Su madre era polaca. Ven, ¿prefieres ir al salón de baile o cenar algo?

—Me gustaría recorrer las salas y ver a la gente. Podemos cenar más tarde.

—Como desees. Sígueme; el salón de baile está tras esa puerta.

Marsali no respondió de inmediato. Una oleada de desesperación y dolor la atravesó al mirar hacia la ciudad. Por un

instante sintió la tentación de volverse y confesarlo todo, de destruir la felicidad de Keith y escapar de un destino al que su corazón no quería ir. La tentación pasó y se encogió de hombros.

—Nunca había visto esta vista. Mira, Keith, ¿qué es esa nube de polvo al sur?

Keith se volvió y siguió la dirección que ella señalaba. Bajo ellos, una neblina se deslizaba como una serpiente alejándose de la ciudad. El aire estaba cargado de polvo y, desde su centro, el sol lanzaba destellos. Un sonido débil llegó con el viento, tan irregular que parecía el propio viento imitando gaitas.

Keith se protegió los ojos con la mano.

—Es el ejército del príncipe —dijo lentamente—. Marchan hacia el sur, hacia Inglaterra.

Permanecieron en silencio, observando cómo aquella columna invisible avanzaba hacia la frontera.

—Que Dios los acompañe —murmuró Keith.

—¿Te arrepientes de no haberte unido a ellos? —preguntó Marsali.

—Nunca dije que no lo haría —respondió él en voz baja—. Te llevaré a casa sana y salva. Pero mi lugar está allí, entre los míos. Los Gordon de Spey irán con el príncipe. Tan pronto como te haya devuelto a Hemsley.

—No quiero que mueras —dijo ella—. Mientras los veía partir, sentí que todos morirían, tarde o temprano. Esperaba que no estuvieras tan loco como los demás.

—Y ahora que sabes que lo estoy, tendrás que perdonarme. Ven, nos queda un largo camino.



Las calles estaban llenas de gente que vitoreaba. Las mujeres lanzaban besos y corrían hacia el estribo del príncipe, y él sonreía y saludaba con la mano mientras prometía la victoria. Tras él sonaban las marchas de guerra de los clanes y el ejército de las Highlands abandonaba Edimburgo.

La guardia personal del príncipe cabalgaba a la cabeza, seguida por las tropas de los lores Balmerino, Kilmarnock y Pitsligo, y los húsares de Baggot. Miles de hombres marchaban detrás de sus jefes y de su príncipe hacia Inglaterra, cantando las canciones de guerra de sus clanes en aquel brillante día de octubre.

Sir Murdoch Mackenzie de Glenannan cabalgaba con sus dos hijos mayores a ambos lados y el joven Hamish justo detrás. El gaitero de los Mackenzie tocaba la antigua melodía de marcha, tan vieja como la tierra sobre la que se alzaba Glenannan House desde hacía siglos.

Sir Murdoch miró a su hijo mayor. Malcolm se había recuperado de la herida; el hombro estaba rígido, pero el brazo izquierdo quedaba protegido por el escudo en combate. Y el combate era lo que más necesitaba, insistía su padre una y otra vez, en medio de sus frecuentes disputas con Kenneth.

Al anciano le sorprendía que Malcolm se hubiera ganado el favor personal del príncipe. Y, sin embargo, al escuchar las discusiones entre los consejeros más veteranos, debía admitir que Malcolm y Carlos compartían el mismo impulso temerario. El peligro no los disuadía, los estimulaba. Ambos preferían la audacia a la prudencia, y ambos confiaban, contra toda advertencia, en que Inglaterra se rendiría como lo había hecho en Prestonpans.

—¿Dónde está la señora MacIntyre? —le susurró Malcolm a Kenneth—. Supongo que volverá a seguirnos.

—No —respondió Kenneth—. La visité hace dos días. Dijo que tenía asuntos que atender. Su casa está cerrada y los sirvientes despedidos. Por lo que sé, regresa a Perth.

—Gracias a Dios —gruñó Sir Murdoch—. Ninguna hija de comerciante se sentará en Glenannan.

—Podríamos haber aprovechado su dinero. Después de esta campaña seremos mucho más pobres.

—Si ganamos, el príncipe nos recompensará —replicó su padre —. Y si perdemos, moriremos en el campo de batalla o en un patíbulo inglés. Pero no perderemos. ¡Hoy la victoria nos pertenece! Solo hay que esperar a que los jacobitas ingleses vean al príncipe.

—Sí —murmuró Kenneth—. Dice que se levantarán por miles y lo llevarán a Londres.

Malcolm se acercó a ellos.

—¿Quién necesita a los ingleses? —dijo—. Llevaremos al príncipe a Londres sin su ayuda. Prefiero confiar en mi espada antes que en la lealtad de esa raza lamentable.

—Por una vez, tienes razón —concedió Kenneth—. No creo que se levanten. Esperarán y dejarán que derramemos nuestra sangre. Aunque nos aclamarán si ganamos.

—Sois unos necios —espetó Sir Murdoch—. ¿Creéis que invadiríamos Inglaterra sin su apoyo? ¡Se rebelarán en cuanto crucemos la frontera!

Los hermanos intercambiaron una mirada a sus espaldas mientras él avanzaba. Un nuevo rugido de vítores recibió al príncipe y a la vanguardia del ejército.

—Malcolm —dijo Kenneth de pronto—, ¿crees que ganaremos?

Durante un momento, Malcolm no respondió. Cabalgaba con firmeza, manteniendo a su caballo fresco bajo un freno corto, pues el ruido y la presión de la multitud lo alteraban.

—Es una pregunta maldita para hacer ahora. Debemos ganar. Si no, será el fin de todos nosotros. Personalmente, solo confío en los hombres que marchan con nosotros ahora.

—Padre dice que la victoria nos rodea. Ojalá pudiera verlo como él. Pero no puedo, y tú tampoco. —Se encogió de hombros y se quitó la gorra ante un grupo de damas que saludaban desde una ventana—. No importa. Nunca hemos sido una familia muy preocupada por la supervivencia. Si hay una gran batalla y muchos ingleses muertos, estaré satisfecho. Después de todo —añadió con una sonrisa torcida—, yo no soy el hijo mayor.

Al caer la tarde, la cabalgata había dejado la ciudad atrás y el polvo se asentó. El ejército avanzaba ya por la ruta de la costa oeste, camino de la frontera inglesa.



La casa de King Street estaba cerrada y vacía. Los muebles permanecían cubiertos con sábanas, los objetos de valor embalados. Su dueña abandonó Edimburgo tres días después de la partida del ejército del príncipe, rumbo a Perth. Viajó parte del trayecto en un carruaje alquilado, con su equipaje siguiendo en un caballo de carga. Había traído numerosos enseres y ropa para equipar la casa de la ciudad y asegurar la comodidad del hombre del que, al final, se había separado tras una amarga disputa.

Davina apenas había dormido en los últimos tres días. Le dolía la cabeza y las sacudidas del carruaje mal suspendido la mareaban. Una y otra vez, durante aquel viaje agotador, revivió cada palabra y cada gesto de la pelea que había puesto fin a su relación.

Malcolm no estaba en casa cuando ella regresó de Holyrood tras el baile. Permaneció despierta, aún vestida, hasta el amanecer. En las primeras horas oyó sus pasos pesados en la escalera. Cuando salió a su encuentro, comprendió al instante que estaba borracho.

Se apoyaba contra la pared, los ojos enrojecidos y entornados, balanceando el gorro en la mano. De pronto comenzó a reír. Luego le contó dónde había estado, lenta y minuciosamente, con un detalle

tan crudo que ella se estremeció. No pudo huir. Él la sujetó de la muñeca, acercó el rostro al suyo, furioso, describiendo las caricias intercambiadas con prostitutas de Temple Street, comparando sus cuerpos enfermos y sucios con el de ella, hasta que Davina lo golpeó.

Entonces él la soltó, llevándose la mano a la cara. Cuando habló, parecía sobrio.

—Ni siquiera puedes golpearme sin recordarme a ella.

Ella supo que no se refería a las rameras. Fue entonces cuando perdió el control, como solo le había ocurrido una vez en su vida, y descargó sobre él semanas de dolor, de humillación y de esperanzas rotas. Le recordó el dinero gastado, los cuidados, el escándalo, su ingratitud, su grosería y aquel insulto final. Por último, lo azotó con el nombre de Marsali Campbell, acompañado de su desprecio por él y de su admiración por la mujer que lo había rechazado.

Cuando terminó, exhausta, esperó el golpe, anhelando la violencia que pondría fin a todo. Pero él no la tocó. Pasó junto a ella hacia su habitación y, al llegar a la puerta, se volvió.

—No hay nada más vil que una prostituta a la que no se le paga. Ahora entiendo ese viejo dicho. Me iré de tu casa en menos de una hora.

Y así fue. En menos de una hora, sus compañeros del clan se llevaron sus pertenencias y cerraron la puerta de un portazo.

Al día siguiente, cuando Kenneth fue a despedirse antes de la marcha del ejército, Davina respondió a su curiosidad burlona con serenidad. El interludio había terminado. Regresaba a Perth y estaría encantada de transmitir recuerdos a su cuñada. Luego empacó la casa con eficacia, aunque no dormía y devolvía intacta cada comida.

Ahora, en la intimidad del carruaje sacudido por el camino, Davina se rindió por fin al dolor insoportable de aquella despedida. Los insultos ebrios de Malcolm ya no le parecían peores que otros sufridos antes. Siempre había fingido que nada podía herirla, pero el

esfuerzo había sido enorme. Los destellos de ternura, el momento en que él lloró y le tomó la mano, tantos episodios de su relación, parecían indicar que él se estaba ablandando. Y ella había esperado.

Lo había arruinado todo. Cuando él se marchó para siempre, estuvo a punto de arrojarse tras él y suplicarle que volviera. Cerró los ojos ardientes. En las próximas semanas comenzarían las verdaderas batallas y él podría morir en un campo inglés o pudrirse en una cárcel, y ella nunca sabría su destino. Todo por culpa de una mujer a la que nunca había visto, pero cuyo rostro imaginaba con tanta claridad que estaba segura de reconocerla al instante. Hermosa, aristocrática, orgullosa… Incluso el golpe que Marsali Campbell le dio enfurecida había sido más digno que el suyo.

Llevaban tres horas de viaje cuando el cochero sintió un fuerte tirón de la cuerda. Frenó los caballos y se asomó.

Davina estaba medio fuera de la ventanilla, la capucha caída hacia atrás, el viento azotándole el cabello negro y el rostro empapado de lágrimas.

—¡Da la vuelta!

—¿Qué dice, señora? ¡No la oigo!

—¡Da la vuelta! Regresa a Edimburgo inmediatamente.

El cochero detuvo el carruaje y bajó.

—Me han contratado para ir a Perth.

—Y yo te he contratado a ti —replicó Davina con fiereza—. Da la vuelta ahora mismo. Si llegamos a la ciudad antes de que anochezca, te pagaré el doble.



A la mañana siguiente, Davina había convertido algunas de sus joyas en oro y había contratado los servicios de un mozo de cuadra y una

criada. Al mediodía cabalgaba a toda velocidad desde Edimburgo en dirección a Carlisle, al otro lado de la frontera inglesa. Se esperaba que el ejército del príncipe llegara allí durante la primera semana de noviembre.

—Marsali, tengo que hablar contigo. Ven a la biblioteca.

El conde de Hemsley cerró la puerta tras ellos. Su hija llevaba menos de una semana de regreso en casa y Keith Gordon había anunciado su intención de marcharse para levantar a su clan y unirse al príncipe. El conde los había observado con atención desde su vuelta, y lo que vio no satisfizo en absoluto su deseo de que Marsali se comprometiera antes de la partida de Gordon. Ella estaba pálida y tensa, buscaba excusas para no quedarse a solas con él, y aquellos signos de indecisión irritaron profundamente a su padre. Mientras la miraba, fruncía el ceño y se mostraba áspero.

—Llevas cuatro días en casa —dijo con brusquedad—, y quiero saber qué has decidido.

—¿Decidido sobre qué? No te entiendo, padre.

—Lo entiendes perfectamente. Te di permiso para que Keith te llevara a Edimburgo porque dijiste que eso podría ayudarte a decidirte. Pues bien, se marcha dentro de unos días y quiero saber si ha sido así.

Ella lo miró con calma. No había en ella ni la fricción ni la turbación que solía sentir cuando el hombre en cuestión era Malcolm. Cuánto había envejecido desde entonces. La comparación casi la hizo sonreír. Tan vieja y tan despojada ya de cualquier expectativa de felicidad. No deseaba discutir con su padre; él también parecía agotado y atormentado, y la noche anterior había notado el temblor de su mano durante la cena.

—Sentémonos, padre. Allí, junto al fuego. Yo me sentaré a tu lado.

Se acercó y se sentó en un taburete a sus pies, como no hacía desde la infancia, cuando ella y Rowan se acurrucaban junto al

hogar en invierno y le pedían historias. El conde extendió la mano y le acarició el cabello.

—Me he convertido en un anciano desagradable y malhumorado —admitió de pronto—. Perdóname. No pretendía gruñirte. Dime la verdad, hija mía. ¿No quieres casarte con él?

—No lo sé. Es un hombre bueno, amable, gentil. Sé que tú lo deseas, padre.

—Sí —asintió el anciano, obligándola a alzar el rostro—. Marsali, ya no soy joven. Desde la muerte de Rowan he perdido el gusto por la vida. Cuando muera, ¿qué será de ti, mi única hija, y de esta finca, sin un hombre que te proteja? Si no hay herederos, Hemsley pasará a manos de algún pariente lejano que no la amará ni cuidará de su gente como lo hemos hecho tú y yo. Si te casas con Keith, sé que estarás a salvo y que esta casa quedará en buenas manos. No quiero morir dejándote sola. Este no es un mundo para una mujer joven, hermosa y con posición. Deberías tener un marido. Si es Keith, seré feliz. Pero no te obligaré contra tu voluntad.

Ella tomó su mano entre las suyas y, por impulso, se la besó. Era extraño cómo su amor por Malcolm había ido erosionando otros afectos. Solo el amor por Rowan había sobrevivido intacto, y el que sentía por su padre se había enfriado hasta rozar la hostilidad. Aquel gesto de ternura hizo aflorar de nuevo algo del antiguo afecto filial, acompañado de una tristeza profunda por la desgracia que su amor mal entendido había contribuido a causar.

—Si eso te hace feliz, entonces me casaré con él. Te debo paz en tus últimos años, mi querido padre, y Hemsley necesita un heredero. Tienes razón. Será lo mejor para todos.

—Díselo esta noche. El pobre muchacho está decepcionado por la forma en que lo has estado evitando.

—Lo haré.

—Cuanto antes, mejor.

—Gracias a Dios. —Se inclinó y la besó en la frente—. Serás feliz. Él te hará feliz, lo sé.

—Quizá.

Marsali se levantó y se apartó de él.

—Iré a buscarlo ahora, antes de que me falte el valor.



Las velas del Salón Verde proyectaban sombras entrelazadas en la pared, deformando la imagen del hombre inclinado sobre la mujer. Marsali tenía los ojos cerrados. Sus labios cedían, su cuerpo no ofrecía resistencia. Se sentía exhausta y débil, y solo temía que, al soltarla, se derrumbara en lágrimas. Nada había cambiado. No sentía el menor interés por el hombre ansioso y apasionado con el que acababa de aceptar casarse. Podría haber estado muerta entre sus brazos.

Cuando por fin la soltó y ella intentó ocultar el rostro contra su hombro, él la obligó a mirarlo. Sus ojos eran distantes y amables.

—No me quieres, ¿verdad, Marsali?

—No —susurró ella, con la voz rota—. Oh, Keith, ¿cómo puedes perdonarme?

—No hay nada que perdonar. Desde el principio supe que no sentías nada por mí. Nunca fingiste. Sigue siendo Malcolm Mackenzie, ¿verdad? No te avergüences. Puedes decírmelo.

—No —negó con vehemencia—. No siento amor por nadie. Solo horror por todo esto. Pero dime, Keith, sabiendo que no te amo, ¿aún me quieres?

—Te he querido toda mi vida. No me sorprende que no me quieras como yo a ti. Si te casas conmigo, dedicaré mi vida a hacerte feliz y ayudarte a olvidar. A cambio, solo te pido paciencia.

—Te amaré. Sé que te amaré.

—Yo también lo sé.

Keith sonrió y la besó con suavidad.

—¿Te casarás conmigo antes de que me una al príncipe o tendré que reclamártelo cuando regrese victorioso?

—Cuando regreses —susurró ella, odiándose por huir una vez más—. No tardarás.

—Un mes o dos, como mucho. En ese tiempo habremos conquistado Inglaterra o huido de vuelta a Escocia. ¿Te casarás conmigo si regreso como fugitivo?

—Me casaría contigo fueras lo que fueras.

Por primera vez sonrió, mostrando un destello de su antiguo espíritu.

—Si conozco bien a los Gordon, siempre encuentran una salida. Volverás sano y salvo a Spey House con una explicación preparada.

—Debo regresar a Spey. He de reunir al clan, equiparlo y aportar dinero al príncipe. Hablé anoche con tu padre y está de acuerdo en que me reúna con él en Inglaterra dentro de un mes, si parto pronto de Hemsley. Y ahora que estamos comprometidos…

Se interrumpió para besarle la mano y la mejilla.

—Cuanto antes me vaya, antes volveré contigo.

—Serás como el hijo que perdió. Siempre te ha querido. Ya habla de nietos.

—Nuestro segundo hijo llevará tu apellido. Habrán Campbell en Hemsley y reclamaremos el condado para él ante el príncipe. Estarás a salvo.

Se besaron de nuevo y acordaron que Keith pediría solo la aprobación formal del conde. Cuando se marchó, Marsali atravesó el Gran Salón, iluminado apenas por dos antorchas de pino, y subió despacio a sus aposentos. Effie dormitaba en una silla junto a la

puerta, con una labor de costura en el regazo. Se despertó al oír los pasos y se apresuró a ayudarla a desvestirse.

—Estáis muy pálida, milady. No habéis recuperado vuestro color desde la noche de Holyrood. Quedaos quieta y os soltaré el corsé.

Marsali se quitó el vestido de terciopelo rojo y Effie aflojó el corsé de ballena. Se quedó de pie ante el espejo, con la camisa y las medias blancas.

—Me voy a casar, Effie.

—Alabado sea Dios. ¿Con el señor Gordon?

—Sí. Lo acepté esta noche. Mi padre está encantado. ¿Y tú? ¿Estás contenta ahora?

—Lo que piense una sirvienta importa poco. ¿Es feliz, mi querida señora? Diga que sí; eso es lo único que cuenta.

—La felicidad es una palabra que ya no conozco.

Effie le colocó un camisón bordado, recto y suelto hasta el suelo.

—No espero amor ni fantasías. Me caso con un hombre bueno que cuidará de mí y de Hemsley, porque mi padre así lo desea. Le debo tranquilidad antes de que muera. Pero no me preguntes si soy feliz.

—Lo será. El tiempo le enseñará sabiduría y la dicha de un marido bueno. Si yo hubiera encontrado uno, no sería la solterona gruñona que soy.

Le colocó las zapatillas de terciopelo y alzó la vista hacia su rostro infeliz.

—Ahora a la cama. Mañana podrá hablar todo lo que quiera de la boda. Y supongo que tendré que irme a Spey House con vos.

Arropó a su señora y dejó una vela encendida en la mesilla. Luego tomó la mano de Marsali y la besó, sonrojándose.

—Que Dios la bendiga, milady. Preferiría morir antes que quedarme en Hemsley sin usted.

Cuando Effie se fue, Marsali permaneció despierta hasta que la vela se consumió y se apagó con un leve silbido.

Uno o dos meses, había dicho Keith. Si era así, se casaría en primavera y compartiría la cama de Spey House. Concebiría hijos, cumpliría con sus deberes, cultivaría nuevas relaciones. Una vida nueva, lejos de Hemsley, del lago Ness y de los lugares donde había cabalgado en secreto para encontrarse con su amante.

No habría pasión en la cama de Spey House. Se sometería y resistiría, y nada más. El amor no regresaría.

Cuando Effie la despertó por la mañana, fue inusualmente amable. Era evidente que Marsali había llorado hasta quedarse dormida.



El 17 de noviembre, la ciudad de Carlisle, en la frontera inglesa, se rindió al príncipe Carlos. Entró montado en un caballo blanco, precedido por un centenar de gaiteros y seguido por un ejército jubiloso que hasta entonces solo había encontrado una resistencia simbólica. Todos los presagios eran favorables. La población no se mostró hostil; más bien curiosa, y al vivir tan cerca de Escocia no resultaba tan ajena al invasor como los ingleses del interior, a los que aún quedaba por alcanzar. La rendición de Carlisle, al igual que había ocurrido en Edimburgo, se vio facilitada por la excelente conducta y la moderación de las tropas de las Highlands, cuyo único atentado contra el decoro cívico consistía en usar las calles con excesiva libertad para aliviarse.

El príncipe se instaló en el castillo junto a su consejo inmediato. El resto, incluidos los Mackenzie de Glenannan, se alojaron en casas de la nobleza local y en la propia ciudad. Davina

MacIntyre vivía con discreción en una casa alquilada fuera de las murallas. Había presenciado el sitio y la entrada triunfal del ejército, y dos días después partió en coche en busca de Malcolm. No tardó en saber que los Mackenzie de Glenannan eran huéspedes de un caballero católico llamado Wykeham y, a las siete de la tarde del día 18, fue admitida en la estancia donde Kenneth, Hamish y dos arrendatarios jugaban a las cartas y bebían.

—¡Dios mío! —exclamó Kenneth al verla—. Davina MacIntyre. Debí haberlo sabido. Venid, sentaos. Os presento a Malcolm Mackenzie, hijo de Angus, e Ian Mackenzie de Dungall. Recordará a mi hermano Hamish.

—A su servicio, señora.

Los arrendatarios se inclinaron y, a una señal de Kenneth, se excusaron. Él tomó la capa de Davina y pidió vino. Murdoch Rojo se lo sirvió con una profunda reverencia, sin mostrar reconocimiento alguno.

—Veo que Malcolm está aquí —dijo ella—. Eso no se lo permitiría yo; tener a ese salvaje en mi casa.

—Murdoch no es un salvaje —replicó Hamish con aspereza—. Es uno de los mejores hombres de Glenannan y nos es leal hasta la muerte.

—No hagas caso —intervino Kenneth con ligereza—. Quiere mucho al pobre Murdoch; una vez lo vio cortar el cuello a un hombre muerto y eso bastó para ganarse su afecto. Por cierto, era el hermano de la prometida de Malcolm.

—No, por favor —se estremeció Davina—. Kenneth, ¿dónde está? ¿Cómo se encuentra? He viajado día y noche para encontrarlo y no pienso quedarme aquí perdiendo el tiempo.

—Arriba —respondió él—. Pero debo advertirte que no está solo.

Su rostro no se alteró.

—¿Qué clase de mujer?

—La más baja. Una ramera. La encontró anoche en un burdel y está borracho.

—¿Y nadie lo ha impedido?

Kenneth se encogió de hombros.

—No nos deja intervenir. Huye de algo. Mi padre cree que se cansará del libertinaje; yo no lo creo.

Davina dejó la copa y se levantó.

—No me asusta una ramera. Llévame a su habitación.

Subió sin llamar y abrió la puerta de golpe. Dos velas iluminaban la cama desordenada. Malcolm yacía medio cubierto por la sábana; a su lado, una joven prostituta alzó la vista alarmada y empezó a gritar. Malcolm abrió los ojos y se incorporó con dificultad.

—Cállate y vete —ordenó Davina—, o llamaré a la guardia.

La ramera dudó, intimidada.

—Vístete y márchate, o haré que te azoten por las calles.

—Me debe lo de esta noche.

—Una corona. Ni un penique más.

La muchacha aceptó de mala gana y, antes de huir, lanzó una maldición. Davina la observó desaparecer y se volvió hacia Malcolm. Parecía más viejo, más delgado, con la barba incipiente y la mirada turbia.

—¿Cómo estás? —preguntó con suavidad—. ¿Y tu herida?

Rozó la cicatriz del hombro. Él tardó en responder.

—¿Por qué me has seguido? ¿Por qué no me dejas ir al infierno en paz?

—Porque me necesitas.

Pidió ropa limpia y comida. En menos de una hora, Malcolm se había lavado y cambiado. Cenaron en silencio. Davina alzó la copa.

—Por nuestro reencuentro.

—A tu salud —respondió él—. Dime algo: ¿no te avergüenza echar a una ramera de mi cama?

—Nunca me avergüenzo de lo que deseo.

—Nunca te amaré —dijo él, con deliberada crudeza—. Amo a otra persona. Debes aceptarlo si vas a quedarte.

—Lo sé. Me conformo con lo que me das.

—Entonces ven a la cama.

Más tarde, cuando él dormía, Davina se levantó, apagó las velas y cerró la ventana. Nada había cambiado. Había vuelto a él, pero su corazón seguía intacto… y el de ella aún más atado.

Salió en silencio y regresó a su carruaje. Al amanecer estaba de nuevo en su casa, a tres millas de la ciudad.

Cuando el ejército escocés abandonó Carlisle rumbo a Manchester, Davina MacIntyre marchaba entre la multitud de esposas, hijas y mujeres que lo seguían en la vanguardia.

Capítulo 6

Desde Carlisle, el ejército del príncipe marchó por Penrith y Lancaster hasta Preston y entró sin oposición en Manchester. No se había derramado sangre y a los supersticiosos escoceses les parecía que avanzaban a través de un enemigo dormido. La gente de las ciudades más grandes les dio la bienvenida, pero con cada kilómetro recorrido se hacía más evidente que el esperado levantamiento de los jacobitas ingleses no era más que una fantasía en la mente del príncipe y de sus consejeros más fanáticos.

Los católicos ingleses permanecieron en silencio. Solo unos pocos cientos se unieron a ellos, y trescientos de esos hombres se reclutaron en la propia Manchester. Los informes procedentes de Gales animaron a Carlos: un poderoso terrateniente, sir Watkyn Williams-Winn, envió un mensaje asegurando que estaba reuniendo un ejército y que pronto se pondría en camino para reunirse con ellos. Pero frente a estas esperanzas, los más pesimistas contraponían el número creciente de deserciones, que habían reducido la fuerza original del príncipe a menos de cinco mil hombres. Los miembros del clan se encontraban a muchos cientos de kilómetros de sus hogares, aburridos e inquietos, y día tras día algunos se quedaban atrás y se escapaban.

En Macclesfield, el primero de diciembre, el príncipe y su consejo recibieron la noticia de que el ejército principal inglés, compuesto por diez mil hombres, se hallaba en Lichfield bajo el mando del duque de Cumberland, hijo del rey de Inglaterra y veterano de la guerra de Flandes. Era una noche muy fría, y Carlos se sentó a la cabecera de la mesa con el abrigo puesto, mientras algunos de sus comandantes se envolvían en gruesas mantas para

entrar en calor. Los rostros a ambos lados se habían vuelto tristemente familiares en las últimas semanas y, por las expresiones en las que se mezclaban tristeza, suspicacia y agresividad, comprendió que el patrón de desacuerdos y disputas estaba a punto de repetirse en aquella reunión crucial.

Lord George se levantó y, tras inclinarse ante Carlos, tomó la palabra.

—Alteza Real, señores. Es sabido que la fuerza principal del enemigo se encuentra en Lichfield, y su propósito es claro: detenernos y obligarnos a combatir antes de que sigamos avanzando hacia Londres. Nos hemos reunido para decidir si aceptamos ese desafío o si lo evitamos y continuamos hacia el sur, dejando a Cumberland a nuestras espaldas. Las deserciones han reducido nuestras fuerzas a la mitad de las suyas. Nuestros hombres no están en condiciones de enfrentarse a los veteranos de Fontenoy con un comandante como Cumberland al frente. No tenemos caballería, y la suya se encuentra a tan solo diecisiete millas, en Newcastle-under-Lyme. Si permanecemos aquí, perderemos, y no habrá clemencia en las consecuencias de esa derrota.

—Y si los evitamos, suponiendo que podamos hacerlo, ¿qué ocurrirá entonces? —preguntó Carlos.

—Podemos continuar nuestra marcha hacia Londres. Vuestra Alteza se ha negado a ir a Gales y levantar allí la bandera en persona. Desea tomar Londres, pero si no acepta mi consejo y se libra de Cumberland, no lo conseguirá. Nos aniquilará. Y si no llegamos pronto a una conclusión —añadió—, si no recibimos alguna señal de apoyo de los jacobitas ingleses o noticias firmes de Williams-Winn y de los galeses, debo dudar seriamente de la sensatez de seguir adelante.

Carlos se volvió bruscamente; su rostro joven y agradable se sonrojó de ira mientras clavaba la mirada en lord George.

—¡Caballeros, por el amor de Dios! —golpeó la mesa con el puño—. ¡Les digo que los ingleses se levantarán, y también los

galeses! Solo les pido un poco de paciencia. Unas pocas deserciones, fruto de la falta de disciplina, y ya hablan de abandonar la victoria y volver a Escocia. ¿Dónde está su espíritu? ¿Dónde está el espíritu que los trajo a mí cuando llegué entre ustedes con solo siete hombres?

—Estamos lejos de casa —dijo lentamente Gordon de Glenbucket—. Estamos aquí, en medio del enemigo, y ellos son el enemigo, Alteza, porque solo esos pocos desdichados de Manchester se han unido a nosotros y no hay señales de que vengan más. Mi gente está perdiendo el ánimo; lo veo y lo oigo cada día. No ha habido ninguna batalla que los ponga a prueba. ¡Ojalá la hubiera habido! Si evitamos a los ingleses, ¿cómo iremos a Londres sin ningún apoyo?

—Los galeses se levantarán —insistió Carlos—. Solo espero noticias… ¡El duque de Beaufort recibió un mensaje asegurando que nos ayudaría!

—Gales puede levantarse por vos —respondió lord George con frialdad—. Y un duque inglés puede apoyar a un príncipe escocés, pero hasta ahora solo tenemos promesas. ¿Puedo exponer mi plan?

—Adelante —dijo Carlos, girándose tanto en la silla que casi le dio la espalda.

—Propongo dividir nuestras fuerzas en dos. Yo conduciré la menor hacia Congleton; creo que Cumberland pensará que se trata del grueso del ejército en camino a Gales e intentará interceptarlo. El camino a Londres quedará libre, Alteza, y hacia allí deberán dirigirse vos y el resto de las fuerzas una vez que yo los haya distraído. Después daremos la vuelta y nos reuniremos con vos en Derby.

Nadie en el Consejo se opuso, y el príncipe aceptó con visible desesperación.

Aquella noche, lord George seleccionó los regimientos. Los Mackenzie de Glenannan se encontraban entre los que permanecieron con Carlos.



Davina se alojaba en la ciudad. Llevaba casi tres horas esperando el regreso de otra reunión del Consejo. La cena que había preparado se había echado a perder; dio orden a los hoscos sirvientes ingleses de que sirvieran algo de carne fría y un ave, y luego los despidió. Pasada la medianoche, sentada frente al fuego, estuvo a punto de quedarse dormida.

Habían entrado en la ciudad con una acogida cautelosa y una tibia muestra de simpatía, pero la apatía general se transformaba poco a poco en frialdad, y corrían rumores de inquietud entre los montañeses. No había habido batalla, y lord George había ejecutado una maniobra brillante que atrajo al duque de Cumberland y a su ejército hacia Gales, permitiendo al príncipe llegar sin obstáculos a Derby, donde lord George se reunió de nuevo con él.

Ahora la misma pregunta estaba en boca de todos, desde los desconcertados miembros del clan hasta los jefes de mayor rango. ¿Y ahora qué? ¿Avanzar más hacia lo desconocido, sin apoyo del pueblo inglés, con el ejército de Cumberland a la espalda y otro aguardando ante Londres, o admitir el fracaso y regresar a casa?

El ruido de la puerta y las voces airadas despertaron a Davina. Se levantó de un salto para recibirlos.

—¡Nos volvemos! —exclamó Malcolm—. Davina, por el amor de Dios, dale a mi padre un trago de whisky. Ha hablado y discutido hasta quedarse ronco, y nosotros también.

—No hay whisky —respondió ella—. Solo he conseguido vino, y temo que no sea del mejor. Ahora mismo se lo sirvo. Siéntese, Sir Murdoch. Debe de estar exhausto.

El anciano se dejó caer en la silla; su rostro pálido y demacrado reflejaba la misma desesperación que se veía en los semblantes de sus hijos, que se movían alrededor del fuego intentando entrar en calor.

—Retirada —dijo al fin—. Después de todo este camino, les damos la espalda. ¡Dios mío, qué locura ha prevalecido esta noche!

—La locura de ese cobarde de Murray —sentenció Malcolm—. Ha contagiado a todos con su cobardía. Ogilvy, Kilmarnock, Clanranald, Glenbucket, Nairne… Todos se negaron a dar un paso más. Solo el príncipe, Perth y Lochiel querían continuar, pero fueron derrotados.

—¿No hay noticias de Gales? —preguntó Davina.

—Ninguna —respondió Kenneth—. El príncipe casi se arrodilló suplicando un día más, pero ningún jefe accedió. Gales puede que no se levante, e Inglaterra tampoco. Ese es el veredicto. El ejército no avanzará más. Hemos perdido, querida Davina, y sin luchar.

—Seguiremos luchando —replicó Malcolm—. Lucharemos en Escocia, donde al menos conocemos el terreno. El príncipe puede retirarse al otro lado de la frontera, pero esto aún no ha terminado.

—Hablas como un necio —dijo Sir Murdoch—. Cuando un ejército pierde el ánimo y da la espalda, está derrotado. La causa está perdida, y se ha perdido aquí, en Derby, por culpa de un consejo de necios y cobardes. El levantamiento ha terminado; ahora los ingleses solo tienen que alcanzarnos y, cuando lo hagan, vencerán. Lo sé. Señora MacIntyre, sea tan amable de llenar de nuevo mi copa. Es una porquería, pero es mejor que nada.

—¿Cuándo comienza la retirada?

—Al amanecer. Le aconsejo que recoja sus pertenencias y esté lista.

—Deberíamos habernos quedado en Escocia —murmuró Hamish—. Habríamos tentado a Cumberland a venir a luchar allí en lugar de perder el tiempo marchando por este maldito país.

—No te atrevas a criticar al príncipe —le espetó su padre—. Ya hemos oído suficiente esta noche. Si los ingleses nos hubieran apoyado, estaríamos en Londres antes de que acabara el mes.

Incluso ahora podríamos seguir adelante, y aún tendríamos posibilidades. Gales se levantará con nosotros; solo necesita tiempo.

—Eso lo dices tú, padre —replicó Kenneth—. Personalmente, nunca estuve de acuerdo, y Malcolm tampoco. Deberíamos seguir adelante e intentar llegar a Londres. Si no luchan por nosotros, tampoco lo han hecho contra nosotros. ¿Cómo sabemos que Londres no se rendiría al ver al príncipe?

—Lo hemos intentado. Y nuestro propio pueblo es el culpable. Les ha faltado valor. Eso ha quedado claro esta noche. Vamos, ya he tenido bastante. Señora MacIntyre, ¿podemos compartir su cena y luego marcharnos? Debo reunir a nuestra gente y prepararnos para partir en unas horas.

Se sentaron a la mesa. Ella sirvió y permaneció en silencio, como ellos. Malcolm no la miró; parecía ignorar su presencia, y Davina tuvo el buen juicio de no intervenir.

Mientras comían con prisa y discutían los planes de evacuación, Davina los observaba desde la chimenea, temblando como si tuviera frío. La muerte era el castigo del fracaso; había oído demasiadas historias sobre las represalias inglesas tras el levantamiento del 15: ejecuciones, confiscaciones, multas salvajes y exilio para los más afortunados.

Cuando se levantaron para marcharse, Sir Murdoch se acercó y le dirigió un cumplido inusual. Siempre había sido cortés, pero ahora tomó su mano y se la besó como si fuera de su misma clase.

—Mi agradecimiento. Hace tiempo que admiro su fortaleza y la amabilidad que ha mostrado hacia mi hijo Malcolm; espero que él le haya correspondido de algún modo. Tal vez no volvamos a vernos. El príncipe ha ordenado que todas las mujeres regresen por su cuenta; no podemos quedarnos atrás por nadie. Os dejaremos a Malcolm y a ti para que os despidáis. Si Dios es misericordioso, quizá nos veamos de nuevo en Escocia. Por ahora, os aconsejo que regreséis a Perth y olvidéis que nos habéis conocido. Tal vez sea más seguro.

—Eso nunca lo haré —prometió ella en voz baja—. Volveré, señor, pero esperaré hasta que Malcolm me necesite. Mientras tanto, ¿dirá al príncipe que una humilde súbdita pondrá a su disposición todos los recursos que pueda cuando regrese a Escocia?

Hamish y Kenneth se acercaron y ambos le besaron la mano. Kenneth la retuvo un instante más. En sus ojos claros y crueles había burla, pero también admiración.

—Adiós, mi querida Davina. Toma el camino más rápido a casa y no dejes que te atrapen los soldados del rey Jorge. Aunque creo que les ganarías si lo hicieras. Hasta que nos volvamos a ver.

—Adiós. Cuídalo por mí, te lo ruego —dijo ella, en voz tan baja que Malcolm no pudo oírla.

—Lo haré. Te lo devolveré sano y salvo.

Cuando quedaron solos, se miraron en silencio. Él vio las lágrimas en sus ojos y la irrevocabilidad del momento lo llevó a un gesto de bondad. Se acercó, tomó sus manos y se las besó. No fue una caricia, sino una despedida, y Davina comprendió su significado.

—No puedo creerlo —dijo ella—. No puedo creer que todo esté perdido. Malcolm, ¿no puedo quedarme contigo?

—No. Las órdenes son claras. Debemos movernos con rapidez, y ahora no hay lugar para mujeres. Tendrás más posibilidades de regresar si vas sola. Cumberland aún puede caer sobre nosotros. En cierto modo, lo espero.

—¿Estás tan ansioso por morir? ¿Es eso lo que te llevó a avanzar?

Por primera vez en toda la noche, él sonrió.

—La muerte no importa. Todos mueren. A veces creo que tú eres indestructible, Davina; Dios sabe que he intentado destruirte. No te preocupes por mí. Volveremos a Escocia y, si Dios quiere, te presentaré mis respetos en Perth antes de que termine el mes. Ahora debo irme.

Ella se estiró y lo besó.

—Te encontraré. Aunque tenga que ir al campo de batalla. Que Dios te acompañe, Mackenzie.

Él la miró un instante más, vio en su rostro el rastro de la pasión y del dolor, y la besó con fiereza.

—Adiós.

Se caló el gorro, se envolvió en su plaid y montó el caballo que Red Murdoch le guardaba. Se dirigieron al campamento del clan y, cuando los centinelas les dieron el alto, Malcolm ya había olvidado a Davina MacIntyre como si nunca hubiera existido.



Al amanecer del día siguiente, los ciudadanos de Derby vieron al ejército escocés abandonar la ciudad, con los gaiteros tocando y el príncipe montado en su caballo blanco a la cabeza. No hubo saludos ni vítores. El príncipe pasó entre ellos en silencio, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, mientras cabalgaban a su lado lord George y lord Ogilvy.

Aquella noche había escrito una carta a su comandante en jefe en la que expresaba su deseo de haber muerto antes de presenciar un día semejante. La amargura de esa misiva reflejaba fielmente la de su propio corazón. Mientras los montañeses salían de Derby con la mirada puesta en su hogar, el joven que los había reunido y persuadido para que arriesgaran tanto por él cabalgaba con ellos, desprovisto de toda esperanza en el futuro, enfadado, desesperado y profundamente resentido. En más de una ocasión durante la larga marcha, el príncipe se reanimó con un pequeño frasco de brandy que llevaba consigo, un hábito que se acentuaría con los años.

El 20 de diciembre, día de su vigésimo quinto cumpleaños, el ejército vadeó las crecidas aguas del río Esk y volvió a pisar suelo

escocés.

Cuando el Consejo propuso la pérdida de tiempo que supondría la captura de Stirling, mientras el ejército inglés que los perseguía marchaba directamente sobre Edimburgo y tomaba el control de la ciudad, el príncipe se hallaba demasiado abatido para discutir. La autoridad de lord George era aún mayor, pues había librado una brillante acción de retaguardia contra los dragones de vanguardia del ejército del duque de Cumberland y los había puesto en fuga.

Para entonces se sentía lo bastante seguro como para exigir al príncipe que sometiera la continuación de la guerra al criterio de un comité. En su carta señalaba las desventajas de la constante interferencia del príncipe en las decisiones de sus comandantes. Fue la mayor humillación infligida a Carlos hasta ese momento y, esta vez, no se sometió. Rechazó de plano el consejo de lord George, y el ejército partió de Stirling hacia Bannockburn, donde esperaba enfrentarse al grueso del ejército inglés, al mando del general Hawley, cuyo apodo, «el verdugo», quedaba bien ilustrado por las horcas erigidas en las plazas de Edimburgo, preparadas para los prisioneros que esperaba capturar entre los rebeldes. Sin embargo, aquellas horcas estaban ocupadas por los desafortunados del ejército inglés, ejecutados como castigo por la derrota que los montañeses infligieron a Hawley en Falkirk, cerca de Bannockburn, cuando las tropas inglesas se desbandaron y huyeron ante la carga, tal como había ocurrido en Prestonpans.

Durante un breve periodo, la luz vacilante de la victoria volvió a brillar sobre Carlos, solo para extinguirse cuando la noticia de la llegada del duque de Cumberland, dispuesto a asumir el mando de la guerra contra él, llenó a lord George y a los jefes de un pesimismo casi profético. Su consejo había llevado a Carlos de regreso a Escocia y, afortunadamente para él, sin que llegara a saberlo, el mensajero de sir Watkyn Williams-Winn había llegado a Derby apenas dos días después de su partida, con la noticia de que Gales estaba dispuesto a alzarse en su favor.

Ahora, esas mismas voces timoratas clamaban contra la posibilidad de seguir la victoria de Falkirk con una batalla contra Cumberland en Bannockburn. Una vez más exigieron la retirada y, para entonces, Carlos, e incluso Lochiel y sus pocos partidarios, estaban demasiado desalentados para oponerse. El 30 de enero, el ejército inició su marcha de regreso a las Highlands, apenas cinco meses después de su avance triunfal sobre Inglaterra. Incluso tras Falkirk quizá no hubiera sido demasiado tarde para expulsar a los ingleses de Escocia y asegurarse un respiro durante la primavera y el verano, periodo en el que se habría podido lograr mucho, incluida la ayuda de Francia. Pero Cumberland avanzó hacia el norte sin encontrar resistencia, seguido por sus barcos de suministros, mientras las fuerzas de Carlos se debilitaban a causa de la retirada y de las enfermedades provocadas por el clima adverso.

Falkirk sería su última victoria.



La condesa de Hemsley sonrió a su hijastra. Cada vez que Marsali la veía, aquella sonrisa invariable y afable la hacía sentirse incómoda. Aun así, no podía negarse a visitarla en las raras ocasiones en que Flora Mackenzie bajaba las escaleras y le rogaba que subiera. A la condesa no se le permitía salir de sus habitaciones. Por su propia seguridad, se le aconsejaba permanecer fuera de la vista del conde, y su única fuente de noticias era Marsali. Flora apenas oía nada a menos que espiara en las cocinas, pues ninguno de los sirvientes de la casa le dirigía la palabra.

—Eres muy amable por venir. Procuraré no molestarte más de lo necesario.

—No es ninguna molestia —respondió Marsali con prontitud.

Miró a su alrededor la lúgubre estancia, mal iluminada, con el fuego de la gran chimenea humeando. Fuera, el cielo invernal se

oscurecía con rapidez.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Solo conversar un poco y contarme qué sucede en el mundo exterior. Siéntate, por favor. ¿Sabes que a veces me siento como si ya estuviera en mi tumba, encerrada en estas dos habitaciones?… ¿Qué ha sido del príncipe y de su ejército?

Marsali negó con la cabeza.

—Nada más que fracasos. Han regresado a Inverness. La mitad ha desertado y el príncipe está desesperado. El ejército inglés se acerca por el campo, quemando y ahorcando en todos los pueblos y aldeas por los que pasa.

—Qué horror —murmuró ella, con una voz monótona, casi indiferente—. Pero no te harán daño. Los Campbell no se unieron.

—Algunos sí. Lord Lovat envió a su hijo al príncipe. Es el jefe de nuestro clan y, por lo que sé, podrían castigarnos sin importar si nos unimos o no.

—No puedo creerlo. Ni siquiera en 1515 castigaron a los clanes que se mantuvieron al margen.

Su sonrisa se debilitó y, de pronto, desapareció.

—¿Has oído si los Mackenzie siguen con él?

Marsali se volvió de espaldas. No quería que su madrastra viera el rubor que le subía al rostro al oír aquel nombre prohibido. Bajó la mirada hacia el anillo que Keith Gordon le había regalado y lo hizo girar una y otra vez en su dedo hasta ocultar el zafiro en la palma de la mano.

—No sé nada más de lo que oí en Edimburgo. Siguen con el príncipe.

—Es lo lógico —sentenció Sorcha Hemsley.

Sus ojos comenzaron a brillar.

—No puedo imaginar a sir Murdoch ni a Malcolm y a sus hermanos desertando, ¿verdad? Me los imagino al frente cuando llegue la batalla final… Malcolm era un gran luchador. No puedes imaginar cuánto le gustaba combatir. Su espíritu era demasiado salvaje para esta época tediosa. Hace unos siglos habría sido rey…

—Si vas a hablar de él, entonces me marcharé. Me sorprende tu falta de tacto, milady. Nunca te he recordado a mi hermano muerto ni la traición que sufrí a manos de Malcolm Mackenzie. Nunca pensé que fuera necesario.

—No te enfades —repuso la condesa en voz baja—. Ahora que estás prometida con otro, creí que tu corazón había sanado. Perdona la indiscreción. No era mi intención ofenderte.

—Lo sé.

Marsali no volvió a sentarse. Ya había permanecido demasiado tiempo allí y algo en el ambiente la inquietaba. De no ser por la sonrisa constante de la condesa y sus frecuentes muestras de gratitud, habría interpretado la tensión de la habitación como hostilidad. Se alegró de escapar. Dio las buenas noches a su madrastra y se marchó lo más deprisa que pudo.

En la puerta, la condesa la llamó.

—¿Cuándo regresará el señor Gordon? ¿Cuándo te casarás, querida Marsali?

—Solo Dios lo sabe. Se ha marchado a ofrecer sus servicios al príncipe. Dice que ahora necesita a todos los hombres y, por lo que sé, se reunirá con él en Inverness antes de que termine el mes. En cuanto a la boda, supongo que será después de la batalla.

—Después de la batalla. Por supuesto.

—Buenas noches, Marsali. Recordaré tus intenciones.



Flora salió de la habitación interior y cerró la puerta. Se arrodilló junto al hogar y empezó a avivar el fuego, añadiendo más leña.

—¿Has oído lo que ha dicho, Flora? Gordon se ha ido a unirse al ejército del príncipe. Ja. Me pregunto qué ocurrirá cuando se encuentre cara a cara con Malcolm Mackenzie… Ella también lleva un anillo y habla de una boda después de la batalla. ¡No habrá boda! ¡Malcolm lo matará si los ingleses no lo hacen! Nadie le ha arrebatado jamás una mujer a Malcolm, ni siquiera una que no deseara.

Comenzó a mecerse en la silla, adelante y atrás, con la mirada fija en el fuego.

—Están en Inverness, Flora. ¡Están en Inverness con el príncipe!

—¿Y eso de qué nos sirve? —replicó Flora con amargura—. Ellos están en Inverness y nosotras encerradas aquí.

—No por mucho tiempo, Flora.

La condesa se volvió hacia ella. Su rostro cetrino estaba sonrojado y mostraba una expresión excitada, casi alegre.

—Mientras le hacía preguntas, pensaba. Habrá una batalla. Gane quien gane, al final quedarán Mackenzie con vida y, cuando todo termine, ¿adónde irán sino a su hogar, en Glenannan? ¿Y a qué distancia de aquí pasarán en su camino? A apenas diez millas. ¿No ves, tonta, que se acerca el momento de enviarles ese mensaje del que hablas, y vendrán aquí en masa para liberarnos?

—¿Cómo? —preguntó Flora.

Ya había presenciado esos arrebatos y conocía las consecuencias de las lágrimas y la desesperación histérica.

—¿No sería mejor huir? Ahora que el mismísimo demonio suele estar fuera la mitad del día y de la noche, ocupado en sus propios asuntos, ¿por qué no escapamos, milady? Las puertas no están cerradas. Podríamos elegir un buen momento y marcharnos sin que nadie nos vea.

—¿Irnos a pie y arriesgarnos a que nos capturen medio congeladas en el páramo? —replicó la condesa—. Me pregunto qué nos haría entonces mi marido… Apuesto a que esa miserable hija suya no podría salvarnos. Eres una necia, Flora. No pienso salir de aquí arrastrándome como una mendiga. Todavía llevo demasiadas marcas en la espalda como para marcharme sin vengarme. Esperaremos a nuestra gente, tú y yo.

Se echó a reír.

—En cuanto a mi noble hijastra, le devolveré sus actos de caridad entregándola como regalo al Rojo Murdoch. ¿Te acuerdas de él? Un hombre grande y feo, con el pelo y la barba tan rojos como su maldito cabello, desnudo como un babuino bajo la manta… Cómo me reiré, Flora. Cómo me quedaré ahí de pie, mirando y riendo.

De pronto levantó la vista y vio la expresión de la muchacha.

—Y no estoy loca —afirmó—. A menos que sea locura por odio. Paso el tiempo sentada aquí pensando, nada más. Y mis pensamientos me divierten. Sabes que voy a enviarte con nuestra gente, ¿verdad?

—Estaré lista —respondió Flora—. Y cuanto antes, mejor. Ahora le traeré la cena, milady.

—Como desees.

La condesa se recostó en la silla y sonrió. Haré que ese demonio la vigile, pensó. No permitiré que Murdoch lo mate. Haré que lo mantengan con vida para que pueda vigilarla.

Aún había noches en las que despertaba aterrorizada, soñando que Hemsley estaba junto a su cama, que aquellas manos que nunca la habían acariciado la desgarraban con saña contra el suelo y que el puño alzado se estrellaba contra su rostro indefenso. En una ocasión, cuando él estaba borracho, la había arrastrado del cabello. Mientras ella gritaba, él la pateaba y la golpeaba, bramando «Por mi hijo, por Rowan» con cada impacto, hasta que perdió el equilibrio y

cayó de espaldas sobre la cama. Se quedó allí, maldiciéndola, mientras ella intentaba arrastrarse para huir.

Flora creía que estaba loca. Sorcha lo sabía y aquello la divertía. ¿Loca? Un poco, tal vez. ¿Qué castigo podía idear para el hombre que la había matado de hambre, despreciado su cuerpo y luego lo había maltratado de tal modo que las marcas jamás sanarían? Se levantó y comenzó a pasearse, abriendo y cerrando los puños. El sonido de esos pasos inquietos era la única prueba de su existencia en aquella casa.

La Causa estaba perdida. Había comprendido bien las palabras de Marsali, pero la noticia apenas la afectó. Como un animal atrapado, su mente perseguía la venganza, incapaz de considerar nada más allá de esa obsesión. La ruina de su príncipe, de su familia y de muchos de sus amigos había dejado de importarle. Todo parecía irreal frente a la necesidad apremiante de su plan contra Hemsley y todos los ocupantes de la casa.

Cuando Flora regresó con la cena, encontró a la condesa de nuevo sentada junto al fuego, observándolo y sonriendo. Ninguna de las dos volvió a hablar.



—¿Por qué no te casas con él, Marsali?

El conde se calentaba ante las llamas de la chimenea de la biblioteca. Miró a su hija, sentada en una silla de respaldo alto, con las manos inertes en el regazo y la mirada fija en la nada.

—Bueno —insistió—, ¿qué sentido tiene retrasarlo? Keith volverá antes de que termine el mes solo para verte. ¿Por qué no le envías un mensaje diciéndole que, cuando venga, te casarás con él?

—¿Por qué quieres que me dé prisa? —replicó ella—. Hay una batalla que librar, ¿lo has olvidado? Supongamos que lo matan…

—Razón de más —argumentó su padre—. Para entonces, es posible que estés encinta del heredero de los Gordon y de Hemsley. Marsali, por el amor de Dios, sé sensata y muestra un poco de consideración por el pobre muchacho. No hay tiempo que perder. Escocia arde a nuestro alrededor. Esos perros ingleses destruyen todo lo que encuentran y te digo con franqueza que, desde que ese joven insensato se fue a alistarse con el príncipe, su única esperanza es casarse contigo para que yo pueda interceder por él cuando llegue el momento.

—Estás convencido de que serán derrotados.

—Tan seguro como de que la noche sigue al día —sentenció—. No tienen la menor posibilidad. ¡Malditos necios! Se enfrentan a un general curtido, a ese duque alemán que ha combatido en Europa y conoce el arte de la guerra, no como nuestros caballeros aficionados, que apenas saben pelear entre ellos. Los Estuardo están perdidos, igual que todos los que los siguen. Lo advertí antes de que estallara esta guerra. Al menos unos pocos, como nosotros, sobrevivirán a la venganza inglesa. Y no permitiré que mi familia sea aniquilada, ni por las guerras ni por la falta de herederos que me sucedan. Marsali, es tu deber casarte con Keith mientras aún puedas. Como tu padre, te lo pido. Dame un nieto antes de morir. Al menos eso me debes.

Ella lo miró y el pálido rostro se le encendió. No le había reprochado la muerte de Rowan desde aquel terrible día en Ben Mohire, pero ahora sus ojos eran duros. No había compasión en ellos para sus vacilaciones. Deseaba la boda y deseaba un hijo que ocupara el lugar del que había sido asesinado por su amante. Tenía razón. Se lo debía. Y también se lo debía a Keith, antes de que él se embarcara en aquella empresa imposible y quijotesca, en una guerra que ya estaba perdida.

—Si quieres que lo haga, lo haré. Le escribiré esta noche.

—Mañana enviaré la carta a Inverness —decidió el viejo conde.

Se acercó, se inclinó y besó a su hija en la mejilla.

—Gracias, hija mía. Ahora actúas con sensatez. Todos se alegrarán por ti, ya lo verás.

Ella se levantó, le devolvió el beso y se despidió con una reverencia. Cuando Effie acudió a ayudarla a desvestirse, le pidió que esperara. La noche, aunque muy fría, estaba despejada. Se acercó a la ventana, la abrió y contempló el cielo oscuro, sembrado de estrellas brillantes.

A su espalda, Effie sacudió el vestido de terciopelo y dejó el camisón de batista sobre la cama.

—¿Qué sucede, milady? Dígamelo, por favor.

—Me casaré con el señor Gordon a finales de mes. Mi padre ha insistido.

—Entonces debería estar muy feliz —comentó Effie—. ¿Por qué aplazarlo, cuando existe la posibilidad de que lo maten?… Vamos, milady, no os quedéis ahí. Apartaos de la ventana antes de que os congeléis.

—Me pregunto dónde estará —musitó Marsali de pronto—. Me pregunto si seguirá con esa mujer…

—¡Dios nos ampare! —Effie la miró horrorizada—. ¿Habla otra vez de ese asesino? ¿Ha perdido el juicio?

—No. Solo siento curiosidad.

Marsali cerró la ventana y se volvió hacia ella.

—Me pregunto si la ama —añadió, casi para sí—. No puedo imaginarlo. Nunca fue capaz de amar.

—Me alegra oírte decir eso —afirmó la criada con vehemencia —. ¿Cómo puede mencionar a él y a un hombre como el señor Gordon en la misma frase? No hablaré de ese individuo con vos. Es impropio y un pecado morboso contra el hombre con el que va a casarse.

—Es un buen hombre —dijo Marsali con lentitud—. Qué extraño contraste con Malcolm Mackenzie. No hay otro mayor en

toda Escocia. Virtuoso, gentil, honorable, amable…

De pronto, soltó una risa breve y le hizo un gesto a Effie para que comenzara a desabrocharle el vestido.

—Y, sin embargo, jamás lo amaré. Jamás. Ahora dime que debería estar sonriendo y feliz, criatura ingenua.

—No puedo decirle nada —murmuró Effie—, salvo que estoy convencida de que bendecirá el día en que finalmente se casó con él.

—Sin duda —asintió Marsali.

Se despojó del vestido y Effie le retiró el corsé de ballena. Quedó en camisón y, de improviso, se lo quitó y aguardó desnuda un instante mientras Effie lo recogía del suelo.

—Cuando sea demasiado vieja para recordar y mi sangre ya no arda por ningún hombre, entonces bendeciré ese día. Pero no antes. Déjame ahora, Effie. Apagaré yo misma las velas.

—Buenas noches, milady.

Effie vaciló y, de pronto, rodeó a su joven señora con los brazos y la abrazó con torpeza.

—Tenga paciencia —susurró—. Dicen que el amor engendra amor. Estoy segura de que así será para las dos.

Marsali se recostó y le sonrió mientras Effie salía y cerraba la puerta. Bajo las sábanas, se tocó el cuerpo con frialdad, como si perteneciera a otra. Estaría igual de frío y rígido bajo las manos de su esposo que bajo las suyas. Las caricias de Keith nunca la habían despertado. Sus besos y las cautelosas atenciones que ella le había permitido podrían habérselas concedido a cualquier otra mujer sin que el efecto fuera distinto. Y siempre, después, el pensamiento de Malcolm regresaba, deslizándose en su mente como una serpiente, hiriéndola con recuerdos cuando la sangre le martilleaba en las sienes, la vista se le nublaba y su espíritu, ferozmente independiente, reclamaba la rendición absoluta del cuerpo.

Nunca sería así con Keith. Nunca volvería a ser así con nadie.

Dos semanas más tarde, aquellas palabras regresaron a su memoria mientras se arrodillaba ante el altar de la capilla familiar de Hemsley, con Keith Gordon a su lado, y pronunciaba los votos de su matrimonio.



—¡Una vida sana y larga, colmada de felicidad para los dos! ¡Para ti, Marsali, y para mi nuevo hijo, Keith!

El conde alzó la copa y la media docena de invitados reunidos en el Salón Verde lo imitaron. El brindis se bebió y las copas se arrojaron a la chimenea, donde se hicieron añicos. Era costumbre santificar el deseo asegurándose de que aquellos vasos no volvieran jamás a contener vino.

Dos primos ancianos, sus vecinos lord y lady Glendar con su sobrina Fiona, y la señora Gordon de Spey rodearon a los recién casados. Marsali permanecía junto a Keith. Vestía un traje blanco de corte sencillo, adornado con volantes de encaje exquisito, y el tocado enjoyado de su familia centelleaba en su cabello. No parecía pálida porque Effie había insistido en maquillarle el rostro, ocultando la ausencia total de color en su piel. Todos coincidían en que estaba hermosa. Keith la rodeaba por la cintura y sostenía su otra mano, en la que brillaba el nuevo anillo.

La madre de Keith los contemplaba con los ojos húmedos, rebosantes de dicha. Siempre le había tomado cariño a Marsali, pese a su belleza imponente y su porte reservado, y al ver a su hijo tan feliz desechó cualquier temor. Su sonrisa, orgullosa y maternal, se posaba sobre él como la luz del sol. Estaba más apuesto que nunca con su traje nupcial de terciopelo azul pálido y la falda escocesa tejida con sedas finísimas.

Se acercó al conde y habló con dulzura:

—Qué pareja tan espléndida forman mi hijo y su hija. Este es un día muy feliz para mí.

—No más que para mí —respondió él—. He conocido a Keith y lo he querido como si fuera mío. Ahora que Marsali está casada con él, ya no me queda preocupación alguna en este mundo. Permítame traerle algo más de beber, señora. Davie, sirve vino a la señora Gordon.

La boda había sido modesta, muy distinta de la fastuosidad con que los Campbell celebraban las de sus hijos, pero todos los vecinos cercanos estaban con el príncipe en Inverness y el campo carecía de ánimo para el boato. La sombra de la derrota y del castigo se cernía sobre demasiadas familias como para permitir celebraciones ostentosas en la casa de quien se había mantenido neutral.

Lord Glendar se acercó a Marsali. Era un hombre bajo, de mediana edad y aspecto anodino, pero muy rico e influyente, con un parentesco lejano por matrimonio con el traicionero conde de Breadalbane y sus Campbell. No tenía hijos y no se había unido al levantamiento; eso, junto con sus vínculos familiares, garantizaba la seguridad de su linaje y la inmunidad de su imponente mansión.

Se inclinó ante Keith y besó la mano de Marsali.

—Mis felicitaciones a ambos. Estás muy hermosa, querida, y debo decir que para mí esta es una ocasión doblemente grata. Primero, porque no veía a tu padre desde julio, y segundo, porque te has casado con un hombre que cuenta con la aprobación sincera de todos.

Recordaba bien aquel baile y cómo ella había cruzado la sala del brazo de Malcolm, el rostro encendido y sonriente vuelto hacia él, mientras el de su acompañante, moreno, se inclinaba hacia el suyo. El anciano desvió la mirada hacia su sobrina, que conversaba animadamente con la señora Gordon. Al recordar la indeseable pretensión de Kenneth Mackenzie, frunció el ceño y se alejó. La muchacha había estado demasiado enamorada durante un tiempo. Por fortuna, era menor de edad y lo bastante frívola como para

distraerse con otros jóvenes visitantes. Había sido necesario un asesinato sangriento para romper el compromiso de Marsali con el mayor de los Mackenzie. Qué suerte, pensó mientras charlaba con una de las primas solteras de Hemsley, que hubiera terminado casándose con un hombre tan sensato y respetable como Gordon.

Lord Glendar estaba convencido de que la administración de una gran casa y el alumbramiento regular de hijos constituían la única vía posible hacia la felicidad femenina. Su ideal era la matrona serenamente asentada, que otorgaba a su marido la obediencia absoluta que exigía también a hijos y criados. Su propia esposa, delicada y nerviosa, había perdido cuatro hijos en la infancia y ahora volcaba toda su energía en su sobrina huérfana. Cuando Fiona se casara, no sabía cómo ocuparía su tiempo.

En ese momento, Fiona Mackintosh de Glendar se acercó a Marsali. Era muy bonita, de tez rosada y cabello rubio suave; sus ojos color avellana brillaban al admirar el vestido y el encaje abundante.

—Voy a ver a mi madre, querida —se excusó Keith.

Le apretó la mano y se alejó. Fiona lo siguió con la mirada hacia su tío y su tía.

—Lady Marsali, debo hablar con vos. ¿Podemos acercarnos a la ventana? No deberían oírnos.

—Por supuesto. Venga, le mostraré ese cuadro de la esquina, junto a la ventana norte. Nadie nos interrumpirá.

Ahora, apartadas del resto, fingieron observar el pequeño paisaje. Marsali habló en voz baja:

—Dígame, Fiona, ¿qué ocurre?

—No sé por dónde empezar… y precisamente con vos. Pero no me atrevo a preguntar a nadie más. Lady Marsali, ¿sabe qué ha sido de… Kenneth Mackenzie?

Para su sorpresa, Marsali se sonrojó, y cuando respondió su voz sonó tensa.

—¿Por qué pronuncia ese nombre hoy? ¿Qué significa Kenneth Mackenzie para vos?

—Lo amo —susurró la joven.

Sus grandes ojos confiados la miraron, recordándole a un animal pequeño y dócil.

—Mi tío me prohibió volver a verlo. La última vez fue en Edimburgo, cuando acudimos a ver al príncipe. Esperaba que nos comprometieran formalmente, pero mi tío descubrió ciertas cosas y se volvió contra nosotros. No sabe que sigo pensando en Kenneth, pero con todas estas noticias sobre la retirada y la batalla que se avecina… —titubeó—. Quería saber si estaba a salvo. Pensé que quizá vos tendría noticias.

—No sé nada de él —respondió Marsali con firmeza.

Le tomó el codo y ambas se giraron, dando la espalda a la sala.

—Lo único que sé es que es la muchacha más afortunada de Escocia por haberse librado de él a tiempo. Dice que lo ama. Déjame decirle algo, si no la sedujo fue porque pretendía casarse con vos por su dinero. Fue él quien asesinó a mi hermano, lo mató por la espalda como un ladrón miserable en las callejuelas de Inverness. Arránquelo de su mente y de su corazón, y de gracias a Dios por haber escapado. No tengo nada más que decirle.

—Lo entiendo —dijo Fiona—. Y lamento haberla causado dolor con mi pregunta. Pero yo sabía que era un hombre malo —añadió con suavidad—. Todo el mundo lo sabía. Y aun así, lo amaba, del mismo modo que vos amó a su hermano.

Se interrumpió al ver acercarse a su tía.

—¿De qué hablabais, querida? —Keith había regresado y rodeó a Marsali con el brazo—. Pareces afligida.

Ella lo miró y logró sonreír.

—Hablábamos de mi ajuar. Me temo que la pobre niña se desilusionó al saber lo escaso que es. Al fin y al cabo, hubo poco

tiempo.

—Tendrás todo lo que desees —le aseguró él—. Cuando termine este asunto y podamos vivir en paz, supervisaré personalmente tu elección. Tengo ideas muy claras sobre lo que debes llevar, mi querida, y a partir de ahora no harás nada sin consultarme.

Rió y la besó. Marsali sintió la presión de su brazo y el roce vacilante de sus labios en la mejilla.

—Qué alegría veros así.

Lady Glendar se acercó, seguida por el conde de Hemsley.

—Hoy en día, pocos jóvenes muestran sus sentimientos. Hace unos meses asistimos a la boda de unos primos míos y permanecieron como estatuas, uno junto al otro, sin una palabra ni un beso… algo muy poco alentador para el porvenir.

Poco después, los invitados se marcharon. Al caer la tarde solo quedaban Marsali, su esposo y sus suegros. Cenaron con tranquilidad y ella mantuvo la compostura, correspondiendo a las sonrisas y bromas de los ancianos, ambos ablandados por la emoción y, en el caso del conde, por una generosa cantidad de whisky. Bastaba con alzar la vista para encontrar a Keith observándola, el rostro lleno de ternura, orgullo y anhelo de quedarse por fin a solas con ella.

Brindó por la salud de su suegra y no se entretuvo más de lo necesario, pues su orgullo se lo impedía. Al despedirse, besó a su padre y a la señora Gordon y subió las escaleras del brazo de su marido.

El conde les había cedido las habitaciones de gala. De niña, Marsali solía colarse en el gran dormitorio de techo abovedado y trepar a la cama en la que habían dormido tres soberanos de Escocia durante sus visitas a Hemsley. Aquellas estancias, antes húmedas y oscuras por el abandono, estaban ahora ventiladas y luminosas, con

grandes fuegos ardiendo en las chimeneas del dormitorio y la antesala.

Su camisón y su vestido de noche aguardaban preparados. Effie y una joven criada del castillo la esperaban, muy erguidas, y al verla entrar hicieron una reverencia. Keith se retiró a su antesala y vestidor, donde sus propios sirvientes Gordon lo atendieron.

Marsali no habló. Sonrió con la misma rigidez que había sostenido durante toda la jornada y permitió que Effie le cepillara el cabello, lo perfumara y la ayudara a acostarse en la enorme cama de terciopelo carmesí, elevada sobre un estrado. Cuando las cortinas rojas y doradas se cerraron, quedó aislada, como si la cama fuera una estancia más. Era tan grande y el dosel tan alto que se sintió niña otra vez, explorándola como un barco prohibido.

Se recostó y esperó a Keith sin pensar. Permanecerían en Hemsley dos semanas, pues no había tiempo para viajar a Spey y presentarla a sus arrendatarios. Eso vendría después, cuando terminara el levantamiento. Y si sucedía lo peor, él estaba dispuesto a huir a Francia y negociar un indulto. Keith rebosaba optimismo. Tenía una solución para todo, y ella sabía que la fuente de ese optimismo era su dicha con ella.

Nada podía ensombrecer su mundo ahora que la poseía. Para su padre, el matrimonio era la última salvaguarda de su nombre y sus bienes; para ella, el pago de una deuda y la renuncia definitiva a un amor torcido y condenado; para Keith, en cambio, era la vida misma. Marcharía a luchar por su príncipe como si poseerla fuera un talismán contra la muerte y la ruina.

Cuando él descorrió las cortinas, Marsali se incorporó.

—Si te hubiera encontrado dormida —susurró—, no te habría despertado esta noche.

—Lo sé —respondió ella—. Pero te estaba esperando.

Fue delicado y atento, y al final se dejó arrastrar por la fuerza de su propia pasión, superando el torpe esfuerzo de ella por

corresponder y la pasiva rendición de su cuerpo. Después, él se durmió con un brazo sobre ella. Más tarde, Marsali lo apartó con sumo cuidado para no despertarlo.

Esperaba llorar, pero no brotaron lágrimas. Se sentía exhausta y desolada, como si aquella tristeza fuera ya el molde de su vida. Al amanecer, él volvió a unirse a ella, con una lentitud experta que solo prolongó su vacío. Cuando terminó, la estrechó y la besó.

Ella cerró los ojos.

Dos semanas antes había aceptado su destino. Ahora, lo habitaba.



La mañana del martes 15 de abril de 1746, el príncipe Carlos Eduardo se instaló en Culloden House, la residencia evacuada de su antiguo enemigo Duncan Forbes, presidente del Consejo de Escocia y firme partidario del rey inglés. Era una casa hermosa, situada en un paraje agradable, y todo el ejército de las Highlands se había desplegado en los alrededores. Dos días antes había llegado a Inverness la noticia de que el duque de Cumberland y un ejército de diez mil hombres habían alcanzado Nairn, seguidos por sus barcos de suministros a lo largo de la costa oriental.

La última batalla se aproximaba. Las tropas dispersas comenzaron a reunirse. Cameron de Lochiel marchó sesenta millas desde Achnacarry, y el duque de Perth trajo de vuelta al ejército del Spey, una fuerza demasiado débil y mal equipada para impedir el cruce del río por parte del enemigo. Con marchas forzadas y una resistencia admirable, las tropas de Carlos se concentraron primero en Inverness y después en Culloden. Allí, tras una valiente revista de sus hombres, se decidió intentar de nuevo la táctica de la sorpresa que le había otorgado la victoria en Prestonpans.

Los Mackenzie estaban presentes con los suyos. El viejo jefe cabalgaba con sus tres hijos a ambos lados, el gaitero tocando delante, y solo un tercio de sus efectivos originales formados detrás. El resto había sucumbido al frío y a las raciones irregulares, o había desertado durante las largas semanas de espera hasta que el enemigo los alcanzó. Habían marchado con Perth al Spey y regresado a la llamada del príncipe sin alimento ni descanso durante dos días enteros. Los hombres se tambaleaban de hambre y agotamiento. Sir Murdoch estaba demacrado, con los ojos enrojecidos, y su temperamento nervioso estalló contra sus hijos.

—Mientras ellos se sientan a deliberar en Culloden House, discutiendo y bebiendo brandy, ¿cuándo, por el amor de Dios, podremos luchar o descansar? —bramó—. Kenneth, ve y averigua qué está ocurriendo. ¿Nos han hecho venir hasta aquí solo para una revista?

—Los ingleses están en Nairn. Eso es todo lo que sabemos, y probablemente todo lo que sabremos hasta que nos alcancen.

Malcolm estaba tan exhausto que apenas se sostenía en la silla de montar. Ninguno había comido más que unas migas de pan, y habían bebido cuanto pudieron comprar o robar en las aldeas miserables por las que pasaron. Sus hombres habían recibido aún menos.

—Si luchamos ahora, no tenemos ninguna posibilidad. Necesitamos descanso, y nuestra gente necesita comer. Díselo cuando vayas, Kenneth.

—Lo haré.

Espoleó a su caballo cansado hasta que emprendió un galope desigual por la ladera cubierta de hierba en dirección a la mansión del lord presidente. Mientras esperaban, el jefe, Malcolm y Hamish desmontaron y ordenaron a los hombres tumbarse y descansar cuanto pudieran. Las horas pasaron, las deliberaciones continuaban en la casa, y cuando Kenneth regresó, ya casi había anochecido y el frío era intenso.

—Vamos a avanzar en silencio y atacar por sorpresa —anunció sin aliento—. Otro Prestonpans, ese es el plan. ¡Deberíais haber visto al príncipe! Abrazó a lord George y lloró de alegría cuando ese viejo miserable aceptó tomar la iniciativa por una vez. Vamos, padre. Reúne a los hombres. Debemos partir en cuanto caiga la noche.

—¿Marchar? —Malcolm se puso en pie, envolviéndose en el plaid—. Mira a tu alrededor. Si logras que nuestros hombres avancen otros ocho kilómetros, será un milagro.

—Un milagro es lo que necesitamos —gruñó sir Murdoch, calándose la gorra sobre el cabello canoso—. ¡Gaitero, toca! Hamish, deja de dormirte y ve a por tu caballo. Malcolm, asegúrate de que ninguno de estos holgazanes intente escapar. ¡Marchamos hacia Nairn para atrapar al duque de Cumberland con los pantalones bajados!

—¿Por qué esta noche? —preguntó Malcolm a Kenneth mientras comenzaban a avanzar lentamente—. ¿Por qué ahora, cuando la mitad del ejército está exhausta y hambrienta?

—Porque hoy es el cumpleaños del duque. Nuestros espías nos han dicho que ha repartido brandy entre los hombres y que están de fiesta, despreocupados. Sé que estamos agotados, hermano, pero si logramos sorprenderlos esta noche, dormidos y ebrios, los masacraremos. Es nuestra única oportunidad. No pienso enfrentarme a diez mil de ellos y a su artillería en campo abierto cuando estén sobrios.

Se volvió en la silla y gritó a un grupo rezagado de Mackenzie:

—¡Seguid el ritmo o os atravesaré con la espada! ¡Por Dios, lo que daría por una cama caliente!

A las ocho de la tarde, el ejército del príncipe se reunió para la larga marcha nocturna hacia Nairn. Lord George iba en cabeza con los Cameron, los Appin Stewart y sus Athollmen, y detrás de él cabalgaban Carlos y el resto de las fuerzas.

Las airadas reprimendas y exhortaciones de los Mackenzie a sus hombres renuentes se repitieron en todos los clanes rezagados durante aquella noche fría y brumosa. Por todas partes, los montañeses se quedaban atrás. Algunos se dejaban caer donde estaban y se dormían; otros protestaban porque se les pedía luchar con un trago de agua y una galleta seca, únicas raciones repartidas aquel día. Los carros que transportaban los víveres no habían llegado desde Inverness porque el secretario del príncipe, John Hay de Restalrigg, había omitido reunirlos. Aquel hombre ineficaz y temeroso había sustituido al enérgico Murray de Broughton durante su enfermedad, y las desdichadas tropas podían agradecerle tanto los estómagos vacíos como la moral por los suelos.

La marcha estaba condenada al fracaso desde el principio. Un tercio del ejército había regresado de Culloden a Inverness en busca de comida y descanso, y cuando amaneció sobre el páramo aún no habían alcanzado Nairn. Los tambores del ejército inglés ya tocaban la llamada general a las armas. A la vista del enemigo, el ejército de las Highlands se detuvo y, por fin, la orden recorrió la línea: «Retirada a Culloden».

Malcolm giró la cabeza de su caballo y tiró de la brida del de su padre. Sir Murdoch había estado cabeceando y se despertó sobresaltado.

—Malcolm, ¿qué diablos estás haciendo?

—Dando media vuelta. Estamos a la vista de Nairn y hay demasiada luz para seguir adelante. Esta vez no habrá un Prestonpans. Dile al gaitero que toque, padre. Ya no tenemos por qué escondernos de Cumberland y los hombres necesitarán la música para dar un paso más.

—Maldita sea. Todos estos kilómetros para nada.

—Si esos cerdos ingleses avanzan hoy contra nosotros, nos harán pedazos —predijo Kenneth con lentitud.

Miró a su padre y a sus hermanos mientras cabalgaban de regreso por el páramo pantanoso y traicionero hacia Culloden.

—Otros han abandonado el campo de batalla y se han marchado a casa. ¿Por qué no hacemos lo mismo mientras aún hay tiempo?

El rostro demacrado del viejo jefe se encendió de ira.

—¿Abandonar al príncipe? —rugió—. ¡Nunca! Mientras me quede aliento en el cuerpo, me quedaré y lucharé con él. Podéis dar media vuelta si queréis, pero no dejéis que os encuentre en Glenannan o os mataré con mis propias manos.

—Nunca pensé que fueras un cobarde —replicó Malcolm con furia—. No tengo una gran opinión de ti, Kenneth, pero nunca pensé eso. Huye si quieres. Yo me quedo con el príncipe.

—Y yo —secundó Hamish, apartándose de su hermano y escupiendo al suelo.

Kenneth se encogió de hombros y, para sorpresa de ambos, soltó una carcajada.

—Tranquilos. No tengo intención de huir. Solo pensé por un momento que sería agradable vivir un poco más en lugar de morir en este lugar lúgubre. Eso es todo.

—Más vale morir que vivir deshonrado —sentenció su padre con frialdad—. Puede que seas mi hijo, Kenneth, pero hay algo en ti que no reconozco como propio de un Mackenzie.

—Es solo sentido común —se defendió—. Y no tengo el suficiente como para abandonarte. Moriré contigo, si eso es lo que deseas. Volveremos todos a Culloden y moriremos por el príncipe. Solo espero que él lo agradezca.

Y comenzó a silbar la misma melodía conmovedora que tocaba el gaitero de los Mackenzie.

A las seis en punto, los clanes estaban de vuelta donde habían partido, y los oficiales exhaustos descendieron sobre Culloden House por invitación del príncipe para desayunar con sus propios víveres. Él no compartió la comida con ellos, pues había regresado a Inverness para llevar alimentos al campo de batalla.

Malcolm y su padre se dejaron caer en un banco del salón principal, cansados, mojados y cubiertos de barro, mientras Red Murdoch y Dugal, el sirviente del jefe, les traían bollos de avena, carne fría y jarras de buen clarete encontrado en la bodega. Comieron y bebieron en silencio. A su alrededor, los oficiales de otros clanes descansaban como podían tras haber comido. Algunos discutían en voz airada. La charla se interrumpió cuando el príncipe entró, tan sucio y fatigado como ellos. El mayordomo se inclinó ante él.

—Hay un costillar de cordero asado y dos aves preparadas en el comedor para vos, Alteza. Se lo serviré en cuanto lo desee.

—Repártelo —ordenó Carlos con cansancio—. No puedo comer mientras mis hombres se mueren de hambre.

Subió las escaleras seguido por el coronel O'Sullivan, su intendente general, y por Mackenzie de Clanranald, hermano de Kinlochmoidart. Media docena de oficiales había llegado con él desde Inverness, y entre ellos Malcolm reconoció a Angus Ban, uno de los hijos de Mackenzie de Keppoch.

—Habíamos perdido la esperanza de verte —le gritó Malcolm—. Ven y comparte con nosotros lo que queda.

—¡Saludos! —Angus se inclinó ante sir Murdoch y se sentó junto a ellos—. Hemos marchado día y noche para llegar a Inverness y descubrimos que el ejército se había trasladado aquí. Cuéntame las noticias. No he oído más que rumores disparatados y mi padre está furioso. Ninguno nos atrevemos a preguntarle nada.

—Huele la derrota, y yo también —respondió Malcolm—. Tendrás que soportar su mal humor, pues no le faltan motivos.

—¿Es cierto que Cumberland está en Nairn?

—Ya no. Estaban levantando el campamento cuando dimos media vuelta. Intentamos un ataque nocturno por sorpresa, pero fue inútil. Nuestros hombres estaban demasiado hambrientos y exhaustos. Desperdiciamos las últimas fuerzas en la marcha y tuvimos que retirarnos. Cumberland viene tras nosotros.

—¿Habrá batalla hoy? —preguntó Angus—. Ojalá mi padre no luchara; es demasiado mayor y está agotado. Incluso un día de descanso marcaría la diferencia.

—Eso mismo deben pensar los ingleses. Por eso vendrán hoy a por nosotros. ¿Qué noticias traes de Inverness?

—Pocas. Algunos reclutas más para los Glengarry, pero menos de los esperados. Los Gordon de Spey se han unido a nosotros. El propio Gordon llegó con doscientos cincuenta hombres, frescos y ansiosos por luchar.

Extendió la copa y Malcolm volvió a llenarla.

—Ten cuidado. Es buen vino francés y más fuerte que la porquería que solemos beber. Más tarde necesitarás la cabeza despejada. Doscientos cincuenta Gordon… los necesitaremos a todos.

—Es sorprendente que hayan venido —comentó Angus—, teniendo en cuenta que Gordon acaba de casarse. Dicen que ella es una belleza excepcional.

Levantó la vista hacia Malcolm y su rostro pecoso se contrajo.

—Ah, claro… tú lo sabrás mejor que yo. Se ha casado con la hija de Hemsley, Marsali Campbell.

Sir Murdoch alzó la cabeza y miró a su hijo. Había vuelto a dormitar, escuchando solo a medias. Malcolm estaba de perfil; la piel morena se le tornó cenicienta y los músculos de la mandíbula se tensaron lentamente.

—¿Qué he dicho?

—¿Se casó con Marsali Campbell? —repitió Malcolm con voz helada.

—Sí. Hace unas semanas. Por eso me sorprendía que pudiera alejarse de ella. Recordé que me dijiste que la conocías… ¿no hubo un compromiso entre vosotros?

—Lo hubo —respondió Malcolm—. Se preparó una boda. Tu padre vino a nuestro baile de compromiso.

—Eso ya pasó —intervino de pronto el viejo jefe.

Miró primero al inocente Angus y luego a su hijo. Conocía bien aquella voz suave y el brillo peligroso de sus ojos.

—Qué buen partido para los Gordon —continuó—. Malcolm, ¿adónde vas?

Malcolm se estaba abrochando la espada. Había asesinato en su mirada.

—Le pido perdón —balbuceó Angus Ban—. No tenía ni idea… Le aseguro que si lo hubiera sabido…

—¿Dónde está Gordon de Spey? —interrumpió Malcolm—. ¿En Inverness?

—¡Malcolm! —exclamó su padre, poniéndose en pie—. ¡Te lo prohíbo! Es su marido. ¿No te basta eso? ¡Siéntate, te lo ordeno!

—Está de camino —añadió Angus—. Debería llegar en menos de una hora.

—Muchas gracias.

Malcolm se inclinó, se caló el gorro y se dirigió a la puerta.

—Voy a recibirlo. Quiero felicitarlo.

—¡Malcolm! —gritó sir Murdoch.

Pero su hijo ya se abría paso entre la multitud que aguardaba la reaparición del príncipe y, al instante siguiente, había desaparecido.

—¡Estúpido charlatán! —rugió el anciano, volviéndose contra Angus—. ¿Sabes lo que has hecho? ¡Mi hijo ha ido a matarlo! Fuera de mi vista antes de que te rompa esta jarra en la cabeza. Por Dios, espera a que vea a tu padre.

Angus huyó entre disculpas. Cuando sir Murdoch logró salir de la casa, Malcolm ya no estaba por ninguna parte.



A las cinco de la mañana, el ejército del rey Jorge de Inglaterra, comandado por su hijo Guillermo, duque de Cumberland, levantó el campamento y, al ritmo regular de los tambores, emprendió la marcha desde Nairn hacia Culloden.

Contaba con seis mil cuatrocientos infantes y dos mil cuatrocientos jinetes. El propio duque cabalgaba al frente, acompañado por su segundo al mando, el infame general Hawley, derrotado de forma ignominiosa en Falkirk, y por los miembros de su estado mayor. El duque había celebrado su vigésimo quinto cumpleaños el día anterior, y la mayoría de los oficiales que lo rodeaban eran tan jóvenes como él. Lord Cathcart, veterano de Fontenoy y tuerto de guerra, tenía su misma edad. Lord Bury, heredero del conde de Albemarle, contaba apenas veintiún años, aunque había sido alférez en la Guardia Coldstream desde los catorce. El coronel Joseph Yorke, descendiente de la poderosa familia Hardwicke, era ya un joven experimentado a sus veintidós años.

Para aquellos aristócratas ricos e influyentes, la guerra no era más que una cacería en la que las presas eran extranjeros despreciables, incivilizados e indignos de piedad, que se habían atrevido a desafiar la sagrada autoridad de Inglaterra y del rey, tomando las armas por un príncipe católico renegado que, en su opinión, debería haber sido ejecutado en cuanto puso un pie en suelo escocés.

El esplendor del país por el que marchaban no les causaba impresión alguna. La grandeza de las montañas, el aislamiento majestuoso de los extensos páramos y el azul profundo de los grandes lagos no despertaban eco en el corazón de oficiales ni soldados. Era una tierra salvaje, carente de caminos y pueblos ordenados al agradable modelo inglés. La gente al norte del Tweed resultaba tan ajena para el ejército de Cumberland como los indios salvajes de las colonias americanas de Su Majestad, y casi tan distante por lengua, costumbres y religión.

Que aquel pueblo despreciado hubiera osado cruzar a Inglaterra y marchar hacia el sur hasta Derby constituía un insulto añadido para los caballeros bien educados cuyas familias habían caído en un pánico tan vulgar ante la amenaza de invasión. Para Cumberland, la rebelión era un acto de insolencia contra su padre, decidido a castigar con un rigor teutónico. Era un joven obeso, de rasgos porcinos y ojos negros prominentes, con escasa imaginación, poco valor personal y una alarmante carencia de sentimientos humanos. Aquello lo llevaba a emplear el látigo y la horca como instrumentos habituales de disciplina. El general Hawley no era mejor. Su lenguaje resultaba tan soez como su temperamento, y la derrota sufrida en Falkirk había añadido un odio personal a su inclinación natural hacia la brutalidad extrema.

Estos eran los hombres que dirigían el ejército del rey Jorge, y su actitud hacia la guerra y hacia quienes se alzaban contra ellos reflejaba fielmente la del propio monarca. Desde Aberdeen hasta Nairn habían ahorcado y quemado sin piedad, a menudo sin molestarse en distinguir entre culpables e inocentes. Los hombres rudos y miserables que componían el grueso del ejército, soportando campañas extranjeras y una disciplina implacable a cambio de tres chelines y seis peniques semanales, avanzaban hacia Culloden al son de los tambores, animados por la esperanza de saqueo y el temor al látigo del sargento instructor.

En el camino, el duque se detuvo en Kilravock House e impuso su presencia y la de sus oficiales al propietario para un breve

descanso, mientras el grueso de las tropas continuaba la marcha. Solo unas horas antes, el príncipe Carlos se había detenido allí para tomar comida y bebida, hecho que el asustado terrateniente no intentó ocultar a sus huéspedes ingleses. Cumberland se encontraba de buen humor aquella mañana y, con una batalla por delante, no tenía ni tiempo ni deseo de vengarse. Aceptó las excusas con una sonrisa comprensiva, y Kilravock House y sus habitantes se salvaron. Al mediodía se reunió con su ejército en Culloden y, ante sus ojos, las fuerzas de las Highlands del príncipe Carlos se desplegaban ya sobre el terreno blando y accidentado de Drummossie Moor.

Los hombres del clan Gordon avanzaban por el camino de Inverness y, a las nueve de la mañana, divisaron la masa del ejército reunido en Culloden. Keith espoleó su caballo hacia la elegante mansión rodeada de parque y arbolado, y se detuvo para preguntar a uno de los numerosos grupos de oficiales dónde podía encontrar al príncipe.

—En la casa, señor. Pero no busque comida para su gente. No tenemos ni para nosotros mismos y seguimos esperando lo que el príncipe trajo de Inverness.

Mientras cabalgaba, Keith se sorprendió al ver hombres profundamente dormidos bajo los árboles. Por todas partes percibía signos de desorden y, lo que más le inquietó, un desánimo y una apatía evidentes. El día era frío y las nubes se acumulaban en densas masas grises, amenazando lluvia. Desmontó ante Culloden House, arrojó las riendas a uno de sus hombres y subió a toda prisa los escalones que conducían al vestíbulo principal.

Detuvo a un alto oficial de las Highlands que se apoyaba en la pared, comiendo pan con carne. Reconoció con sorpresa al elegante lord Lewis Gordon, el hijo menor del duque de Gordon.

—¡Keith Gordon! Bienvenido. Dimos gracias a Dios al saber que venías de camino. ¿Cuántos hombres has traído?

—Doscientos veinte, según el último recuento —respondió—. ¿Cuál es la situación, milord? ¿Habrá batalla hoy?

—Sin duda —contestó Lewis con un bostezo—. Saben que hemos pasado media noche intentando sorprenderlos y que el ejército apenas ha comido una galleta y bebido agua en las últimas veinticuatro horas. El príncipe fue en persona a Inverness a traer los carros de víveres, pero ya es demasiado tarde. Todo llega tarde. ¿Has comido?

—No desde ayer.

Keith observó a los grupos de hombres exhaustos, devorando con las manos como mendigos y bebiendo vino directamente de las botellas. Se gritaban nombres ilustres de las Highlands, y quienes respondían estaban tan sucios y agotados como los clanes que había visto dormidos sobre la tierra desnuda.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó—. Jamás he visto tal caos. Parecéis hombres que acaban de librar una batalla.

—Eso es exactamente lo que hemos hecho —replicó Lewis—. Dos meses luchando contra las deserciones, la falta de fondos y las disputas del príncipe con lord George Murray. No me extraña que Murray de Broughton enfermara… o dijera estarlo. Ahora hay un completo inútil en su lugar, y los hombres se desmayan de hambre. ¿Luchar una batalla?

Rió y alzó la botella que tenía a sus pies.

—Brindo por usted, señor Gordon. Por la batalla. Ahora, discúlpeme. Volveré a las cocinas. Tengo el presentimiento de que esta será mi última comida.

Keith se dirigió a la escalera, pero un caballero con el uniforme del príncipe lo detuvo.

—Si busca a Su Alteza, ahora no recibe a nadie. Está reunido con el general en jefe y el duque de Perth. Espere a que baje.

—He traído doscientos Gordon conmigo. ¿Dónde los despliego?

—El príncipe se lo indicará.

—En ese caso, seguiré el consejo general y tomaré algo de comer y beber.

—Por allí —señaló el caballero—. Hay un aparador preparado y abundante vino. El sinvergüenza dueño de esta casa dejó una bodega excelente.

La sala estaba abarrotada. Keith tuvo que abrirse paso a empujones, disculpándose y saludando a conocidos, hasta alcanzar la mesa. Estaba a punto de tomar una botella y llenar los bolsillos de galletas de avena, pues la carne ya se había agotado, cuando una voz sonó a su espalda.

—Ah, por fin llegan los rezagados Gordon. Y sin duda este, con la mano en la botella de otro hombre, no es otro que su jefe.

Las conversaciones se apagaron. El silencio cayó de golpe sobre la sala. Keith se volvió y se encontró frente a un hombre alto y moreno, de ojos negros brillantes y boca torcida en una mueca de desprecio. Aunque nunca se habían visto, supo al instante que era Malcolm Mackenzie. En aquellos ojos ardía el asesinato. Keith bajó la mirada hasta la mano que empuñaba una daga larga y delgada en el cinturón.

—Soy Gordon de Spey. ¿Su nombre, señor?

—Malcolm Mackenzie de Glenannan. He oído que al fin ha decidido servir a su príncipe. He venido a decirle que el último puesto en la batalla está reservado para quienes tardan tanto en mostrar su lealtad.

—Si intenta provocarme, hágalo con claridad, para que todos lo oigan.

—Como prefiera —aceptó Malcolm con suavidad peligrosa.

Se formó un círculo a su alrededor.

—Eres un cobarde —escupió Malcolm—. Te atreviste a casarte con una dama con la que yo estuve prometido. El matrimonio me ofende, pero tú me ofendes aún más.

Avanzó y le asestó un violento golpe en el rostro.

—Sal fuera y defiéndete. Si no me temes tanto como a los ingleses…

Keith se tocó la cara. La sangre brotaba de su labio partido y una marca carmesí se extendía por la mejilla.

—Te mataré —dijo con frialdad—. Iba a hacerlo de todos modos. Por los insultos y por justicia hacia el hermano de mi esposa, mi amigo, a quien asesinaste por la espalda.

—Enhorabuena —murmuró Malcolm—. Temía que ni siquiera mi golpe bastara para hacerte desenvainar. Sígueme.

Abrió paso a empellones y salió de la sala. En la puerta se detuvo y miró a Keith por encima de las cabezas de la multitud. Se sentía eufórico, casi embriagado. Lewis Gordon le había dicho dónde encontrarlo y había entrado decidido a provocarlo hasta la muerte.

Cuando Gordon lo alcanzó, Malcolm se inclinó y le susurró:

—¿Creíste de verdad que permitiría que otro hombre ocupara mi lugar junto a ella? Si se casa con una docena de maridos, por Dios, los mataré a todos, empezando por ti.

—Si vuelves a hablar de mi esposa, sinvergüenza, te apuñalaré donde estás.

—Ah, ¿también te ha esclavizado a ti? —se burló Malcolm—. ¿Te ha hablado de amor y se ha derretido en tus brazos, con esa dulzura que tiene? No confíe demasiado en ello, señor. Ella lo habrá olvidado tan pronto como yo lo haya matado, igual que me ha olvidado a mí. Vamos. Acabemos con esto.

—¡Un momento!

El duque de Perth se interpuso entre ambos. Estaba pálido y sin afeitar, con el rostro desencajado por la ira. A pesar de sí mismos, Malcolm y Keith se detuvieron.

—He oído que están a punto de batirse en duelo. ¿Es cierto?

—Así es. Le ruego que se aparte, excelencia.

Perth miró el rostro herido de Keith y frunció el ceño al volverse hacia Malcolm.

—Escúcharme bien. El príncipe está a punto de llegar y el ejército tomará su posición final en menos de una hora. Si alguno de ustedes persiste en una disputa privada ahora, enviaré hombres tras ustedes para que los maten. Los ingleses están a dos horas de marcha y necesitamos a todos los hombres. Señor Gordon, vaya con su clan. Llévelos al páramo y colóquelos a la derecha, detrás del clan Chattan.

—¡Vos! —extendió la mano cuando Malcolm intentó avanzar—. Quédese donde está. Su padre le está buscando.

—No tiene derecho a detenernos —replicó Malcolm con furia—. Es una cuestión de honor. Denme diez minutos —miró a Gordon con rabia— y todo habrá terminado. Gordon, ¿es usted un hombre o el cobarde que le llamé, que se marcha con esa marca en la cara?

Keith lo miró. No era rencoroso por naturaleza, pero el dolor de su separación de Marsali lo había acompañado desde Spey, y la pesadilla de su última noche juntos lo había perseguido desde entonces con vergüenza y remordimiento. Y ahora la causa de todo aquello estaba a pocos pasos de él, el hombre cuyos brazos la habían arruinado para siempre, cuya boca cruel había tocado la suya, cuyas manos habían tenido libertad antes de alzar la espada contra su hermano. Nunca había odiado de verdad, pero ahora el odio brotó en su corazón y lo colmó por completo. Tenía sabor a sangre.

—Voy a matarte —dijo despacio—. Pero he venido a luchar por el príncipe, y eso es lo que haré primero. Después de la batalla nos veremos, Mackenzie. Procura tener cuidado hoy. No quiero que los ingleses me priven de mi propósito.

—Yo tampoco —gruñó Malcolm—. Te esperaré con la espada en la mano.

Se volvió hacia los hombres que se habían congregado y luego hacia Perth.

—Os pido que seáis testigos de que Gordon ha prometido satisfacción. Si ambos sobrevivimos y se niega a luchar conmigo, reclamo el derecho a apuñalarlo donde esté.

Perth le dio la espalda. El sentido de la disputa se le aclaraba con inquietante rapidez. Marsali Campbell. Se había casado hacía poco con el hombre al que Malcolm desafiaba. Siempre había detestado al salvaje hijo del jefe de los Mackenzie. Ahora no se atrevía a enfrentarse a él.

—Adelante, señor —ordenó a Keith—. Nadie duda de su valor. Se lo ordeno en nombre del príncipe. Vaya con su gente y dispóngala en el campo. Este asunto puede resolverse más tarde, si es que alguno de los dos sigue con vida después de hoy.



Desde el amanecer, la noticia de la inminente batalla se había extendido por el campo, y gente de Inverness y de las granjas dispersas del páramo había acudido a la ladera de Creagan Glas para ver al príncipe y a su ejército enfrentarse a los ingleses. Hacía un frío glacial y un viento cortante azotaba los rostros de mujeres, niños y miembros de la nobleza congregados en la cresta, el mismo viento cargado de lluvia y aguanieve que golpeaba al ejército del príncipe, desplegado abajo, en Drummossie Moor.

A casi un kilómetro de distancia, la densa masa escarlata del ejército del rey Jorge avanzaba hacia ellos. Se oía con claridad el traqueteo del tren de artillería y el golpeteo constante de los tambores que marcaban el paso. Por un momento pareció que Cumberland tendría que luchar sin sus cañones. El ejército se había desplazado hacia el suroeste, con el estuario de Moray y el valle de Nairn a los flancos, y marchaba sobre el brezo empapado hacia la meseta, con los cañones retumbando detrás por la carretera de Inverness, hasta que esta los condujo por el mismo terreno pantanoso y traicionero que la infantería.

Un highlander harapiento surgió del borde del camino y se ofreció a guiar al coronel Belford y a la artillería por una supuesta vía fácil para ascender por la ladera. Media hora después, los cañones se hundían en el fango del White Bog y, cuando el coronel mandó llamar al guía, este había desaparecido. Pero Cumberland mostró su habitual energía y ordenó a los hombres de Cholmondley y a los Royals que arrastraran las piezas hasta terreno firme. Con ayuda de caballos enviados desde la retaguardia, lograron rescatar la artillería del pantano al que el patriota desconocido los había conducido, y el ejército del duque avanzó por fin hacia Drummossie Moor.

En la ladera se apiñaban mujeres y niños del clan Chattan, dispuestos a bajar después para atender a los heridos o llevarse a los muertos. Algunos comerciantes de Inverness habían viajado hasta el desolado páramo, y también uno o dos ministros. Los sacerdotes católicos estaban abajo con los clanes, armados con espadas y escudos.

La música salvaje de las gaitas se alzaba por encima de la lluvia y las nubes oscuras, arrastrada por el viento a kilómetros de distancia. Su sonido hizo que los casacas rojas se miraran con inquietud y que los hombres del general Hawley murmuraran nerviosos. Aquella misma música había presagiado la derrota de Falkirk, cuando perdieron los nervios y huyeron. Treinta infantes y treinta dragones habían sido colgados en Edimburgo tras aquella jornada, como advertencia.

Los tambores competían con las gaitas, y lentamente el ejército inglés se agrupaba y reagrupaba en compañías. Al otro lado del páramo, el ejército de las Highlands aguardaba, formado en una larga línea irregular sobre la cresta. Los hombres de Atholl, al mando de lord George Murray, ocupaban el lugar de honor a la derecha del príncipe, un puesto que por derecho correspondía a los Mackenzie desde Bannockburn, concedido por Rowan Bruce y ahora cedido a regañadientes.

Los Cameron, los Stewart de Appin, los Mackintosh, los Farquharson, los MacPherson y los MacBean, todos del clan Chattan,

se situaron en el centro y la derecha. La izquierda fue ocupada por los Chisholm, junto a los indomables Clanranald, Keppoch y los demás setts del gran clan Donald, y entre ellos se encontraba el jefe de Glenannan con sus tres hijos. Detrás, en el centro, el príncipe Carlos aguardaba montado en un caballo gris castrado, rodeado por su guardia personal de FitzMalcolm Horse, ya reducida a la mitad, mientras el estandarte real ondeaba al viento.

Desde Creagan Glas, los espectadores se inclinaban hacia delante. Las mujeres se cubrían la cabeza y acallaban a los niños que lloraban. Las pocas personas de calidad permanecían apartadas, y entre ellas, envuelta en una capa, con su caballo atado a un arbusto en la ladera, Fiona Mackintosh observaba el lugar donde luchaba Kenneth Mackenzie.

Durante los últimos días había oído hablar sin cesar de Cumberland, de la fuerza de su ejército y de su disciplina implacable. Su horror crecía al pensar que el hombre al que amaba pudiera caer ante aquella máquina de guerra. Su tío no había dejado de dar gracias a Dios por no haberse unido a la causa perdida del príncipe, lamentando la imprudencia de varios parientes que habían ignorado su consejo.

Fiona habló poco. Se levantó antes del amanecer, salió en silencio y tomó uno de los caballos más rápidos para cabalgar hasta Culloden. Y ahora, de pie en la colina desolada, su valor flaqueó y las lágrimas corrieron por su rostro.

—¿Estás aquí sola?

Se volvió y vio a una mujer alta, envuelta en una capa carmesí forrada de piel.

—Te he visto llorar.

—He venido a verlos —susurró Fiona—. Y ahora desearía no haberlo hecho.

—¿Tiene marido allí?

—No. Un amante. Davina MacIntyre. ¿Y tú?

—Fiona Mackintosh, de Glendar.

Davina se sobresaltó y luego sonrió de un modo extraño.

—Entonces esperas al hermano de mi hombre. Kenneth Mackenzie. Sabía que no lo olvidarías. Yo he venido desde Perth para ver a Malcolm, pero llegué tarde.

—He oído hablar de usted —dijo Fiona—. No creo que nos conozcamos.

—No. Pero estamos aquí, mirando la batalla. No deberías estar sola. No es lugar para una muchacha.

—Bajaré a buscarlo. Pase lo que pase.

—Buscaremos juntas. Kenneth no morirá hoy.

—Tampoco Malcolm —respondió Fiona—. Kenneth dice que ningún hombre vivo puede vencerlo.

—Hay tantos —murmuró Davina—. Mira cómo se cierran.

Abajo, los ejércitos se alinearon. Solo quinientos metros los separaban. Davina rodeó a Fiona con el brazo.

—Reza —susurró Fiona.

—Rezaré —respondió ella—. Por el príncipe, por Malcolm y por Kenneth.

Un estallido rasgó el aire. Bocanadas de humo se alzaron en la línea inglesa y la primera descarga de artillería rugió sobre sus cabezas, cayendo entre los hombres del clan Chattan.

La batalla había comenzado.

Capítulo 7

A lo largo de quinientos metros de páramo, el aire se oscureció con el humo de los cañones ingleses. Rugían, retumbaban y escupían sus descargas de pesadas balas que se estrellaban contra las filas del ejército de las Highlands, matando y mutilando a decenas de hombres. El clan Chattan y los Cameron de Lochiel fueron segados por el fuego continuo. La música de las gaitas resonaba entre el estruendo, y los gritos de los oficiales de las Highlands —«¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas!»— delataban hasta qué punto los cañones estaban diezmando sus filas.

El fuego arrasó a los Stewart de Appin y a los Athollmen, y derribó las filas de los Campbell. Aun así, el tiempo transcurrió y los hombres del ejército del príncipe se mantuvieron firmes, cayendo y muriendo incluso mientras suplicaban la orden de cargar contra el enemigo y escapar del bombardeo asesino.

Los clanes resistieron durante quince minutos, hasta que por fin el propio Lochiel, que había permanecido al frente de sus hombres con las balas de cañón rugiendo a su alrededor y los gritos de los heridos ahogando el sonido de su gaitero, envió un mensaje al comandante del flanco derecho, lord George Murray. A menos que se le concediera permiso para cargar, no podía, ni quería, seguir reteniendo a sus hombres.

Detrás de la segunda línea del ejército, el príncipe Carlos permanecía a caballo, contemplando la confusión del bombardeo, y aquella visión parecía haberlo paralizado. Una bala cayó tan cerca que su propio caballo se desplomó bajo él, y su mozo de cuadra fue partido en dos por un impacto directo.

—¡Permiso para cargar, Alteza! Lord George dice que no puede mantener la línea por más tiempo…

Por fin, la responsabilidad que tanto había deseado recayó solo en Carlos. Su odiado oponente, lord George, suplicaba la orden y, en aquel instante fatal, vaciló, consciente de que debería haberla dado él mismo diez minutos antes. Con la voz ronca y temblorosa, gritó por encima del estruendo a su ayudante, Lachlan Maclachlan:

—¡Da la orden de avance general contra el enemigo!

Lachlan espoleó su caballo, agitando el gorro y vitoreando, pero antes de alcanzar la primera línea para transmitir el mensaje, una bala lo derribó de la montura y lo dejó muerto sobre el brezo. Y así aguardaron los clanes, mientras cientos morían sin haber visto siquiera el rostro de sus enemigos.

Fueron los hombres del clan Chattan, los Mackintosh y sus parientes, quienes rompieron filas, encabezados por sus oficiales. Con un gran clamor de antiguos gritos de guerra, los Mackintosh clamaban «¡Loch Moy! ¡Loch Moy!» mientras corrían, y el clan inició su carga a través del humo hacia el enemigo. Fue entonces cuando la artillería inglesa recibió la orden de sustituir las balas redondas por metralla.

La lluvia y el aguanieve habían cesado hacía tiempo. Su labor de empaparlos y helarlos había terminado. Ahora la muerte se abatía sobre los montañeses que avanzaban, tan densa como el propio granizo: una lluvia mortal de plomo, clavos y hierro. Los hombres comenzaron a caer, y los que venían detrás saltaban por encima de ellos y seguían avanzando, solo para caer a su vez.

A la derecha, los hombres de Atholl, los Cameron y los Stewart de Appin cargaron, y el fuego devastador los barrió. Cameron de Lochiel, el jefe guerrero, cayó mientras corría, con ambos tobillos destrozados, y desde el suelo gritó a su gente que continuara y lo dejara atrás. Lo que quedaba del flanco derecho del ejército de las Highlands estaba a apenas veinte metros de la primera línea de la infantería de Cumberland cuando se disparó la primera descarga de

mosquetería contra la masa de montañeses. Las primeras filas inglesas disparaban y recargaban mientras las segundas y terceras descargaban sus armas.

Los hombres del clan Chattan, los Cameron y los Athollmen, que se abrieron paso a golpes y puñaladas entre la primera línea inglesa, lucharon hasta alcanzar los regimientos de segunda línea de Howard y Bligh, y allí cayeron, algunos tras haber abatido a una docena de enemigos. El coronel del clan de los Gatos, MacGillivray de Dunmaglas, se arrastró entre ellos mortalmente herido, cayó de bruces en un pequeño arroyo y se ahogó.

Entre los grupos que combatían, el viejo jefe Maclachlan, cuyo hijo había muerto sin entregar el mensaje del príncipe, cayó atravesado por las bayonetas enemigas, y con él perecieron casi todos los suyos. En el centro y la derecha del páramo, los muertos cubrían el brezo en capas superpuestas.



A la izquierda, la larga línea del gran clan Mackenzie, con las gaitas tocando, cada jefe corriendo al frente con su escolta de dos hombres escogidos y sus hijos al mando de las compañías, comenzó a avanzar por la pendiente hacia los regimientos ingleses de Pulteney y el regimiento escocés de las Tierras Bajas conocido como los Royals.

—¡Claymores!

La orden se transmitió de oficial en oficial, y con un grito feroz los hombres de Keppoch, Clanranald, Glengarry y Glenannan alzaron las espadas y se lanzaron al fin hacia adelante. Sir Murdoch Mackenzie iba delante de Malcolm y Kenneth. Tropezó en el terreno irregular, con los ojos llorosos por el humo que se espesaba sobre el campo de batalla. A su alrededor silbaban las balas de metralla y se alzaban los gritos de los miembros del clan mientras los hombres

caían con los brazos en alto o se doblaban y rodaban por el suelo en agonía.

Se detuvo un instante para comprobar que sus hijos lo seguían y, entre el estruendo, oyó la voz de Malcolm alzarse en un grito salvaje. A su izquierda, Kenneth corría por delante. Vio la alta figura de su segundo hijo adentrarse en el humo y desaparecer.

—¡A la carga! —rugió el anciano—. ¡Seguirme!

Una descarga de metralla alcanzó al hombre que corría a su lado. Con un grito espantoso soltó la espada y cayó de bruces, muerto. Entonces Malcolm se lanzó hacia su padre, gritando a los hombres que se detuvieran, y lo arrojó al suelo.

—¡Perro! —bramó sir Murdoch, forcejeando—. ¿Quieres que me esconda como una mujer? ¡Levántate y sigue adelante como un hombre!

—¡Dejad que vengan a nosotros! —gritó Malcolm—. Detened la carga y disparad las pistolas. No podemos ni verlos con este humo y nos están destrozando. ¡Haced lo que digo!

—¡Disparad y refugiaos! —vociferó sir Murdoch, fuera de sí—. ¡Vamos a sacarlos de detrás de sus cañones! ¡Cobardes! ¡Salid y besad el acero de los Mackenzie!

—¿Dónde está Kenneth? —preguntó Malcolm, alejándose a rastras.

—Ha ido al frente y sin duda se ha abierto paso —gruñó su padre.

Las pistolas de los Mackenzie resonaron entre el estruendo de la artillería. Una brisa dispersó el humo de la pólvora y dejó al descubierto a los Mackenzie a cien yardas de los ingleses. Los cañones barrieron su línea irregular con metralla y comenzó el temido fuego de mosquetería.

Desde su caballo, en una elevación tras los Royals, el duque de Cumberland ajustó su telescopio y observó el flanco izquierdo del ejército del príncipe.

—Dios mío —comentó, entregando el catalejo a lord Mark Kerr —. ¡Nuestros hombres los están cazando como conejos!

—Están retrocediendo —observó el comandante de los dragones.

—Solo para reorganizarse. Mira… cargan de nuevo. Jamás he visto nada igual. Son blancos excelentes.

Abajo, en el páramo ensangrentado, Malcolm volvió a reunir a sus hombres. Las armas de fuego fueron arrojadas al suelo. Habían avanzado dos veces bajo el fuego asesino solo para ser rechazados, y un tercio de los Mackenzie yacía ya muerto o herido.

—Una vez más —ordenó—. ¡Claymores! ¡Seguid al jefe!

Sir Murdoch había sobrevivido por milagro. Las balas le habían desgarrado la chaqueta y arrancado el gorro. Rugiendo de odio, volvió a avanzar con la espada en alto. Malcolm saltó tras él, sin manta, armado solo con escudo, espada y daga. La sangre le corría por el rostro a causa de una herida de metralla. A su alrededor solo había muerte.

A menos de veinte metros de la línea de casacas rojas, los hombres de Glenannan vacilaron al encontrarse con supervivientes de Cameron y Mackintosh que huían. La locura se apoderó de Malcolm. Se quedó de pie, con los brazos abiertos, maldiciendo a su gente, mientras el estruendo de los cascos de la caballería de Kingston se acercaba desde la izquierda.

Sir Murdoch y el Rojo Murdoch lo encontraron solo, increpando a los ingleses. Las balas se clavaban en el suelo a su alrededor. Entre ambos lo arrastraron hacia atrás, obligándolo a huir mientras la caballería barría a los dispersos.

En algún punto del páramo, el viejo Mackenzie de Keppoch moría de una bala en el pecho, sostenido por su hijo Angus Ban. Cuando los Mackenzie de Glenannan se volvieron a plantar, Keppoch exhaló el último aliento en una mísera cabaña más allá del páramo.

El soldado Edwards, de la caballería de Kingston, persiguió a un oficial alto con la chaqueta hecha jirones, ayudado por otro hombre y un salvaje de barba roja. Jamás llegó a descargar su sable. El oficial lo arrancó de la silla y le hundió la daga en la garganta. El soldado Malcolm cargó contra ellos y su sable hirió de muerte al Rojo Murdoch. Sir Murdoch emergió del brezo y le disparó a quemarropa.

—Dos caballos —jadeó Malcolm—. ¡Monta!

—No iré —dijo Murdoch—. Mi brazo está perdido. Que Dios os acompañe.

Malcolm lo recostó con cuidado. Sabía que no sobreviviría.

—Deprisa —instó sir Murdoch—. Voy a buscar a Kenneth y a Hamish.

Encontraron a Hamish ileso con una docena de hombres en una hondonada. Kenneth no estaba allí. Solo cincuenta Mackenzie pudieron reunirse al final del día.

Fue Davina MacIntyre quien encontró a Kenneth.

Keith Gordon había muerto a manos de un Campbell. Cayó durante la confusa refriega que siguió a la retirada del flanco derecho de las Highlands, tras la masacre de cañones y mosquetes y la breve y feroz lucha cuerpo a cuerpo. Había combatido a ciegas, sin notar las heridas que había recibido en piernas y brazo.

Al comenzar la retirada, se detuvo para ayudar a un Gordon herido. Entonces, una compañía oculta de los Campbell de Ballimore saltó un muro de piedra y se abalanzó sobre ellos. Keith cayó bajo la espada de uno de aquellos hombres. Murió al instante. El grito de guerra «¡Cruachan! ¡Cruachan!», resonando entre el estruendo de los mosquetes y el choque de acero, fue lo último que oyó.

El rostro del hombre que se alzó ante él con la espada en alto fue lo último que vio. Sintió un dolor insoportable y gritó, y luego nada. Permaneció donde cayó, rodeado de los muertos de su clan,

durante dos días y dos noches, antes de ser arrojado a una fosa común junto al resto del ejército de las Highlands.

Desde Creagan Glas, los observadores contemplaron cómo el ejército del príncipe se rompía y huía.

Davina y Fiona Mackintosh se abrazaban con fuerza. Mientras las filas bajo ellas se reducían y se dispersaban y los cañones rugían, Fiona ocultó el rostro y lloró, como las demás mujeres y muchos de los hombres que observaban la escena. Los ojos de Davina permanecían secos. La agonía que le oprimía el corazón era demasiado intensa para transformarse en lágrimas. Miraba fijamente el páramo humeante, ennegrecido por los cadáveres, inmóvil y en silencio.

Solo cuando los cañones callaron y cesaron los gritos lejanos de los clanes, oyeron los tambores del ejército del duque de Cumberland marcando el avance a lo largo de la línea. Vieron a los casacas rojas avanzar en formación perfecta, marchando sobre muertos y heridos hasta detenerse en el terreno que aquella mañana había ocupado el ejército de las Highlands.

Entonces Davina volvió el cuerpo tembloroso de la muchacha que tenía entre los brazos hacia el páramo que se extendía abajo.

—Se ha acabado. Baja ahora y cogeremos nuestros caballos para ver qué ha sido de Malcolm y de Kenneth.

—No podía mirar —susurró Fiona—. Cuando los vi caer y a los hombres dar media vuelta, no pude soportarlo…

—¿Dónde dejaste tu montura?

La multitud que se apiñaba en la ladera comenzaba a dispersarse, murmurando entre sí. Algunas mujeres del clan Chattan lloraban, cubriéndose la cabeza con sus mantas.

—Volved rápido a Inverness, señoras —les aconsejó un anciano que se llevaba consigo a su esposa y a su hija. Se llamaba Farquharson, y dos de sus hijos habían luchado aquel día en el páramo. Ignoraba el destino de ambos—. No perdáis tiempo aquí.

He visto a la caballería inglesa persiguiendo a los nuestros. No es seguro quedarse tan cerca del campo de batalla. ¡Vamos, daos prisa!

—Mis hijos… —gimió su esposa—. ¿Dónde están mis hijos?

—Ahí están los caballos —señaló Fiona, indicando los animales atados bajo la ladera, entre unos arbustos—. El bayo de allí…

Davina ya había empezado a correr, arrastrando a la muchacha tras ella. Por todas partes la gente resbalaba y tropezaba al descender, y algunos se apoderaban de los caballos y huían con ellos.

—¡Vamos! —gritó Davina—. ¡Están robando los caballos! ¡Por el amor de Dios, deprisa, o nos quedaremos aquí a pie!

Agarró las riendas del caballo castrado y lo llevó hasta donde tenía atado el suyo.

—Toma, súbete. Date prisa, no puedo sujetar a los dos.

—¿Adónde vamos? ¿Cómo voy a encontrar a Kenneth?

Davina miró el rostro pálido y agotado de la joven, con la boca temblorosa como la de una niña. Le tomó la mano helada.

—Iremos juntas. Sujétalo, voy a montar.

—Dame un sitio.

Un hombre se acercó al estribo y agarró la correa.

—He caminado kilómetros… me cogerán si no voy a caballo.

—Vamos al páramo, no a Inverness. ¡Suelta mi estribo!

Davina giró su caballo y, seguida por Fiona Mackintosh, salió del abrigo de la colina hacia el río Nairn. Cruzaron un puente de piedra y, avanzando a un galope constante, comenzaron a rodear el borde del páramo por detrás de la antigua posición inglesa.

Allí se toparon con los primeros refugiados de la batalla. De entre los brezos surgieron hombres harapientos y desarmados, corriendo y tropezando, jadeando como animales. Algunos se tambaleaban por las heridas y caían, solo para levantarse e intentar

avanzar unos metros más. Al ver los caballos, agitaban los brazos y gritaban, algunos suplicando ayuda con lágrimas en los ojos.

Fiona fue la primera en detenerse. Tiró de las riendas y saltó al suelo para ayudar a un hombre herido que había caído a pocos pasos. De inmediato otros los rodearon. Media docena de manos se aferraron a su caballo, que se encabritó y cayó, aterrorizado.

Davina no se habría detenido. Sabía que la única posibilidad era ignorar a los hombres a pie, pasar por encima de heridos y muertos y no detenerse por nada. Pero ya no tenía elección. Volvió junto a Fiona, que estaba arrodillada, impotente, mientras los montañeses se disputaban el caballo y el herido en sus brazos gemía y se retorcía.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué te has detenido? ¡Dios mío! ¿No sabes que no nos dejarán montar otra vez? ¡Suéltalo, maldito ladrón! ¡Deja en paz a mi caballo!

Saltó hacia un hombre grande y barbudo que forcejeaba por subirse a la montura.

—¡Atrás! ¡Mackintosh, atrás!

El herido logró gritar la orden. Fue obedecida con renuencia.

—¿Qué hacéis aquí, señoras? —jadeó—. ¿No sabéis que los dragones ingleses están matando a todos los que encuentran… hombres, mujeres y niños? Me han alcanzado. Déjame en paz.

Fiona se inclinó sobre él, llorando.

—Soy una Mackintosh de Glendar, sobrina del propio Glendar. No te dejaré.

Davina se arrodilló junto a ellos.

—Haz lo que te dice —susurró al moribundo—. ¿Estuviste cerca de los Mackenzie de Glenannan? Buscamos al jefe y a sus hijos.

Negó con la cabeza.

—Tomaron la izquierda. Oí a los hombres de Clanranald decir que daba mala suerte. No tanta como la derecha, donde estábamos

nosotros. Señora, saque a la señorita Mackintosh de aquí. Cuando sepan quién es, no le quitarán el caballo. Súbase detrás de ella y váyanse mientras aún hay tiempo. Soy su administrador. Si muero mientras siguen aquí, no podré responder por ellos.

—Voy a buscar a los Mackenzie de Glenannan —decidió Davina —. No me iré del páramo hasta hacerlo. Pero lo haré mejor sola y a pie.

Se volvió hacia el hombre corpulento.

—Puedes quedarte con el caballo si llevas a la señorita Mackintosh de vuelta a Glendar. Lord Glendar te protegerá y te ayudará a volver a tu valle. El caballo castrado, que se lo lleven dos hombres y huyan lo más rápido posible. ¡Vamos, Fiona, suéltalo y súbete!

Fiona negó con la cabeza.

—No lo dejaré. Me quedaré con él hasta el final y luego iré contigo a buscar a Kenneth.

—No —dijo Davina con suavidad—. No lo harás. He sido una insensata por traerte aquí. No te quedarás para que los ingleses te violen y te maten. —Se volvió hacia el moribundo—. ¡Dales la orden!

Reuniendo sus últimas fuerzas, el hombre llamó al montañés.

—¡Llévatela! ¡Cabalga hacia Glendar! ¡El otro caballo para los heridos!

Entre ambos, arrastraron a Fiona, que se resistía y lloraba, hasta ponerla de pie. Davina la sostuvo mientras el hombre montaba.

—Encontraré a Kenneth —prometió—. Sé sensata. Yo puedo esconderme y esperar. Es más fácil sola.

—Moriré con él —sollozó Fiona—. Quiero morir con mi gente.

Estaba histérica y, cuando el montañés la alzó delante de sí, se dejó llevar, exhausta.

—Que Dios te acompañe —gritó Davina.

El caballo galopó hacia el río y el puente.

Davina se arrodilló junto al herido, que le susurró:

—Se han llevado el otro caballo. Ahora estás sola. Toma esto. Puede que lo necesites.

Le entregó una pistola. Ella la escondió en el cinturón, bajo la capa roja.

—A la izquierda de la línea —murmuró—. Más cerca de Culloden House.

—Busca en las cabañas —le aconsejó—. Muchos heridos se refugiaron allí. Y si oyes caballos, escóndete. Los nuestros huyeron con el príncipe. Ahora solo quedan los dragones.

Davina comenzó a correr entre los brezos. Al poco oyó un sonido extraño, desconocido. Se detuvo a escuchar. Era el llanto de cientos de hombres heridos. A lo lejos, cerca del centro del campo, resonaban disparos y gritos espantosos. Se arrastró por la hierba y, a unos cien metros, vio a tres soldados ingleses disparando y acuchillando a los caídos.

Por un instante, el férreo control de Davina se quebró. Hundió el rostro en el brezo y luchó contra el impulso de gritar. Lo superó. Permaneció inmóvil hasta que los gritos cesaron. Cuando alzó la cabeza, los soldados se habían ido y nadie cercano se movía.

Durante toda aquella tarde interminable, avanzó entre los restos humanos de la batalla, donde mil hombres del príncipe habían perdido la vida. Cameron, Chattan, Atholl y los hombres del duque de Perth yacían por doquier. Los ignoró hasta que vio los tartanes de los Mackenzie tendidos sobre el suelo ensangrentado. Entonces empezó a buscar entre los muertos.

Se ocultó muchas veces mientras la caballería inglesa patrullaba el campo, buscando supervivientes para matarlos. Al caer la tarde encontró una pequeña cabaña, a unos ochocientos metros de la colina desde la que el príncipe había observado la batalla. Era

una choza sin ventanas, de techo de turba y suelo de barro. Al llegar a la entrada oyó gemidos.

—¿Hay Mackenzie aquí?

—Sí —respondió una voz—. Tres de Clanranald, y otros que no conocemos. Por el amor de Dios, agua…

Entró agachada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que ninguno era Malcolm.

—¿Mackenzie de Glenannan? ¿Hay alguno?

—Hay uno en la esquina. Pero está muerto. Era el hijo del jefe.

Yacía de lado, con la cabeza apoyada en la pared. Ambas piernas estaban destrozadas por la metralla. Davina se arrodilló, temblando, y le giró el rostro. Era Kenneth Mackenzie.

Mientras le volvía la cabeza hacia la pared, los dragones de Cobham encontraron la cabaña. Dispararon primero desde fuera, matando a dos heridos. Luego entraron, uno a uno, y el sol poniente brilló en sus sables. Davina alzó la pistola con ambas manos y disparó al soldado que avanzaba hacia ella.

El disparo retumbó en el interior. El dragón cayó. Entre los alaridos que siguieron, uno de los soldados juró haber oído la voz de una mujer gritar por encima de todas:

—¡Dios salve al príncipe Carlos!

Nunca supo si fue real o fruto de su imaginación. Estaba demasiado enfermo y aterrorizado para preguntar. Cuando salieron, uno de ellos estaba herido. Mientras lo vendaban, prendieron fuego al techo de paja y quemaron la cabaña con los cadáveres dentro.



—¿Ha visto a su señoría?

El mayordomo de Hemsley negó con la cabeza. Se apresuraba a cruzar el Gran Salón hacia el estudio del conde, con un fajo de papeles bajo el brazo, cuando Effie lo interceptó.

—No la he visto desde primera hora de la mañana. Tal vez haya salido a montar. Pregúntale a tu abuelo.

—Está durmiendo en la cocina. Y la he buscado por toda la casa.

—Entonces habrá salido a dar un paseo. No puedo quedarme aquí perdiendo el tiempo contigo. No debo hacer esperar a su señoría.

Effie masculló una maldición y se volvió. No había visto a su señora desde el amanecer. La había vestido, le había llevado el desayuno y una jícara de chocolate caliente a la habitación y, después de eso, Marsali había desaparecido sin dejar rastro.

Cubriéndose la cabeza con el chal, Effie abrió la pesada puerta que daba al patio exterior y salió a buscarla.

Capítulo 8

Desde la casa de piedra roja de Inverness perteneciente a la viuda lady Mackintosh, el duque de Cumberland dio orden de detener a todos los rebeldes que habían huido del campo de batalla y de eliminar a cuantos yacieran aún heridos en el páramo. El duque se encontraba de buen humor, aunque su talante general era severo. Inverness y sus alrededores le recordaban sin cesar el desorden en que, a su juicio, se hallaban Escocia y su gente, y dirigió las operaciones destinadas a restablecer el orden con el celo implacable de un carnicero en el matadero.

Durante dos días y dos noches, los heridos de las Highlands permanecieron tendidos en Drummossie Moor, despojados de sus ropas por mendigos que se arrastraban entre ellos en busca de botín. Sus mujeres y parientes eran retenidos a punta de bayoneta por los centinelas ingleses que custodiaban el lugar, y los gritos de auxilio de los moribundos obligaban a los habitantes de las granjas cercanas a taparse los oídos y cubrirse la cabeza con mantas al caer la noche.

Muchos campesinos encontraron a algunas de aquellas criaturas desdichadas arrastrándose hasta sus puertas, suplicando agua y alimento, y quienes se atrevieron a acogerlos aprendieron pronto el verdadero significado de la ira del vencedor. No tardaron en llegar destacamentos del ejército inglés al páramo para registrar granjas y cabañas. Todos los hombres hallados con vida entre los montones de cadáveres fueron fusilados o atravesados con bayonetas, y las casas que habían dado refugio a los fugitivos fueron incendiadas con los heridos y sus protectores encerrados en su interior.

Desde su escondite, a unas tres millas de distancia, lo que quedaba de los Mackenzie de Glenannan contemplaba las columnas de humo que se elevaban hacia el pálido cielo primaveral. Sir Murdoch había reunido a su gente en un bosque cercano a Castle Hill. Allí habían hecho recuento, atendido a los heridos y enterrado a algunos de los que habían sucumbido. Quedaban poco más de cincuenta.

Malcolm mandó llamar a todos y les ordenó presentarse ante el jefe para decir si habían visto a Kenneth Mackenzie después de aquella primera carga salvaje. Así fue como supieron de las heridas que lo habían abatido mucho antes de alcanzar la infantería inglesa. Un miembro del clan lo había visto caer, y otro, que corría para salvar su vida, aseguró haberlo visto ser sacado del campo por hombres de otra rama de los Mackenzie. Ese hombre se presentó ante su jefe y relató lo ocurrido.

—¿Cómo de graves eran sus heridas? —preguntó sir Murdoch.

El hombre bajó la mirada y murmuró sin atreverse a alzar los ojos hacia aquel rostro feroz. Nunca era prudente llevar malas noticias a los Mackenzie de Glenannan.

—Responde —ordenó Malcolm—. ¿Cómo de graves? ¿Podría haber sobrevivido?

—Tenía las piernas destrozadas —dijo—, y estaba cubierto de sangre. Creo que habría muerto pronto, señor.

—¿Quién se lo llevó? —insistió Malcolm.

—Hombres de Clanranald, creo. En medio de la confusión no puedo estar seguro. Pero vi el rostro de lord Kenneth cuando se lo llevaban y lo reconocí. De eso no me equivoco.

—No —dijo sir Murdoch con lentitud—. No te equivocas. ¿Cómo te llamas?

—Ian, hijo de Dugan.

—Así que, Ian Mackenzie, viste cómo se llevaban al hijo de tu jefe, herido y necesitado de ayuda, y seguiste corriendo, dejándolo a

merced de los Clanranald.

El hombre palideció. Miró a su jefe y a sus hijos y comprendió que su destino estaba sellado. Cayó de rodillas.

—Señor, no pude hacer nada… Ya no había remedio y todos huían de la metralla inglesa.

—¿No sabes que tu deber es primero hacia el jefe y su sangre, y en último lugar hacia ti mismo? —replicó sir Murdoch—. Has quebrantado la ley del clan, Ian, hijo de Dugan. A quien abandona a mi hijo para morir y se salva a sí mismo no se le concederá la vida.

Sus ojos amarillentos fulminaron al desdichado. Luego se volvió hacia los hombres que lo rodeaban y señaló al condenado.

—¡Lleváoslo y ahorcadlo!

Mientras el hombre era apresado y arrastrado, sir Murdoch se cubrió el rostro. Su gente se alejó en silencio, dejando al jefe a solas con su dolor.

—Está muerto —dijo por fin Malcolm—. Al menos sabemos que no sigue ahí fuera sufriendo. No lo llores, padre. Kenneth nunca temió a la muerte.

—Sí —sir Murdoch alzó la cabeza—. Kenneth no temía a nada. Ninguno de mis hijos sería hecho prisionero, y menos aún Kenneth.

—No están tomando prisioneros —replicó Malcolm, señalando las columnas de humo al borde del bosque—. Están quemando granjas. Padre, tienes que reaccionar. Kenneth puede haber muerto, pero con él han caído tres cuartas partes de nuestra gente. ¿Adónde vamos ahora? Las partidas de búsqueda llegarán pronto. ¿Vamos a quedarnos aquí a luchar?

Hamish, hosco y sombrío, se acercó a su padre, que permanecía sentado con los hombros hundidos, y, arrodillándose, le rodeó con un brazo.

—Mi padre ha terminado de luchar —dijo—. Quédate aquí con algunos hombres si quieres, Malcolm, pero yo me lo llevo a casa, a

Glenannan.

—Ven con nosotros, Malcolm —rogó el anciano—. No estoy dispuesto a perder otro hijo ni a sacrificar a un solo hombre más por una causa perdida. Reuniremos a los nuestros y regresaremos a casa.

—Glenannan se puede defender —replicó Malcolm—. No sería la primera vez que resistimos un asedio. Que vengan a buscarnos allí. Les daremos una bienvenida que no olvidarán.

—Ya te lo he dicho. He terminado con la lucha. Cuando estemos en casa, haremos la paz que podamos. Vamos, Hamish, dame el brazo para apoyarme. Malcolm, corre la voz. Todos deben prepararse para abandonar el bosque en cuanto oscurezca. Será mejor movernos campo a través y dejar los caminos. Así es como marcharán los ingleses.



Al caer la noche, la pequeña compañía de hombres comenzó su silencioso viaje fuera del bosque que les daba cobijo, liderados por su jefe, que montaba el caballo tomado al dragón inglés muerto, con Malcolm montando el segundo caballo a su lado y Hamish caminando junto a las riendas de su padre.

Durante la noche se detuvieron en un pequeño arroyo y bebieron, y comieron crudos los pocos peces que capturaron, ya que no se atrevieron a encender un fuego. Al amanecer se encontraban ya al oeste de Inverness, girando hacia Glenannan, y Malcolm dispuso a su gente en un campo de guisantes, donde se les ordenó permanecer en silencio y fuera de la vista, so pena de ser abandonados. El hambre los atormentaba, y muchos estaban tan debilitados por las heridas superficiales y la falta de comida que se dejaron caer y esperaron en silencio a que la muerte los alcanzara. Solo la feroz voluntad del hijo mayor de su jefe y el terror que les

inspiraba su ira hicieron que el resto de los Mackenzie siguieran luchando. Malcolm estaba entre ellos, maldiciendo y exhortando, a menudo obligando a sus hombres a obedecer con golpes. Lo odiaban y murmuraban, pero obedecían sus órdenes. Y así fue como llevó a la pequeña compañía a la vista de su hogar en Glenannan, y fue al amanecer, mientras se preparaban para recorrer la última milla, que los dos hombres del clan Chisholm los encontraron con el mensaje de su prima Sorcha y la noticia de que un destacamento de caballería inglesa había llegado desde Inverness el día anterior y ocupaba la casa de Glenannan.

El anciano Chisholm sacó un papel sellado de su raído *plaid* y se lo entregó al jefe de los Mackenzie.

—Le hemos buscado por todas partes, señor. Le hemos vigilado y esperado día y noche para poder cumplir la promesa que le hicimos a la dama que nos salvó la vida.

—¿Qué dama? —preguntó Malcolm—. ¿De dónde vienen y por qué no hay noticias ni señales de él? —Señaló al joven que permanecía en silencio, con la mirada perdida, pasando de uno a otro.

—No ha hablado desde la batalla —explicó Chisholm—. Sacamos a nuestro padre del páramo y fue entonces cuando la hija de Campbell de Hemsley nos encontró y nos llevó a su casa para darnos cobijo. Mi hermano ha perdido la cabeza. Tengo que mantenerlo conmigo.

Malcolm se acercó a él.

—¿La señora de Hemsley os dio cobijo? ¿La hija del señor?

—La misma. Pero no fue ella quien me entregó esta carta, ni quien nos pasó los caballos cuando su padre nos echó. Fue la otra, la señora Mackenzie, que está prisionera allí. Ella nos salvó la vida cuando Campbell iba a entregarnos a las tropas inglesas. Le prometimos encontrarlo y entregarle lo que ella escribió. Ahora hemos cumplido nuestra promesa.

—Te damos las gracias. —Sir Murdoch guardó la carta en su abrigo—. ¿Qué hacen los ingleses en Glenannan?

—Buscándole. Y saqueando la casa. Algunas de las mujeres escaparon, pero otras siguen retenidas allí para los soldados. Hemos oído gritos, pero los pocos hombres que quedaban allí están muertos o hechos prisioneros y no hay nada que mi hermano y yo podamos hacer solos, salvo esperarte y avisarte.

—¿Cuántos son? —espetó Malcolm.

—Cincuenta o más, con caballos, completamente armados.

Malcolm se volvió hacia su padre y Hamish.

—¡Cincuenta! ¿Vamos a quedarnos aquí mientras violan a nuestras mujeres y roban nuestras pertenencias? ¿Es esta tu «paz», padre?

—Señor —intervino Chisholm—, ¿puede un pobre hablar con humildad?

—Espera, Malcolm. —Sir Murdoch levantó la mano y asintió al miembro del clan—. Habla.

—Si van contra ellos, todos morirán o serán capturados. Sois muchos aquí, pero cansados, enfermos y hambrientos, como lo estábamos nosotros cuando huimos de la batalla. Nada puede salvar a vuestras mujeres ni devolveros a los sirvientes que han matado, y lo mismo está ocurriendo en todas las casas cuyos jefes lucharon por el príncipe y en todas las granjas y pequeñas granjas que pertenecen a los clanes. Lleve a su gente, señor, y escóndase hasta que pase la furia. Nuestra casa ha desaparecido y encontramos a los Campbell llevándose nuestro escaso ganado mientras la granja ardía hasta los cimientos. Nos escondimos y observamos cómo lo hacían, porque es mejor tener vida y esperar la venganza que tirarlo todo por la borda. Llevaré a mi hermano a las montañas y esperaré a que lleguen tiempos más tranquilos.

—Sabias palabras —admitió el anciano—. Más sabias que las tuyas, hijo mío. —Se volvió hacia Malcolm—. Nos quedaremos aquí

hasta que se pueda tomar una decisión. Si atacamos Glenannan, debe ser en la oscuridad. Mientras tanto, que nuestra gente se mantenga oculta. Veamos qué dice la carta de la prima Sorcha...



El capitán Malcolm Booth, de los dragones de Lord Mark Kerr, echó un rápido vistazo a su reflejo en el espejo de la pared a su izquierda y, satisfecho de que presentaba todo lo que se podía exigir a un oficial inglés bien parecido, hizo otro intento por mostrarse amistoso con Lady Marsali Gordon.

Dos semanas antes, él y su compañía habían llegado a las puertas de Hemsley exigiendo que les dejaran entrar. Estaban inspeccionando todas las grandes casas de la zona al sur del lago Ness, mientras que sus compañeros de Cholmondleys se ocupaban de la nobleza y sus arrendatarios al oeste.

En el cuartel general del duque en Inverness había una lista de los clanes que se habían rebelado, y el capitán Booth había recibido órdenes de alojarse en casa del conde de Hemsley y averiguar discretamente si su lealtad al rey Jorge era genuina. Era más que probable que muchos de los astutos escoceses se hubieran abstenido de luchar por interés propio y no por sentido del deber hacia su legítimo rey. Cualquiera de ellos que fuera encontrado dando cobijo a los rebeldes sería considerado igualmente culpable y detenido.

Pero el capitán no encontró ninguna falta en el conde. Había sido recibido cortésmente en el castillo y se le había ofrecido hospitalidad durante todo el tiempo que deseara. Ninguno de los arrendatarios del conde había tomado las armas, y el minucioso registro realizado ese mismo día no descubrió a ningún fugitivo escondido en el castillo. Al capitán y a dos jóvenes alférez se les proporcionaron cómodas habitaciones y se les invitó a compartir la

mesa del conde y a considerarse sus invitados. A cambio, los oficiales se comportaron con tacto, y sus hombres se alojaron con sus caballos en las dependencias, sin que hasta el momento se hubiera producido ningún incidente.

Pero si el conde era amistoso, su hija Marsali seguía siendo hostil y silenciosa. Su actitud era una decepción para el capitán, que la consideraba una de las mujeres más bellas que había visto en su vida y estaba ansioso por mostrarse amable. Encontraba a los escoceses una irritante mezcla de feudalismo bárbaro y orgullo escandaloso. Muchas de las chozas que había quemado eran tan rudimentarias que solo servían para los animales, y las personas miserables que las habitaban y que huían ante los sables de sus soldados eran poco menos que salvajes. No podía entenderlos cuando pedían clemencia en su lengua tosca y no los habría perdonado aunque hubiera podido. Le irritaba un poco descubrir que el gran castillo medieval era en muchos aspectos más lujoso que su modesta mansión de Suffolk, y que el conde era un hombre de tanta cultura que a menudo se sentía en desventaja frente a él.

No le gustaba ni confiaba en el imperioso anciano, y estaba enfadándose mucho con Lady Marsali, que vestía de luto y no tuvo reparos en decirle, nada más ser presentados, que era la viuda de un hombre que había luchado por el príncipe en Culloden. Una o dos veces, tras un desaire en particular, el capitán se encontró deseando que los Campbell de Hemsley no estuvieran tan bien dentro de la ley. A sus propios ojos, el capitán se consideraba un huésped modelo; era cortés y agradecido y evitaba cualquier mención de su propósito en el vecindario. No había hecho nada que pudiera ofender y el único hombre de su tropa que había sido sorprendido robando en las dependencias del servicio del castillo había sido ahorcado sumariamente como ejemplo.

Y, aun así, Lady Marsali lo evitaba, y cuando él intentaba hablar con ella, ella lo miraba con tal desprecio y aversión que él tartamudeaba y se sonrojaba como un niño. Eso lo enfureció mucho y, por eso, ordenó un segundo registro, invadiendo incluso las

habitaciones donde estaba recluida la esposa del conde, con la esperanza de descubrir algún secreto comprometedor. Su encuentro con la excéntrica condesa y su doncella no había dado ningún resultado.

Se vio obligado a aceptar la seca explicación del conde de que ella estaba un poco loca, y abandonó su búsqueda con cierta incomodidad. Avanzó hacia el salón verde, y la mujer que estaba sentada cosiendo junto a la ventana lo miró.

—Espero no molestarla, señora.

Marsali dejó la costura y comenzó a doblarla.

—Ya me iba, capitán. Por favor, utilice mi habitación si lo desea.

—Mi habitación. —Se sonrojó por el tono y la insinuación de que estaba entrometiéndose.

Ella se sintió satisfecha al ver el rostro redondo y joven enrojecido por la vergüenza. Él tiró de la ajustada corbata blanca sobre su chaqueta escarlata de cara azul y se quedó quieto. Tenía un rostro tan corriente, con rasgos anodinos y unos curiosos ojos marrones muy penetrantes, que ella lo odió como si todo su odio hacia su rey y su ejército victorioso se concentrara en ese joven oficial pomposo que habría sonreído con aire de suficiencia y se habría pavoneado ante el más mínimo aliento por su parte.

Se preguntó qué harían las mujeres de su país si los montañeses del príncipe Carlos ocuparan su país, invadieran sus hogares y tuvieran la insufrible descaro de esperar que fueran amables con ellos. Sabía que su padre también lo odiaba, pero lo ocultaba y obligaba a su gente a hacer lo mismo. Un solo incidente hostil bastaría para demostrar su simpatía por la rebelión y hacer que las tropas punitivas salieran de Inverness para quemar y devastar sus tierras, como estaban haciendo con los Chisholm, los Mackintosh y los Mackenzie de la zona.

Todos los días, Booth y sus hombres salían a cazar fugitivos; Marsali observó con horror que nunca regresaban con prisioneros, y

una noche, durante la cena, vio al capitán sacar un reloj de oro fino que sabía que no tenía antes.

—Veo que estoy molestándola —dijo con rigidez—. ¡Debo protestar, señora, porque cada vez que entro en una habitación, usted siempre se asegura de salir de ella!

Marsali se puso de pie.

—Está aquí por invitación de mi padre, señor. No por la mía. Me parece extraordinario que espere que la viuda de Keith Gordon trate su presencia aquí como si fuera una agradable visita social.

—Siento lo de su marido. Pero si no hubiera tomado las armas contra su rey, ahora estaría con vos.

—¡El rey Jorge no era su rey! —replicó Marsali—. ¿Qué quiere de mí, señor? ¿Debo invocar a Dios para que salve al príncipe Carlos? Lo haré, si eso le da la excusa que necesita para arrestarme.

—Si quisiera arrestarla —el capitán se acercó a ella, bloqueándole el paso hacia la puerta—, si eso fuera lo que quisiera, ¡lo habría hecho hace mucho tiempo! No se equivoque, señora, aquí puedo hacer lo que me plazca y ordenar lo que me plazca. Pero no castigamos a nadie excepto a los culpables, y parece que su familia no es culpable. En cuanto a sus sentimientos, difícilmente puedo castigar a una mujer por la traición de su marido. ¡Lo único que quiero es que deje de tratarnos a mí y a mis dos oficiales como si fuéramos unos asesinos!

—Cuando pienso en mi marido y en tantos a los que quería...

Pero no era Keith quien ocupaba su mente en ese momento, mientras se enfrentaba al enemigo; no era su recuerdo lo que le hacía llorar y la humillaba hasta el punto de llorar delante del capitán. Era Malcolm quien la atormentaba. Malcolm muerto en aquel horrible campo de batalla, Malcolm tendido durante dos días y dos noches entre los heridos hasta que los pelotones de ejecución de Cumberland marcharon y lo mataron allí donde yacía.

De repente, ella comenzó a llorar, y sus lágrimas conmovieron el corazón del joven que estaba frente a ella; había visto llorar a muchas mujeres en las últimas semanas, algunas de ellas tan bien nacidas y orgullosas como la hermosa viuda del traidor Gordon de Spey. Pero él había visto su sufrimiento sin inmutarse. Era soldado y estaba acostumbrado a tareas desagradables, algunas de las cuales, como la ejecución sumaria de los salvajes montañeses, le proporcionaban una sensación de satisfacción. No estaba preparado para el efecto que las lágrimas de Marsali tuvieron en sus sentimientos. Dio un paso hacia ella.

—Por favor, no llore. Si hay algo que pueda hacer, si hay alguna posibilidad de que su marido esté vivo...

—No hay ninguna posibilidad. Mi padre ha preguntado por todas partes entre los prisioneros de Inverness; mi marido fue visto por última vez luchando contra los Campbell. Damos por hecho que está muerto.

Se secó los ojos y se recompuso, y al hacerlo y ver que el joven la observaba, decidió de repente disimular su repugnancia y utilizarlo. Con esfuerzo, sonrió.

—Siento haber sido tan grosera con usted, capitán Booth. Ha sido muy amable. Por favor, discúlpeme, me sentí abrumada...

Su respuesta fue tan inmediata que, si ella hubiera estado menos amargada, Marsali se habría sentido avergonzada. Se sonrojó de nuevo hasta el borde de su peluca rizada y le ofreció su brazo.

—Venga y siéntese. ¿Puedo llamar a alguien para usted? ¿Quiere a su doncella?

—No, gracias. —Negó con la cabeza—. No hay nada que nadie en esta casa pueda hacer para ayudarme. Capitán Booth, ¿alguna vez ha perdido a alguien a quien amaba?

—A mi madre. La quería mucho.

Marsali se inclinó hacia él.

—Entonces, ¿puede imaginar lo que es no saber si esa persona está muerta o no?

El capitán la miró fijamente.

—Pero usted dijo que era seguro que su marido...

—No estoy hablando de mi marido. —Decidió apostarlo todo a su vanidad—. Siento que no debería ser una carga para usted. Pero no puedo evitarlo. ¿Puedo confiar en usted?

Los agudos ojos marrones la miraron fijamente y luego él apartó la vista.

—Sabe que puede, señora. ¿Tiene algún problema?

—No. Y no me aprovecharía de su caballerosidad para pedirle ayuda si lo hiciera. Le pido algo que solo usted puede hacer por mí, si así lo desea. No va contra su honor, capitán. Todo lo que quiero son noticias de uno de los rebeldes… saber si está prisionero o muerto.

—¿Por qué no puede su padre hacer esas averiguaciones por usted?

Aún dudaba de ella. Su desconfianza natural y su aversión hacia los escoceses pugnaban con el interés creciente que le despertaba aquella mujer y con la esperanza de que la gratitud la inclinara a corresponderle de algún modo, aunque ni él mismo sabía bien de qué manera.

—No conoce Escocia, ¿verdad? De lo contrario no haría esa pregunta. Hace tiempo tuve un pretendiente, pero mi padre no lo aprobaba y me casó con otro. Ni siquiera me atrevo a pronunciar su nombre. Capitán, ¿podría averiguar qué ha sido de Malcolm Mackenzie de Glenannan? Es lo único que le pido.

—Ojalá lo supiera —respondió con sequedad—. Porque él, su padre y varios de sus hombres figuran en mi lista de fugitivos. Llevamos tres días buscándolos. Los Cholmondley fueron a Glenannan, pero los Mackenzie no regresaron allí y, si lo hacen, lo encontrarán reducido a cenizas. Hasta ahora ha logrado escapar;

hay bastantes soldados británicos muertos esparcidos por esta comarca que lo demuestran.

Marsali se volvió hacia él, triunfante. Ya no le importaba lo que pensara ni le inspiraba temor alguno. Lo único esencial era que Malcolm seguía vivo.

—Oh, gracias a Dios. Y gracias también a usted, capitán, por darme la mejor noticia de mi vida.

—Me sorprende —replicó con rigidez—. Pensaba que guardaba luto por su marido. Si fuera usted, no me alegraría demasiado pronto. Su amante será capturado y ejecutado. Hoy registramos los bosques alrededor del lago Ness. Hay rumores de que ha sido visto allí. Lo encontraremos y lo castigaremos, aunque tengamos que peinar las Highlands de costa a costa.

Marsali se apartó con brusquedad y lo dejó allí, mirándola con ira. Ya en la puerta, se volvió.

—Nunca capturarás a Malcolm Mackenzie. Pobre inglés domesticado. Si alguna vez lo atrapas, te compadezco.

Al cerrar la puerta, oyó su risa.

El capitán se marchó temprano aquella tarde. Comió con el conde y con Marsali y apenas habló. Sus dos oficiales subalternos permanecieron rígidos y taciturnos, y Booth se mostró deliberadamente brusco al levantarse en mitad del último plato y ordenar a los alféreces que ensillaran los caballos y se prepararan para partir. Se volvió hacia el conde con frialdad.

—Disculpe, lord Hemsley, pero hoy debemos registrar una zona extensa. Espero que nos excuse.

—Parece que no tengo alternativa.

Marsali vio el rostro pálido y tenso de su padre y, inclinándose hacia él, le susurró que se contuviera.

—Entonces, retírense. Les disculpamos.

Cuando se hubieron marchado, el conde chasqueó los dedos con irritación y dos sirvientes retiraron las sillas. Tomó a Marsali del brazo y la condujo por el Gran Salón hasta la biblioteca.

—Perros maleducados. Deberían sentarse con los criados. Estoy a punto de decirle a ese cachorro que se comporte o que se lleve a sus hombres a otra parte.

—Está enfadado conmigo. Lo rechacé esta mañana. Se le pasará.

—¿Te ha molestado? —preguntó el conde con brusquedad—. Dime, hija mía, ¿te ha ofendido de algún modo? Por Dios, si lo ha hecho…

—No, padre. Ya sabes lo torpes que son los ingleses. No es más que un patán inofensivo. Y aunque no lo fuera, no hay nada que puedas hacer sin perder tu neutralidad. Solo espero que creas que vale la pena.

Él la observó mientras ella permanecía ante él, obediente, correcta y levemente desafiante.

—Nunca me has perdonado por echar a los Chisholm, ¿verdad?

Marsali negó despacio.

—No, padre, y nunca lo haré. ¿Deseas algo más? ¿Tus libros, o que Dugal venga a verte?

—No deseo nada. Puedes irte.

Ella hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta con suavidad. El conde oyó sus pasos cruzar el Gran Salón. Empezaba a odiarla y, aun así, era todo lo que le quedaba en el mundo.



Angus ensilló el caballo protestando sin cesar. El campo no era lugar para cabalgar en aquellos días, con tropas de caballería recorriendo

los páramos y clanes fugitivos robando a los suyos comida y ropa. Marsali no discutió. Se había cambiado de vestido y aguardaba en los establos mientras Angus ajustaba la silla de su yegua. Cuando él comenzó a sacar la montura y la brida para sí, ella lo detuvo.

—Voy sola.

—No lo harás.

El anciano abrió la boca, la cerró y sacudió la cabeza canosa.

—No lo hará, milady. Si insiste en salir, iré con vos. De lo contrario, iré ahora mismo a decírselo a milord.

—Angus.

Su voz fue apenas un murmullo.

—Eres mi sirviente y debes obedecerme. Esos soldados han ido tras Mackenzie de Glenannan y sus hombres. Voy a salir para averiguar dónde pueden estar y advertirles. Tú no vendrás conmigo. Y si te atreves a decírselo a mi padre, le contaré que me acompañaste a esas reuniones secretas junto al lago Ness. No daría mucho por tu pellejo después de eso. Trae mi yegua y ordena que abran las puertas.

Cabalgó hacia el campo abierto, guiando a la yegua por la ladera empinada lejos del castillo. Cuando el terreno se allanó, la lanzó al galope. A unas cinco millas al oeste, junto a la cabecera del lago, se alzaba un bosque espeso, surcado por senderos estrechos, donde ella y Malcolm solían montar. Allí podían ocultarse durante días, cazando lo que encontraran y arrastrándose hasta el agua por la noche para beber. Allí buscaría primero.

Mientras cabalgaba, recordó las palabras del miserable inglés. «Los Cholmondley fueron a Glenannan… reducido a cenizas…». La casa de Malcolm había sido destruida, sus tierras confiscadas, y él, su padre y sus hombres eran fugitivos. Pero seguía vivo. La alegría y el agradecimiento inundaron su corazón y, por primera vez en muchos meses de agotamiento, Marsali supo lo que era volver a sentirse feliz. En aquel instante nada más importaba. Su matrimonio

con el buen y merecedor Keith y, después, su muerte; toda la futilidad y el dolor que la habían oprimido desde que los Chisholm fugitivos se refugiaron brevemente en Glenannan, todo había desaparecido, porque el mayor de los dolores se había disipado.

Malcolm seguía vivo y, aunque le costara la vida, lo encontraría para advertirle de que los dragones lo buscaban. Por eso no había llevado a Angus. Porque, si no encontraba a los Mackenzie, los Mackenzie sin duda la encontrarían a ella. Pasara lo que pasara, no permitiría que mataran al pobre y fiel Angus.

Capítulo 9

En el límite del bosque desmontó y, llevando de la brida a la yegua, avanzó entre los árboles. El bosque estaba en calma. El sol se filtraba entre las ramas, dibujando sombras sobre el suelo cubierto de musgo. De pronto, la yegua relinchó. A lo lejos, a la derecha, otro caballo respondió. Marsali giró y avanzó hacia el sonido. Había alguien allí, y ese alguien tenía un caballo.

Rara vez había sentido miedo en su vida. Ahora, a medida que se internaba en el bosque sombrío, el aire parecía más frío y la luz más escasa. Algunos de los que huían del campo de batalla se habían convertido en ladrones, acechando viajeros para matarlos y robarles. No todos los que lucharon en Culloden eran ingleses por un lado y escoceses por el otro.

Por un instante el pánico la paralizó. Entonces el bosque estalló en sonidos terribles. Un grito salvaje resonó y, justo delante de ella, un hombre grande y barbudo surgió entre los árboles, desnudo salvo por la falda escocesa. Tras él aparecieron otros, vestidos de escarlata y azul. El que iba delante se detuvo, apuntó y disparó al highlander que huía. Marsali oyó su propio grito. La yegua se encabritó y casi la derribó.

—¡Malcolm! ¡Malcolm! —gritó—. ¡Malcolm, los ingleses te persiguen…!

—¡Que alguien le tape la boca a esa mujer! —gritó una voz inglesa.

Al instante fue arrojada al suelo. El peso de un hombre cayó sobre ella. El soldado le levantó la cabeza tirándole del pelo y le asestó un golpe brutal en la barbilla.

Cuando recobró el conocimiento, el capitán Booth se inclinaba sobre ella.

—Debí suponer que intentaría avisarle. Qué tonta ha sido. ¿De verdad creyó que no buscaríamos en un lugar así?

Ella giró la cabeza. Tenía sabor a sangre en la boca y las muñecas atadas a la espalda.

—Vi a alguien corriendo… Por un momento pensé…

—Un miserable rebelde. Se ha delatado para nada. Sus Mackenzie no están aquí.

—Eso es lo único que me importa. ¿Sería tan amable de desatarme, señor? Cuando mi padre se entere de lo que ha hecho, lo acusará ante el propio duque de Cumberland.

—Eso le servirá de mucho.

Por primera vez, el capitán se sintió superior. La mujer que yacía en el suelo, sucia y ensangrentada, atada como una delincuente, estaba ahora al mismo nivel que el resto de sus compatriotas.

—El duque no muestra misericordia con los traidores. Advertir a un rebelde es tan grave como darle refugio. Queda usted detenida. Mañana será escoltada a Inverness.

—No es cierto —dijo Marsali con calma—. Supe que era usted un canalla maleducado en cuanto lo vi. Y nunca capturaréis a Malcolm Mackenzie.

—¡Sargento Brewster! ¿Hemos terminado?

—Sí, señor. No hemos encontrado nada más.

—Muy bien. Desaten a lady Marsali y asignen a dos hombres para escoltarla de regreso a Hemsley. Permanecerá confinada en sus

aposentos, con un centinela apostado fuera de la puerta. Nadie debe verla hasta que regrese con la tropa. ¡Rápido!

Un soldado la ayudó a incorporarse. Le dolía la cabeza y la mandíbula palpitaba. Otro cortó las ataduras.

—¿Puede montar sin ayuda, señora?

—Puedo montar sola. Prefiero caminar antes que compartir caballo con uno de sus hombres.

—Como desee.

El sargento Brewster la condujo por el sendero. En un claro vio los caballos de los soldados, entre ellos su yegua. Debían de haber aguardado allí mientras peinaban el bosque. Dos hombres llevaron los animales hacia delante y el sargento la escoltó hasta el borde del bosque. Allí montó y dos jóvenes reclutas, rígidos y silenciosos, se situaron a ambos lados.

—De vuelta a Hemsley. Vigilancia estricta —ordenó el sargento —. Y no intente escapar, señora. La atraparán en un instante.

Al salir del bosque, el sol la iluminó y algo la impulsó a mirar atrás. En el límite de los árboles vio el cuerpo desnudo del hombre barbudo colgado de una rama.



Effie llevaba una hora llorando. Cuando trajeron a Marsali de vuelta, lanzó un grito salvaje y se abalanzó contra los soldados. Uno de ellos la empujó dentro de la habitación. La puerta se cerró y un centinela ocupó su puesto fuera. Effie rodeó a Marsali con los brazos. Poco después llegó el conde y pudieron oírlo gritar al centinela, hasta que este respondió en voz alta:

—Apártese, o usaré la bayoneta. Tengo órdenes. Nadie entra aquí hasta que regrese el capitán.

—No lo pongas a prueba, padre —gritó Marsali—. Hará lo que dice. ¡Estoy bien, no estoy herida!

—¡Sí lo está! —protestó Effie—. Su dulce rostro está lleno de marcas.

—¡Cállate! —ordenó Marsali—. ¿Quieres que ese bruto inglés mate a mi padre? Padre, no la escuches. No estoy herida, te lo aseguro. Salí a montar y me los encontré cazando a un pobre hombre en el bosque, en la orilla norte del lago. Ahora vete, te lo ruego. El capitán volverá pronto y entonces podrás verme.

—En cinco minutos traeré a todos los hombres del castillo y yo mismo te cortaré el cuello, cerdo —oyeron gritar al centinela.

Empujando a Effie a un lado, Marsali se acercó a la puerta.

—Fui a advertir a los Mackenzie de Glenannan. Por eso me arrestaron. ¿Aun así subirás a liberarme?

No hubo respuesta inmediata. Detrás de ella, Effie jadeó. Un momento después, oyeron los pasos del conde alejándose por el largo pasillo de piedra.

—Dios mío —susurró Effie—. ¿Qué ha hecho?

—Ya no volverá. Effie, ayúdame… me da vueltas la cabeza.

Se dejó caer en sus brazos. Mientras Effie le lavaba con cuidado el rostro y las manos, le cepillaba el cabello y la ayudaba a ponerse una bata, no dejó de murmurarle:

—Está loca. Arriesgar la vida para ir a buscarlo… ¿Ha olvidado a ese hermano asesino y el peligro en el que se metido? ¿Qué habría pasado si los hubiera encontrado?

—No me importaba —respondió Marsali, mareada, extrañamente exaltada—. No capturarán a Malcolm. Lo sé.

—Qué tontería, qué tontería —continuó Effie—. ¿Cómo vamos a arreglar esto ahora, con ese zoquete de oficial? Tu padre tendrá que explicarlo…

—Esto va más allá de lo que mi padre pueda explicar —dijo Marsali en voz baja—. No es una simple escapada. Estas personas no son caballeros jugando a la guerra. Mírame si no me crees. Fui a advertir a un proscrito y ese capitán dijo que mañana me enviarán a Inverness y me acusarán de traición. Quiero preguntarte algo. ¿Vendrás conmigo? No sé adónde me llevarán antes del juicio.

Effie rompió a llorar.



—Debe comprender —dijo el capitán— que, personalmente, encuentro todo esto muy desagradable. Pero debo cumplir con mi deber, lord Hemsley, y la conducta de lady Marsali no me ha dejado alternativa.

El capitán Booth y el conde se miraban con calma. Booth estaba convencido de llevar la entrevista con autoridad y tacto. Se sentía satisfecho y seguro de que el anciano acabaría suplicando. Nada garantizaría la liberación de su hija. Ella se había reído de él y lo había llamado inglés domesticado. En la prisión de Inverness tendría tiempo para arrepentirse.

—Mi hija está arrestada en mi propia casa —dijo el conde—. Deseo escuchar su explicación. Después hablaremos de los méritos de su acción y de lo que pienso hacer al respecto.

El tono del conde hizo que el capitán perdiera parte de su aplomo.

—Esta mañana su hija me pidió un favor —replicó—. Me pidió que averiguara si un tal Malcolm Mackenzie de Glenannan estaba vivo o muerto. Pude decirle que, por desgracia, está vivo y que lo estamos buscando. No ocultó su afecto por él ni por la causa infame que defendía.

—Sea claro —dijo el conde—. Mi hija le preguntó por ese hombre y usted le dijo que vivía.

—Así es. Y, a partir de ahí, ella salió esta tarde a buscarlo para advertirle. Lo esperaba. Llegó a un bosque junto a la orilla del Loch…

—Aquí no tenemos lagos —interrumpió el conde.

—No me ponga a prueba.

—Eso sería imprudente —replicó el conde con una leve sonrisa —. Continúe.

—Buscábamos rebeldes. Uno huyó y su hija, confundiéndolo, empezó a gritar. La oí yo mismo. Lamentablemente, hubo que silenciarla. Tengo testigos. Ella no lo negó.

—No —dijo por fin el conde—. Lo creo perfectamente. Entonces el caso está probado.

Su serenidad desconcertó al capitán.

—Tuve un único hijo. Murió. Tuve un yerno. También murió. Parece que solo Malcolm Mackenzie sigue vivo. Cuando mi hija me explicó por qué la trajeron de vuelta como prisionera, creí que mentía para alejarme del centinela. Ahora sé que decía la verdad. Lo que ha hecho para traicionar al rey de Inglaterra no me concierne. Si solo fuera eso, ninguno de ustedes saldría vivo de Hemsley. Aquí rige mi justicia. Pero, debido a la traición de mi hija a su sangre y a mi autoridad, permitiré que se la lleven mañana a Inverness. Ni siquiera quiero saber qué será de ella. Si me disculpa, deseo estar solo.

Las ruinas de una gran casa se alzaban al aire libre. Las paredes estaban ennegrecidas por el fuego; los pisos superiores, derruidos.

De una pared colgaban jirones de seda, últimos restos del Salón Gris que Malcolm Mackenzie había preparado para su novia.

Los Mackenzie de Glenannan se refugiaban en las ruinas de Kincarrig, un lugar que nadie pensó en registrar. Vivían en sótanos y dependencias. Pequeños grupos salían de día, al mando de Malcolm o de Hamish, para sorprender a tropas inglesas mientras saqueaban granjas. A los que capturaban los mataban con rapidez; cuando podían, interrogaban prisioneros. Los cuerpos mutilados colgaban luego junto a los caminos de montaña como advertencia.

La comida escaseaba. Cazaban, pescaban y cocinaban en un sótano profundo donde no se veía la luz. Vestían abrigos ingleses sobre las faldas escocesas, con insignias arrancadas. Su número disminuía. Algunos habían regresado a proteger sus hogares y fueron capturados y fusilados. Sus familias quedaron abandonadas a morir de hambre.

Lenta y metódicamente, el ejército inglés avanzaba por las Highlands, quemando y matando, vaciando granjas de animales y herramientas. Los ancianos, que recordaban la rebelión de treinta años atrás, nunca habían visto semejante devastación. Para los Mackenzie de Glenannan, el tiempo había retrocedido siglos. Vivían como sus antepasados salvajes, y el viejo jefe se sentaba envuelto en su plaid mientras le traían las cabezas de soldados ingleses y milicianos Campbell como tributo.

El odio lo dominaba. Había visto arder su fortaleza y los carros llevarse su plata. Cuando regresaron a las ruinas hallaron los cuerpos de sus sirvientes y el de una joven destrozada con obscena violencia. El anciano alzó los brazos y maldijo a los ingleses con voz quebrada. Fue Malcolm quien propuso refugiarse en Kincarrig.

Les llegó la noticia de que el príncipe seguía libre y se dirigía a Mull. Sir Murdoch convocó consejo. Se decidió que Malcolm, como heredero, debía seguir al príncipe. La unidad del clan y la Causa eran lo único que importaba.

Era ya avanzada la tarde cuando Hamish regresó. El anciano estaba sentado sobre una piedra; un joven gaitero lo entretenía con cantos antiguos.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Sir Murdoch.

Hamish dejó una bolsa a sus pies. Dentro había monedas de plata, botones y un medallón.

—Tres soldados. Hay caballería a cinco millas. Los encontramos solos junto a un arroyo. Traían pan y brandy.

—Pobre botín —dijo Malcolm—. ¿Alguno habló?

—Uno. Lloró por su vida. Se la concedí y lo enterramos vivo. Dijo que hay caballería en Hemsley.

Sir Murdoch se inclinó hacia delante.

—Invitados del hombre que envió a los Chisholm a la muerte.

—Recibidos con honores —añadió Hamish—. Hemsley es su cuartel general.

El anciano apartó el botín de una patada.

—Reparte esto. Trae el brandy. Tendremos consejo.

Observó a Malcolm con atención. Habían luchado juntos, enterrado a los muertos, caminado entre cenizas. Y, sin embargo, no estaba satisfecho. Recordó a Kenneth. Kenneth no habría amado a la hija de su enemigo. Malcolm sí. Y esa debilidad era ahora un crimen.

Sacó la carta arrugada.

—Escuchad. «La noche de la primera luna llena, la puerta trasera norte quedará abierta. Venid mientras la casa duerme. Cada luna llena haré lo mismo hasta que lleguéis». ¿Qué os dice esto?

—Que fue escrita antes de que hubiera tropas inglesas —respondió Malcolm.

—¿Desde cuándo temes a unos pocos ingleses dormidos?

—No temo a nada.

—No cuestiono tu valor —dijo su padre con suavidad—. Entonces dime, ¿por qué pones a los soldados como excusa? —Se volvió hacia Hamish—. ¡Los mataremos en sus camas! —Miró a Malcolm—. Es la mujer, ¿verdad?

—¡Eso es mentira! —gritó Malcolm—. ¡Ninguna mujer significa nada para mí!

—Me alegra oírlo —replicó Sir Murdoch—. Lo hemos perdido todo. Nos persiguen como perros mientras ese traidor se sienta a salvo, entreteniendo a las tropas de Cumberland. ¿De qué crees que hablan cuando cenan allí? ¿De granjas quemadas y mujeres violadas? Me pregunto cómo le gustará eso a Lady Marsali.

—¿Cómo sabes que está allí? —replicó Malcolm.

Su padre se rió.

—Oh, estará allí, protegida por su padre traidor, fingiendo llorar por el hombre honrado con el que se casó y al que tú habrías matado. Fuera lo que fuera, ninguna tropa inglesa habría establecido allí su cuartel general si él siguiera con vida. Así que ninguna mujer significa nada para ti y, sin embargo, lo habrías matado, tan celoso como estabas.

Malcolm lo miró fijamente.

—Eso pertenece al pasado. Fue un momento de odio y de locura. Repito que ninguna mujer significa nada para mí.

—Si vas a liderar a nuestro pueblo cuando yo ya no esté, tendrás que demostrarlo. Y si no puedes, entregaré tu derecho a Hamish y será él quien se una al príncipe. Me lo debes, Malcolm. Me debes probar que ya no eres culpable de ese amor.

—Ya no lo soy. Estoy tan ansioso como tú por atacar Hemsley.

—Quiero más que palabras —replicó el anciano—. Juré sobre las cenizas de Glenannan que nadie que albergara a nuestros enemigos sería perdonado. Mantendré ese juramento y te lo impongo también a ti. Ni un solo hombre, mujer o niño quedará con

vida en Hemsley. Y tú, Malcolm, redimirás tu honor ejecutándola tú mismo.

—¿Eso es lo que me pides? —Los ojos oscuros de Malcolm se clavaron en los amarillos de su padre.

—No. Es lo que te ordeno. Ahora ve y reúne a nuestra gente. Esta noche hay luna llena. Esta noche atacaremos Hemsley.

Malcolm se levantó y se inclinó ante él. Al alejarse, Hamish miró a su padre con inquietud.

—¿Te obedecerá?

—Lo hará. Su orgullo se lo exige. Y cuando todo haya terminado y Hemsley arda, moriré en paz. Si se hubiera negado, creo que habría ordenado matarlo. Ven, bebe, Hamish. Luego pásame la botella. Se enfría y nos queda un largo camino.

—¿Y si Sorcha fracasa y la puerta no está abierta…?

—Estará abierta. Lo sé. Entraremos.



Effie había bajado a buscar algo de comida para su señora, pese a las protestas de Marsali, que insistía en que no quería nada. En el largo y oscuro pasillo que conducía a las cocinas se encontró con la doncella de la condesa Sorcha. Por primera vez en muchos meses, Flora no se apartó para dejarla pasar.

—Mi señora quiere saber qué ha sucedido. ¿Es cierto que hay soldados vigilando a Lady Marsali?

—Así es —replicó Effie con aspereza—. Y dile a tu señora que mañana se la llevan a prisión, todo por culpa de tu maldita familia. Estaba fuera intentando advertir a ese demonio de Malcolm Mackenzie cuando la capturaron. Ahora quítate de en medio antes de que te rompa la cabeza.

Flora se dio la vuelta y corrió escaleras arriba hasta las habitaciones de la condesa. Cerró la puerta con rapidez y su señora salió del dormitorio. Para sorpresa de Flora, Sorcha se había pintado el rostro. El efecto era grotesco, más aún combinado con un vestido de terciopelo amarillo ribeteado de encaje que la joven no la había visto llevar en años.

—Está detenida, milady —dijo—. Me encontré con su criada abajo. Dice que es por culpa de lord Malcolm. La atraparon cuando intentaba avisarle… Mañana la llevarán a Inverness.

—No me lo creo —respondió la condesa—. No se atreverán… ¿A Inverness has dicho? ¿A la cárcel?

—Sí —murmuró Flora—. He oído en las cocinas cómo tratan a nuestra gente allí. Son lugares terribles.

—Supongo que sí. No estaría tan hermosa después de pasar un tiempo en Inverness… Es una lástima que no vaya.

—¿Que no irá? ¿Por qué no?

—Porque mañana ella y todos los que están aquí, excepto tú y yo, estarán muertos —dijo Sorcha en voz baja—. En la carta que envié a mis primos les prometí que, la noche de luna llena, encontraría la forma de dejarlos entrar. Sabemos que siguen vivos y cerca. Los Chisholm debieron encontrarlos. Y esta noche hay luna llena. ¿Por qué me miras así? Cierra la boca, la tienes abierta como una idiota.

—¿Esta noche, milady…?

—¡Sí! —exclamó Sorcha—. Esta noche. Cuando todos duerman, saldrás y abrirás la puerta trasera norte. La que está empotrada en el muro. Es fácil. Solo un pasador de hierro. Una muchacha fuerte como tú puede moverlo y cien hombres pasarán sin ser vistos.

—Pero si hay un centinela…

—¿Centinela? —se burló—. ¿Qué centinela? ¿A quién esperan que los ataque? —La agarró por los brazos—. Iría yo misma, pero no

tengo fuerzas. Nadie te preguntará nada si te ven. A mí me detendrían de inmediato. Tú lo harás, ¿me oyes?

—Sí, milady. No tengo miedo. La abriré.

Sorcha se apartó, exultante.

—Piensa en todos estos años, Flora. Insultadas, despreciadas. Piensa en las noches en que venía borracho y me golpeaba por culpa de su hijo. ¿Creíste que lo había olvidado? Ninguno de ellos vivirá hasta el amanecer. Él, su hija y esos oficiales ingleses. Te he visto mirarme antes. Me he pintado y me he cambiado de vestido.

Bajó la vista y tiró del escote, dejando al descubierto su pecho cetrino.

—Quiero que mi primo Malcolm me vea hermosa —murmuró—. A estas alturas ya se habrá olvidado de mí. Quiero sorprenderlo.

Algo se removió en Flora. Por mucho que odiara a los Campbell, sintió un instante de compasión por la mujer que había arriesgado su seguridad por Malcolm Mackenzie.

—¿Nuestra gente matará a Lady Marsali —preguntó— cuando sepan lo que intentó hacer?

El odio que se reflejó en el rostro de la condesa la hizo retroceder.

—¿Matarla? Claro que sí. Si no la destrozan antes. Ahora baja y tráeme comida. Averigua lo que puedas. Tengo hambre… y estoy emocionada.

Volvió a su dormitorio canturreando. Flora la vio ante el espejo, ajustándose el vestido, y se estremeció antes de huir hacia la cocina.

El conde cenó solo esa noche en la biblioteca. Booth y sus dos oficiales comieron en el gran salón. Hemsley estaba cómodo junto al

fuego, con cojines, libros y whisky. Llamaron a la puerta y Angus entró, gorra en mano. Al recibir la señal, se arrodilló.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conde—. ¿Por qué me molestas?

—¿Es cierto que se llevan a milady mañana? —murmuró Angus.

Hemsley alzó la vista, con los ojos húmedos.

—Es cierto.

—Por el amor de Dios… —tembló Angus—. ¿Qué vamos a hacer? ¿No hay órdenes para detenerlos? Los sirvientes están alterados. Me temo que habrá peleas.

El conde se incorporó.

—Diles esto. Mi hija se va mañana a Inverness por intentar ayudar al asesino de lord Rowan. Ha sido repudiada. Su nombre no volverá a mencionarse en esta casa. Cualquiera que provoque a las tropas inglesas será ahorcado. Ahora vete.

Observó al anciano retirarse y volvió a beber.

Rowan, Keith… y ahora Marsali. No tenía nietos. Cuando muriera, un primo lejano heredaría todo. Debía aceptar la paz, y después, cuanto antes abandonara la vida, mejor.

Recordó entonces a su esposa. Sorcha Mackenzie seguía en el castillo. Cuando las tropas se marcharan, nada impediría que se ocupara de ella.



—No hará nada —aseguró Angus—. La ha repudiado.

—Entonces lo haremos sin él —replicó Effie—. Está arriba con un centinela. Angus, habla con los hombres. Mañana intentaremos rescatarla.

—Podemos esperar en la carretera de Inverness —asintió Angus—. No enviarán más de dos o tres hombres.

—Dos —dijo Effie—. Yo iré con ella.

—Dos mujeres, entonces. —Sonrió Angus—. Dile que no se preocupe. Encontraremos la manera.

Capítulo 10

En cuanto oscureció, los Mackenzie iniciaron su larga marcha hacia Hemsley. Abandonaron las ruinas de Kincarrig como sombras, los que no montaban caminando junto al jefe, a Malcolm y a Hamish, y los arrendatarios que aún conservaban caballos. Habían retirado las bridas tintineantes y arrancado de las sillas cualquier insignia o adorno. Los animales avanzaban tan silenciosos como los hombres, y ningún metal brillaba bajo la gran luna que se alzaba sobre las montañas. Era una noche serena y fresca, y la belleza del paisaje salvaje a la luz lunar era tal que incluso los corazones más rudos se llenaban de orgullo y de una tristeza profunda por la suerte de Escocia, devastada por el invasor y humillada por la derrota.

En algún lugar entre aquellas montañas, su príncipe era un fugitivo como ellos y, pese al precio puesto por su cabeza, nadie había sido tan vil como para entregarlo, ni lo sería jamás. Algunos estaban con él; otros aún aguardaban reunirse lejos, en las islas occidentales, desde donde un barco pudiera llevarlos a Francia.

En las pestilentes prisiones de Inverness, los hombres que habían luchado por él yacían hambrientos y agonizantes por sus heridas, y las horcas de la ciudad sostenían cadáveres en descomposición. Las bodegas de los barcos ingleses anclados en el Tay estaban repletas de prisioneros que aguardaban su traslado a Londres para ser juzgados, y los sufrimientos de quienes permanecían hacinados entre las piedras de lastre y el agua de sentina superaban incluso las miserias de los cautivos en tierra firme.

La tierra estaba llena de fugitivos miserables, muchos de ellos civiles inocentes cuyo único delito era llevar el nombre de un clan

que había combatido en Culloden. Los niños morían en las colinas mientras las tropas de Cumberland incendiaban y saqueaban los hogares de los valles. Bajo la luna resplandeciente, los hombres de Glenannan cabalgaban para vengar agravios incontables. La muerte, el saqueo y la destrucción habían caído sobre sus familias; eran parias sin esperanza de perdón ni lugar donde descansar. Sabían adónde se dirigían. Durante toda la tarde habían afilado sus armas y cargado las pocas pistolas de que disponían, y el ansia de venganza mitigaba el hambre y el cansancio.

A la cabeza marchaba Malcolm, montado en el gran caballo negro arrebatado a un soldado en Drummossie Moor. Había organizado a los hombres e inspeccionado sus armas y no había vuelto a hablar con su padre, salvo para anunciar que estaban listos. A su costado colgaban una espada ancha, una daga y la bayoneta inglesa de hoja curvada, y llevaba una pistola en el cinturón. Su mente había aceptado lo que iba a hacer. Ahora le parecía inevitable matar a la mujer que había amado, porque el amor en sí mismo era un crimen inexpiable, y ella era tan culpable como su padre de traición a su país y a su pueblo. En algún rincón de su alma, sus feroces celos se regocijaban. Otro hombre se había casado con ella y la había poseído, y eso jamás podría perdonarlo. Habría matado a Keith Gordon por lo que había disfrutado. Ahora se aseguraría de que no hubiera otros hombres. Se preguntaba con saña qué clase de hombres eran aquellos oficiales ingleses, los invitados de honor de lord Hemsley, y si a alguno no se le estaba dispensando una bienvenida aún más íntima. Aun creyéndolo el asesino de su hermano, sus labios hambrientos le habían dado la bienvenida en el jardín de Hemsley.

Davina, ya medio olvidada, pues la imaginaba a salvo en su casa de Perth, le había enseñado mucho sobre la profundidad y el poder de la sexualidad femenina. Pero, a diferencia de Marsali, ella al menos lo había amado, con una fuerza y una generosidad que nunca flaquearon. No como la pasión falsa de la mujer a la que él había amado con todo su corazón.

Su padre tenía razón. Las ruinas de la gran casa en la que había soñado vivir con ella eran todo lo que quedaba de sus esperanzas y de su increíble locura. Mientras él vivía como un bandido en sus propias tierras, ella entretenía a sus enemigos y les sonreía al otro lado de la mesa en Hemsley. Ese pensamiento, más que ningún otro, lo enloquecía. Tan loco de celos como cuando se enfrentó a su marido en Culloden House y lo desafió. Deseaba su muerte. Deseaba castigarla por su venalidad y castigarse a sí mismo por su debilidad. Obedecería a su padre.

Desmontaron en el puente de Black Rock y condujeron los caballos al paso. Hamish señaló en silencio un gran montículo de tierra recién removida junto al camino. Malcolm recordó al soldado inglés enterrado allí vivo y, apartándose, escupió sobre la tumba.

—Deberíamos ir más rápido. Dile a mi padre que sigamos cabalgando y dejemos que los demás nos alcancen a pie.

—Díselo tú —replicó Hamish—. Conoces ese camino mejor que cualquiera de nosotros.

El viejo jefe no había desmontado. Miró a su hijo mayor y sonrió, pero no era una sonrisa amable. Había visto la expresión del rostro de Malcolm, cargada de dolor.

—Me alegra verte ansioso. Demuestra que hablas en serio. Cuando todo haya terminado y vuelvas a ser un hombre, me lo agradecerás. Di a nuestra gente que acelere el paso. Necesitaremos tiempo para prepararnos mientras uno de nosotros prueba la puerta. Quiero sorprenderlos dormidos.

Uno de los *tacksmen* se acercó a Malcolm y sostuvo su caballo mientras montaba de nuevo.

—Pensaba en Murdoch, tu hermano de leche. Cómo habría disfrutado con esto.

—¡Vuelve atrás! —le ordenó Malcolm con un juramento—. ¡Aquí no se habla!

Sir Murdoch se inclinó sobre el cuello de su montura, se envolvió en el *plaid* y se caló el gorro. La pluma de águila del jefe estaba rota y colgaba torcida. Observó la escena y negó con la cabeza.

—Estaré detrás de ti, hijo mío, cuando llegue el momento… porque, por Dios, no confío en ti. Hamish, ve delante. El terreno está despejado y ganaremos velocidad.

A las tres de la madrugada alcanzaron la orilla norte del lago Ness y, rodeándola ahora a pie y en absoluto silencio, vieron las torres almenadas del castillo de Hemsley recortarse contra la luz brillante de la luna, en la ladera de la colina.



El capitán Booth no era un hombre sentimental. Cuando se casara —y ya había elegido en su condado natal a una joven bien relacionada y modestamente dotada a la que pensaba honrar— trataría a su esposa con la mezcla adecuada de firmeza, justicia y afecto que le asegurara ser siempre el amo de la relación. Desconfiaba por naturaleza de las emociones desbordadas. La palabra «amor» la utilizaba como verbo más que como sustantivo. Podía afirmar con sinceridad que había amado a varias mujeres a lo largo de sus veintitrés años, empezando de la forma aceptada con una sirvienta de la casa cuando él tenía quince años y ella, trece, que era ya una ramera experimentada del pueblo.

No había pasado de besar la mano de la respetable joven a la que pensaba pedir en matrimonio al regresar a Inglaterra y estaba dispuesto, llegado el momento, a suplir sus carencias como amante mediante una discreta relación extramarital. Su mundo era ordenado, sus normas claras y rígidas. En él no había lugar para una mujer que arriesgara su libertad por un hombre con el que ni siquiera estaba casada, ni para un padre que entregara con frialdad

a su propia hija al encarcelamiento sin siquiera querer conocer su destino.

Se sentó a cenar con un ánimo pensativo e incómodo y se levantó de la mesa confundido y airado. Sentía que tenía derecho a estar resentido. Había intentado tratar a los habitantes de Hemsley como leales y, en pago, se había visto obligado a castigar a una mujer que lo había insultado, para acabar sintiéndose avergonzado y culpable. Sus burlas seguían doliéndole, al igual que el amargo desprecio con que lo había tratado en el bosque cuando yacía a sus pies, y ni siquiera las ataduras habían logrado quebrar su intolerable orgullo.

Todo habría sido más sencillo si su padre no hubiera roto de forma tan absoluta las reglas de la conducta caballeresca al entregarla sin miramientos a su custodia. «Ni siquiera quiero saber qué será de ella». Aquellas palabras lo habían sacudido. Estaba preparado para súplicas, amenazas, ruegos de clemencia, incluso sobornos; lo había visto todo en sus tratos con aquella gente extraña e incivilizada. Pero la dureza implacable del conde hacia su única hija, por grave que hubiera sido su falta según las leyes del clan, era algo que el joven inglés no podía comprender. Y produjo en él el único efecto que jamás habría creído posible: lástima por su prisionera y una inquietante curiosidad por ese amor del que ella hablaba y que parecía tener tanto poder sobre una mujer culta y orgullosa. No podía imaginar a la futura señora Booth actuando como Marsali Gordon.

Después de que sirvieran el oporto y sus alféreces lo irritaran con su charla jovial sobre los acontecimientos del día, el capitán envió un recado anunciando que subiría a ver a lady Marsali.

—Suplícale —le rogó Effie—. ¡Suplicarle! ¿Qué importa, milady, con tal de que no la lleven a Inverness?

Marsali negó con la cabeza.

—Jamás pensé oír un consejo así de ti. ¿Qué quieres que haga, Effie, arrodillarme ante él? ¿Cómo sabes que su precio no será mayor que una simple súplica? ¿Has pensado en eso?

Effie se sonrojó. La lucha entre su indignación y su instinto práctico se reflejaba con tanta claridad en su rostro que Marsali estuvo a punto de reír. En lugar de eso, sintió una oleada de ternura hacia aquella mujercita de rostro demacrado por el llanto y mente afilada, esforzándose desesperadamente por salvarla. Al final, Effie se decidió.

—Si me perdona, creo que incluso eso valdría la pena si evita la cárcel. Ya no es doncella, milady, y el honor es muy noble, pero ¿cómo sabe cuál será su suerte después? Haga lo que ese rufián le pida y ya encontraremos la manera de arreglarlo más adelante…

—¿Cortándole el cuello, quizá? —replicó Marsali—. No, querida Effie. No le suplicaré ni lo llevaré a mi cama. Que haga conmigo lo que quiera.

—¿No lo entiende? —sollozó Effie—. Su padre la ha abandonado. No tiene a nadie más que a nosotros, los sirvientes, y poco podemos hacer antes de que la lleven a Inverness. ¿Por qué cree si no que ese sinvergüenza quiere verla a solas?

Marsali le tomó las manos.

—Escúchame. Ya he terminado de fingir. Hoy he hecho lo que debía hacer: intentar ayudar al hombre que amo. Y lo amo, Effie. Nunca he dejado de hacerlo. La muerte de Rowan, nuestro dolor, incluso lo que su hermano intentó hacerme… nada ha matado ese amor. Conocí a otro hombre —que Dios lo tenga en su gloria—, pero mientras Malcolm Mackenzie viva, eso es todo lo que quiero. Mi padre y yo nos hemos repudiado mutuamente. No me queda nadie más que tú y unos pocos amigos en esta casa, y no me importa.

Deja que ese inglés suba y no digas una sola palabra en mi defensa, o nunca te lo perdonaré. ¿Me has entendido?

Effie suspiró.

—Och… está bien. Le diré que puede subir. Al menos escuchemos lo que quiere.



La última vez que la había visto, unas horas antes, ella se debatía bajo las manos del sargento Brewster, con el vestido de montar sucio y arrugado, el cabello suelto y el rostro manchado de sangre y polvo. Ahora estaba ante él, serena en su propia habitación, tan hermosa como siempre, con apenas un hematoma junto a la boca como prueba del ultraje sufrido.

—¿Qué desea, capitán Booth? —preguntó con calma—. Estaba a punto de acostarme.

Él se sabía en posición de superioridad y dejó pasar el desaire.

—He venido por dos motivos, lady Marsali. Primero, para asegurarme de que está preparada para partir por la mañana. Segundo, para decirle cuánto lamento que se haya llegado a esta situación.

—Estoy preparada. Tengo una pequeña caja lista. Supongo que puedo llevarla conmigo. —Él asintió—. Y deseo que mi doncella me acompañe, siempre que pueda salir de Inverness cuando lo desee. Si no puede garantizarme eso, iré sola.

Miró a Effie, que estaba a punto de protestar, y le hizo una seña para que abandonara la estancia.

—No puedo prometerle nada —admitió Booth—. Una vez en la capital, estará bajo la autoridad del duque. Esperaba que su padre… —vaciló—, al menos viniera a verla. Creí que la acompañaría.

Lo miró casi suplicante.

—Créame, no imaginé que la abandonaría de este modo.

—No conoce las Highlands —respondió ella—. A los ojos de mi padre, he cometido una traición imperdonable. Los Mackenzie de Glenannan mataron a mi hermano porque no quiso unirse al príncipe. ¿Comprende ahora por qué me ha repudiado?

—¡No! —exclamó Booth—. Ningún inglés entregaría así a su hija a un ejército extranjero. Todo esto está fuera de mi comprensión.

—Lo sé. —Casi sentía compasión por él—. No lo culpo. Usted cumple con su deber, como yo intenté cumplir con el mío. No me arrepiento de nada. Si pudiera dar mi vida por salvar a Malcolm Mackenzie, lo haría sin dudar.

—Es un hombre muy afortunado.

—¿Me disculpa ahora? Estoy agotada.

—Me marcho. Y, una vez más, lo siento. Mañana iré con usted y veré qué puedo hacer.

Salió y cerró la puerta. Marsali oyó cómo descargaba su irritación con el centinela y luego el pasillo quedó en silencio.



Era pasada la medianoche. Una a una, las luces del castillo se apagaron. El conde dormía profundamente; Marsali, por fin, también. Effie dormitaba inquieta junto a la puerta y el soldado inglés cabeceaba en su puesto. En las dependencias del servicio, Angus y media docena de hombres yacían armados, decididos a esperar a la escolta en el camino de Inverness al amanecer.

En los aposentos sobre el Gran Salón, la condesa Sorcha aguardaba con su doncella. Flora vestía una capa oscura con

capucha; sostenía la vela con mano firme, impulsada por el fatalismo de su sangre de las Highlands.

—Es casi la una y media —susurró Sorcha—. Ve al pasillo. Mira si alguien se mueve.

Flora salió con cautela. No oyó nada.

—Todos duermen, milady.

Sorcha le entregó la vela.

—Baja ahora. Si alguien te ve, inventa una excusa sobre un amante. Te creerán. Quita la barra de la puerta norte y vuelve enseguida. No hagas ruido.

—Si no vienen y encuentran la puerta abierta…

—Si no llegan antes del alba, la cerrarás de nuevo. No hay nada que temer.

Flora avanzó por los pasillos silenciosos, atravesó el Gran Salón y salió al patio. La noche era clara como el día, con una luna enorme colgada sobre el jardín. Cruzó el terreno con paso seguro, sin compasión por la mujer que pronto se encontraría frente a Malcolm Mackenzie. No tenía intención de quedarse a contemplar la venganza, como haría su señora.

La puerta norte aguardaba. Y la luna llena brillaba sobre Hemsley.

Atravesó el jardín y trepó hasta el alto muro. Un poco a la izquierda encontró la puerta trasera norte. Cuando se abriera, su papel habría terminado. El honor de su señora y su propio deber quedarían satisfechos. En cuanto a los ingleses, volvió la vista hacia la masa oscura de los establos, donde los soldados del capitán roncaban entre el heno. Lo más probable era que los Mackenzie los encerraran allí y prendieran fuego al edificio. Por lo que había oído sobre el trato que daban a las familias de las Highlands en la comarca, no sería más de lo que merecían.

Levantó la barra de hierro con ambas manos, haciendo un esfuerzo contenido, y la extrajo con cuidado de sus soportes. Era pesada, pero no superaba su fuerza. La apoyó contra la pared, fuera del alcance de la hoja, para que no golpeara al abrirse. Probó la manilla y la puerta cedió sin dificultad. Echó un rápido vistazo al campo bañado por la luz lunar, con el lago brillando a los pies de la colina, y volvió a cerrar. Si el mensaje de la condesa había llegado a tiempo, en algún lugar ahí fuera su gente se acercaba sigilosamente al castillo. La idea le provocó un escalofrío repentino. Si estaban allí, todos los Campbell y todos los ingleses de Hemsley estarían muertos antes del amanecer.

Flora tenía un conocimiento rudimentario de la Biblia y no sabía leer ni escribir, pero conocía bien aquella oscura promesa del Antiguo Testamento: «Ojo por ojo y diente por diente». Los Campbell pagarían muy caro por estrangular al mensajero de Malcolm Mackenzie y por quemar Kincarrig en venganza por la muerte de lord Rowan. Pagarían por no haberse unido a su príncipe y por cada golpe que el conde había infligido a la condesa. Con una mezcla de justicia y exaltación, regresó al castillo para informar a su señora de que había cumplido la orden. Ya no quedaba más que esperar.



Malcolm había ordenado a sus hombres que ataran los caballos entre los árboles de la orilla del lago. Cada uno aseguró su montura y luego se envolvió el plaid alrededor del pecho. Con dagas y puñales en las manos, iniciaron el ascenso por la colina hacia el castillo. Se movían como sombras bajo la luz brillante de la luna, aprovechando cada matorral y cada desnivel del terreno. No había centinelas en las murallas ni luces en las torres o en el recinto exterior.

Medio agachado, medio corriendo, Malcolm los condujo hasta la base del grueso muro de piedra, el mismo bajo el cual sus antepasados se habían batido en vano doscientos años atrás, mientras el Rojo Campbell los desafiaba desde dentro y dejaba morir de hambre a su prisionero. Pero esta vez no habría asedio. Malcolm hizo un gesto y el jefe y Hamish se acercaron.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó sir Murdoch.

—A unos veinte metros más adelante. Espera aquí, padre, y quédate con los hombres mientras compruebo si está abierta…

—No. —El anciano lo sujetó del brazo—. Que vaya Hamish. Tú te quedas conmigo. Entraremos juntos.

Esperaron pegados al muro, tendidos en el suelo, mientras Hamish se deslizaba por la base y desaparecía. Malcolm no miró a su padre. No sentía nada. El vacío era tan profundo que se movía por puro instinto. Podría haber estado atacando cualquier casa donde se alojaban tropas inglesas. Solo cuando estuviera dentro, con la espada alzada frente al primer rostro desconocido, se permitiría pensar que estaba en Hemsley y que Marsali dormía tras aquellos muros.

Hamish regresó, deslizándose con rapidez.

—Está abierta. Sorcha ha cumplido su palabra.

Sir Murdoch se volvió hacia la fila de hombres que aguardaban. Alzó el brazo y comenzaron a correr hacia delante. Atravesaron la puerta con tal rapidez que en menos de cinco minutos todos estaban dentro de la muralla. El jefe miró a su alrededor. Las armas relucían a la luz de la luna y los Mackenzie se agrupaban como una manada de lobos. Sonrió con ferocidad a su hijo mayor.

—Guíanos, Malcolm. Tú conoces el camino. Hamish, MacIntyre, tener listas las dagas. Cortad el cuello al primer hombre o mujer que veáis, sin una palabra. No tendrán aviso hasta que estemos entre ellos. ¿Listos? Seguirme.

Malcolm los condujo por el camino que mejor conocía. Subieron por el jardín, alcanzaron las terrazas amuralladas donde tantas veces había paseado con Marsali, pasaron junto a la pequeña casa de verano donde la había esperado durante días, suplicándole perdón por el crimen de Kenneth. El recuerdo lo golpeó con fuerza. La frialdad del odio se quebró y el dolor y los celos lo invadieron como fuego. Allí, por donde ahora avanzaba con sus parientes siguiéndolo como animales, la había abrazado y se había arrodillado ante ella. Sus músculos se tensaron al recordar aquel cuerpo rígido y asustado que de pronto se rendía en sus brazos, el rechazo feroz y el golpe doloroso que ella le había propinado.

—¿Por qué dudas? —susurró una voz irritada.

Se volvió y vio los ojos de su padre clavados en él, llenos de crueldad y sospecha.

—Ahí está la puerta que da al Salón Verde. Desde allí estaremos en el corazón de la casa. La abriré ahora.

No estaba cerrada con llave, solo con pestillo. Entraron sin hacer ruido.

—Más allá está el pasillo que conduce al Gran Salón —explicó Malcolm—. Detrás del biombo están las cocinas. Veinte hombres bajarán allí y degollarán a todos. Otros diez saldrán por la puerta principal hacia los establos. Allí deben de estar los ingleses. Cerrar las puertas.

—Reunir toda la paja y la leña que encontréis y prender fuego —añadió sir Murdoch—. Matar a cualquier perro que intente huir. Hamish, esa será tu tarea. Lleva a diez hombres y asa bien a nuestros amigos ingleses. El resto vendrá conmigo, Malcolm, y nos ocuparemos de los Campbell. ¿Dónde están sus dormitorios?

—Arriba. En la planta superior. Eso es todo lo que sé.

—Los encontraremos. A ellos y a sus invitados ingleses. Y les daremos un buen despertar. ¡Vamos!



El capitán Booth estaba soñando. Perseguía a un rebelde que huía, una figura que se agrandaba y empequeñecía. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, su espada se volvía demasiado pesada; cuando se alejaba, la figura se convertía en un punto inalcanzable. De pronto el fugitivo se volvía y lo miraba, y al alzar de nuevo la espada veía el rostro de Marsali Campbell, con el cabello rojo al viento y la boca abierta en un grito espantoso.

El grito lo despertó. Provenía de abajo. Las sirvientas habían huido al Gran Salón y estaban siendo capturadas y asesinadas. Saltó de la cama, aturdido, buscando a tientas su pistola, cuando la puerta se abrió de golpe y un hombre con una antorcha de resina irrumpió en la habitación. El capitán no tuvo tiempo de disparar. Otra figura se abalanzó sobre él y le hundió un pie de acero en el vientre. Gritó, mitad advertencia, mitad dolor, y luego fue apuñalado una y otra vez hasta que su camisón blanco quedó empapado de sangre. El hombre de la antorcha anunció que estaba muerto y los atacantes salieron en busca de nuevas presas.

Más adelante en el pasillo, los dos alféreces lograron ofrecer resistencia. Dispararon sus pistolas y uno de los Mackenzie cayó con un grito. Los demás saltaron sobre su cuerpo y se abalanzaron sobre los jóvenes ingleses, que lucharon con valentía contra media docena de atacantes. Murieron con rapidez, a diferencia del sargento Brewster y sus hombres, que agonizaban abrasados en el infierno de los establos, mientras Hamish y los suyos disparaban a los rostros que aparecían en las ventanas y a las puertas en llamas para hacer retroceder a los desesperados.

Angus murió en los cuarteles inferiores, con la mano bajo el jergón buscando su puñal. Un golpe de espada lo mató al instante.

En algún lugar del castillo, un reloj dio las cuatro. Las campanadas se perdieron en el estruendo que acompañó la llegada de Malcolm y su padre a los aposentos privados. El conde no fue

sorprendido. Despertó al primer ruido y la memoria ancestral le dijo lo que ocurría. Se lanzó al pasillo espada en mano. Su mayordomo apareció tras él, también armado, y se entabló una lucha feroz. Hemsley empujó a dos atacantes y mató a uno, e hirió a otro. Las antorchas ardían, los tapices se incendiaban y, entre el humo y el resplandor, vio los tartanes y escudos de los Mackenzie invadiendo la casa.

Entonces apareció sir Murdoch Mackenzie, bajo y corpulento, con el plaid enrollado en el brazo, la daga en la mano izquierda y la espada lista en la derecha. Gritaron juntos y se enfrentaron como bestias.

Al pie de las escaleras, la condesa Sorcha observaba con un candelabro en alto, dando órdenes.

—¡Por esa puerta de la derecha, ahí duermen los hijos del gaitero!

Los muchachos huyeron gritando. Sorcha alzó las velas y rió. Fue ella quien selló el destino del conde. Mientras combatía con sir Murdoch, un destello amarillo lo distrajo un segundo vital. La espada de Mackenzie se hundió en su pecho. Antes de morir, el conde vio el rostro triunfante de su esposa inclinándose sobre él. Ella le escupió.

Sir Murdoch, herido, la miró con furia.

—Quería que él la viera morir —dijo ella—. Quería que viera cómo nuestros hombres se divertían con ella.

—Fue demasiado rápido.

El jefe la apartó con la mirada y buscó a su hijo. Malcolm avanzaba por el pasillo, la espada ensangrentada en la mano.

—Está muerto —dijo sir Murdoch—, pero me ha atravesado primero. Tendrás que incendiar este lugar. ¿La has encontrado?

Malcolm negó con la cabeza. Su mano tembló sobre la empuñadura.

—¡Que nadie toque a Marsali Campbell! —rugió el anciano—. Ella pertenece a mi hijo. ¿Dónde está?

—Arriba —indicó la condesa—. Primera habitación, con una puerta tallada. Solo están con ella su doncella y un soldado. Sube, Malcolm. Te lo mostraré.

—Ve y haz lo que te ordeno —dijo su padre—. Llévate dos hombres. Ian, Angus, acompañadlo.

Fue Effie quien despertó a Marsali. Su rostro estaba blanco a la luz temblorosa de una vela.

—Levántese. Ha habido asesinatos abajo…

Marsali la miró, aún atrapada en el sueño.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Hay gritos y fuego. El centinela ha entrado y ha cerrado la puerta. Alguien ha invadido el castillo.

Entonces Marsali oyó un grito lejano y reconoció el grito de guerra de los Mackenzie de Glenannan. Effie también lo reconoció.

—Son ellos. Están dentro.

Tomando a Effie de la mano, Marsali salió al salón exterior. El soldado estaba allí, pistola en mano, insultándolas. Pensó que los Campbell atacaban y apuntó a Marsali.

—Seréis las primeras en morir —gruñó.

—Guarda las balas —le espetó ella—. Los de abajo son los Mackenzie de Glenannan. Nos matarán a todos.

El soldado se guardó la pistola en el cinturón. Llevaba una semana persiguiendo a los Mackenzie de Glenannan y había visto suficientes cadáveres ingleses colgados de los árboles o clavados en el suelo, retorcidos por la forma en que habían sido ejecutados, como para comprender de inmediato lo que estaba sucediendo en el castillo.

Marsali corrió hacia la ventana y miró al exterior. Abajo, el patio estaba iluminado como si fuera pleno día. El fuego que devoraba los establos saltaba y rugía contra el cielo oscuro, bañando a los Mackenzie que montaban guardia en una lluvia de chispas brillantes. Por encima del estruendo del incendio se oían los gritos de los hombres que ardían vivos, mezclados con las burlas y las risas de sus torturadores.

—Mi hermano está ahí dentro —dijo el soldado.

Su rostro se contrajo; parecía debatirse entre asesinar a las dos mujeres o huir. Entonces se oyeron pasos corriendo por el pasillo.

—¡Barricad la puerta! —gritó Effie—. ¡Rápido, maldito idiota, deja de quedarte ahí parado y ayúdanos a mover el baúl!

Empujaron el pesado arcón por el suelo hasta colocarlo contra la puerta. Solo estaba cerrada; el capitán Booth había retirado la llave y el pequeño cerrojo interior para impedir que su prisionera encerrara al centinela. Nada impedía ya la entrada de los Mackenzie.

Effie se volvió hacia Marsali.

—Ve a la habitación interior y escóndase allí. Por el amor de Dios, ¡no deje que la encuentren aquí conmigo y con él! ¡Métase debajo de la cama o en el armario!

—No —respondió Marsali—. Me quedaré contigo, Effie. No me esconderé como una cobarde para salvar la vida.

Sabía que Malcolm estaba llegando, y con esa certeza sentía la muerte cerca. No huiría de ella, ni de él. El baúl ya bloqueaba la puerta. Los pasos se oían tan próximos que podían distinguir cuándo se detenían justo al otro lado. Effie se volvió hacia el soldado.

—Es a ella a quien buscan. Si la ven, nos matarán a los dos… ¡Por el amor de Dios, métela en la habitación interior!

El miedo venció cualquier duda. El soldado se abalanzó sobre Marsali, la levantó del suelo y la arrastró hasta el dormitorio.

—Deja de resistirte, zorra. ¡O te rompo el cuello!

La empujó dentro y cerró la puerta.

—¡Piedad! —gritó—. ¡Nos rendimos! ¡Piedad!

Effie se pegó a la pared cuando el arcón comenzó a deslizarse bajo la presión exterior. La puerta cedió y, al abrirse, vio a Malcolm Mackenzie en el umbral, con dos hombres tras él. Más atrás, al otro extremo del pasillo, distinguió a la condesa de Hemsley. Oyó al soldado suplicar una vez más y Malcolm lo señaló con la espada. Los dos miembros del clan se abalanzaron sobre él y, en menos de medio minuto, le cortaron el cuello.

Effie avanzó al ver aquella figura salvaje, de barba negra, falda escocesa rasgada y espada ensangrentada, volviéndose hacia la puerta tras la cual estaba Marsali.

—¡No le hagáis daño! —chilló—. ¡Maldito seas, cerdo negro! ¡La arrestaron por amarte! ¡Fue al bosque del lago para intentar avisarte!

Los ojos negros la fulminaron. Effie no supo si él había escuchado una sola palabra; parecía el demonio encarnado. Corrió hacia la puerta y se plantó delante. Malcolm la apartó de un golpe, usando el puño y no la espada. Gritó a los dos hombres que regresaran al pasillo.

—Yo me ocuparé de esto. Ya lo habéis oído: ¡ella me pertenece!

Abrió la puerta. El dormitorio parecía teñido de rojo por la luz del incendio exterior. Durante un instante creyó que Marsali estaba cubierta de sangre. No habría testigos. Ningún miembro del clan debía verlo matar a la mujer que había amado. Cerró la puerta de una patada y avanzó hacia ella, alzando la espada para asestar un solo golpe.

Y dudó.

Hacía dos años que no se veían. Ahora estaban frente a frente. No había olvidado su belleza; ese rostro lo había atormentado en los

brazos de otras mujeres y en las noches de embriaguez. Pero la mujer viva que aguardaba su muerte con aquella dignidad era mil veces más poderosa que el fantasma de sus celos.

Marsali lo miró. Su voz tembló.

—Malcolm, date prisa. Es lo único que te pido.

Él lanzó un grito. Ella cerró los ojos. Al instante siguiente estaba entre sus brazos y sus besos desesperados cubrían su rostro y su cabello.

—Mi amor… perdóname, perdóname —jadeó—. Estaba loco. No podría haberte hecho daño.

Ella se aferró a él, temblando.

—Malcolm… nunca dejé de amarte. Créelo. Ahora nada más importa.

—No te desmayes —susurró—. Aguanta. Estás a salvo conmigo.

Recordó las palabras de Effie y le alzó el rostro.

—Te arrestaron… dijeron que fue por intentar avisarme.

—Me atraparon en el bosque del lago —murmuró—. Quería decirte que te buscaban. Si no hubieras venido, mañana me habrían llevado a Inverness…

No respondió. La abrazó con fuerza, escondiendo el rostro en su cabello, con el corazón a punto de estallar.

—Te sacaré de aquí. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió ella—. Pero tu propia gente te matará si me ayudas.

—Mi padre me ordenó que te matara —admitió—. Pero lucharé si es necesario. Ven. Agárrate a mí.

Tropezaron con el cuerpo de Effie junto a la puerta. Malcolm tuvo que arrastrar a Marsali.

—No puedo dejarla —sollozó—. No habrás…

—Solo usé los puños —la tranquilizó—. Vivirá. Escapará. Vamos, no hay tiempo.

Salieron al pasillo. De pronto se encontraron frente a Sorcha. La condesa comprendió al instante que no era una víctima arrastrada por su verdugo. Dio un paso adelante, con el odio deformándole el rostro.

—¡Traidor! —gritó—. ¡Intentas huir con ella!

—¡Corre! —ordenó Malcolm.

Echaron a correr mientras los gritos de Sorcha resonaban a sus espaldas. Al final del pasillo oyeron voces; los miembros del clan acudían. No había escapatoria. Malcolm empujó a Marsali a una habitación lateral y cerró la puerta. Ella gritó al ver los cadáveres en el suelo. Él la alzó de inmediato, ocultándole la visión.

Los Mackenzie pasaron de largo, gritando a la condesa. Malcolm abrió la puerta, comprobó que el pasillo estaba vacío y la arrastró escaleras abajo.

El espectáculo era indescriptible. Muebles destrozados, tapices ardiendo, cadáveres de Campbell —hombres, mujeres, niños— amontonados. Los supervivientes saqueaban los cuerpos. El humo lo cubría todo y el olor a quemado asfixiaba.

Marsali se adelantó y palideció.

—Dios mío…

—Tenemos que bajar —susurró Malcolm—. Ponte detrás de mí si alguien nos detiene.

Descendieron a toda prisa. Algunos hombres alzaron la vista al ver pasar a Malcolm con una mujer de la mano.

—¡Es la Campbell! —gritó uno.

Era Dugan Mackenzie, ebrio y enloquecido. Reconoció el cabello llameante y se lanzó hacia ella, agarrando su túnica. Malcolm

reaccionó como una fiera y, de un solo golpe, cercenó la mano que la sujetaba. Dugan cayó gritando entre charcos de vino.

Malcolm no se detuvo. La arrastró hacia el patio. La confusión les permitió deslizarse hasta los jardines mientras los establos se derrumbaban envueltos en llamas. Oyó la voz de Hamish ordenando a los hombres mantenerse alejados. El calor los abrasaba. Corrieron hasta la puerta trasera norte. Seguía abierta y sin vigilancia.

Marsali tiró de su brazo. Malcolm se detuvo, la alzó y cruzó la puerta. A mitad de la colina se arrodilló y la dejó con cuidado sobre el brezo. Estaba exhausto y necesitaba recuperar el aliento antes de descender hasta el lago y los caballos.

—Malcolm… —ella abrió los ojos.

Él se inclinó sobre ella de inmediato.

—Estoy aquí, mi amor. No temas. Estamos en la ladera. Solo un momento más y buscaremos los caballos.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y él la oyó sollozar.

—Oh, Malcolm, Malcolm…

—No llores —susurró, usando aquella antigua palabra escocesa que su nodriza le había enseñado, y la estrechó contra su pecho como si fuera una niña—. No te preocupes, mi amor. Ahora estás a salvo.

—Lo sé —respondió ella entre lágrimas—. Los dos estamos a salvo y estamos juntos. No debo ser débil ahora. Abrázame, Malcolm. Dame tu valor.

Le tomó el rostro entre las manos, se alzó hacia él y lo besó. Ambos sintieron como si la tierra bajo ellos se hubiera estremecido.

—Si nos capturaran ahora —confesó ella—, moriría feliz.

—No vamos a morir —la tranquilizó—. Llegaremos a los caballos antes de que salgan a buscarnos.

Un solo hombre vigilaba las monturas escondidas a orillas del lago. Se sobresaltó al oír pasos apresurados sobre el brezo y

desenvainó la daga. Era uno de los pocos ancianos que quedaban entre ellos y conocía a Malcolm desde niño. Ninguno de los suyos seguía con vida; todos habían muerto en Drummossie Moor o a manos de los dragones ingleses. El mayor y más querido de sus hijos había sido el Rojo Murdoch, y su esposa había amamantado al pequeño Malcolm.

Al reconocer al hijo de su jefe, bajó el arma. Sus ojos se entrecerraron al ver a la mujer a su lado, con el cabello suelto cayéndole por la espalda y vestida solo con una larga túnica blanca. La miró fijamente, incrédulo.

—Quiero dos caballos, Ewan Ian —dijo Malcolm—. El mío y el más rápido que haya para la dama.

El anciano no vio cómo la mano de Malcolm rozaba instintivamente el puñal. Solo sabía que aquel era el hombre que había sostenido a su hijo moribundo en el campo de batalla, el heredero, el futuro jefe. Su corazón estaba agotado por el dolor. Conocía a la mujer y comprendía lo que significaba aquella petición.

—Tu montura está junto al gran árbol —indicó—. Traeré otro para la dama.

Entre las sombras de los árboles, se volvieron el uno hacia el otro.

—Marsali —dijo Malcolm—, no sé qué será de nosotros. Mi gente nos perseguirá, igual que los ingleses. Sé dónde se oculta el príncipe. Nuestra única oportunidad es unirnos a él y huir a Francia. Si llegamos, nos espera el exilio y el peligro. Si fracasamos, la muerte. ¿Vendrás conmigo?

Ella tomó su mano y la llevó a los labios.

—Mi lugar está contigo, Malcolm. No hay otro destino para mí. Francia, el exilio o la eternidad. Nada importa mientras esté a tu lado.

Ewan Ian sujetó el caballo para ella y se apartó discretamente. Malcolm montó y el anciano se descubrió la cabeza.

—No os he visto —aseguró—. Cuando vengan, estaré dormido.

A sus espaldas, el cielo comenzaba a iluminarse, no con la suavidad del alba, sino con el resplandor rojo de un gran incendio cuyo corazón ardía en lo alto de la colina. Marsali miró un instante hacia Hemsley.

El anciano tocó el costado del caballo.

—Que Dios os acompañe.

Pero ya se alejaban y no pudieron oírlo.

Malcolm se quitó el plaid, áspero y pesado, impregnado de humo, brezo y de él mismo, y lo envolvió alrededor de ambos, creando un refugio íntimo en medio de la noche. Marsali hundió el rostro en su hombro, aspirando aquel aroma largamente anhelado durante meses de soledad y tormento.

—Lo hemos perdido todo —susurró ella—. Hemsley arde, Glenannan es ceniza. Ya no somos nadie. Solo dos fugitivos sin nombre ni hogar.

Malcolm le alzó el mentón con suavidad y la obligó a mirarlo. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos oscuros, libres ya de la furia de la batalla, cargados ahora de una intensidad abrasadora.

—Te equivocas, mi amor. Esta noche no hemos perdido nada que mereciera conservarse. El odio de nuestros padres, la sangre derramada, las cadenas del pasado… todo ha ardido con el castillo.

Acarició su mejilla con el dorso de la mano, maravillado de sentirla viva bajo sus dedos.

—Mírame, Marsali. Ya no soy el heredero de Glenannan ni tú la hija de Hemsley. Soy un hombre que te ama más que a su propia vida, y tú eres la mujer que desafió a la muerte por salvarme. No necesitamos un castillo. Que el mundo entero arda si quiere; mientras estés entre mis brazos, soy el hombre más rico de la tierra.

Las lágrimas anegaron los ojos de Marsali, pero no eran de dolor, sino de una liberación profunda.

—Te amaré hasta mi último aliento, Malcolm Mackenzie —prometió, rozando sus labios—. Llévame contigo. A Francia, al exilio o al fin del mundo. Mi hogar eres tú.

Malcolm selló sus palabras con un beso largo y ardiente, en el que se borraron los años de separación, las mentiras y el sufrimiento. No había miedo, solo la certeza absoluta de que juntos eran invencibles.

Cuando el sol empezó a dorar las cimas de las montañas, volvieron a montar. Malcolm espoleó su caballo y Marsali lo siguió. Cabalgaron hacia el oeste, hacia la costa y hacia el barco que los llevaría a una vida nueva. Detrás quedaban las cenizas de una vieja enemistad. Delante, un horizonte abierto donde solo existía su amor.